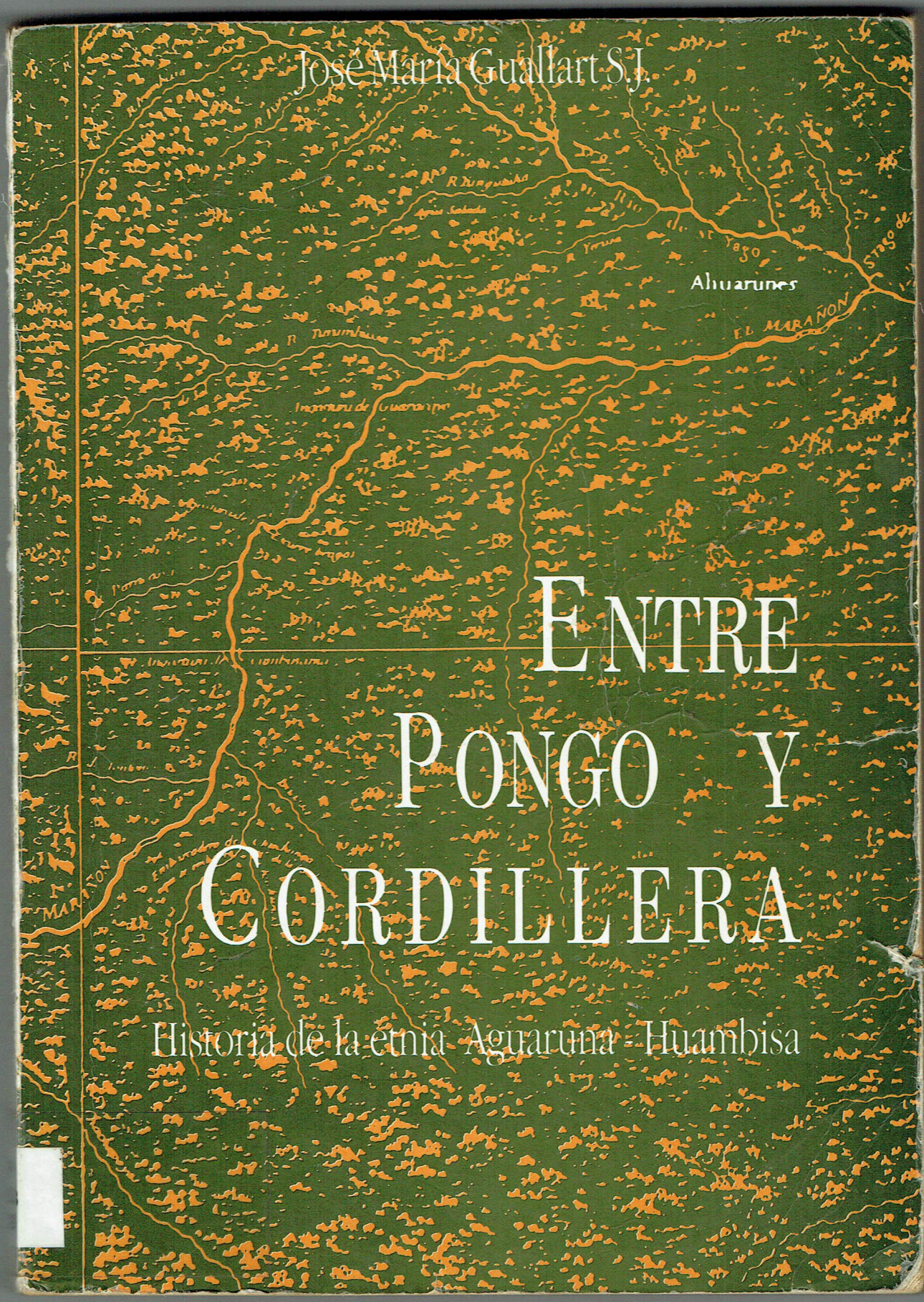
José María Guallart S.J.



Entre Pongo y Cordillera

Historia de la etnia Aguaruna - Huambisa

José María Guallart S. J.

CENDOC
Centro Amazónico de Antropología
y Aplicación Práctica

ENTRE PONGO Y CORDILLERA

Historia de la etnia Aguaruna-Huambisa

CENTRO AMAZONICO DE ANTROPOLOGIA Y APLICACION PRACTICA.

Diagramación y diseño de cubierta : Carmen Sifuentes
Corrección de pruebas : Odín del Pozo
Cuidado de la edición : Carlos García-Bedoya M.

© Centro Amazónico de Antropología y Aplicación Práctica

Avenida Gonzales Prada 626
Magdalena, Lima 17
Perú

El núcleo principal de los grupos jíbaros, aguaruna y huambisa que habitan en el suelo peruano se sitúa, "grosso modo", entre los 3º-5º30' S y los 73º-79º30' W.

Este territorio queda profundamente cincelado por los últimos pliegues cordilleranos de los Andes antes de llegar a la llanura amazónica y por la copiosa red fluvial; sobre todo las aguas atronadoras y tumultuosas del río Marañón en la región de los "pongos" o rápidos. Estos accidentes geográficos han marcado profundamente el carácter de los hombres que aquí viven y las vicisitudes de su pasado. Por eso el título que se ha puesto a este modesto ensayo histórico.

Aprovecho la ocasión para hacer presente mi reconocimiento al P. Armando Nieto por su paciencia en leer el manuscrito y sugerir varias rectificaciones históricas necesarias. A Carmen Sifuentes que diagramó el texto con todo cariño y diseñó la cubierta, a Raúl Kimura que contribuyó con los dibujos que ilustran el libro, a Carlos García-Bedoya que se encargó de los trabajos de edición y al P. Jaime Regan que me animó a editar y apoyó la inclusión de la obra entre las publicadas por el CAAAP.

Indice

CENDOC
Centro Amazónico de Antropología
y Aplicación Práctica

1. INTRODUCCION 13

¿Quiénes somos nosotros? 13

2. LOS COMIENZOS DE LA HUMANIDAD 17

La antiguedad del hombre 17

¿Monogenismo o poligenismo? 18

El origen del hombre y lo que nos dice la Biblia 18

¿Cómo vivieron los primeros hombres? 19

3. EL MARCO DE LA EVOLUCION CULTURAL PERUANA 23

La evolución cultural 24
El período lítico 24
Los tiempos de la agricultura incipiente 25
El período formativo 25
La emancipación regional 27
El florecimiento regional 27
La época de los grandes imperios expansionistas 28
La época de los Señoríos independientes 29
La época Inca Imperial 29

4. LA GRAN MARCHA 31

Partiendo de Siberia 31

Nuestros viejos llegan a la selva 35

5. LOS COMIENZOS DE LA AGRICULTURA Y EL MITO DE NUNKUI 41

Nunkui 43

6. ¿QUIENES FUERON LOS **IWA**? 47

Las invasiones de los **Iwa** 47

Etsa, el Sol, héroe cultural 50

Los Incas Imperiales 51

7. LOS HOMBRES QUE LLEGARON DEL OTRO LADO DEL MAR 55

El gran encuentro 55

El enemigo español 57

La organización de la conquista 60

Las expediciones de la conquista 60

8. LA ORGANIZACION DE LAS TIERRAS CONQUISTADAS 63

Los pueblos de los **apach** 63

¿Encomiendas o esclavitud? 64

Los "mandones" o autoridades nativas 67

Los Corregidores 67

9. **APACH MININAWAI**: LOS **APACH** SE ESTAN ACERCANDO 69

Nuestros viejos a mediados del siglo XVI 69

Los primeros choques 70

La expedición de Benavente 72

La expedición de Diego Palomino 74

La expedición de Juan de Salinas 76

La organización que dejó Salinas en la región conquistada 80

10. LA DESTRUCCION DE LA CIUDAD DE LOS ESPAÑOLES 83

11. LAS EXPEDICIONES AL SANTIAGO 87

Buscando recobrar por la derrota de Logroño 87

Los misioneros de Maynas y su actuación en las expediciones al Santiago 92

12. COMO VIERON LOS **APACH** A NUESTROS VIEJOS DEL SIGLO XVI 95

El paisaje de la tierra jíbara 95

El aspecto de los **muntas** 96

13. EL SIGLO XVIII: NUEVOS APUS Y NUEVOS TIEMPOS ENTRE LOS **APACH** 101

La nueva división territorial 102

Las infiltraciones portuguesas en el Amazonas 103

Expulsión de los jesuitas y desaparición de las misiones de Maynas 103

La Ilustración 104

Carretera de penetración y un curioso proyecto para colonizar 105

14. LOS PUEBLOS DE LOS **APACH** EN LA FRONTERA DE LOS VIEJOS Y LA VIDA EN LOS "CENTROS" AL TERMINAR EL SIGLO XVIII 109

15. NACE UNA NACION 117

Fermentación e inquietudes 117

El traslado de Jaén Viejo 120

La declaración de la Independencia en Jaén 124

16. LA ADMINISTRACION PUBLICA EN LA NUEVA NACION 127

Reorganización 127

La selva, espacio de colonización 130

17. LA POBLACION NATIVA Y LA NUEVA REPUBLICA 133

18. LOS VIEJOS TOMAN LA INICIATIVA 139

Asaltos a los pueblos de los **apach** 139

Los Wámpukos 146

19. BUSCANDO CAMINOS A TRAVES DE LA TIERRA AGUARUNA 149

El problema de las comunicaciones 149

La sociedad de los patriotas de Chachapoyas 150

La actitud de los aguarunas se endurece 153

Los resultados de las expediciones 154

La fotografía de una comunidad aguaruna a mediados del siglo XIX 155

20. LOS AÑOS FATIDICOS 159

¿Jesuitas entre los aguarunas? 160

21. SHIJING 163
El siglo del colonialismo 163
El caucho o shijing 164
La obtención del caucho en la Amazonía 165
Iquitos, la capital del jebe peruano 168
Comisarios del río y Gendarmes 170
Los abusos contra la población nativa 173
Presencia de la Iglesia en la Amazonía del caucho 174
El final de la época del caucho 181

22. LOS CAUCHEROS LLEGAN AL MARAÑON 183
Burga y Yajamanco 183
La matanza de Huabico 186
La muerte de Don Fabriciano 188

23. INTERMEDIO 193
En el Marañón 193
La matanza del Morona 197

24. LA SAGA DEL COMISARIO 201
Oscar del Valle 201
Sangre en Gamitán Entsa 204
La represalia 209

25. LOS ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMERICA SUSTITUYEN A INGLATERRA COMO POTENCIA MUNDIAL 215

26. LAS MISIONES: CATOLICOS Y EVANGELICOS 219

La Misión Agustiniana 219

La Misión Pasionista 222

Los evangélicos llegan al Marañón 225

27. INQUIETUD EN LA FRONTERA NOR-ORIENTAL 229

Los intentos de infiltración ecuatoriana 229

Conflictos con los aguarunas y huambisas 230

El **Mun** Shariand 231

Los comienzos de la penetración criolla en nuestra selva 233

28. LAS GUERRAS DE LOS VIEJOS 237

El **Mun** Samarén 238

Tsuim, el **Waimaku** 240

Wega Amunikmu 244

Muepiu 246

Sanchún, el que se transformó en **Panki** 247

Las guerras de Tentets 249

Así contaba el viejo Raquita 250

La muerte de Tuyas 251

29. NOTAS 255

1. Introducción

¿Quiénes somos nosotros?

Nuestra gente está formada por los hombres del Marañón, del Cenepa, del Chiriaco, del Nieva, los huambisas y aguarunas del Santiago, los huara, los chuar, las gentes que habitan en las cabeceras del Potro, el Cahuapanas y el Mayo.

¿Por qué nos llaman jíbaros? Cuando entraron en la tierra los primeros españoles, un grupo de nuestros viejos los atacó. Entonces preguntaron a otros de los nativos que se habían hecho amigos suyos:

– ¿Quién es esa gente?
– Contestaron:
– ¡Son enemigos, shivar!

Los españoles, pronunciando en español, los llamaron "jíbaros".

La gente que hablaba quechua nos llamaba "aguarunas": awajruna = hombre que teje, hombre del telar. La primera vez que apareció este nombre escrito fue en 1750 en un mapa publicado por Pedro Maldonado.

Sin embargo, nosotros nos llamamos siempre, y con orgullo, **Ii aénts;** los hombres, los verdaderos hombres.

Nos llaman también "nativos". ¡Nunca te avergüences de ese nombre! Nativo significa el que ha nacido aquí, el legítimo, el que poseyó siempre la tierra como suya porque aquí había nacido. Somos los descendientes de aquellos a quienes encontraron las gentes

de Europa cuando vinieron por primera vez. Nosotros nunca nos mezclamos con ellos para convertirnos en "otra gente" y dejar nuestra manera de ser y de vivir, porque de esto nunca nos avergonzábamos. Pero sí aprendimos a vivir con ellos cuando nos respetaban, y copiamos, tomándolas de ellos, las cosas buenas que traían para ir progresando y ser, cada vez, más "gente". Ahora formamos parte de la gran nación peruana con los costeños, los serranos y los criollos. Todos, ellos y nosotros, tenemos lo que ahora se llama "un proyecto común": hacer de nuestra tierra, nuestra nación, un país fuerte, libre en el que se pueda vivir bien. Unidos como hermanos con los demás países del mundo, pero conservando siempre nuestra manera de "ser", sin avergonzarnos nunca de ella. Ser "peruano", pero también ser nativo, ser "gente".

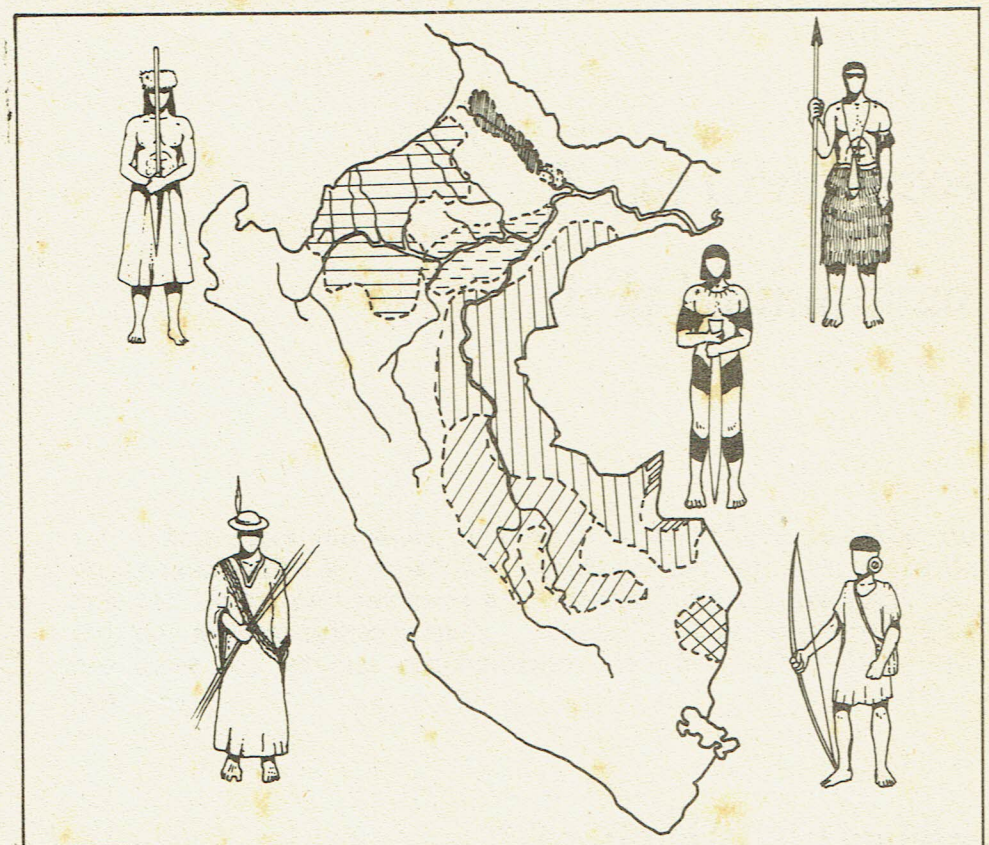
¿Dónde vivimos? ¿Cuántos somos?, y sobre todo, ¿de dónde vinimos, por qué vivimos así?

Nos llamamos "selváticos" porque vivimos en nuestro **Ikam**, nuestros hermosos bosques, entre ríos grandes y a lo largo de quebradas vivas y ricas; entre cerros elevados de los que parecen brotar los **yújagkin**, las suaves colinas, los **naín** en que crece la yuca que nos alimenta y alegra nuestras fiestas.

Nuestro número ahora no lo sabemos seguro. Al menos 40 ó 45,000, pero estamos creciendo. En otras partes del oriente peruano hay otros nativos como nosotros que viven en la selva, entre el Putumayo y el Madre de Dios, al Este de los flancos bajos de la cordillera andina. También ellos están unidos con nosotros, tienen sus asociaciones como nosotros y nos consideramos como sus hermanos. Su número, sin contar a los verdaderos serranos, los que hablan quechua y aymara, llega a 225,000 repartidos en una serie de etnias cuyos nombres te conviene conocer (1). Y más allá, en toda América del Sur, quedan todavía más nativos que sólo en la selva se calculan en 1.166 millones, pero cuyo número no se sabe bien.

Nuestra historia nos dirá de dónde vinimos, quiénes somos, por qué vivimos así. Un gran americano, José Martí, dijo: "La historia de América, de los indios acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia... Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra; nos es más necesaria... Injértense nuestras repúblicas en el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas".

Familias linguísticas en la selva



ANDINOS – ECUATORIALES: Aguarunas, Huambisas, Achuales, Shapras, Muratos, Chayawitas, Napurunas.

ARAWAK: Ashaninga, Matsiguenga, Campa, Yanesa, Piro, Culina.

TUKANO: Secoya, Orejón.

HARAMBETH: Amaracaire, Huachipaire, Toyeri.

TUPI: Cocama, Cocamilla.

PANO: Matsés, Nahua, Shipibo, Conivo, Cashibo.

CARIBE: Yagua, Witoto, Bora.

SIN CLASIFICAR: Ticuna.

2. Los Comienzos de la Humanidad

Como seres humanos, aguarunas y huambisas tuvieron un origen común con los españoles, los gringos, los serranos, los italianos, etc. Todos pertenecemos a la idéntica "especie humana". Por eso, por nuestro origen, somos iguales a ellos, no inferiores. ¿Qué nos dicen los actuales conocimientos científicos sobre dicho origen?

La antigüedad del hombre

Hasta ahora, la ciencia no ha encontrado ningún procedimiento completamente seguro para determinar la fecha en que el primer hombre apareció sobre la tierra. Sí, sabemos de cierto, que hasta (al menos) tres millones de años antes de nosotros no existió sobre la tierra ningún ser inteligente, es decir un verdadero hombre al que podamos considerar como auténtico antepasado nuestro.

Desde finales de lo que se llama la Epoca Terciaria comenzaron a existir animales parecidos a los actuales monos, cuyos restos y esqueletos van asemejándose cada vez más a los del Hombre actual, aunque todavía quedan muchísimas dudas sobre si poseían inteligencia como la nuestra, si eran en verdad seres humanos. Porque la inteligencia es lo que distingue radicalmente al Hombre del animal, sea el que sea el aspecto de su cuerpo. Sólo uno de estos

homínidos de unos 500,000 años de antigüedad pudiera acaso ser considerado como Hombre: el llamado "homo erectus" de China y Java.

El primer ser del que sabemos con certeza era verdadero Hombre, tiene una antigüedad de aproximadamente 250,000 años.

¿Monogenismo o poligenismo?

Puede preguntarse si todos los hombres nacieron de una sola pareja que se reprodujo y vivió en un solo lugar, o si pudo suceder que varias parejas de hombres que no tenían nada que ver unos con otros, dieron origen a las diversas razas que existen hoy día.

La respuesta es que tampoco hay razones científicas ciertas que nos inclinen a opinar sobre estas posibilidades.

El origen del hombre y lo que nos dice la Biblia

El libro del Génesis que nos ha conservado la tradición del pueblo judío sobre el origen del hombre, nos presenta una sola pareja, Adán y Eva, que dio comienzo a todo el género humano. Dios hizo al hombre "del barro de la tierra" (como halla que entender esto) y después, con su soplo le infundió un alma "a imagen y semejanza" del mismo Dios.

Tanto los judíos como los cristianos, creemos que la Biblia es "palabra de Dios", y que su mensaje ni puede equivocarse ni nos engaña. Pero, sin embargo, la revelación que contiene su relato, su mensaje, no nos ha sido comunicado para ahorrarnos el trabajo de la investigación científica. Muy al contrario, en el mismo Génesis se contiene el mandato de Dios a Adán y a la humanidad representada por él, de trabajar y desarrollar el mundo que se le confió para que habitara en él, tanto en lo material como en lo que supone

su conocimiento: "ganarás el pan (vivirás) con el sudor de tu frente".

El mensaje de Dios que nos transmite la Biblia no fue dado para satisfacer curiosidades ni ahorrarnos trabajo, sino una ayuda religiosa para ayudarnos a vivir bien, como El pretendió y ordenó al crear al hombre. La esencia de este mensaje es: El hombre tiene su origen en la acción paternal y creadora de Dios; no es el producto de la casualidad o de unas desconocidas fuerzas ciegas de la naturaleza.

Para crear el cuerpo del hombre bien pudo Dios valerse de las fuerzas evolutivas dispuestas por El mismo en la materia que están formados los seres vivos. Para el origen del alma tuvo que haber una acción especial de Dios. La inteligencia y la voluntad libre –aunque se enriquecen y se sirven para su funcionamiento de un organismo material– son independientes de él. La inteligencia no consiste en un aprendizaje instintivo como el de los animales. El raciocinio imparcial y la creencia de que se encuentra prácticamente en todos los grupos humanos, nos dicen que en el hombre hay algo personal que pervive después de la muerte y que es totalmente distinto del organismo que, tras la muerte, se corrompe y desaparece. Este algo espiritual, el alma humana, como independiente de la materia no puede transmitirse como parte del alma de los padres en las células reproductoras.

Esta acción especial de Dios pudo realizarse, tanto en forma de creación de una pareja inicial única, como en el caso de parejas reproductoras independientes entre sí. Sin embargo, lo que se nos dice en la Biblia de un "pecado de origen" y de la hermandad y solidaridad de todos los hombres nos lleva a pensar en una pareja única.

¿Cómo vivieron los primeros hombres?

Para saber cómo tuvieron que vivir los primeros hombres, conviene conocer lo que nos dice la geología, la ciencia del pasado de la tierra.

La geología dice que a la que llamamos Era Terciaria, sucedió un tiempo de mucho frío en que extensiones de hielo, como las que hoy cubren los polos llegaron a cubrir muchas partes de la tierra que ahora no las conocen. Estas épocas de frío que duraron miles de años, han recibido el nombre de "glaciaciones" distinguidas con el nombre del lugar en que los geólogos las estudiaron por primera vez. Las glaciaciones no fueron continuas. A las épocas de frío sucedieron otras de clima mucho más suave que duraron hasta sobrevenir otra glaciación. Las épocas de clima suave se llaman por esto "interglaciares". Estos cambios sucesivos en el clima aparecen claramente con sus respectivas fechas de duración, en el siguiente cuadro:

NOMBRE	FECHA
I. **Glaciación de Gunz**	600,000 años antes de la época actual
1er. Interglaciar	450,000 años
II. **Glaciación de Mindel**	380,000 años
2do. Interglaciar	330,000 años
III. **Glaciar de Riss**	240,000 años
3er. Interglaciar	150,000 años
La técnica de encender fuego aparece en el período "Acheulenss" hace unos 100,000 años.	
IV. **Glaciar Wurm.** Durante este hay avances y retiradas sucesivas de los hielos:	
Retirada	40,000 años
Avance	Entre el anterior y éste, el hombre
Retirada	llega a América
Ultimo avance del glaciar Wurm. Desaparece definitivamente la antigua fauna cuaternaria.	
V. **Post-Glaciar.** Epoca en la que nos encontramos ahora y que en sus inicios se llamó.	
Magatermal	9,000 años

Hasta aquí, en nuestra búsqueda para reconstruir la historia de los viejos, nos hemos apoyado en la geología. En adelante nos ha de ayudar otra ciencia: la arqueología o estudio de los restos que han quedado de las obras materiales de los viejos. Después, poco a poco, comenzará a ayudarnos la tradición, o memoria más o menos clara, conservada oralmente a través de las generaciones, hasta llegar a la verdadera historia que se apoya en testimonios o relaciones escritas y en la memoria clara y reciente.

3. El Marco de la Evolución Cultural Peruana

Desde que aparecieron los primeros hombres hasta bastante tiempo después de su llegada a América, todos ellos vivieron durante muchísimos años casi de la misma manera. Sólo muy poco a poco, y probando muchas veces, fueron aprendiendo a hacer nuevas cosas que les ayudaban a resolver sus problemas y a vivir mejor.

Estos cambios graduales en la manera de vivir y hacer las cosas es lo que aquí llamamos "evolución cultural" y sus pasos podemos conocerlos ahora mediante el estudio de los restos arqueológicos que nos han quedado Nuestros viejos que formaban parte de la población primitiva que vino a América vivieron ellos mismos esos cambios culturales o los conocieron en los grupos humanos que vivían cerca. Por eso nos es muy importante conocerlos para poder referir a ellos la vida de nuestros viejos.

Hay otra cosa importante que nos interesa conocer: el clima (temperatura, lluvias) en el que tenían que vivir, pues los cambios que tuvieron, aún después de terminada la época de los glaciares, les obligaban a acomodarse a ellos contribuyendo a alguno de los cambios que veremos enseguida.

El clima en el tiempo de la evolución cultural

15,000 años	Clima muy frío con mucha lluvia.
10,000 años	Continúan las lluvias. Desaparición de los grandes animales de la antigua fauna cuaternaria.

9,000 años	Se suaviza la temperatura y disminuye la precipitación.
8,000 años	Vuelven los fríos y las lluvias muy copiosas excepto en lo que ahora es la selva.
7,000 años	Clima muy suave. Se puede vivir al aire libre.
5,000 años	Epoca mega-termal. Máximos de temperatura.
2,500 años a.c.	Neoglaciación. Vuelve el frío. El óptimo climático.

La evolución cultural (2)

El período lítico

Se extiende desde el año 18,000 al 4,000 a.J.C. Durante él los hombres se alimentaban a base de la caza y recolección de animales grandes y pequeños, como los moluscos encontrados a orillas del mar, semejantes al "kunku", y también de frutos y semillas silvestres.

Su habitación son las cuevas o tayus, los abrigos de roca y el paraviento o "kajitai". Sus vestidos son pieles de animales sin curtir o simplemente van desnudos.

Tipo de asentamiento. Semi-fijo o claramente nómada según la abundancia de comida. Permanencia en un mismo lugar en los casos de abundancia continua de moluscos o peces en lugares de la costa.

Organización social. Agrupados según familia nuclear (padre, madre, hijos) o extensa (incluidos ciertos parientes). Varias familias unidas formaban "bandas" nómadas.

Creencias. Creían en la supervivencia del alma (Iwanch) y tenían también "médicos" videntes como el Iwish. Existe magia de caza.

Tecnología. Sabían encender y utilizaban el fuego. Tenían instrumentos de piedra trabajada por choque o por presión. También otros instrumentos de hueso, concha, madera, trenzaban cuerdas y recipientes tipo "red". Conocían el propulsor (wachi akentai).

Los tiempos de la agricultura incipiente

Abarca desde el año 4,000 al 1,000 a.J.C.

En realidad desde el año 7,000 se venía cultivando la calabaza en México y desde el 5,000 la yuca "domesticada" en Colombia (valles tropicales) y en la Amazonía. En el año 4,000, en el Perú aparecen cultivados el camote, el frijol (Bik) y posteriormente el maní y el algodón. Para el 1,300 se ha propagado ya el cultivo del maíz.

Vestidos. Aparecen los primeros de algodón (inicialmente sólo anudado, no verdaderamente tejido).

Asentamiento. Se levantan las primeras aldeas sedentarias a orillas de los ríos.

Tecnología. Comienza a fabricarse cerámica utilitaria (tipo "Itchinak").

Creencias. La magia de caza se va transformando en magia de protección y aparece el culto a deidades zoomórficas. Este culto es ya de carácter social y no individual.

El período formativo

Abarca desde el año 1,000 al 500 a.J.C.

Alrededor del primer milenio antes de Jesucristo, o si se quiere precisar más, hacia el 900, los resultados del cultivo intensivo en las zonas con regadío se han concretado en un tipo de sociedad humana completamente distinta a las que existían anteriormente.

Han cambiado radicalmente los hábitos alimenticios de los hombres.

Al introducirse el cultivo intensivo –ya no hay que depender de una recolección siempre insegura– han aumentado enormemente las posibilidades de supervivencia y, en muchas partes, se da un crecimiento explosivo de la población.

Esta población se concentra en torno a centros políticos, religiosos y económicos dando origen al "urbanismo".

Aparecen los "jefes", las clases sociales, la esclavitud, las guerras de conquista.

Surgen importantes "centros ceremoniales" de carácter religioso.

Todo esto obliga a la división del trabajo y con ella se produce un notable florecimiento tecnológico y artístico que, en épocas sucesivas, irá desarrollándose más y más. En forma resumida, el Formativo presenta el siguiente cuadro:

Alimentación. Cultivo intensivo del maíz, que se puede almacenar y sirve para poder vivir largos períodos sin preocupación. Este cultivo se hace a base de riego: andenes, canales, diques.

Alojamiento. Concentrado, al menos en las ciudades. Esto es necesario para hacer las obras comunales de riego y construcción. Persisten, sin embargo, las aldeas que ahora son mucho más estables.

Organización social. Los antiguos jefes de familia y de "banda" van siendo substituidos por verdaderos reyes (jefes que mandan a tribus o confederaciones de tribus). Aparecen las clases sociales al darse el fenómeno de una estratificación social con nobles, sacerdotes, guerreros, obreros especializados, simples peones, siervos. Cada una de estas clases sociales tiene ocupaciones y funciones especializadas y un nivel de vida distinto para cada una de ellas.

Creencias. Encontramos el culto de Dioses con la figura de jaguares, serpientes, águilas, a los que se teme y se procura aplacar con ofrendas y sacrificios, a veces humanos.

Conocimientos. Los hombres comienzan a estudiar los cambios en las fases de los astros, preparan calendarios para prever las épocas de la siembra y recolección. De manera rudimentaria comienzan a consignarse cantidades numéricas: tributos, rendimientos... las construcciones suponen conocimientos de física y geometría.

Tecnología y arte. Se trabajan con precisión y delicadeza la piedra y el adobe, practicando con ellos dibujos y relieves, los recipientes cerámicos son lindos y originales utilizando la cocción en horno para darles más dureza y durabilidad. La piedra se pule y adorna para hacer vasijas y estatuas. Saben planear sus construcciones y utilizan máquinas simples y eficaces para aumentar el rendimiento de la fuerza humana.

Los dos nombres que simbolizan esta cultura nueva que se difunde por todas partes son los de Cotosh y Chavín; las localidades donde se han encontrado y estudiado las muestras más originales y grandiosas de la misma.

La emancipación regional

Del 500 al 300 a.J.C.

Una de las consecuencias negativas del desarrollo cultural del Formativo fue la aparición de las guerras verdaderas. Al aumentar, con los campos de cultivo y el almacenamiento de cosechas, la seguridad económica, y al crecer cada vez más las riquezas y el número de cosas deseables, las guerras por codicia y venganza aumentan también. Habían surgido ciudades diferentes que ahora rivalizan entre sí para imponerse, para tener más tierras, robarse las cosechas y hacer prisioneros para servirse de ellos como peones aumentando su mano de obra o para ofrecerlos a las divinidades locales aplacándolas con sacrificios humanos.

Cada ciudad cuenta con su cinturón periférico de aldeas con sus respectivos campos de cultivo.

La tecnología sigue perfeccionándose; se fabrican chaquiras de piedra aparecen instrumentos musicales especializados (pinkuí, tambor, etc.) para alegrar las fiestas comunales.

El florecimiento regional

Se extiende desde el 200 a.J.C. hasta el 900 d.J.C.

El desarrollo artístico y tecnológico, comenzado con ímpetu en las épocas anteriores, alcanza en ésta su punto más alto; si no en el

aspecto organizativo cuantitativo, sí en la originalidad e inspiración. Por esto se ha llamado a este período la época clásica. Notaremos especialmente:

Construcción de grandes edificios, templos y palacios de adobe ornamentado.

Asentamiento en grandes ciudades.

Formación de grandes "federaciones" de ciudades que se defienden mutuamente contra enemigos comunes.

Gran belicosidad que hace alcanzar especial importancia a la clase social de los guerreros. Conocemos de guerras llevadas contra los selváticos.

Aprovechamiento inteligente y depurado de los recursos tierra y agua para el regadío.

Tecnología muy depurada, sobre todo en la cerámica que, por sus temas de ornamentación tomados de la vida real, se convierte en un documento invalorable de información etnográfica. La metalurgia del oro y de la plata alcanza también gran altura y acierta a dar verdadero temple al cobre empleado en herramientas y cuchillos rituales (Tumis).

Práctica deportiva de la caza empleando para ella redes con las que enlazan a los venados.

Celebración de grandes fiestas comunales.

Esplendor lujoso en el nivel de vida de las clases elevadas (ornamentación, trajes, etc.).

Prosiguen dando culto a dioses protectores representados en forma de serpientes, aves y jaguares. La figura de estos animales selváticos había aparecido ya en Chavín.

Sabemos que también practicaban la reducción de cabezas y utilizaban la cerbatana como arma de caza y tejían con telares muy parecidos a los que, hasta hace poco tiempo, empleaban nuestros viejos.

Como centros principales de estas grandes culturas suenan los nombres de Paracas, Nazca y, sobre todo, el gran reino Mochica.

La época de los grandes imperios expansionistas

Del 900 d.J.C. hasta el año 1,200 de nuestra era.

En ella dos poderosas confederaciones de ciudades, Wari y Tiahuanaco, mediante grandes guerras de conquista, llegan a dominar

a muchas de las otras confederaciones existentes y hacen sentir su influencia política, religiosa y artística hasta zonas aún más alejadas. Estos imperios se ubican sobre todo en la sierra.

La época de los Señoríos independientes

No sabemos qué es lo que termina con la fuerza dominadora de estos imperios. El caso es que vuelven a resurgir independientes las confederaciones de épocas anteriores. Entre ellas alcanza especial importancia el señorío del Gran Chimú que hunde sus raíces originarias en la Confederación Mochica y, seguramente, en el gran movimiento cultural que recibió el nombre de Chavín. Ocupaba la costa norte y se extendió en algunos casos hasta la Ceja de Montaña. Su lengua –que se conservó hasta el s.XVIII– era la llamada "Lengua Yunga".

El Gran Chimú, sometido por los Incas en 1463 (?), entra en el escenario de la historia escrita a través de los testimonios de los primeros cronistas españoles del Perú.

La época Inca Imperial

De 1,440 a 1,532.

La época Inca Imperial es de sobra conocida y es objeto de detallado estudio en la Historia general del Perú. De esta época nos interesa especialmente la lucha de Huayna Cápac contra las tribus jíbaras aliadas de los rebeldes Cañaris y que resultó un total fracaso para el Inca.

Así pues, sobre el cuadro de la evolución cultural presentada en el siguiente cuadro, que se refiere principalmente a los grupos de la costa y de la sierra, podremos colocar, para comprenderla mejor, la historia primitiva de nuestros viejos.

EVOLUCION CULTURAL EN LOS ANDES CENTRALES

Epocas	Fechas	Caracterización
Colonial	1532	Españoles
Post Clásica	1440	Incas
	1200	Chimú
	900	Tiahuanacu, Wari
Clásica	200	Mochicas
Pre-Clásica	0	Nacimiento de Jesucristo
	500	
	900	Chavín (Metales, Cerámica desarrollada, Agricultura de regadío)
Incipiente	1300	Agricultura y Cerámica incipientes.
	14000	Llegada de cazadores recolectores.

4. La Gran Marcha

Partiendo de Siberia

La historia de nuestros viejos se confunde en un principio, con la de todos los primeros hombres que entraron en América llegando hasta el Perú. Así continuaron, por lo menos hasta el comienzo del Formativo. Ellos, sin duda, formaron parte de alguno de aquellos grupos de duros y atrevidos cazadores siberianos que, buscando nuevas tierras y modos de vivir más fáciles, penetraron en nuestro continente por el estrecho de Behering hace veinticinco o treinta mil años, saltando por los puentes de hielo entre las islas Aleutianas y Alaska.

Curtidas al frío y dotadas de un gran potencial de supervivencia, aquellas familias caminaron años y años a lo largo de las mesetas y las alturas frías y secas de la gran cordillera americana que tanto se parecían a las estepas de su nativa Siberia.

Algunos de aquellos grupos se acabaron; otros quedaron en el camino, establecidos en tierras que les parecieron buenas o emigraron hacia el oriente buscando un clima más cálido. El grupo de nuestros viejos continuó incansable su marcha hacia el sur mientras sus ancianos iban muriendo y nuevos niños nacían para sucederles.

Para el año 20,000 a.J.C. han pasado el istmo de Panamá. Para el 14,000 han llegado al Perú. Por estas fechas encontramos ya hombres establecidos en las cuevas de Lauricocha.

Durante esta marcha los viejos conocieron las oscilaciones climáticas del último Glaciar. Lluvias interminables que hacían desbordar los ríos y quebradas alternando con años de sequía en que los animales mueren y sólo el Panki quedaba en el fondo de las pozas medio secas de la selva.

Para el año 9,000 América está en el período Mega-Termal, con grandes calores que no volverán a encontrar nuestros viejos hasta que, mucho después, lleguen a la selva.

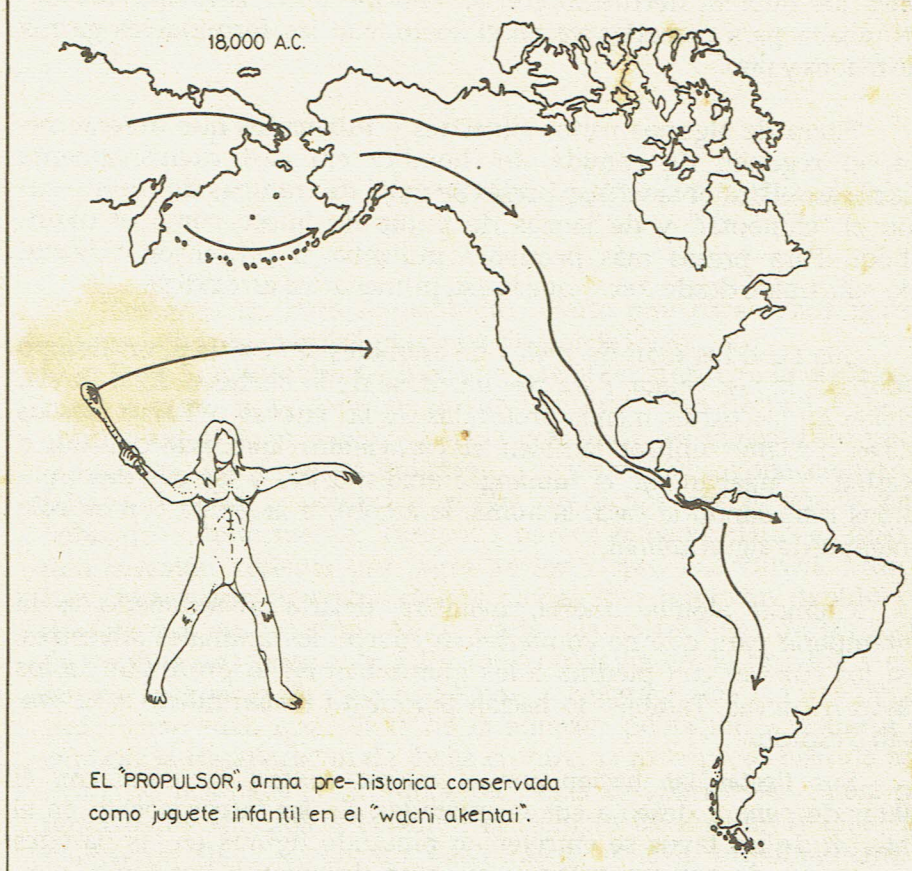
Pasado un milenio grandes nevadas vuelven a cubrir las altas cumbres andinas y, en las partes bajas, se convierten en lluvias torrenciales. Desde el año 8,000 antes de J.C., según Meggers, nuestra selva ha mantenido las mismas características botánicas y zoológicas que existen ahora. Pero en estas fechas nuestros viejos no parecen haber llegado todavía allí.

Durante el larguísimo período de tiempo que transcurre hasta el año 4,000 antes de Jesucristo, todos los hombres que han entrado en América parecen haberse alojado, vestido y alimentado de una manera idéntica. Así también nuestros viejos. Como la más preciosa riqueza, traída desde los comienzos de la migración desde Siberia, se han transmitido de padres a hijos la técnica de encender fuego frotando entre sí dos palos muy secos y prendiendo con su chispa un musgo bien seco. Y, junto a esto, la manera de conservar el mismo fuego encendido durante mucho tiempo. La costumbre que existe todavía entre los cazadores siberianos de preservar un rescoldo colocándole en un hueco practicado en el interior de un tronco de árbol de combustión lenta. Así la llamada "matuchka" siberiana y el jii de tres leños convergentes un poco separados del fogón aguaruna, son la aplicación apenas modificada de un mismo principio.

En su historia de Tákea, el hombre que tenía el fuego, los viejos nos han conservado bajo el ropaje de un mito, la memoria del primer hombre que descubrió la manera de encenderlo y lo conservaba celosamente, mesquinándolo a los demás y, después, las pruebas de Jempe (quien lo robó para entregárselo a los viejos) para encontrar las mejores maderas a fin de mantenerlo encendido.

En aquellos tiempos los hombres apenas tenían cosas. Con menos fuerza y agilidad que muchos animales, suplían esta falta con su inteligencia y su curiosidad insaciable para aprender observando y experimentando. Gracias a ello daban caza a las grandes especies de la fauna cuaternaria primitiva cuya desaparición presenciaron. Los viejos contemporáneos del hombre que vivió en las

LA GRAN MARCHA



EL "PROPULSOR", arma pre-historica conservada como juguete infantil en el "wachi akentai".

cuevas de Toquepala y Lauricocha pudieron conocer todavía al "Kushimpip" y al "Kuchichío" (3) que sobrevivieron todavía algún tiempo en lugares de refugio excepcionales como el "Tákete" del Duwik Mun.

¡Bien trejos tuvieron que ser aquellos viejos que, para sobrevivir, se enfrentaban y daban caza a la gigantesca fauna del cuaternario final! Como aquel Tylacosmilo, el tigre con colmillos de casi un palmo de largo o el Megaterio, pariente aventajado de Uñush (el perezoso) que no podía subir a los árboles para comer sus hojas pues los hubiera derribado con su enorme peso; pero que los derrumbaba para comerlas ya en el suelo, con las formidables garras de manos y pies.

Fuera de algunos frutos silvestres y tubérculos que desenterraba, el régimen de comida del hombre era casi exclusivamente carnívoro. Para obtener sus presas se valía de trampas de resorte como el "chinootai" y de lanzas de punta de hueso como el ukúnchikit. Para presas más pequeñas utilizaba el propulsor o wachi akentái, traído desde Asia y que fue su primer arma arrojadiza.

Sus vestidos eran de pieles de animales sin curtir o, en tiempo caluroso, la piel calata. Para resguardarse de la noche, o de la lluvia, vivían en las partes menos profundas de las cuevas o **Tayus.** En los viajes debieron utilizar también el paravientos antecesor del **aak** o **Kajitai.** Y jugaban con el **tumang** o arco musical y las cuerdas trenzadas remedando la casa, la araña, la escoba, o la grupa con su cola colgante de algún animal.

Cuando alguien moría, evitaban dejarlo abandonado a la intemperie para que no comieran su cuerpo los animales silvestres, así los cubrían con piedras o los guardaban en lo profundo de los **tayus** o cuevas. También lo hacían porque ya tenían miedo a su **wakán** o espíritu.

Sus fiestas las hacían con el mismo **tumaq** haciendo con él llorar de pena y deseo a sus enamoradas. En las largas noches en el interior de los tayus se entretenían pintando figuras en las paredes con tierras de colores untadas en grasa de animal. Los viejos contaban a sus hijos las historias de sus viejos y éstos jugaban haciendo nudos con una cuerda que luego deshacían (pákichu), haciendo girar el wague o trompo zumbador, imitando al manchi o saltamontes con un trozo de palito que saltaba impulsándole con otro palo.

Para el año 6,000 antes de J.C., el clima había mejorado mucho y ya no tenían que buscar refugio en las cuevas. Las horas de luz

eran más largas y podían prolongarlas dedicando más tiempo a la recolección y a la caza.

Todo ese tiempo, comprendido entre el establecimiento de los hombres sobre los Andes peruanos y el momento en que encontramos a los viejos viviendo en la selva como cazadores recolectores de frutos, es un espacio obscuro que tenemos que llenar a base de datos arqueológicos y unas dudosas pistas que encontramos acá y allá en los Duwik Mun y que son como el rostro del ikanugmanch, la luciérnaga, que aparece y desaparece en las noches.

Nuestros viejos llegan a la selva

Tenemos un dato arqueológico cierto que parece nos permite señalar fecha tope a la llegada de los viejos a la selva.

Toda la extensión de lo que es hoy el territorio de la etnia aguaruna y parte de la zona circunvencina, está llena de restos de una cultura anterior, más evolucionada que la de los viejos. Esto parece indicarnos que éstos se limitaron a ocupar dicha zona cuando ya faltaba en ellas la población autora de dichos restos, que la había habitado anteriormente. Tampoco parece haberse dado el caso de una invasión violenta por parte de los viejos. Los Duwik Mun no han conservado ni rastro de las luchas que hubieran debido producirse con este motivo. Al contrario, las narraciones de las luchas de los Iwa nos presentan a los viejos todavía como tímidos e indefensos, incapaces de imponerse por la fuerza a una cultura organizada como tuvo que ser la de la anterior población. Quedaría por explicar la desaparición de dicha cultura; pero la proto-historia americana ya nos tiene acostumbrados a esas desapariciones, ahora para nosotros inexplicables. Tenemos el ejemplo de los Mayas que desaparecieron de Yucatán sin dejar rastro y, más próximamente –y quizá relacionada con nuestro caso–, la de las culturas Chavín y Kotosh.

El inventario de los restos arqueológicos recogidos hasta ahora podría distribuirse en los siguientes grupos:

– Restos de recipientes de piedra trabajada y de cerámica de tipo chavinoide o Chavín. Otra cerámica de tipo más arcaico.

– Pictogramas incisos en las rocas y, (en la zona periférica) pinturas en "abrigos" de roca de factura más sofisticada.

– Objetos de cobre: hachas, al menos de tres tipos, y anzuelos.

– Cabezas de flecha trabajadas en piedra por presión marginal y enorme cantidad de hachas de piedra pulida, todas ellas de un mismo tipo aunque de diverso material pétreo.

– Restos humanos depositados, no enterrados, en cuevas, al parecer no acompañados por otros objetos que pudieran proporcionar indicios de su fecha.

Se poseen también referencias, que no ha sido posible comprobar, de la existencia de restos de edificaciones de piedra (chulpas?) en la zona al W del Cenepa colindante con el Alto Miraflores.

Sobre las hachas de piedra de tipo andino a las que acabamos de aludir hay que notar que estuvieron en uso entre los aguarunas hasta que llegó la de acero que trajeron los "Apach" o cristianos. Pero los viejos afirman siempre que ellos no las trabajaron nunca. Siempre las "encontraron", frecuentemente después de haber soñado con ellas.

Desde luego merecería la pena datar cuidadosamente la cronología de todos esos restos y es probable que, al hacerlo así, podríamos distinguir entre ellos estratos diferentes.

La pre-historia americana selvática, que está dando ahora sus primeros pasos, nos puede reservar muchas sorpresas.

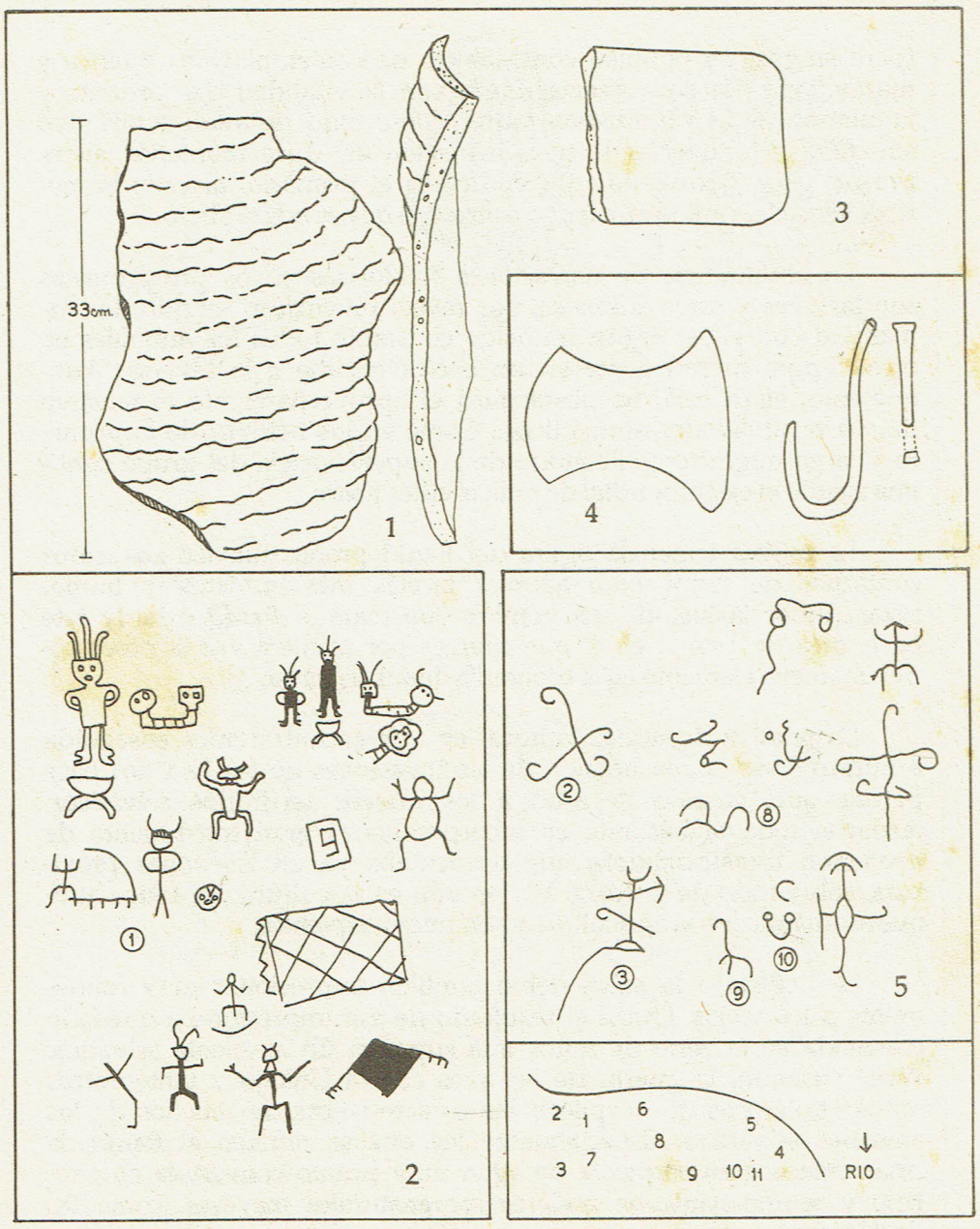
Establecidos en la selva, nuestros viejos hubieron de adaptarse a ella y poco a poco fueron aprendiendo a aprovechar múltiples y nuevos recursos. Esto debió llevarles bastante tiempo, pues el medio era radicalmente diverso del de su anterior hábitat cordillerano. Enumeraremos algunas de las nuevas adquisiciones:

El **kamush,** liber fibroso que crece bajo la corteza del árbol del mismo nombre (Olmedia áspera), substitutivo como elemento más liviano y acorde al nuevo clima de las pieles crudas de animales utilizadas anteriormente, las sogas de monte y sobre todo el tamshi para cestería. No sabemos cuánto tardaron en adoptar la técnica de la malla exagonal tan ampliamente difundida por todo el amazonas.

El **Natem** alucinógeno, el curare, etc., etc. La utilización de pinturas faciales y los adornos de plumería y semillas eran por su parte de adopción obvia.

También el contacto con el rico y bullente mundo animal se convirtió para ellos en inagotable materia de observación utilitaria

Restos arqueológicos anteriores a la llegada de los aguarunas



1. Cerámica. Yupikus
2. Pictogramas. Yaraque, San José de Lourdes, San Ignacio
3. Fragmento de hacha de cobre. Tamaño natural. Procedencia incierta, río Santiago
4. Hachuela y anzuelos de cobre. Kangasa
5. La piedra grabada de Wawasa

(para su caza) y también como objeto de contemplación estética y maravillada. La convivencia diaria con la vitalidad desbordante y juguetona de la variadísima fauna, sobre todo de aves, contribuyó sin duda a influenciar la transformación del duro montañés, siempre un poco introvertido y ceñudo, en el primario, abierto, humorista, sensible, vanidoso, curioso y atrevido que es hoy el jíbaro.

La abundancia de narraciones folklóricas cuyos protagonistas son las aves y otros animales, nos revela un curioso sentido de hermandad con ellos. Según tradición constante todos los animales en otro tiempo fueron gente en un evolucionismo a la inversa. Aunque esto, claro está, no obstaculiza el aprovechamiento exhaustivo de sus posibilidades alimenticias. Como en los tiempos de la primera y larga migración, el sentido de la supervivencia del grupo continúa siendo el eje primordial de todo el ethos jíbaro.

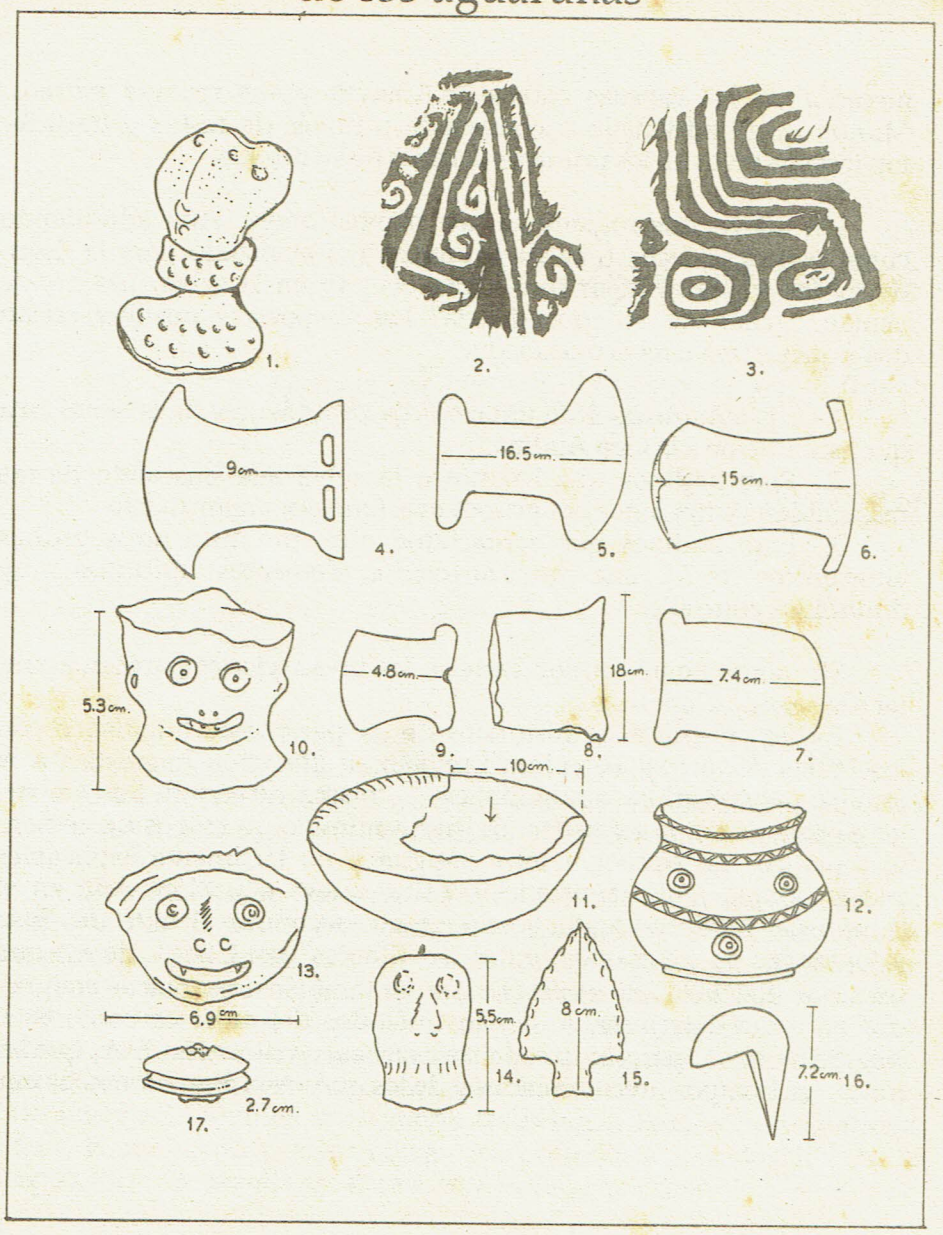
La misma temerosa figura del **Panki** pronto suavizó sus duros contornos de terror para adoptar facetas más humanas y humoristas. Véase la historia del hombre que mató al **Panki** o la de éste en la casa de Tsunki en el que aparece por primera vez la pesca como un nuevo elemento en la economía de subsistencia.

La relativa desnudez cultural en que encontraremos enseguida a nuestros viejos con ocasión de las invasiones de los Iwa nos hace pensar que, cuando llegaron a los nuevos territorios selváticos, tardaron todavía bastante en incorporarse al gran movimiento de evolución transformadora que fermentaba ya en las zonas próximas, sobre todo de la costa. Vivían aún en la cultura del Lítico aunque asomándose a la agricultura y cerámica incipientes.

La llegada a la selva debió también impresionar muy fuertemente a los viejos. Quizá el resultado de esa impresión ha quedado plasmada en la serie de mitos que suponen un ambiente selvático: Wee, Yusanim, la guerra de las aves contra Unkaju y tantos otros mitos etiológicos que explican las características de muchos de los animales selváticos. Especialmente los que se refieren al **Panki,** la Anaconda o gran serpiente de agua muy pronto convertida en símbolo y acompañante de poderes sobrenaturales mayores, como los de **Ajutam.**

Un grupo de relatos míticos "sombríos", bien distintos del juguetón y luminoso mundo del reino animal que enumerábamos más arriba, sería el de Kwankus que se hizo vampiro, Tseatik, el ave monstruosa que parece acercarnos al mundo gigantesco y estre-

Restos arqueológicos anteriores a la llegada de los aguarunas



1. Piedra. San José de Lourdes
2. Cerámica. Chipe
3. Cerámica. Chiriaco
4. Hacha de cobre. Aintám
5. Tumi. Río Cenepa, sin precisar
6. Hachuela. Río Santiago, sin precisar (Guayabal?)
7. Hacha. Chosica
8. Yupicusa
9 Hacha de piedra. Progreso
10. Cerámica. Las Salinas
11. Tazón de piedra. Achu
12. Cerámica. Papayacu
13. Cerámica. Las Salinas
14. Cabeza humana. Piedra. Sin precisar
15. Punta de flecha. Piedra. Chipe
16. "Liga" mágica clavada en un cráneo. Piedra. Bagua Chica
17. Pesa de hilar. Cerámica

CENDOC
Centro Amazónico de Antropología
y Aplicación Práctica

mecedor de las cabezas clavas de Chavín y sus relieves pétreos. Mundo quizá adivinado o contactado a través de restos o tradiciones todavía vivos en los primeros tiempos de su llegada.

Un nuevo interrogante se nos plantea ahora. Aún admitiendo como segura la fecha tope de un formativo avanzado para la llegada de los viejos al lugar que ahora ocupan en la selva, ¿de dónde venían?, ¿cuál era su procedencia? Las respuestas posibles serían dos y quizás una tercera intermedia:

1.- Los aguarunas eran amazónicos procedentes de la selva baja que ascendieron a la Ceja Andina.

2.- Eran andinos que bajaron a la selva alta buscando tierras más cálidas o empujados por grupos más fuertes y organizados.

3.- Eran andinos que contactaron muy pronto a otros grupos amazónicos de los que tomaron ciertos elementos culturales muy difundidos entre ellos.

Sin poder contestar con certeza, las presunciones parecen apuntar a la segunda hipótesis.

Existen testimonios históricos de su parentesco linguístico con los Paltas del actual Ecuador. También su afiliación linguística a la familia paleo-Kechua apuntaría en la misma dirección. Sin embargo es sugeridora la presencia de cierto número de rasgos típicamente selváticos de adopción muy antigua y no fácilmente explicables por la adaptación circunstancial a una nueva situación. Aún en el campo del folklore resulta sorprendente encontrar el mito de "Etsa y los dedos de los monos" entre los "Cholos" del Chocó, de los que un autor -Reichel Dolmatoff- (4) dice ser también amazónicos emigrados en fecha determinable por los métodos del radio carbono. Esta migración fue al parecer una de las muchas, en dirección E-W, que se dieron en tiempos precolombinos y de los que hasta ahora sabemos tan poco.

5. Los Comienzos de la Agricultura y el Mito de Nunkui

Para el grupo humano jíbaro, los comienzos de la agricultura representaron el mismo caracter de encrucijada histórica definitiva que tuvo para los otros pueblos costeños y andinos que les rodeaban

Es verdad que, por las especiales condiciones ambientales, el cambio no tuvo de inmediato las dramáticas consecuencias de transformación social que en las culturas llamadas de regadío. Sin embargo la mayor seguridad y abundancia en la alimentación, el cambio revolucionario que se produjo en ésta (con el paso de una dieta predominantemente carnívora a un régimen alimenticio más equilibrado con carbohidratos) fueron suficientes para asegurarle un lugar relevante en la memoria tradicional. Pero, a pesar de todo esto, el momento preciso en que se produjo la introducción de la agricultura nos resulta ahora casi imposible de determinar.

La agricultura, siquiera en su modalidad incipiente, ¿acompañó a los viejos que vinieron a llenar el "nicho" selvático que ocupó la misteriosa cultura de las hachas de bronce y la cerámica sofisticada a que aludimos antes?, ¿llegó a ellos cuando llevaban ya un tiempo establecidos en la selva?

Según los etnobiólogos, las variedades domesticadas de camote, frijol y zapallo aparecen en América hacia el año 4,000 a.C., fecha

asignada a la agricultura incipiente temprana. Para el año 1,000, igualmente a.C., el maíz y el maní se han afianzado ya en algunas culturas del Perú.

De la yuca tampoco sabemos nada con certeza. Su origen es selvático y pudo originarse en Colombia. Su utilización –al menos en el caso de la yuca dulce– presupone la existencia de una cerámica necesaria para aprovecharla en la alimentación. Los hombres que habitaron Chavín (900 a.C.) ya la conocían y la aprovechaban, a juzgar por las representaciones en piedra allí conservadas.

En las narraciones de nuestros viejos, **biik, dushe, yuví** (frijol, maní, zapallo) se atribuyen a los tiempos más antiguos del **yamá nagkancha** y con un origen autóctono; **biik** y **dushe** los robó Yampits (la palomita), arrebatándoselos al "gente" que los tenía y mesquinaba, y luego se los entregó a los viejos.

Los orígenes del cultivo del zapallo aparecen como más antiguos aún. Los tenía en su chacra Auju, (la mujer de Nantu; Nantu, la luna era hombre que entonces vivía en la tierra). Al huir Nantu al cielo, amargado con su esposa, ésta quiso seguirle. Al hacerlo, el bejuco por el que trepaba tras él se rompió. La changuina que contenía los zapallos y que ella cargaba reventó y las semillas se regaron por el suelo. Auju queda aplastada, convertida en el **duwe** arcilla de hacer ollas. Vemos aquí, paralelamente al de la agricultura, el origen de la cerámica incipiente.

Advertiremos de paso que en la cerámica aguaruna parecen distinguirse dos tipos muy diferentes. Una de las "Itchinak", de formas muy sencillas y uniformes, en negro, y cuyo cuello conserva muchas veces claramente las huellas de los rulos sucesivos de arcilla con que fueron conformados. Con frecuencia estos cuellos de vasija están ornados con huellas pugilares o con rallitas incisas dobles o entrecruzadas. Este tipo coincide exactamente con la de la cerámica muy antigua, quizá del Formativo, que se conserva en las llamadas "Ollas de gentiles" en los filos más montañosos de las provincias de Jaén y San Ignacio.

El segundo tipo de cerámica, el de las piningas, yukunt, buits, etc., pintadas y con variedad de formas y que parece originada en la imitación de una cerámica polícroma que los viejos debieron conocer en pueblos más adelantados. Quizá los Iwa.

La agricultura propiamente dicha, la de las chacras de "roza y quema", reflejo selvático de la agricultura intensiva), es en cambio la de la yuca. Sus comienzos aparecen en el bellísimo mito de Nun-

kui, que parece desarrollarse sobre un transfondo selvático y con un origen alóctono. La yuca es traída por "otra gente" una de cuyas hijas, la niña Nunkui, es entregada (¿como cautiva?) a los viejos para que les proporcionen todo género de comidas y bebidas, entre otras el masato.

El nombre de Nunkui es un colectivo para designar a un grupo ajeno al que encuentran "subiendo por una quebrada" y cuyos descendientes parecen vivir ahora en el fondo de la tierra.

Sin medios de probarlo nos atreveríamos a asignar a este último comienzo de la agricultura una fecha relativa posterior a la llegada a la selva y posterior también a las invasiones de los Iwas de que hablaremos inmediatamente.

Nunkui

Así cuentan los viejos cómo los hombres aprendieron a hacer chacras.

Al principio los primeros hombres padecían mucha hambre y así, hambreando tanto, después de sembrar topa, raspando su cáscara la comían.

Sucedió cierta vez que una mujer estaba subiendo, quebrada arriba, para ver qué cosa había por allí. Unas cáscaras de yuca bajaban arrastradas por el agua.

– ¡Oh –decía– ahí tienen yuca!

Después de chupar las cáscaras, subiendo más arriba, vio a una mujer que con su hijita, después de bañarse estaba pelando yuca.

– ¡Dame yuquita; me muero de hambre!

– ¡No, ¿Para qué quieres?

– ¡Entonces te agarraré a ti!

– ¡No, llévate a la niña. Si te la llevas entonces yo vendré a vivir bien aquí.- Así le dijo.

La mujer, llevándose a la hija de Nunkui, la colocó sobre la cama bien envuelta en unos trapos que la escondían. Hecho esto,

lavando las ollas y las piningas y preparado el cernedor, dejó todo listo para hacer el masato.

– ¡Haz un conjuro para pedir comida; pide yuca, que haya masato, pide maduro para acompañar y carne de monte.

Al entregarla cuando la envió, la mamá de Nunkui la había instruido bien sobre lo que tenía que hacer:

– Cuando estés sentada, bien oculta por la ropa, tienes que decir:
– ¡Que halla mucha yuca amontonada en los rincones!
¡Que aparezca masato en las tinajas!
¡Que venga carne cocinada, que aparezcan carnes de paujil y de mono ahumado!
Y, al decirlo, así se hacía.
¡Que al masato, bien cernido, se derrame espumoso en las piningas!

El marido de la mujer, que había estado sembrando sus topas regresaba, hacha al hombro, viniendo a la casa. Al servirse de todo aquello:

– ¡Mi vieja! ¿De dónde ha venido la niña que te dio estas cosas?
– Deja eso; tú bebe y no preguntes; no hables de eso.
– ¡Esta bien! y ¡chat!, agarrando la pininga con dos manos, bebía.
– ¡Mi vieja, aguarda! ¡Me muero de hambre! ¿De dónde ha venido esto?
– ¡Chii...!– No habló más.

Tenían mucho masato, vivían bien. Así estuvieron mucho tiempo.

– Pide que tengamos chacras –decía.
Entonces aparecieron unos rozos de tierra bien pingüe, maduraba el plátano de cocinar, el maduro, aparecían matas de secano y los zapallos extendían sus tallos por todo el suelo.
¡Buenaza era la chacra!

Cierta vez, estando la muchachita con ellos, el hombre se dañó el pie con una espina; sufría mucho.

– Vamos a salir –dijeron–. Queda tú en la casa. Quedó la niña sola en la casa con el hijito del hombre que era un muchacho bien necio.

– ¡Pide que venga el Iwanch! –dijo el muchacho.
– Si llamo al Iwanch, vas a tener miedo.
– Entonces llama a un jaguar –insistió.
– Vas a tener miedo al jaguar –replicó
– ¡Llámale pues!
– ¡Está bien! ¡Que venga un jaguar! Cuando estén aquí te asustarás y querrás que se regresen.

Aparecieron unos tremendos jaguares y entonces, otra vez:
– ¡Que se regresen los jaguares!
El muchacho volvió a insistir:
– ¡Llama al Iwanch!
– Si llamo al Iwanch, vas a tener miedo. Ese no se regresa.
Seguía insistiendo y no podía convencer al muchacho.
– ¡Está bien pues! ¡Que aparezcan Iwanch por los rincones. Cuando les veas aquí, querrás que los haga regresar!

Entonces aparecieron los Iwanch.
– ¡Di a los Iwanch que se regresen!
No querían irse los Iwanch
– ¡Manda los Iwanch que se regresen!
No se iban.
– Ya te dije lo que iba a pasar si los llamaba.
– ¡Rápido; bótales fuera! –le repitió. Y, agarrando un puñado de ceniza, ¡puét!, le llenó los ojos de ceniza..

Llorando mucho la niña Nunkui se trepó a la viga de lo alto de la casa.

Entonces en la chacra, las yucas se transformaban en Tsanim, el maduro, en Tumbeá, el sétach en winchú.
Al ver esto, los papás, que estaban en la chacra decían:
– ¿Qué es lo que está ocurriendo?
Los camotes se cambiaban en inchinchi.
Fueron corriendo a la casa. Al llegar, mirando, vieron que allá arriba estaba la niña Nunkui llorando.
– ¿Qué ocurre? –preguntaban.
– Tu hijo me malogró los ojos botándome ceniza.

Riñeron al niño y, después, viéndola puesta allá arriba, que-

rían hacerla bajar. Cortaban los palos con el hacha. Entonces Nunkui:

– **Kenkú kenkú jujuita**
¡Guayaquil! guayaquil recíbeme
Quiero ir a comer
en el regazo de mi mamá!

Entonces el pilar central de la casa se transformó en un gran guayaquil.

¡Tum, tum, tum! –golpeaba el hombre con su hacha. Iban ya a chaparla.

– ¡Ay, ay, ay...! –Casi la agarraban. ¡Tuúnt! golpeaba al guayaquil.

Entonces la niña desapareció dentro del Guayaquil.

Cortado el guayaquil, bajándole por mirar dentro, encontraron puesto allí un niñito gordezuelo.

– Sácale rápido –estaban diciendo–. Lo pusieron en un rincón de la casa.

– ¡Pide yuca para nosotros!

Pedía y aparecieron unas yucas bien raquíticas, poca comida.

– No pidas así, pide bien que nos vengan camotes.

El camote era mezquino, los plátanos eran mezquinos. Lo que el niño pedía era todo raquítico y descolorido. Así hacía siempre.

El hombre, chancando al niño con el pie se lo introdujo por detrás. Al amanecer, después de haber dormido el hombre venteó. ¡Tuut...!

Así Nunkui nos dejó a Ikki; y por eso que hicieron, quedó dentro de los hombres desde tiempos antiguos.

6. ¿Quiénes fueron los Iwa?

La primera gran acción histórica en la que parecen implicados los aguarunas como pueblo identificado por un "nosotros", es la de las invasiones de los **Iwa**. Durante las mismas los viejos, impotentes, hubieron de contentarse con el papel pasivo de víctimas. La salvación les viene del mundo de la selva, es decir de las dificultades ambientales que encontraron los invasores.

El eco que en el folklore aguaruna ha dejado el Yuk Iwa; (**Iwa**, el que nos comía) nos recuerda inevitablemente al Ogro del folklore centroeuropeo. El Ogro, en efecto, es la mitificación del recuerdo de los antiguos Húngaros: las invasiones magiares con todo su terror. Vamos pues a intentar una reconstrucción histórica de lo que realmente ocurrió a base de los datos encontrados en el **Duwik mun** tradicional.

En esos mitos todo lo que se dice de los **Iwa** queda agrupado alrededor de dos núcleos: Primero, las invasiones de los **Iwa** y su derrota por los animales de la selva. Segundo, Etsa el Sol, principal héroe cultural después de Nunkui, y enteramente independiente de ella.

Las invasiones de los Iwa

Dicho mito nos ofrece los siguientes datos escuetos:
Los sucesos están localizados toponímicamente en zona jíbara,

el Kanús o río Santiago, lo que supone a los viejos ya establecidos en la tierra selvática que ocupan actualmente.

Una etnia forastera penetra en la selva, la invade, acosa a nuestros viejos "cazándoles con redes" y los devora. Posee una tecnología superior; el hacha de **Iwa,** a diferencia de la que de los viejos, no se rompe. ¿Es acaso de metal?

Los viejos, sobrecogidos de terror, parecen azonzados y no aciertan a defenderse Refugiados, medrosos, en lo alto de una peña parecen, esperar que **Iwa** los derribe y devore. **Iwa**, por supuesto, es un colectivo; tiene familia.

La salvación viene de los animales de la selva. **Ujik,** el cangrejo; **Tíssipi,** el tingotero; **Sumpa,** el camaleón; **Tikishap,** el grillo y, sobre todo **Machín,** el simpático y travieso mono blanco al que encontraremos después con Etsa en las intervenciones culturales de este último, y que aprovecha las ventajas y sorpresas de una selva no bien conocida por los invasores.

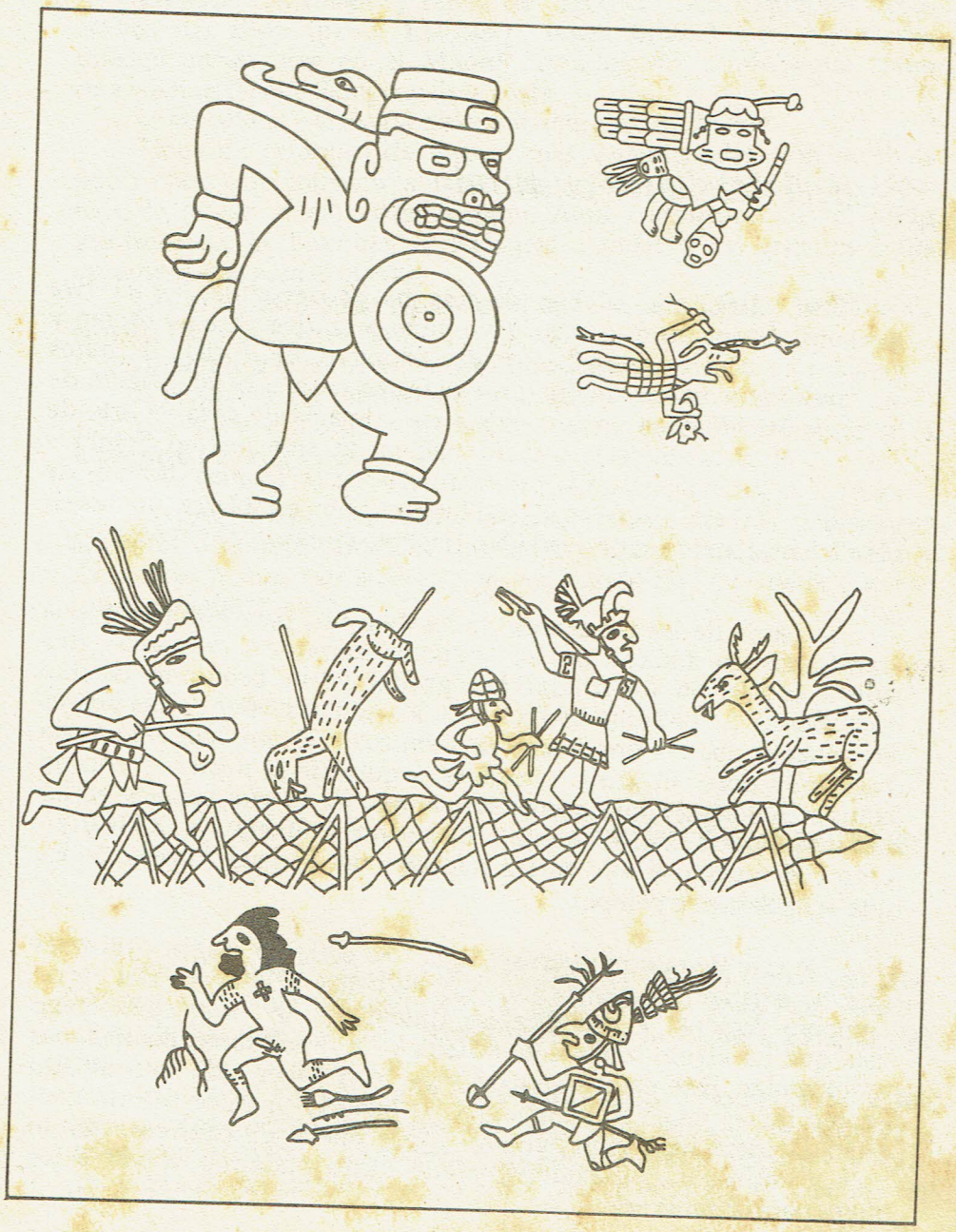
¿Quiénes eran en la realidad histórica estos **Iwas** a los que un incógnito y humorista Homero **intashtin** (melenudo) convirtió en protagonista de esta original Iliada y Odisea selváticas?

Del año 300 antes de Jesucristo hasta el 800 después del mismo, con la Emancipación y Florecimiento regionales aparece en la costa norte, la cultura Mochica que hunde sus raíces en estratos mucho más antiguos. Su gente llevó una vida complicada y rica que quedó plasmada en la decoración de su cerámica en que aparecen luchas con selváticos desnudos tomados como prisioneros de guerra, escenas de caza de venados con red, bolsas o zurrones ceremoniales (el **Wampachiji de Iwa**) y escenas de un mundo mágico: la carcancha en posición coital ("Los **Sankuch**") o la danza de los objetos inanimados que tienen resonancia en los mitos y canciones aguarunas.

Esta cultura "yunga" tangente al mar, se extiende hacia el interior por las sierras del norte y llega hasta el Chinchipe. En la relación de la entrada de Diego Palomino (1549), se nos dice de los nativos del Chinchipe: "son naturalmente yungas y las tierras de la misma calidad". En la toponimia de las tierras del cacique Chiura encontramos repetido una y otra vez el sufijo "pe": Chinchipe, Charape, Shuape, Mandape, Alalape, Guallape, Tomependa... que nos recuerdan los Motupe, Morrope, Chongoyape, Chocope lambayecanos. El mismo Diego Palomino anotó la costumbre de cazar venados con red que tanto impactó la memoria de los viejos al emplearse contra ellos en la guerra de emboscadas de los **Iwa.** Pudiera

Así eran los Iwa

Decoración de vasos mochica



añadirse a todo esto el hallazgo de algún instrumento de cobre tipo Tumi, en las mismas tierras del Cenepa.

¿Cuánto duraron estas guerras? No sabemos. Su duración pudo contarse por siglos. (5).

Etsa, el Sol, héroe cultural

Etsa, el Sol, fue el hijo de una mujer devorada por el **Iwa** Agaemp. Adoptado o cautivo, vive junto a él, descubre su origen y venga a su madre matando al padre adoptivo. En el ciclo de mitos que aparecen con su nombre, Etsa es quien enseña la fabricación de la lanza, la cerbatana y los conjuros de la magia de caza, el arte de tejer. A él se atribuye la transformación de animales en hombres durante la celebración de la primera fiesta de la **Tsantsa** después de vencer a Unkaju y sus aliados. El será quién establezca un orden cósmico señalando sus propiedades e instintos a muchos animales.

A partir de las invasiones de los **Iwa** nos parece adivinar una transformación radical de los antiguos cazadores nómades: una nueva conciencia de solidaridad grupal y un profundo cambio tecnológico. La próxima irrupción de los aguarunas (y de los jíbaros en general) nos los presentará ya idénticos a lo que han sido hasta hace muy poco. El jíbaro arrogante, seguro de sí mismo y con un equipo tecnológico que apenas ha variado de lo que aparece en las relaciones del s. XVI (Palomino, Benavente, Salinas) y s. XVII (descrito con mucho detalle en los informes del P. Juan Lucero de los que se hablará a su tiempo).

De este tiempo parecen ser toda una serie de rasgos culturales que no existían anteriormente, pertenecientes a la época del Florecimiento regional e inexplicables tratándose de una etnia como esta que ha vivido totalmente aislada y en dificilísimas condiciones ambientales. Este cambio puede muy bien haber sido introducido –como tantas veces ha ocurrido en la historia– a través de un contacto, siquiera haya sido agresivo o por medio de cautivos, que lo vieron entre sus dominadores y que luego pudieron volver a los suyos para comunicarlo.

Al querer contabilizar las adquisiciones de los viejos en esta ocasión podríamos enumerarlas tentativamente en la siguiente forma:

Técnicas del hilado y tejido de algodón y los esquemas decorativos del **Itipi:** (**petsa, kangasép, tawai ujuk**...) que, por cierto, pueden encontrarse en el Museo Brunning de Lambayeque como procedentes de este tiempo, y de la costa.

La cerbatana y la magia concominante a su utilización.

Tipos de cerámica de formas más ornamentales, con motivos polícromos que intentan superar las utilitarias y primitivas **itchinak** de origen mucho más antiguo. Aquí enumeraríamos el **pinig kuntujeamu,** la **Yukunta,** el **Kakajam umutai** y las grandes **buits** ornamentadas para el masato.

Las grandes fiestas colectivas, el tambor, el **pigkuí** y la flauta de pan (de uso mucho más raro).

El escudo y la lanza como arma de guerra.

El complejo ceremonial de la fiesta de las cabezas reducidas.

Los tipos elaborados de casa ovalada, la triple trinchera y el **kumpín** o torre de vigía.

De origen autóctono, aunque quizá de este tiempo, pudiera ser el **túntui** o tambor semiótico que imita en su forma la del **Panki** o Anaconda. Y que, por su forma y uso, parece no tener nada que ver con el manguaré witoto.

Los Incas Imperiales

Por los años 1,200 después de Cristo aparece, a orillas del lago Titicaca, una etnia que comienza a organizarse y progresar: son los Incas de los que sabemos tantas cosas por la historia general del Perú.

Esta etnia va poco a poco ensanchando y sometiendo a las otras gentes vecinas. Sus jefes tienen un gran sentido organizador y saben comprender y aprovechar las situaciones. Vencen en la guerra y tratan de dominar a los otros por medio de la lengua, los

mitos y la organización. Precisamente el último de los pueblos por ellos sometido fue el de los Mochicas ahora llamado Gran Chimú.

Por el norte llegaron los Incas hasta Colombia y por el sur hasta Argentina. Lo que les ha permitido realizar estas conquistas es una organización guerrera muy eficaz, con un ejército numeroso y bien disciplinado y la capacidad de comprender a la gente, tratándola bien por una parte y haciéndose obedecer de manera férrea por otra.

Los Incas tenían su capital en el Cusco y desde allí salían a someter a sus enemigos a través de un sistema de caminos y aprovisionamiento muy bien establecidos. Su dominio dura desde 1438 (Manco Cápac) hasta 1532 en que los españoles vencen, aprisionan a Atahualpa, el último verdadero Inca. De toda su larga serie de jefes el único que ahora nos interesa es Huayna Cápac, el que se enfrentó a nuestros viejos. He aquí, resumidas, las noticias de este hecho que aparecen en la Crónica del español Cieza de León (1551).

El Inca Huayna Cápac somete la región de Quito en 1513. Al intentar la sumisión de los últimos grupos de resistencia, los Cañaris, éstos llaman en su auxilio a nuestros viejos que suben a la sierra a ayudarles. Por primera vez los Incas tienen que enfrentar a la gente de la selva en su **sumpich** pero armados con sus lanzas de hueso y sus grandes **tantá** o escudos.

Sometidos los Cañaris, sus aliados repasan la cordillera y se refugian en su selva impenetrable. Huayna Cápac ha quedado muy amargo con ellos. Ha escuchado decir además que los **Pacamuru,** hombres pintados de rojo (el achote), tienen muchas tierras, una gran laguna y muchos ríos llenos de grandes poblaciones. Como muchos otros que vendrán después, Huayna Cápac se deja ilusionar por informes inexactos. Piensa que son tierras muy ricas y quiere quedárselas para repartirlas a su gente. Además está su amor propio herido por la insolencia de aquellos salvajes. Decidido a castigarles entró en sus tierras para hacerles la guerra, y una vez más en el ambiente selvático las mazas con cabeza estrellada de piedra, las flechas y las guaracas del ejército imperial fracasan ante los jíbaros decididos a defender sus tierras. Veamos cómo lo cuenta Cieza en su crónica que nosotros reproducimos en un lenguaje más actual.

"Hemos sabido por los nativos de estas partes, que Huayna Cápac entró por la tierra de los Bracamoros (**Pakamuru**) y que se

regresó huyendo de la furia de los hombres que allí viven y que habían nombrado sus jefes de guerra para defenderse de quienes les quisieran molestar. Esto nos lo cuentan, además de los parientes del Inca en el Cusco, el jefe nativo de Chincha y hombres notables de Puno y Jauja. Todos nos dicen que andando Huayna Cápac a pacificar las tierras que había conquistado su padre, escuchó que en la tierra de los Bracamoros había una numerosa población de hombres y mujeres, que tenían buenas tierras y que, en el interior, había una laguna y muchos ríos donde vivía mucha población.

"Queriendo descubrir y conquistar aquellas tierras, tomando los soldados que le parecieron necesarios y llevando poco equipaje, mandó caminar hacia allá dejando al resto del ejército alojado en los tambos reales bajo el mando de su capitán general.

Entrando en aquella tierra iba abriendo camino con mucho trabajo porque, pasando la cordillera de cerros nevados, (debió entrar por el actual Ecuador) dio en la montaña de los Andes o Ceja de Selva y encontraron ríos muy impetuosos que bandear o muchísima lluvia.

"Todo esto no desanimó al Inca de llegar a donde estaban los nativos que le esperaban dispersos en muchas casas fortificadas y desde allí le mostraban sus vergüenzas insultándoles porque venía.

"Comenzaron la guerra unos con otros. Tantos eran los nativos que se juntaban, la mayor parte calatos y sin traer ropas; dicen que el Inca decidió volverse y así lo hizo sin ganar nada en aquellas tierras.

"Cuando los nativos comprendieron que se retiraba, le estrecharon haciéndole correr tan de prisa que, a paso largo, unas veces haciéndoles frente, otras enviándoles regalos, se escapó de allí y volvió huyendo a su reino prometiendo vengarse de aquellos "rabudos". Lo decía porque algunos llevaban fajas **(akachum?)** largas que se colgaban a lo largo de las piernas."

Esto debió suceder en los comienzos de los 1500, en el siglo en que los viejos hubieron de encontrar y hacer frente, también con éxito, a un enemigo mucho más temible: los hombres que venían del **Nayants** la gran quebrada a la que ellos llaman "Mar".

7. Los Hombres que llegaron del otro lado del mar

El gran encuentro

Aquella noche del 12 de Octubre de 1492, nuestros viejos debieron ver relámpagos de guerra alumbrando el cielo hacia la parte de donde sale el sol. Cerca de la costa de lo que hoy llamamos América, hay una isla a la que sus habitantes llamaban Guahananí. Aquel día, los hombres que estaban en una de sus playas de arena vieron acercarse por el agua una como canoa bien grande sobre la que caminaba algo parecido a una gran nube que parecía empujada por no se sabe qué.

La gente que la veía por primera vez, iba a aprender muy pronto que aquella canoa se llamaba "barco" y que, lo que parecía nube era un gran trozo de tela que, empujada por el viento, podía hacer caminar aquella canoa días y días sin cansarse.

Los nativos de Guahananí vieron entonces que una canoa mucho más pequeña se separaba del costado de la canoa grande y se acercaba hasta encallar en la arena de la playa. En la canoa pequeña venían unos hombres que no iban desnudos como los habitantes de su isla sino vestidos con telas de colores y con grandes barbas que les hacía aparecer como muy viejos. Uno de aquellos hombres se adelantó en la arena, hizo mover en el aire una gran tela de color morado y levantando con la mano derecha un cuchillo muy grande que brillaba al sol (espada) lo movía después de decir unas palabras en una lengua que los de Guahananí no habían escuchado

nunca. Con aquellas palabras aquel "viejo" se declaraba dueño de la isla a nombre de su Apu, el Rey de España.

Los hombres del barco habían descubierto una nueva tierra y unos nuevos hombres y los nativos de Guahananí habían descubierto a los primeros europeos. En menos de cuarenta años, aquella gente recíen llegada iba a cambiar la historia del mundo, la de América y la de nuestros viejos.

Pasando más adelante con sus barcos, en 1513 estos hombres estaban ya en la tierra firme.

En 1528 Huayna Cápac –el mismo Inca que tuvo que ver con nuestros viejos– recibe el primer aviso de la llegada al Perú de aquellos desconocidos.

En 1531 un jefe de los hombres barbudos llamado Francisco Pizarro, desembarca en las playas de Tumbes en el Perú.

Al año siguiente los Incas estaban celebrando el nombramiento de un nuevo Apu, el Inca Atahualpa. Un hermano suyo, Huáscar, pelea contra él, pero le gana Atahualpa. Aprovechando aquellas peleas los hombres que llegaron del mar y que se llamaban a sí mismos españoles, avanzan un poco más y levantan una ciudad llamada Piura.

Atahualpa ha viajado a una de las ciudades que tienen los Incas y que se llama Cajamarca. Hacia allí han ido los españoles también. Atahualpa no desconfía; quiere recibirles para ver cómo son. Sus espías le han dicho que son pocos (ciento sesenta y cuatro) y que traen unos animales muy grandes (caballos) que dejan que los hombres se suban encima de ellos y una especie de cerbatanas que botan fuego como si fueran rayos.

Atahualpa con sus 40,000 **kakajam** se siente seguro. Quiere ver si todo eso que le cuentan es verdad y piensa que quizá podrá apoderarse de algunas de aquellas extrañas cosas. Pero el 16 de setiembre, al acercarse el Inca, los españoles le sorprenden desprevenido y lo chapan. Su gente no puede defenderlo y mueren muchos hombres. Los **Apach** ofrecen soltar al Inca si éste da mucho oro. Pero después de recibirlo matan a Atahualpa.

Los españoles, animados por el triunfo que ha sido tan fácil, quieren más y más oro. También quieren tierras para vivir en ellas. Por eso Pizarro decide bajar hacia el Cusco y, en el camino, funda la ciudad de Lima. Otro de los capitanes se separa del ejército y marcha, cada uno por su lado para encontar otras tierras y más oro. Preguntan mucho a los otros nativos dónde hay otras tierras y qué tal

son. Los que eran enemigos del Inca se lo dicen. Entonces los españoles reciben las primeras noticias de la tierra de nuestros viejos (6):

"Por donde sale el sol están las tierras de los hombres que se pintan de rojo en las cuales hay grandes regiones y muchos ríos, algunos de ellos muy crecidos y que corren fuerte. Se confía en que durmiendo veinte o treinta días en el camino encontrarán tierra muy buena y hay mucha montaña que pone miedo. La gente que hay allí anda calata y no están tan organizados como en la tierra del Inca ni fueron sujetos por éste, ni tienen la civilización de los del Perú, ni tienen verdaderos Apos. Afirman que son muy valientes y peleadores y corrieron hasta al mismo Huayna Cápac".

Con estas noticias y pensado que allí debe haber mucho oro, uno de los capitanes de Pizarro se anima a ir a conocer y llega a comenzar a fundar un pueblo cerca del Marañón, río al que los Incas llaman Chuquimayo. Pero tiene que abandonar aquel pueblo enseguida.

Pizarro, que ha llegado hasta el Cusco, encuentra que los Incas se han reorganizado ya y, cuando está dentro de la ciudad, le estrechan. Pizarro pide auxilio a los otros españoles que habían ido a otras partes a conquistar para que vengan a ayudarle. Con la ayuda de otros indios, enemigos de los del Cusco, les vence definitivamente y termina la guerra.

Los españoles han ocupado las ciudades de los Incas y fundan otras nuevas. Ponen autoridades y comienzan a obligar a los nativos a trabajar para ellos como antes habían tenido que trabajar para Atahualpa. Pero, enseguida, comienzan a pelear unos con otros y vuelve otra vez la guerra, esta vez entre los mismos españoles. Pizarro muere asesinado por sus mismos compañeros. Por fin, una autoridad nombrada por el Rey de España, pone orden, castiga a los revoltosos y, para premiar a los que se habían portado bien, les reparte las tierras de los nativos para que las conquisten y exploten.

El enemigo español

¿Quiénes eran estas gentes? ¿De dónde venían? Los españoles venían del otro lado del **Nayanza,** de una tierra muy lejana que se

llama España. España era un país pequeño, casi pura peña, situado en el borde de Europa. Vivían de una manera totalmente distinta a la de los viejos. Al principio vivían como salvajes. Otra gente –los romanos– que estaban más adelantados que ellos, los conquistó. Se llevó el oro que tenían, les hacían obedecer. Al tiempo en que hemos visto florecer la cultura que llamábamos Chavín, tuvieron por fin que rendirse a los romanos después de pelear mucho. En cambio los romanos les enseñaron otra lengua y a organizarse bien. Después vino otra gente que venció a los romanos, los visigodos. Por último, en el tiempo en que los Iwa peleaban contra nuestros viejos otra gente, los árabes, venció a los visigodos y a los españoles que se habían unido con ellos y eran ya cristianos. Los árabes conquistaron casi toda España.

Los españoles que habían quedado y que no habían querido rendirse a los árabes, poco a poco, peleando mucho, volvieron a reconquistar toda España. Siete siglos tardaron. Por los tiempos en que Cristóbal Colón conoció por primera vez América, los españoles acababan de tomar la última ciudad que les quedaba a los árabes. Por estas luchas los españoles eran muy peleadores y habían aprendido muchas cosas. Estudiaban y se organizaban bien, sabían hacer buenas armas y herramientas de acero y tenían los "arcabuses" que eran como escopetas de avancarga.

Los españoles que vinieron al principio eran todos soldados voluntarios. Entonces no había servicio militar. No llevaban uniformes. Cada uno vestía su chompa de manga larga y ancha (jubón) del hombro a la cintura, calzones, sombreros de tela y, para los pies, usaban yanquis de cuero o zapatillas que llamaban alpargatas. Tenían también botas de cuero, pero dejaron de usarlas porque se podrían muy pronto con la humedad. Sobre estas ropas vestían las armas defensivas: coracinas de metal, escaupiles acolchados con algodón, zamarras o casaca de cuero de puma. Sobre la cabeza colocaban sombreros, acolchados también de algodón y trapos. Los cascos, coracinas y otras piezas de armadura de acero con que se los pinta en los libros eran escasas y las llevaban solamente los jefes. Tenían escudos (como el **tantá** de madera forrada de metal y cuero, y otros más pequeños que llamaban rodelas, forradas de piel; las de metal se enmohecían oxidándose pronto por la humedad y el calor.

Las armas para atacar eran espadas (como machetes largos, delgados y con extremo bien filudo). Las "dagas" eran como cuchillos pequeños puntiagudos. Usaban lanzas de tres clases: picas,

partesanas y lanzas para luchar desde los caballos. Todas se parecían a nuestros **naki,** pero con punta de metal bien templada.

Para pelear a distancia usaban sobre todo bodoqueras o ballestas que disparaban las "jaras" como **tséntsak** pero con punta ancha de metal. También tenían los arcabuces que disparaban con pólvora negra. Pero en las expediciones por la selva los utilizaban poco y, casi siempre, sólo para asustar pues tenían muy pocos. La pólvora que iba en "cachus" se humedecía y, además tardaban mucho en cargarse; algo más de un minuto para cada disparo. Como no había fulminante prendían fuego a la pólvora con una mecha que había que llevar encendida. Alcanzaban sólo hasta 40 o cien metros.

Como arcabuces, pero más grandes, eran las piezas de artillería llamadas "falconetes", que botaban bolas de plomo y piedra a muy poca distancia, pero que asustaban con el ruido.

Mucha más importancia tenían los caballos por el miedo que los nativos les tenían. Pero estos animales, en la selva, se alocaban con las picadas de las hormigas y, además, tenían que abrirles trocha para que pudieran pasar. Peores para los nativos eran los perros de guerra, los alanos, mezcla de mastín que tenían una cabeza grande, orejas caídas, hocico chato y arremangado, cola larga y pelo suave y corto. Los utilizaban para perseguir a los enemigos cuando huian por el monte y sus dueños cobraban jornal y medio más sobre su propia paga.

De importancia psicológica para desorientar y asustar eran las trompetas y los tambores grandes que usaban para dar la señal de ataque.

En cambio, lo que más temían de los nativos los españoles eran las flechas envenenadas que usaban muchas tribus de la Amazonía aunque nuestros viejos nunca las usaron. Ya se sabía que, español herido por una de aquellas flechas, aunque sólo hiciera un rasguño, moría sin remedio.

Su principal problema era el hambre y las enfermedades. Y también las picadas de víbora y de las grandes arañas.

Para el primero tenían que llevar las provisiones a hombros de indios amigos que a veces se escapan dejando la carga. Se acostumbraron pronto a las comidas de la tierra: maíz, yuca, camote y como bebida la chicha de maíz. Para las heridas y enfermedades tenían sus botiquines que hoy nos hacen sonreir.

La organización de la conquista (7)

En las expediciones el jefe se llamaba capitán. El teniente era el segundo para mando. El alférez era el que llevaba la bandera. Cuando había varios capitanes, por ser muchos los soldados, el principal recibía el nombre de Maestro de Campo. Nuestros viejos en el Santiago mataron a uno de estos "Maestros" en sus guerras contra los **Apach.**

Otros cargos eran: el preboste o policía militar para castigar a los abusivos o desobedientes, el pagador o cajero, y el sanitario. Este se encargaba de cortar el pie o la mano heridos cuando se presentaba la gangrena (lo hacían sin anestesia), quemaba con un hierro candente las picadas de víbora, curaba la diarrea con la cáscara de un palo llamado arrayán y la fiebre con huevos cocinados, piedra azufre, miel de caña, y aplicando **muju** o sanguijuela para sacar la sangre. Cuando no tenían otra medicina usaban el llamado "Salmo de Lancero" por el nombre del soldado que lo inventó:

"En el nombre del padre, del Hijo y del Espíritu Santo: El te salve".

Con estas cosas, si no se curaban, al menos se animaban un poco.

Las expediciones de Conquista

Para hacer las expediciones o "entradas" de conquista de Indios, el permiso lo tenía que dar el Rey. Para ello firmaba, con el jefe que se comprometía a hacerlas, unas "Capitulaciones" o contratos en que se detallaban las condiciones con que se permitía hacerlas.

La plata para la expedición: contratar soldados, comprar equipo y armas, tenía que ponerla el jefe de la expedición. Con frecuencia soldados y capitanes adelantaban su plata con la esperanza de recobrarla con el oro conseguido en la conquista.

El jefe de la expedición recibía el nombre de "Adelantado" que tenía la autoridad suprema en las provincias de frontera con indios

no sometidos. Tenía poder en lo militar, como juez, y como administrador civil independiente aun del Virrey. Ellos establecían las divisiones administrativas y nombraban las autoridades civiles.

El Adelantado era además quien hacía las "Encomiendas" y repartía tierras a los expedicionarios. Estas encomiendas ponían a cargo del Encomendero (el que recibía la encomienda) cierto número de indios a los que tenía que cuidar, defender y enseñar la doctrina cristiana por sí o por otra persona. A cambio de estos "servicios" el indio quedaba en realidad convertido para siempre en "peón" o muchacho del encomendero. Por la importancia que tuvieron para los nativos volveremos a hablar de esto en seguida.

8. La Organización de las tierras conquistadas

Los pueblos de los **apach**

Si la "entrada" tiene éxito y los nativos se someten por trato pacífico o son reducidos en combate, se procede a la formación de ciudades. En la zona de los viejos sólo se fundaron dos y, por cierto, duraron bien poco: Santiago de las Montañas, en el Kanús y Santa María de Nieva en la confluencia de este río con el Marañón.

Para hacer ciudades, en teoría, se observaba lo ordenado por Carlos I. "Para hacer poblaciones guardarán la forma siguiente: Elijan sitio de los que estén vacantes sin perjuicio de los indios o naturales de la tierra y con su libre consentimiento". Naturalmente esto no se cumplía siempre si había razones de comodidad o de carácter estratégico para instalarse en lugares ocupados ya por los nativos...

Repartidos los lotes o solares entre los vecinos para que hicieran sus casas, se elegían entre los mismos vecinos, por votación popular, los "regidores". A uno de ellos se le designaba también por votación como Alcalde. Los regidores, reunidos, formaban el Cabildo que tenía su casa de reuniones llamado Ayuntamiento. En circunstancias extraordinarias, a toque de campana, se convocaba a "Cabildo abierto" en el que intervenían todos los vecinos, sin excepción.

En la disposición material de calles y casas se sigue siempre la misma disposición impuesta por razones militares de defensa. De

esto resulta el conjunto geométrico que han conservado nuestros distritos hasta ahora.

Una Plaza de Armas central en la que están la iglesia, el edificio del Cabildo o Casa de Juntas. Los bloques de viviendas o cuadras, eran rectangulares y cada una de ellas tenía cuatro lotes. La casa y los establos para los caballos, si los había, debían ser de piedra para que un enemigo no los pudiera quemar. En la selva eran de embarre o emponado fuerte. Se pretendía que cada casa tuviera su pozo de agua, lo que en la selva no era posible. La torre de la Iglesia servía de **Kumpín** o Atalaya para ver venir al enemigo y poder combatirle desde arriba.

En caso de peligro, al grito de: ¡Arma, arma!, todos los vecinos debían acudir con sus armas a la plaza para formar debajo del pendón real que se guardaba en la casa de Cabildo. Para emergencias menores: castigo de delincuentes, fuga de los indios "encomendados" los vecinos se organizaban en la "Santa Hermandad", policía formada por los mismos vecinos. Cada casa debía tener salida a dos calles.

¿Encomiendas o esclavitud?

En el tiempo en que vinieron los españoles, la esclavitud era común en todas las partes del mundo. El esclavo se adquiría por compra o chapándole en guerra. El esclavo tenía que obedecer en todo a su dueño, éste nunca tenía que pagarle y aún podía matarlo o venderlo, también a sus hijos y a su mujer, separándolo de ellos. Con el tiempo la situación del esclavo fue mejorando pero siempre era una situación bien triste. Sólo en 1833 se prohibió, en todas las naciones, la captura y venta de esclavos. En 1856 la prohibió para el Perú el Mariscal Castilla, y sólo en 1865, después de una guerra para suprimirla, quedó prohibida la esclavitud para todos los Estados Unidos.

La esclavitud de los nativos fue prohibida personalmente por la Reina de España, Isabel la Católica, quien obligó a Colón a poner en libertad a los indios que había traído de su primer viaje. Como se les consideraba súbditos del Rey no se les podía reducir a escla-

vitud. Pero esto era sólo para los nativos que se sometían voluntariamente. Aunque también estaban expresamente prohibido, los españoles reducían la esclavitud a los indios chapados en guerra. Ya veremos cómo los vecinos de Jaén y Moyobamba se llevaban como esclavos a algunos de nuestros viejos en las guerras que éstos sostuvieron contra los españoles en el Santiago.

La consecuencia de la prohibición de la esclavitud de los nativos tuvieron que pagarla los negros de Africa. Como en América se necesitaba mano de obra fija para trabajar en las haciendas, se les compraban a los llamados traficantes (comerciantes ingleses, holandeses y portugueses) que los sacaban a la fuerza de sus tierras asaltando sus aldeas. Por eso, después que el Gran Mariscal Castilla los liberó, quedaron tantos negros en el Perú viviendo ya como connacionales peruanos.

Veamos ahora cómo funcionaba la Encomienda.

Al ocupar una zona recién conquistada el "Adelantado" repartía tierras entre los que le habían ayudado en la "entrada" según sus méritos y su ayuda para los gastos de aquélla. Se respetó en lo posible la situación de los nativos que formaban "parcialidades" en diversos sitios. Vemos que en el Santiago los repartos se hicieron según las quebradas. Y su población se confiaba a cada encomendero. No para esclavos sino para que el español les cuidara y se preocupara de ellos enseñándoles a trabajar como los **apach,** curándoles en las enfermedades y defendiéndoles de los enemigos. A cambio, el encomendero, se quedaba con las mejores tierras y los "encomendados" tenían que trabajar para él determinado número de días el año pagándoles por ello, aunque esta ley con muchísima frecuencia no se cumplía. Otra de las obligaciones del español era enseñar la religión cristiana.

Otra de las obligaciones del nativo era pagar el tributo al Rey. Este tributo era lo que nosotros llamamos un "impuesto". Se pagaba no en moneda sino en especie, en cosas (yuca, otras comidas, leña, algodón hilado en ovillo y una tela de itipi tejida). Pagaban en una cantidad que señalaban las autoridades y dos veces al año, una en Navidad y otra en la fiesta de San Juan. Como variaba el precio de las cosas, variaba también la cantidad del tributo y por eso se hacía necesario variar la cantidad del tributo. A esto se le llamaba "retasar" y sólo lo podía hacer el Adelantado que era la autoridad superior, no el encomendero. Estaba también mandado que lo que tenían que pagar los nativos no fuera superior a lo que antes tenían que pagar al Inca. Del tributo se hacían tres partes: una para el rey,

otra para el encomendero y otra para pagar a los encargados de enseñar religión o doctrineros. Pero, si las autoridades estaban lejos, ¿quién podía controlar al encomendero?

Peor, y la que se prestaba a más abusos, era la obligación, en algunos sitios, de trabajar en las minas de oro de los españoles. Tendremos ocasión de hablar de ellos cuando tratemos de lo que ocurrió con los viejos del Santiago.

Lo que se llamaba "licitud moral", sí estaba permitido por la ley de Dios. Este sistema de la encomienda fue materia discutida durante mucho tiempo. La Iglesia se puso desde el primer momento de parte de los nativos. Los reyes de España, que estaban lejos, hacían lo posible por suprimir o limitar la encomienda. Pero los españoles establecidos aquí, y sobre todo los que ya habían nacido en América, los criollos, lucharon mucho para que no se suprimiera pues se quedaban sin peones. A veces hubo hasta verdaderas revoluciones por este motivo. Sólo en 1720 lograron los Virreyes de Lima suprimirla del todo.

Hoy podemos decir que la encomienda era totalmente injusta. Sin embargo tenía una razón de ser que creaba poderosos intereses egoístas. En estas tierras, sobre todo en la selva, sin peones no se podía avanzar. Los hombres que habían venido a América y habían expuesto su vida luchando, si era necesario, y sufriendo tanto al explorar, no se conformaban a ser aquí, como decían, "destripaterrones" es decir agricultores que trabajaban ellos mismos físicamente la tierra. Para esto se hubieran quedado en España. Ellos querían establecerse aquí, casarse con la gente de aquí. Conocemos los nombres de mujeres nativas casadas con españoles que heredaron la encomienda sobre sus propios paisanos. De esta mezcla de españoles y mujeres naturales nació más tarde el Perú como una nación nueva.

En resumen, con todas sus explicaciones y aún ventajas, la Encomienda era demasiado parecida a la esclavitud. El nativo, con ella, no podía abandonar nunca su tierra y estaba siempre sujeto a una serie de abusos.

Este tipo de esclavitud disimulada la hemos podido conocer hasta las últimas reformas agrarias. Era también el caso de los yanaconas: indios delincuentes que, para verse defendidos de la justicia, tenían que refugiarse a la sombra de algún hacendado, patrón o autoridad, para el que tenían que trabajar gratis y para siempre, a no ser que prefirieran entregarse a la justicia o a sus enemigos.

Los "mandones" o autoridades nativas

Naturalmente a los españoles no les interesaba suprimir del todo a las autoridades que antes tenían los nativos. Las necesitaban como intermediarios para hacer efectivo su dominio pues, por su manejo de la lengua, podían explicarles bien lo que querían los españoles. Así los conservaron con el nombre de "caciques", "curacas", "alcaldes indios". Al dejarse comprar por los españoles a cambio de ciertas ventajas personales, se convertían en los mayores opresores de sus paisanos al abusar de su amistad con el dominador. Ellos, conociendo perfectamente la lengua de los sometidos, sus costumbres y los recursos para atemorizarlos, inquietarlos o doblegarlos, fueron las autoridades más abusivas (más que los mismos españoles) y los que definitivamente sometieron a sus paisanos.

Los Corregidores (8)

Una última institución española fue la de los Corregidores. Como hemos visto, la población nativa estaba sin defensa ante los abusos de los encomenderos y, peor, de sus mismos paisanos erigidos en autoridad subalterna. El único recurso que tenían era dirigirse directamente al Virrey, cosa que no era posible, por la distancia. Haciéndose cargo de esta situación con muy buena voluntad, los Virreyes discurrieron poner una autoridad intermedia más cercana, a la que se pudiera acudir sin inconveniente. Así nacieron los Corregimientos.

Desgraciadamente, en la realidad, la medicina fue peor que la enfermedad. Aquellos corregidores cuya obligación era proteger a los nativos, componer sus conflictos internos y asegurar la recolección de impuestos sin injusticias, se convirtieron en una plaga que perduró hasta después de la desaparición de la encomienda. Como les llamó algún contemporáneo: "Diptongo de mercaderes y jueces que juntan la vara de la justicia con la del mercader". Tremendos coimeros que tenían que comprar su cargo y, después, para recupe-

rar lo gastado, se hacían pagar por toda cosa posible. Junto a ellos vivía toda la "fauna" parásita de alguaciles, corchetes, escribanos, secretarios de juez, "tenientes" y "tinterillos", todos unidos para explotar todo lo posible en el propio provecho la poca o mucha autoridad que tenían sobre los demás.

Nos convenía conocer estas cosas para valorar lo que amenazaba a nuestros viejos con la venida de los españoles aunque al principio ellos no lo comprendían.

De todo esto tenemos que aprender algo. ¿Eran los españoles más valientes que los nativos? ¿Las armas de acero y los arcabuces valían más que el conocimiento que estos tenían de sus tierras, sus ríos y sus bosques impenetrables?

La gran y única ventaja de los españoles consistió en que sabían organizarse y, sobre todo, ir siempre unidos. De no haber sido por esto, jamás hubieran podido dominar el imperio Inca. Cuando nuestros viejos, como veremos, aprendieron esta lección, los españoles tuvieron que dar paso atrás y dejarlos tranquilos. Esto es, como lo veremos a su tiempo, lo que sucedió en la guerra que nuestros viejos sostuvieron contra ellos en el **Kabús** o Santiago.

9. *Apach Mininawai:*

Los Apach se están acercando

Nuestros viejos a mediados del siglo XVI

Al tiempo de la llegada de los **Apach**, (así llamaron los viejos a los recién venidos) al menos Aguarunas, Huambisas y Shuaras poseen ya un relativo sentido de solidaridad grupal y una experiencia militar que les iba a ser útil muy pronto. Esta experiencia es, en parte, el resultado de su anterior resistencia a los invasores externos, pero muy principalmente al diario entrenamiento que les proporcionan sus luchas internas: venganzas familiares de clan, castigo de brujerías, rapto de mujeres. También las características del terreno en que viven les ayudan extraordinariamente a ello.

El territorio de la etnia jíbara forma un núcleo relativamente compacto y homogéneo que parece atrincherarse en el flanco oriental de los Andes, con niveles sobre el mar no demasiado altos pero con un relieve extraordinariamente abrupto como disectado profundamente por ríos y quebradas de todo tamaño. La selva tropical que lo cubre enteramente es un elemento más que la hace impenetrable.

En este tiempo –casi como ahora– los viejos dominan el curso del Marañón desde Rentema hasta el pongo de Manseriche, con las cuencas de los ríos Santiago, Cenepa y la mayor parte del Chiriaco y

Nieva. Por el oeste queda un pequeño enclave verdaderamente andino, el de los Paltas que, por otra parte, parecen haber tenido muy poco contacto real con los otros grupos, si exceptuamos el origen linguístico. Esto al menos en tiempos conocidos históricamente.

Al oeste también se asoman al río Chinchipe (los llamados Jorocas). Todo el Oriente es frontera viva de guerra con los grupos verdaderamente amazónicos de Maynas, Záparos y Chayawitas y están sujetos a los ataques periódicos de los atrevidos piratas fluviales: Cocamas, Cocamillas y Omaguas.

Por el sur los viejos mantienen a raya a grupos de origen andino en la sierra de Chachapoyas: Lomas, Copallines y Llanques y, por las cabeceras del Nieva, a unos desconocidos Tuyas a quienes han obligado a refugiarse en la sierra según la memoria histórica de algunos viejos.

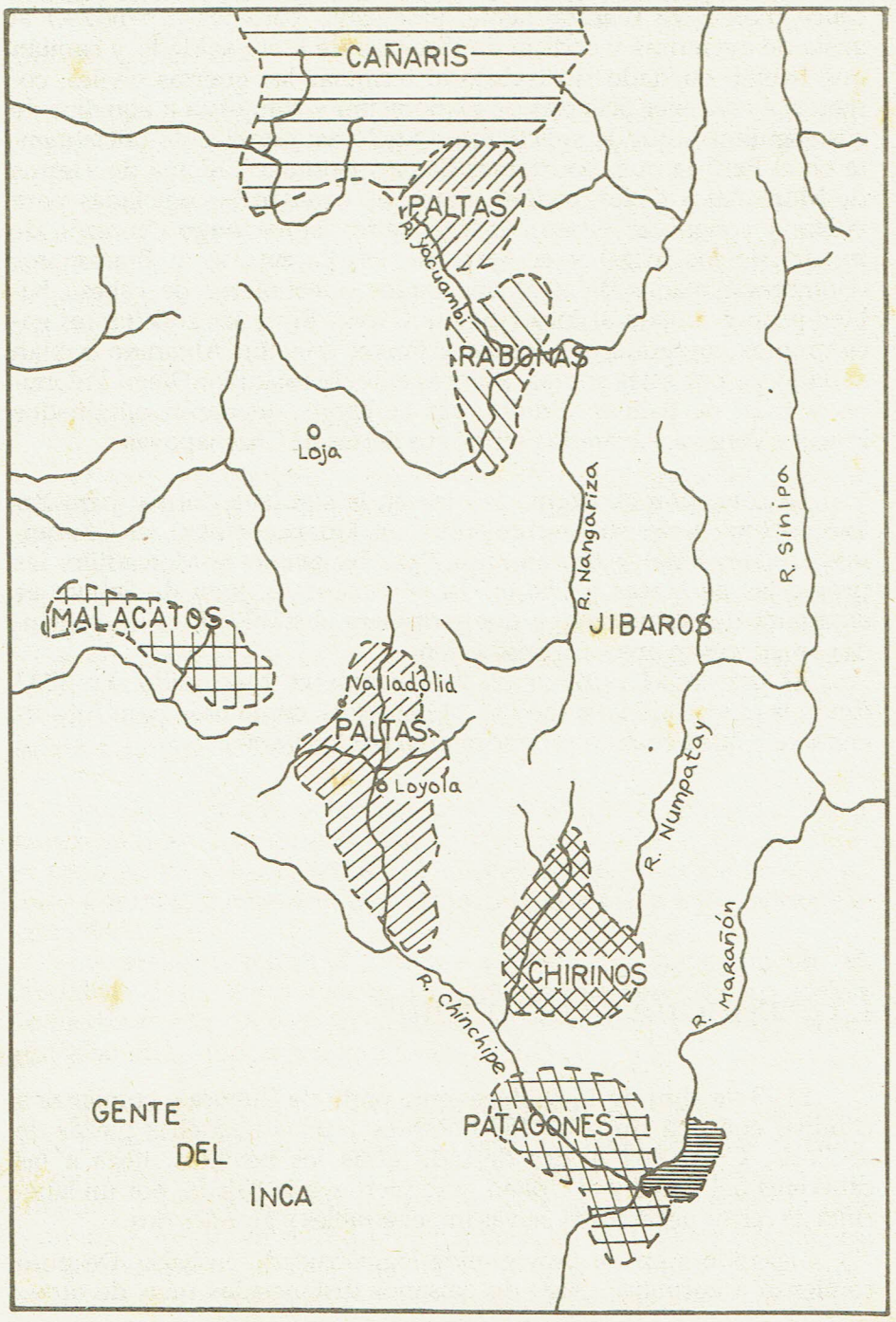
La frontera con el incanato quedó tal como la dejó Huayna Cápac; ocupada por grupos semi-independientes de tribus "yungas", quizá vasallos de los antiguos **Iwa,** a quienes los señores del Cuzco no se molestaron en someter después de su liquidación de los restos del Gran Chimú. De todos estos grupos ribereños del Chinchipe, sólo los Chirinos de cabeceras del Miraflores parecen haber tenido una cultura selvática muy semejante a los de los aguarunas a excepción de la lengua que es completamente distinta.

Los primeros choques (9)

La entrada de los **Apach** se produce, con muy poca diferencia de tiempo entre sí, por tres diferentes sitios y al mando de tres diferentes capitanes.

En un capítulo anterior vimos como un enviado del Rey de España vino al Perú en 1540 para poner paz y obedediencia entre los españoles que, desde 1537 andaban peleando entre sí. El enviado, con título de "Presidente de la Audiencia" fue Don Pedro de La Gasca; "un clérigo suave, astuto y certero", con pocas o ningunas horas de vuelo en los asuntos de Indias pero que las adquirió enseguida poniendo a todos en su sitio y restableciendo la autoridad del Rey.

POBLACION INDIGENA A LA LLEGADA DE LOS ESPAÑOLES



Como medio para recompensar fidelidades partidistas y dar cauce inofensivo (naturalmente, inofensivo para los españoles.) al ansia de aventuras y codicia de riquezas de tanto soldado y capitán que habían quedado sin trabajo al terminar las guerras civiles, comenzó a conceder licencias de exploración y conquista a aquellos de sus seguidores que lo solicitaron. Quedó así establecida oficialmente en el Perú la que, podríamos llamar, primera "Oficina de Tierras de Montañas y Colonización". Entre las zonas más codiciadas para poblar y conquistar estaban el legendario **yaguarzongo** ("corazón de jaguar" de los Incas) y la tierra de los **Pacamurus** o Bracamoros (Hombres pintados de rojo) que tantos quebraderos de cabeza habían proporcionado al Inca Huayna Cápac. Entre los solicitantes encontramos enseguida a Vergara y Porcel que con Alvarado habían andado ya por estas tierras, a Benavente, Mercadillo, Diego Palomino y Juan de Salinas. Pronto, sin embargo, quedaron eliminados Porcel y Vergara. Alvarado prefirió sus tierras de Chachapoyas.

La concesión de tierras se hizo en la siguiente forma: para Palomino (que tenía su "encomienda" en Huancabamba), el Chuquimayo (Chinchipe) y Bracamoros. Para Benavente y Mercadillo, las provincias de Macas y Jíbaro. Un poco después Juan de Salinas se encargará del **Yaguarzongo** que terminará absorbiendo a las provincias anteriores en una sola jurisdicción.

Al parecer el primero en movilizarse es Mercadillo. En 1543 funda la ciudad de Loja (hoy en el Ecuador), como base para futuras entradas y que a continuación se interna por Yacuambi.

La expedición de Benavente

El 29 de abril de 1549, Benavente parte de Cuenca y comienza a caminar con una tropa de 150 hombres y unas pequeñas piezas de artillería. Cruza los Andes dejando atrás los nevados, llega a las cabeceras del Paute y el Upano, y se pierde a la bajada, por un laberinto de cerros peñascosos, selvas impenetrables y grandes ríos.

Llegando a un río muy grande logra cruzarlo en balsa. Después comienza a encontrar casas de paisanos distanciadas unas de otras.

Le dicen los informadores nativos que ya están en tierras de jíbaros.

Sigue encontrando casas dispersas. En la lejanía se divisan grandes humaredas.

"Y caminando –nos cuenta el mismo Benavente– di sobre cincuenta o sesenta indios desnudos que, al sentirme, huyeron sin que los perros pudieran capturar a ninguno.

"Seguí caminando y vi que quemaban las casas y esto fue por toda aquella tierra que no hacían sino quemar las casas y huir". Benavente no se da cuenta de que los viejos están siguiendo la conocida táctica de la "tierra calcinada" para dejarle sin aprovisionamiento. Llega a un gran peñón cubierto de selva en el que encuentra más jíbaros desnudos, armados con rodelas y lanzas. No pudo tomar a ninguno si no es el marido de una mujer enferma que no quiere desampararla y se deja prender.

Llevan al prisionero a la presencia del capitán español. Este comienza a interrogarle por medio de un intérprete. Sus respuestas son dignas de un auténtico Munta.

"Le pregunté qué tierra era aquella y quién era su cacique. Y me respondió que para qué lo quería saber. Que su cacique era muy grande y que si me tomaba a mí y a los demás me había de matar, beber en nuestras cabezas y sembrar nuestros huesos por los caminos. Digo de verdad a Vuestra Alteza que es la gente más desvergonzada que he visto en todo el tiempo que llevo en Indias". Así lo escribirá después al Rey.

Benavente queda ocho días junto al peñón esperando a ver si vienen indios. Pero en esto han entrado las lluvias. Llueve y llueve todo el día y los caballos enloquecen con el picar de las isulas, crían gusanos, comienzan a pudrirse los arneses y los vestidos de los soldados.

Benavente desesperado vuelve a caminar y encuentra un río caudaloso dos veces mayor que el anterior que corre por un cañón de piedra tajada "que mirar al río de arriba a abajo ponía grima según la hondura que tenía mirando desde arriba".

Ha tenido que pasar por tierra movediza y cochosa que invita poco a regresar por allí. Logra encontrar un vado pero los caballos no quieren pasar por allí. Al otro lado del río aparecen más indios armados y amenazadores. Benavente hace la demostración de disparar unos tiros de arcabuz que no logran pasar al otro lado y comienza una retirada poco gloriosa. Una vez más, como en tiempos de los Iwa, la selva, bien aprovechada por los jíbaros, ha derrotado al enemigo.

En su regreso Benavente encuentra a Mercadillo y ambos fundan la ciudad de Zamora de los Alcaldes. Desde allí escribe al Rey de España:

"Digo a Vuestra Alteza que toda aquella tierra o provincia de jíbaros, a lo que vimos y me parece, no hay en toda ella mil indios y es toda la más bravísima selva que he visto, tierra muy quebrada y la gente de ella toda desnuda y muy desvergonzada a lo que me pareció".

La expedición de Diego Palomino

Mientras el pobre Benavente sufría todas estas desdichas, Diego Palomio comenzaba, desde su Encomienda de Huancabamba, la expedición al Chuquimayo.

Como buen jefe militar, lo primero que hace Palomino es recoger información de lo que hay más allá de la Cordillera. Después con el bagaje en el que figuran unas pequeñas piezas de artillería o falconetes, emprender la marcha. Lleva sólo unos ochenta o noventa hombres, pero entre ellos figuran unos 28 veteranos y gente principal de inteligencia e iniciativa. Con sus cargueros –indios de su Encomienda– cruza el paso de lo que ahora se llama la Cruz Chiquita y, dejando a la izquierda el poblado de Tabaconas, de antigua gente del Inca, comienza a bajar por el valle de Tamborapa. Estamos en los primeros meses de 1449. Aunque molestan algo las lluvias, el isango y los crueles y pequeños mosquitos, en el camino va encontrando bastante comida y la tierra es fértil. Poco a poco el clima se va haciendo más seco y el cielo más luminoso. Dejando la verdura del "temple" van apareciendo los cactus y faiques espinosos del "caliente".

"A los diecisiete días del mes de abril de 1549, Jueves Santo, llegué al río Chuquimayo, a un asiento y vado que se llama Chinchipe donde está establecido un cacique que se llama Chiura". Están sus casas a la orilla, a lo largo del río. "Estas casas son simples ramadas a cobertizos abiertos a todo viento y con techo de paja para de-

fenderse de los aguaceros. La gente va desnuda". Tejen pocas mantas (tela de itipi), no para que les cubran; más, casi siempre, las traen revueltas al brazo junto a la mano. Son grandes nadadores y hombres y mujeres pasan el río, aunque esté torrentoso, sujetando con una mano una gran tutuma y nadando con la otra.

Tienen mucha comida: yuca y otras raíces, pescan con pequeñas redes o chinchorros y cazan venados, enredándolos con redes. Su lengua es yunga como la de la costa. Como los incas, beben chicha de maíz.

Sus armas son varas o jabalinas y otras, más pequeñas, que lanzan con estolica (el **wachi akentái**). Palomino nos está describiendo a los antepasados de los que nuestros viejos llamaban Wámpukus.

Palomino funda, en la que llama "silla de los Patagones", en la altura sobre la confluencia de los ríos Chinchipe, Marañón y Utcubamba, un poco más arriba de dónde ahora está Santa Rosa, la ciudad de Jaén de Bracamoros.

Después se dedica a explorar toda aquella extensa Gobernación. De ella nos dejó una detallada descripción de toda una serie de gente: Chirinos, Copallines, Lomas, Acónipas, Baguas, Jorocas y gente del Marañón con todo lujo de detalles de vestidos –o no vestidos– armas, casas y adornos.

Palomino no se da cuenta de que ha encontrado a los primeros aguarunas. Son la gente indómita del Marañón que "tienen perros y se sirven de canoas", que no se someten a la encomienda por lo que ésta se convierte en un simple título honorífico. Los Jorocas llaman al agua **yumi** y al fuego **copal**... "en todo semejantes de los Chirinos" que son belicosos, viven por pequeños grupos y traen lanzas y boroqueles de palo. Las mujeres, de cabello cumplido, visten **buchaki** con uno de los hombros al descubierto.

Ocupado en consolidar la fundación de la ciudad de Jaén y organizar las zonas más fáciles y accesibles de su Gobernación, parece que Diego Palomino no tuvo tiempo de penetrar en los "centros" donde vivían nuestros viejos alejados de los ríos, aún del río Marañón. Las dos únicas Encomiendas allí existentes no fueron nunca sometidas como sabemos por un informe de 1581:

"...es gente de behetría y no están reducidos...", "...están por reducir como los demás...", "...La selva no tiene doctrina porque son

indios que han estado siempre mal pacíficos..." Marañón arriba, la frontera de los viejos parece estar en "las Salinas"; en tierra caliente con gente **wámpuka.**

Los únicos jíbaros sometidos parecen haber sido los Jorocas, (mezclados con los Chirinos del río Miraflores que se sometieron fácilmente) pero que siempre estaban causando problemas a las autoridades españolas como se podrá ver más adelante.

Así pues, aunque por bien poco tiempo, como veremos, la única zona aguaruna sometida a los españoles fue la del tercer conquistador, Juan Salinas de Loyola.

La expedición de Juan de Salinas

Salinas era castellano. Estuvo en las jornadas del Golfo con el conquistador de México, Hernán Cortés; había venido a América con Benalcázar y acompañó a Pizarro en la fundación de Lima.

En 1557 reúne en Loja, 250 expedicionarios españoles más muchos más indios amigos para servir de cargueros. Hecho su "alarde" o revista, comienza a caminar por la parte alta del río Chinchipe (hoy en el Ecuador) y funda las ciudades de Valladolid y Loyola. Dejando allí parte de su gente, tuerce luego por el rumbo "Hueste Leste" (Leste, llamaban al viento cálido que soplaba de sur a este, y después de haber caminado unos 88 km., se interna por zonas despobladas de serranía y selvas ásperas y de gran trabajo. Así camina 110 km., por terrenos de selva con pedazos de tierra caliente. 165 kilómetros más y llega a un gran río al que pone el nombre de río Santiago, por el día de su descubrimiento y al que los nativos llaman Kanús.

Las dos relaciones de Salinas sobre este viaje son vagas y, en parte contradictorias y no permiten hacerse cargo del verdadero itinerario que ni el mismo pudo seguramente precisar. Estos 363 km., por tierras desconocidas y sin caminos, llevando "carruajes" para la impedimenta y armas, fue una proeza no fácil de igualar sino por la del mismo Salinas cuando pasa el Pongo de Manseriche y llega con unos pocos hombres hasta el Ucayali. En el **Kánus** funda una ciudad, Santiago de las Montañas "sobre la banca de un río cau-

daloso que es uno de los principales brazos del río Marañón a cuya causa la poblé para que sirviera de astillero (para construir botes) y proseguir el descubrimiento y jornada río abajo".

Después de dejar a los soldados enfermos, que son muchos, en la ciudad recién fundada, Salinas sigue adelante repartiendo al paso, tierras entre sus compañeros. Llega por agua a la boca del Marañón y allí sube hasta la boca del Mun Numpatkaim donde funda la ciudad de Santa María de Nieva. Después proseguirá río abajo con un puñado de hombres llegando al Huallaga y al Ucayali, surcando desde allí y repasando el Pongo de Manseriche, que encuentra crecido, escalándolo por el paso de "Quita calzón", clavando los puñales en las grietas de las rocas para ayudarse en la subida.

Un historiador de aquel tiempo, el Padre José de Acosta, nos cuenta la aventura cuarenta años después:

"...El Adelantdo Juan de Salinas hizo una entrada en él, notable, aunque tuvo poco resultado. Tiene su paso que se llama Pongo que debe ser uno de los peligros mayores del mundo. Porque rebalsándose el río entre dos peñas altísimas tajadas, da un salto abajo de terrible profundidad, donde el agua con gran golpe hace tales remolinos que parece imposible dejar de anegarse y hundirse allí.

Con toda la osadía de los hombres acometió pasar por aquel paso... Dejáronse caer de los altos arrebatados del río y asiéndose bien a las canoas y barcas en que iban. Aunque se transtornaban al caer y ellos y sus canoas se hundían, volvían a subir y en fin, con maña y esfuerzo salieron. En efecto, escapó todo el ejército excepto unos poquitos que se ahogaron. Y, lo que es más de admirar, diéronse tan buena maña que no se perdió la munición y pólvora que llevaban...".

Lo que más nos extraña en esta expedición es que los orgullosos y bravos jíbaros que humillaron a Benavente e hicieron dejar su reducción por imposible a Diego Palomino, parecen no haber puesto dificultad ninguna a Juan de Salinas ni a su ocupación y repartimiento de tierras entre sus españoles.

"Gente no belicosa, aunque entre ellos se matan" dice el mismo de los del Santiago. Y de los del Nieva: "En Nieva hubo poco trabajo para conquistar".

Puede haber razones para explicar esta anomalía. En primer lugar la personalidad de Juan de Salinas. Inteligente, decidido y bravo, los jíbaros, que lo eran ellos mismos, lo comprendieron y admiraron.

Segundo: no abusó y los trató con justicia y respeto. "Fue muy fiel a los indios –dice uno de sus partidarios–. Decíales que no quería oro de balde sino por trueque, con lo que ganó mucho. Debió haber otra razón. Nuestros viejos, siempre positivistas, vieron ventaja en el comercio con aquellos hombres que les traían tantas cosas que ellos necesitaban y que, inicialmente, apenas les exigían nada. En sus chichámenes y masateos debían reirse no poco de aquellos hombres que se dejaban crecer la barba como hombres viejos, llevaban complicadas y embarazosas vestiduras y se dejaban cambiar sus preciosos cuchillos, hachas y machetes, por aquel polvo dorado recogido como jugando, en los cascajales.

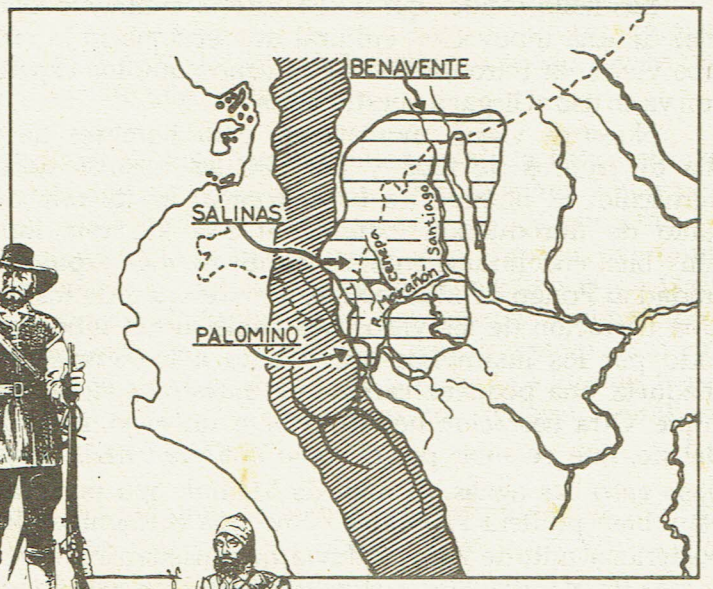
"Es tierra de minas –dirá uno de los informes de aquel tiempo– aunque a los naturales no les importan nada ni las buscan". Muy pronto, sin embargo, sobre todo a partir del descubrimiento de las minas de Cangasa por el Capitán Simón Carvajal en su encomienda de Ayambis o Irambisa, todo aquello iba a cambiar. Y los viejos, afortunadamente se dieron cuenta y pudieron reaccionar a tiempo, como veremos.

Por último, dado el carácter pragmatista y fríamente calculador de los viejos, pudo influir una tercera razón cuya raíz quizá pueda hallarse en algo apuntado en la relación de Juan de Alderete (10) (1582).

"...Recibían mucho daño, antes que los españoles poblasen y les favorecieran, de todos los indios comarcanos, por ser gente muy doméstica y la tierra por andarse por agua en canoas; que en muchas de ellas caben cuarenta o cincuenta indios bogando (y así) andan mucho... Y dando de noche en una población, no se escapaba sino el que se huía al monte..."

Alude sin duda Alderete a los ataques por sorpresa de los piratas canoeros, Omaguas y Cocamas, del bajo Amazonas. Ellos después de estos asaltos, se ponían fácilmente a salvo en sus ocultos refugios de las islas del Ucayali y Amazonas, sin que quedara posibilidad de devolver sus golpes como era costumbre entre los viejos. Y esto debía amargar enormemente a éstos. Dejando a un lado la, un poco ingenua, calificación de "gente muy doméstica" aplicada a nuestro **Mun,** es explicable que, pesando todo, los viejos vieran la ventaja de la protección que les brindaban los españoles a cambio de unas pocas exigencias no demasiado gravosas. Más adelante, al ir desapareciendo el peligro de aquellas invasiones y aumentar su opresión los **Apach,** los viejos se volvieron contra ellos como veremos.

Expediciones de los Apach

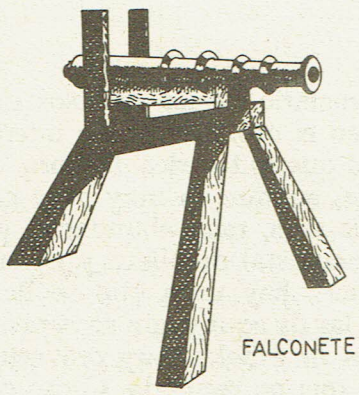




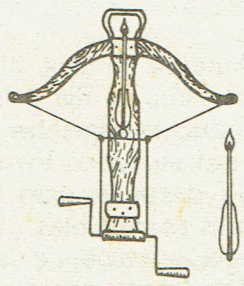
Armas y equipos



Vestido acolchado y arcabuz



FALCONETE



BALLESTA

Incidentalmente, quizá sea este el momento oportuno de hablar de una innovación cultural que enriqueció la cultura de nuestros viejos: la introducción de la canoa que los españoles encontraron ya en uso al llegar a nuestra tierra.

Nuestros viejos, montañeses, eran hombres de **papang** almadia de troncos de topa y por ello las mismas tienen nombre de vernáculo. El nombre de **kanu** (canoa) es de raíz caribe y por lo tanto de introducción extraña. El foco de esta innovación pudo muy bien encontrarse en el río Santiago, más expuesto por su proximidad al Pongo de Manseriche, a los ataques de los indios canoeros. Una narración de los viejos nos habla de un niño aguaruna, capturado por los huambisas que, vuelto a los suyos trabaja como en maqueta una pequeña canoa que muestra a su familia para que la copie. Otra narración nos describe a un viejo, escondido a la orilla del río, que ve subir por él como una gran nariz (**nugi**) que se abre paso entre las aguas. El mito de Mámuk que pudiera contradecir a esto, bien pudiera explicarse como una contaminación derivativa y posterior al mito de Yumi, la lluvia, que enseña a los hombres a construir la casa de madera y los castiga por curiosear cuando está trabajando. Este mito de Yumi, por sus características, parece referirse a un escenario cultural mucho más antiguo.

La organización que dejó Salinas en la región conquistada

Aunque Salinas, al hacer el inventario de los recursos de su Gobernación, se fija principalmente en el oro, también le interesan los productos vegetales y animales en que es tan rica. Del oro, dice: "Hay oro en todos los repartimientos, aunque en muy poca cantidad". Y después, pasa a enumerar la casa, muy abundante, y los vegetales comestibles: "En la cual (conquista) de Nieva y en la del Santiago, además de las frutas dichas, hay unas que se llaman almedras (maní) porque se parecen a las de aquí y aún se tienen por ser muy mejores. Hay muchas gomas de árboles muy provechosas como caraña, takanak y otras gomas que no recuerdo. Cacao como el de Nueva España (Méjico) en mucha cantidad". Atestigua tam-

bién la presencia de unas ovejas "que no son como las de Castilla y que se llaman Pacos". Se trata de un auquénido hoy relegado a las alturas andinas. También, al describir la primera ciudad del Santiago, habla de que los naturales criaban cuyes.

"Las gentes son de behetría (no tienen jefes de tribu) aunque sujeta cada parcialidad a su cacique con el cual se solían juntar para hacer la guerra e ir a hurtar y cortar cabezas de los que eran sus enemigos. El cacique no lo es por herencia, sino el más cruel, muerto el que les acaudillaba". Un Visitador de la Audiencia de Quito nos contará poco después "les vi hacer borracheras e idolatrías. Y tienen muchas cabezas con los cabellos, embalsamadas, con que juegan (bailan) haciendo esto dentro de sus centros donde tienen alguna casa para el tal efecto". Sus armas con rodelas y tiraderas (**wachi akentai**) y lanzas para cazar.

Salinas, que no comprendía bien estas costumbres de los nativos, intentó "civilizarles", esto es, hacerles vivir como en los pueblos de españoles. Unos diez años después de la entrada decía, no sé si con verdad o para dar un buen informe: "Se han reducido a pueblos formados. Cada pueblo tiene su iglesia con sus ornamentos. Tienen casa de Cabildo (Concejo) y sus alcaldes y regidores que detienen a los indios que hacen delitos y los llevan a juzgar a esta ciudad de Santiago. En los casos civiles (disputas entre los mismos indios), ellos los determinan con toda razón". Se adelantaba en esto a la ley actual de Comunidades Nativas que deja a los **Apos** las causas de menor cuantía.

"Tienen conocidos los de cada parcialidad (comunidad) los caminos que deben cuidar y tienen comercios o tambos en que venden comida por el precio que fijan los aranceles (listas de precios). Todos, en general, saben oraciones y son bautizados y reciben y piden los sacramentos. No tienen ritos ni ceremonias, sino sólo nacer y morir... con lo que han entrado sin trabajo en la ley evangélica".

El tributo que pagaban, al menos en Nieva, era: "Sus encomenderos les entregan cierta cantidad de algodón que ellos hilan pagando con ello su tributo". Bien poca era a cambio del comercio de las hachas y la protección que recibían (sin molestarse ellos), contra los ataques de sus belicosos vecinos, los maynas, no reducidos todavía.

Los censos del Santiago cuentan 661 cabezas de familia. El de Nieva y Marañón, contando todos, 3,036 habitantes con predominio del número de varones sobre el de mujeres.

La verdad es que estos informes nos parecen ahora optimistas y nos hacen sospechar que, entonces, como ahora, este género de maravillosos resultados se exhibía para justificar peticiones o mercedes y para quedar bien ante las autoridades superiores. La realidad debía ser mucho más modesta.

10. La destrucción de la ciudad de los españoles

Los últimos años de la vida de Juan de Salinas transcurrieron en la ciudad de Loja (ahora en el Ecuador) a donde se había retirado en 1574. El gobierno lo ejerce en realidad su cuñado, Juan de Alderete, quien fue el autor de un informe enviado al Rey sobre el Yaquarzongo, que todavía se conserva.

La situación en la tierra de los jíbaros iba cambiando. Los viejos, que habían estado viviendo tranquilos, sin más peleas que las causadas por acusaciones de brujería o por inquietarse las mujeres, comienzan a preocuparse en serio por lo que les exigen ahora los españoles. Al descubrirse las minas de oro de Ayambis y las de Zaruma (en el Ecuador, entre los Shuara), la codicia de los españoles se hace más fuerte y el buen trato a los nativos va desapareciendo. Es necesario obligarles a trabajar en las minas y se restablece el sistema de "mita". Una autoridad española de entonces nos cuenta lo que esto era aunque sin hablar de los abusos que lo acompañaban. "Pagan su tributo en una cantidad de yuca que les es señalada. De cada seis nativos de entre 14 y 25 años, se escoge uno para trabajar en las minas de oro durante seis meses del año. Allí, vive en una casa con orden y policía (civilización). En cada uno de esos turnos, los encomenderos les dan como pago dos mantas (**itipis**) y dos camisetas. Les llevan a las minas en canoas para que no sufran cargando. Les proveen de comida: carne, frijoles. Se vienen a quejar con toda libertad de los abusos que les hacen los encomenderos y respetan a las autoridades".

Este es el informe oficial, pero la realidad del trato era otra. En el informe de una autoridad enviada para comprobar las quejas hechas contra los encomenderos, se dice: "En el valle de Chirinos (río Miraflores), el Corregidor tenía un Teniente y un cepo donde ponían algunos caciques o indios por cosas muy livianas"(11). Es de anotar que en el Miraflores había no sólo indios Chirinos, sino también Jorocas que, sabemos, eran aguarunas. Otro de los castigos era cortarles el pelo, tremendo insulto para aquellos **munta.**

Naturalmente, los nativos no se doblegaron. En el pueblo de Tontón, de los Jorocas, mataron en 1575 a un mercedario "no por los malos tratos que les hacía (a los indios) como se corrió maliciosamente por Jaén, sino por lo salvajes y rebeldes que eran aquellos indios pues, además de haber matado a varios españoles, habían desorejado a otros haciéndoles beber su sangre, y entre ellos mismos se mataban unos a otros y, cuando se dió esta probanza (investigación), había en el pueblo indios cortados de pies y manos por las justicias (castigos) que se habían hecho entre ellos".

"Hay muchos cepos en esta repartición y yo hice hacer pedazos dos en Paracasa. Pero luego tuve noticias de que se hicieron otros". (Paracasa estaba en donde se halla hoy Pomara, tierra de jíbaros a lo que parece por el nombre).

"...Los Tenientes gobernadores no son tenientes, son capataces..." Con esto, "cada día los pocos indios que hay de paz se rebelan y los españoles los matan. Todo esto procede de los excesivos trabajos que tienen".

Todo esto sucedía en el Miraflores y en el Santiago. En las zonas del Marañón y en el Nieva, donde los encomenderos no explotaban el oro, las cosas seguían relativamente normales en lo exterior. Pero cundían los chismes y los comentarios irritados sobre una situación que no habían previsto cuando, con la facilidad que vimos, se sometieron a ella bajo Juan de Salinas.

Y sucedió lo que tenía que suceder. En 1592, en una fecha que no conocemos exactamente, pero que debió ser en los últimos meses del mismo, los españoles de la ciudad de Logroño fueron sorprendidos de madrugada por el ataque de numerosas partidas de jíbaros. Ardieron las casas, murieron bastantes hombres: mujeres y niñas desaparecieron llevadas por los asaltantes y los supervivientes de la primera sorpresa escaparon despavoridos llevándose apenas lo que tenían puesto.

Se ha fantaseado mucho sobre lo que fue la rota de Logroño. Algunas narraciones que de ella se han hecho, parecen tomadas de una batalla de la Segunda Guerra Mundial. Después vino la leyenda moralizante de los jíbaros vertiendo oro fundido en la garganta del Corregidor para castigar su codicia.(12) Se habló de una ciudad con 12 monasterios de monjas que son llevadas cautivas. El ejército jíbaro, al mando de Kiruba, era de 20,000 guerreros y las bajas españolas, 12,000. Sin embargo, pese a la numéricamente escasa magnitud de lo sucedido, las consecuencias fueron trascendentales para el dominio español en toda aquella zona y aseguró la independencia de los viejos por siglos.

¿Qué era en realidad Logroño? ¿Qué magnitud pudo tener la batalla? Precisamente, en la relación de las minas de Zaruma de 1592, el mismo de la caída de Logroño, podemos leer textualmente: "No hay en toda esta gobernación 500 indios (reducidos, de los libres no se habla). Estas ciudades son todas de burla que, en cuatro, no se hallarán sesenta españoles...". Sabemos expresamnte que en Sevilla del Oro, los españoles eran muy pocos. Las relaciones de la derrota nos presentan 6,000 españoles muertos en el ataque. Jaén, la capital de la Gobernación, censaba en 1780 un total de 230 españoles. Bastaría para desautorizar esas tremendistas relaciones y lo ocurrido de la fecha y ocasión que le asignan (la exigencia de oro del Corregidor para los gastos de la coronación de Felipe III) saber que todavía en al fecha vivía su antecesor Felipe II. La rota, como dijimos, fue en 1592.

Logroño, como todas las poblaciones de avanzada en la selva, era apenas un caserío de embarre y adobe, si es que no lo era en gran proporción de ponas y hojas de palmera (13). Su disposición sí debía ser la reglamentariamente cuadrada, con su plaza de armas, su modesta iglesia de horcones y adobón como tenía la de Jaén de Bracamoros, su casa de ayuntamiento y las de los vecinos en "cuadras regulares con la obligatoria salida a dos calles diferentes para caso de emergencia". Previsión que debieron bendecir los escasos supervivientes que lograron escapar. Creo que si calculamos a Logroño un censo de 300 almas, quedamos largos. Lo que no podemos lograr es que, efectivamente, Logroño debía ser un nido de codicias y de explotación de los nativos.

En cuanto al ejército de Quirruba o Kirrup, podríamos tener unos 200 hombres. Las partidas de los diversos **kakajam** que se unieron, de unos 15 hombres de lanza cada uno, no necesitaban ser muchas. Si además se les unieron, como lo debieron hacer gozosa-

mente, los indios sometidos que vivían juntos y que acogieron la ocasión como caída del cielo, tuvieron lo bastante como para meter en los españoles el temor de Dios y de las lanzas de los jíbaros.

Los españoles no reaccionaron de momento. Quizá ni pudieron. Sabemos que Juan de Alderete les ordenó hacer inmediatamente un "palenque" o fortificación de palos, y que para 1602 quedaban en Logroño 14 colonos o mineros deseando desamparar aquellas tierras. Con el tiempo, la memoria de la ubicación de Logroño se perdió aunque se ha buscado descubrirla, pues se suponía que allí quedaban cuantiosos recursos de oro por explotar.

Sin necesidad de exageracones anti-históricas, la rota de Logroño tuvo para los españoles una consecuencia final.

Se paralizó el avance español y se eliminó la presencia de los **apach** en la jibaría por casi tres siglos.

Convirtió en inexplotables los yacimientos de oro tan codiciados.

Hirió de manera insanable el orgullo de los conquistadores que se vieron vencidos por los que llamaban despectivamente "salvajes".

Provocó el abandono o la decadencia de los establecimientos coloniales de la jibaría: Santiago, Nieva y las encomiendas del Marañón.

Bloqueó la comunicación por el Santiago entre Quito y Loja y todas las regiones de Maynas por el camino más directo y cómodo.

Y, para los viejos, les hizo ver el poder de la unión contra un enemigo común y afirmó el orgullo de no ser inferiores a ningún enemigo ni aún a los poderosos **apach**, con todas sus armas de fuego y su superior organización militar.

11. *Las expediciones al Santiago* (14)

Buscando recobrar por la derrota de Logroño

Por una serie de circunstancias, la destrucción de Logroño, aún reducida a su realmente modestas proporciones, tiene una serie de consecuencias que se harán sentir a lo largo de cien años. Aquella derrota provocó, inicialmente, reacciones primarias y poco coordinadas y, por tanto, sin resultado alguno. De 1592 a 1617 hay varios esfuerzos por recobrar las ruinas de la ciudad y castigar a los jíbaros. Pero éstos, bien preparados para ello, los neutralizan sin dificultad. Sin embargo, después, la Audiencia de Quito y el mismo Consejo de Indias son los que urgen a las autoridades civiles y militares a desquitarse de la derrota y asegurar el dominio español gravemente comprometido:

Hay que recobrar el oro de Logroño y Cangasa.

Hay que asegurar las comunicaciones a lo largo del río Santiago.

Hay que restaurar el prestigio español entre las poblaciones nativas que se niegan –viendo que no son invencibles– a reconocer lo que mandan las autoridades locales. Esto es singularmente sensible en las Encomiendas a lo largo del Nieva y del Marañón, que de las del Santiago no hay ni qué hablar.

Hay otro factor más inmediato que reclama una intervención militar enérgica contra los rebeldes jíbaros. Los esfuerzos de las autoridades españolas por suprimir la encomienda, si no lo

consiguen del todo, la obstaculizan y reducen. Esto produce, como diríamos ahora, una aguda escasez de mano de obra para el trabajo de chacras, obrajes y otros trabajos imprescindibles. Las leyes españolas prohibían cautivar indios cristianos por ser súbditos de Su Majestad; los esclavos negros eran difíciles de conseguir; quedaban pues los prisioneros de guerra. Los vecinos de Borja, Jaén, Santiago y Moyobamba vieron aquí una solución para sus necesidades y por eso ofrecían sus cooperación económica para toda expedición contra los jíbaros, esperando cobrarse en prisioneros-esclavos. Y así, las expediciones contra los jíbaros se prolongan desde 1619 hasta 1705 en que el Virrey de Lima las prohibe definitivamente.

En 1618, Diego Vaca de Vega intenta reconquistar Logroño. Fracasa. Juan de Lara en 1631 intenta penetrar en el Santiago. El Maestre de campo de la expedición cae muerto atravesado por una lanza jíbara.

En 1641, Pedro Vaca de la Cadena organiza una expedición al mando de Francisco de Vivero. Le acompaña gentes de la ciudad de Santiago y 50 españoles de Borja que llevan como auxiliares a 300 indios maynas, enemigos de los jíbaros. Esta expedición se reduce a "rancheos" o golpes de mano en que se capturan 20 prisioneros que son llevados a Borja a servir a los españoles.

En 1655, Don Martín de la Riva, Gobernador de Cajamarca, se compromete a someter a los rebeldes jíbaros. El 1º de julio avanza por el Santiago con una flotilla de canoas hasta Suririsa (Ayambis). Han sido veinte días de surcada. Acampados, los españoles gritan a los jíbaros que aparecen en el **nain** sin acercarse. Les ofrecen, desde lejos, machetes, hachas y cuchillos. Los viejos responden gritando desde lejos que sólo les interesan las cabezas de españoles.

En cierta ocasión, toman los **apach** por sorpresa una casa nativa en la que hay dos hombres y una mujer. Llevan los tres al campamento y don Martín de la Riva hace liberar a la mujer y la envía a los suyos cargada de regalos. Al llegar la mujer al **nain,** aparece éste lleno de guerreros jíbaros que comienzan a hablar a voces en su lengua con los prisioneros.

En 1655, el mismo don Martín organiza una segunda expedición decidido a instalarse esta vez en territorio enemigo. Quiere poblar y preparar chacras que pemitan vivir allí. Ha llevado gente de varios oficios para que no falte nada y, sobre todo, munición, pedreros pequeños (cañones), pólvora y hasta una fragua para enderezar espadas y lanzas. En la anterior expedición, habían pasado por aquellas colinas del Ayambis sufriendo y sufriendo hasta que tuvieron que retirarse. Ahora, don Martín logra establecer un contacto

pacífico con los **munta** y procura convencerlos para que vengan a estabelcerse allí con los españoles. Los jíbaros, hechas grandes rozas y chacras, desaparecen un día llevándose las hachas y machetes recibidos para su trabajo.

Dos años después, el Gobernador Francisco Vaca de Ebán organiza otra expedición que tampoco tiene resultado alguno.

1688 es el año de un nuevo intento organizado por Mauricio Vaca de Vega, que tiene por maestre de campo a Pedro de Arévalo y, como capitán, a Pedro Bustamante. Llevan sólo cincuenta españoles de Jaén y Borja y unos centenares de indios amigos del otro lado del Pongo. Se instalan en la boca de Cucuasa y allí permanecen acampados año y medio.

El P. Juan Lucero, capellán de la expedición y que conoce bien a los jíbaros, trata de persuadirles de que vengan a formar un pueblo ofreciéndoles de nuevo armas y herramientas. Los viejos comienzan a competir unos con otros para ver quién es el que se va a beneficiar más con el comercio de los españoles. Comienzan a hacer rozos, pero, derrepente, atraen a tres españoles a una emboscada –con el pretexto de enseñarles un gran cedro con el que se puede hacer una canoa– los separan de los demás y, matándolos, ellos y todos los otros se pierden en la selva. Una vez más, los españoles tienen que retirarse fracasados.

La última expedición se desarrolla en varias fases, transcurridas ente 1691 y 1695. El general Jerónimo Vaca de Vega llevará un diario de esta expedición que se ha conservado hasta ahora.

La tropa parte de la ciudad de Santiago y consta de 60 españoles y 800 auxiliares Cunivos. Traen considerable número de canoas para surcar el Kanús hasta Cucuasa. En la boca de esta quebrada, establecen el campamento central y, desde allí, en forma radial, salen destacamentos de españoles y cunivos procurando empujar a los jíbaros hacia el río. No se trata ya de combatirles, sino de asustarles con la exhibición de la superioridad de los **apach.**

Pero "como no fuera suficiente esto para vencer tanta rebeldía y obligarles a pedir paz y amistad", se ordenó capturarlos de varias maneras para llevarlos Marañón abajo para que allí, entre otros indios perdieran su fiereza. Pero todos estos planes, tan bien pensados teóricamente, no habían contado con el indomable tesón jíbaro y su inquebrantable amor a la libertad.

En una de estas expediciones, se capturaron hasta 110 paisanos (no se dice de qué edad ni sexo). Se comprobó que los jíbaros eran

muchos. Que les defendían, no sólo sus armas cuanto sus emboscadas día y noche y el terreno tan difícil en que estaban dispersos. Como los auxiliares cunivos no podían aguantar mucho tiempo aquellos caminos tan difíciles ni la fatiga de tantas noches sin sueño, llegaban al extremo del agotamiento total. El peor de todos los enemigos era el hambre pues los expedicionarios tenían que llevar las raciones cargas, con lo que enseguida se consumían.

En otra correría se capturan 150 más. Los jíbaros se defienden fieramente y, cuando no pueden más, se suicidan y matan a sus niños. En el paso de Suririsa (Ayambis) a Cangasa, encontraron los españoles hasta 40 niños ahorcados por sus propias madres para que no se descubrieran a los españoles por sus lloros.

Los auxiliares cunivos llegaron a la desmoralización total. "Si quieren llevarnos a conquistar infieles, llévennos Marañón abajo", decían. Allí podremos pelear bien. En esta tierra de los jíbaros no tenemos nada que esperar sino hambre, enfermedades y muerte". Y los de Maynas comenzaron a llamar al Santiago "la tierra del hambre".

Por fin, Vaca de Vega, el 7 de enero de 1692, licencia a su ejército. Antes de separarse, se hace el reparto de los prisioneros a los "accionistas" de la empresa. Del total de 264 jíbaros cautivos, 104 son enviados a las reducciones de Maynas para que allí "en contacto con los otros indios, se conviertan y civilicen". Verdadera e imperdonable salvajada que hoy nos escandaliza con razón. Y, sin embargo, estos procedimientos de "civilización" compulsiva parecen no haber perdido su validez para algunos después de trescientos años en que nuestra escala de valores se ha aquilatado tanto.

La suerte de los 160 prisioneros restantes fue todavía peor. Son entregados a los vecinos de Moyobamba, Borja y Santiago como pago de sus servicios como soldados en la expedición. Un testigo presencial, el misionero jesuita que había acompañado a la expedición, nos cuenta así la escena:

"Me faltan palabras para expresar lo que he sufrido. Antes de asistir a la repartición, me ofrecería a cien azotes. Mucho conozco a la gente y digo que, llegando a intereses, no hay hombre de bien. protestando, murmurando, exigiendo, se reparten los jíbaros como piezas de tela y no como seres humanos".

Por su parte, los indios de Jeberos, que habían venido también como auxiliares y, que hasta aquí se habían portado como buenos y fieles soldados (desde tiempo inmemorial habían sido enemigos

tradicionales de los aguarunas del Nieva y Cahuapanas) marchaban resondrando y sus caciques comenzaban a dar muestras de insubordinación a los padres que los acompañaban.

Todavía, viendo el fracaso, pero sin querer desistir de la empresa y, ya que no se puede disponer de medios rápidos de transporte para nuevas expediciones, se piensa que establecer chacras en el mismo escenario de la guerra y defenderlas de los jíbaros, ya que éstas tendrán que estar en su territorio. Como puede verse, se trata de resucitar la idea de la expedición de 1655.

Se proyecta reclutar en Quito un centenar de familias pobres que serán el núcleo de una nueva ciudad en el sitio llamado "Naranjos". Se les promete trasladarles después de las tierras de Logroño tan ricas en oro. Los padres de familia de estos colonos, tan ilusionados, serán los que defiendan las sementeras de esta nueva colonización.

Entre tanto, y mientras llegan las familias de Quito, se reanudan las operaciones militares en 1693. Se dispone sólo de diez españoles y sesenta indios auxiliares. Con esta tropa se capturan, a lo largo de todo un año, unos cincuenta jíbaros.

En las sucesivas expediciones de los años 1694 y 1695, el número de prisioneros sigue disminuyendo pues los jíbaros se defienden cada vez con más eficacia. La guerra sigue haciéndose cada vez más cruel y salvaje. Los prisioneros que han ido a las reducciones de Maynas, a pesar del buen trato recibido, se ahorcan y despedazan. otros, al llegar allí, de tristeza se echan a morir sin querer comer ni beber. Otros se meten palos por la garganta y se ahogan.

Una de las razones se habían aducido para justificar aquellas expediciones era la de la conversión y salvación de los jíbaros. Y uno de los misioneros jesuitas comentaba:

"Decir que se salvan almas es cuento para escribirlo de lejano, no para creerlo cuando se toca con la mano".

Por setiembre de 1694, llegan a Borja 15 familias de las cien que se reclutaron para la colonización. Todavía varias de estas pocas no pueden aclimatarse y se regresan. El número se completa, entonces, con gente indeseable: indios desterrados de sus pueblos por delitos cometidos, indios cimarrones y, por fin, jíbaros cautivados en las correrías anuales. Con esta selección de elementos, se funda en 1694 el pueblo de "Naranjos". A un jesuita misionero de Maynas le toca hacerse cargo de la parroquia. Tal es el encargo que, a trueque de ello, el P. General le dispensa de la Tercera Probación (el año de

noviciado que tienen los jesuitas después de recibir el sacerdocio). "En lo que se refiere a la tercera probación, bien queda conmutada por la misión de jíbaros". Es la respuesta textual del P. General a la consulta hecha sobre el caso.

Una última correría se realiza aún en 1695. Los resultados, evaluados en número de jíbaros cautivados son más mezquinos, si cabe... gracias a Dios.

Los misioneros de Maynas que han estado asistiendo a las expediciones en calidad de capellanes militares son por fin escuchados en sus repetidas protestas y reclamaciones. El P. General de la Compañía prohibe formalmente a sus súbditos que tomen parte en ellas. Las gestiones de los misioneros han llegado hasta Lima y el Virrey prohibe terminantemente a Quito, con su autoridad superior, que se hagan más intentos contra los jíbaros.

Un último rasgo de tragedia: cuando en 1726 el P. Abelda pone en libertad a los últimos cautivos jíbaros que quedan en las misiones de Maynas, al llegar a sus tierras, son muertos sin compasión por sus propios paisanos quienes temen todavía que su envío sea una última estratagema para someterlos.

Los misioneros de Maynas y su actuación en las expediciones al Santiago

Los misioneros de Maynas asistieron como capellanes a cuatro de dichas expediciones. Fueron los padres Lara, Cugía, Raimundo de Santa Cruz, Juan Lucero, Vivas, Richter, Vidal y Narváez. Todos ellos (menos el P. Vivas que, como Superior de la Misión, llegó a promoverlas positivamente), fueron totalmente contrarios a estas expediciones.

Los jesuitas asistían a los españoles moribundos y cuidaban de los indios auxiliares que procedían de las reducciones de Maynas. Hicieron lo que pudieron para evitar excesos y crueldades y los mismos jíbaros lo comprendieron y así lo demostraron al considerar como amigo al P. Lucero que se halló presente en la emboscada

del famoso cedro en que mataron a los tres españoles. Los jíbaros a él le dejaron ir. Fue el P. Raimundo de Santa Cruz quien escribió aquellos consejos, que se han conservado, al General Martín de la Riva:

"La conducta del ejército en sujetar por medio de las armas a los jíbaros no me parece acertada porque ya tienen desterradas aquellas impresiones con que en otros tiempos imaginaban ser rayos del cielo los golpes de los arcabuces y ser monstruos de la tierra los hombres montados a caballo. El trato y comercio con los españoles les ha hecho abrir los ojos y los tiene desengañados. Saben pelear sin miedo, son hábiles y discretos en emboscadas propias de su genio traidor. Tienen en su modo de pelear muchas ventajas porque viéndose inferiores acuden a la fuga y sin gasto ninguno mudan a su placer sus rancherías (casas) metiéndose por lo más interior de los montes, cansando en balde a nuestra gente que va faltando sin haber conseguido en tanto tiempo las ventajas que se figuraba. Mi dictamen es que el corto ejército se acuartele y que no haga movimiento de hostilidades tercio alguno. Que se mantengan, en cambio, unidos en defensa. No es posible ya conquistar hombres para el Rey sino ganando almas para el cielo. El único medio de atraer a los jíbaros es publicarles la paz, mostrarles cariño, halagarles y acariciarles". En nuestra lengua, diríamos sencillamente: persuadirles por las buenas.

Sin la presencia de los misioneros, las crueldades y daños de la guerra hubieran sido mucho mayores, ya lo veremos en la época del caucho cuando la ausencia de los misioneros que hubieron de retirarse del Putumayo, dejó cauce impune a la crueldad, abuso y codicia de los caucheros, no menos aficionados al oro verde de la shiringa que los españoles al oro amarillo.

Las cartas e informes de los misioneros nos han dejado datos preciosos sobre la vida de los **muntas** de entonces y se ve que ellos también, como veremos enseguida, por el caso del P. Juan Lucero, se vieron ganados por una admiración que no disimulan ante aquellos magnánimos y guerreros jíbaros. Escucharemos el testimonio del P. Figueroa:

"Y es temible el jíbaro porque, entre todos los salvajes, es el que mejor ha sabido adaptarse a las necesidades frente al hombre blanco transformando sus medios de lucha sin variar en sus ideas ni en sus instintos. El Gobernador de Maynas, Don Jerónimo Vaca de Vega, admirábase ya en 1693 de la precisión y habilidad con que los jíbaros, aleccionados por sus peleas con los españoles, habían

perfeccionado sus armas yendo hasta poner a la noticia de una nueva expedición puntas de fierro en sus lanzas. Fierro cogido acaso, según Vaca de Vega, entre las ruinas de Logroño y al que empleaban en lugar de los antiguos huesos de hombres. Habían también acortado sus lanzas para manejarlas como espadas o arrojarlas como dardos, así como también habían trocado sus escudos antiguos por broqueles ligeros y manejables y guarnecido sus cabezas con especie de morriones o celadas fortísimas tejidas de pitas y nervios".

Sobre el P. Francisco Vivas (15), el autor y promotor de las peores incursiones en tierras jíbaras contra el parecer unánime de todos sus hermanos y compañeros de la misión habría mucho que decir. El estudio de su correspondencia podría dar pie a un interesante estudio de paranoia de tipo religioso y "apostólico". Tampoco quedó demasiado bien el P. Visitador que, en Quito, no supo ponerle coto por temor de disgustar a las altas autoridades que le favorecían.

En la épica jíbara, estas guerras contra los españoles, con el asedio de una casa nativa y el triunfo final de los viejos, aparecen mitificadas y ejemplarizadas en el relato de la historia de Uum, el aguaruna que se convierte en tigre tras obtener la revelación del Ajutam. Y luego, la lección moralizadora de que el matar –aunque sea por una causa justa– tiene el peligro de convertirse en un hábito y arrastrar al que lo cometió por un camino de sangre y crueldad inevitables.

12. Cómo vieron los **Apach** a nuestros viejos del Siglo XVI (16)

Se contó en un capítulo anterior, cómo aparecían ante sus enemigos jíbaros. Nos toca ahora ver cómo aparecían éstos ante los españoles. Tenemos, para ello, la relación de uno de los jesuitas misioneros que acompañó como capellán al Gobernador Mauricio Vaca de Vega en una de las entradas que hizo éste a tierra de jíbaros. En lo que nos cuenta, podemos todavía reconocer muchos rasgos distintivos de la cultura de los viejos que han permanecido inmutables hasta casi nuestros días y que muchos ancianos pueden todavía recordar. Nos hemos tomado bastante libertad al retocar el lenguaje para hacerlo más moderno e inteligible. El que quiera saborear el original puede encontrarlo en Jiménez de la Espada.

El paisaje de la tierra jíbara

"Altísimas cumbres, soberbios riscos y encumbrados picachos... lleno de árboles y malezas que forman laberintos abarrancados. El horizonte ordinariamente encapotado de nubes negras y lo mordiente del sol, en vez de calentar toca a fuego. La crueldad de los enjambres de mosquitos que acribillan sin resistencia posible a los

hombres... Las continuas crecientes de los dos hermanos ríos, Paute y Zamo, el terruño tan húmedo que aún bajo techo y humo hace gotear el agua y los temblores de tierra que parecen anunciar guerra cuyo son responde a un tiempo truenos, relámpagos, aguaceros, rayos y los tambores de guerra de los jíbaros".

El aspecto de los ***muntas***

Hijos de tan formidables cordilleras, los jíbaros se hacen temer a primera vistas porque lo membrudo, alto y bien proporcionado de su cuerpo, aventaja a muchas naciones del gran río de las Amazonas. Sus lanzas y escudos redondos no son de hombres ordinarios, sino de gigantes. Las puntas afiladas que dan remate a las picas son hechas de huesos de enemigos que han matado en sus emboscadas y son para ellos como joyas de inestimable valor, pues quien las trae demuestra con ellos que son **ayumpas** o matadores de hombres, que es como la misma cosa.

"Su vestido es tan largo y tan ancho que podría llegarles a los pies si no le recogieran con un cinturón de palmo ancho tejido de cabellos humanos con que estirada la parte superior quedan descubiertas las rodillas para trepar con ligereza a las alturas y, en el pliegue que hace sobre la cintura, llevan recogidas muchas piedras por si acaso las necesitan. Llevan la cabeza ceñida con una faja roja como guirnalda adornada con colgantes de concha muy vistosos y bien trabajados.

Viven en casas grandes en lugares solitarios, cada familia por separado por temer siempre alguna traición. Cada quebrada viene a ser una parcialidad, banda o clan, con uno o dos "ayumbas" que corresponden a lo que en España llaman matador de fama o capitán de destacamento de guerra (Lucero utiliza la palabra "bandido" en el sentido que tenía antiguamente que no era precisamente el de malhechor como es ahora). Su población se calcula en ocho o diez mil.

Viven tan armados y con tal vigilancia que se tiene por milagroso que los españoles sorprendan alguna casa porque, como viven en las

alturas tan elevadas, quien sube a ellos tiene que hacerlo como por escalones y, así, forzosamente les descubren quienes vigilan desde arriba. Y, como viven en sitios tan elevados, al primer rumor de español, éste se esparce rápido por toda la tierra. Cuando esto es así, hay un perdón general de todas las peleas de unos con otros pues tienen por mayor enemigo al cristiano, al que esperan mancomunados y unidos en emboscada en lo más difícil de los caminos. Entonces, el que no conoce su astucia, perece sin remedio.

Al primer paso que da el español, se da por ofendido y sale a la venganza. Unas veces de emboscada como es dicho en lo más fragoso de la serranía. Otras, frente a frente, impidiendo el paso a fuerza de lanza, obligando al español a retroceder. Y otras, finalmente, fingiendo que salen de paz, y éste suele ser el procedimiento más seguro para volver cargados de cabezas de españoles e indios amigos, escapando luego como si se hicieran invisibles y con tal silencio que el escuadrón español se ve obligado a levantar el campo. Y es entonces cuando vuelven a él los jíbaros celebrando con carcajadas de risa haber echado de sus tierras al español.

Muchas veces, en lo más alto de la serranía, tienen piedras de buen porte sobre barbacoas fijadas de unos bejucos y así, cortados éstos, caen las piedras como galgas por la bajada que tienen despejada y hacen, sin resistencia, añicos a los que subían por allí. Entonces, sin temor de hacerse pedazos o de caer en manos de sus enemigos, bajan los jíbaros tras las piedras de forma que parecen hijos de una misma madre con ellas en la carrera. Bajan pues de apuesta sobre quien regresa a su cumbre cargado de más cabezas. Pero cuando los lados del callejón tienen troncos gruesos, ha sucedido guarecerse en ellos los cristianos quedando tan a salvo que los jíbaros, que bajaban ciegos, ansiosos de cabezas, se hallaban derrepente prisioneros de aquellos a quienes pensaban muertos.

Por otra parte, es tal fidelidad a su gente, que no hay modo de lograr guías e intérpretes que contesten sin recelo a lo que el español quiere averiguar. Porque si el intérprete sigue o teme al bando de su nación, nunca puede esperar información, ni el capitán... ni el misionero.

Cuando caen en manos de los indios cristianos amigos, comprenden que no sólo quedarán presos, sino hechos pedazos, siendo entonces cuidado de los españoles defenderles de nuestros indios amigos. Lo cual tiene el jíbaro tan conocido que, cuando cae en manos de aquellos, llama en su auxilio al español llamándole ¡"Apache! ¡Apache!", que quiere decir "español" ".

Una de las razones que impidió el éxito de los españoles en vencerlos fue la continua experiencia que tenían de pelear con frecuencia unos contra otros, parcialidad contra parcialidad "por el ansia de cabezas humanas y por aumentar el número de sus mujeres, que son los dos polos en que se funda toda su barbarie".

Viven sin temor a príncipes o caciques, que no los tienen y siempre alertas por ser todos traidores y matarse sin remisión por las mujeres cuyo número aumenta sólo la fuerza. Así, no guardan más ley que la que dice: "¡Viva quien venza!". Por eso, nadie fía de otro, que la experiencia con tanto suceso fatal le ha enseñado que el que se fía de su mayor amigo muere sin remedio. Se da por hecho que las mujeres del difunto son, sin duda alguna para el homicida, sin que para apoderarse de ellas se necesite más título que bailarle la cabeza en la fiesta de reunión de los Ayumba a costa de la yuca fermentada en fortísima bebida. Y así, borrachos, hacen nuevas resoluciones de matar a otros. Como semejantes sucesos se suceden unos a otros, se continúan sin fin ni temor a príncipe o cacique".

Pese a los inevitables errores de interpretación propios de quien ve las cosas "desde la otra banda del río", esta serie de reportajes en directo de las incidencias de aquella guerra salvaje de invasión y resistencia nos parecen hoy extrañamente exactos.

Pero el buen cronista misionero quedó totalmente subyugado por la grandeza titánica de aquellos **intashtin** campeones indomables de su libertad y fue capaz de "bandear al otro lado" quedando definitivamente ganado para los jíbaros. Lucero, a quien aquellos intentaron matar un par de veces con sus lanzas y una tercera vez "brujeándole", terminó por ganarse la amistad de varios de aquellos **muntas** que comprendieron, al fin, que él no era un aliado de los enemigos españoles, sino un mediador y un freno que procuraba moderar los excesos de la soldadesca y protegerles, en lo posible, de las consecuencias de aquella injusta guerra. Gracias a esta amistad, pudo traspasar los límites de lo propiamente militar y penetrar un poco en los otros aspectos de su personalidad y su cultura.

"Mucha armonía causa ver muchos jíbaros juntos, no disconviniendo a lo referido, antes simbolizando con todo su arrogante modo de hablar que, aunque no tuviera otro arreo, su fiereza bastaba éste a darse a conocer como hijos de tan soberbia cordillera.

Abierta la mano derecha, a veces, y otras, la izquierda, ciñen la barba con la media luna que forma el espacio que hay del dedo pulgar al índice, con tal arte que, con los restantes dedos, embozan los labios al tiempo de articular las palabras y, con el hueco que hace

la palma, abierta la mano e inclinada la boca, engruesan la voz de modo que cuatro jíbaros parecen ciento...".

Su capacidad es grande y es tan conocida por todos los baquianos que no hay quien la niegue... tienen mucho conocimiento de lo bueno y de lo malo en lo que exceden a todas las demás gentes del río Amazonas.

Esta capacidad y perspicacia, con sus puntos de zamarrería, queda bien en claro con la escena que nos describe la conversación con su amigo Zancape, **ayumpa** de Yarabe:

"Decíale a éste como a los demás que el intento mío era el de hacer pueblos y vivir con ellos enseñándoles la ley de Dios. Preguntóme si yo sólo había de vivir allí. Le dije que no, sino en compañía de todos los españoles que veían allí presentes. Dio entonces una gran carcajada de risa. Le pregunté cuál era la causa de ella. Te lo diré al oído, me dijo. Y luego, acercándose mucho me dijo: ¿Cómo quieres que un jíbaro que se las sabe todas se crea eso? Estos son hombres como yo. No podrán vivir sin mujeres. Donde las tienen está su corazón, que andan aquí como de prestado. Diles que traigan mujeres y entonces te creerá el jíbaro".

Lucero nos habla ya del **ayamtai,** el **natem** y su preparación y sus efectos a los que atribuye las peleas de unos con otros (castigo a los brujos), el uso de la guayusa (**wais**) y el tabaco y aún la costumbre de conservar los huesos de los parientes fallecidos aunque interpretado todo, claro está, bajo un punto de vista de intervención directa diabólica y en función de las categorías religiosas conocidas del mundo occidental.

13. El Siglo XVIII: Nuevos Apus y nuevos tiempos entre los **Apach**

Hemos visto cómo, sin gloria ni provecho para los españoles, se cerró el episodio de las guerras de Kanús que duraron más de un siglo, de 1592 a 1695.

Precisamente, el Virrey de Lima que prohibió definitivamente emprender nuevas agresiones contra los viejos, el Conde de la Monclova, iba a ser el último representante en Lima de la llamada dinastía de los Austria, la familia que había gobernado en España desde la entrada de los **Apach** a nuestro suelo.

Los **Apos** o reyes de España eran todos de la misma familia. Los hijos mayores sucedían al padre cuando éste moría. Pero, a lo largo del siglo XVI, todos los **apos** que se iban sucediendo resultaban cada vez más flojos. Al morir Carlos II, el Hechizado (el brujeado) en 1700, le va a suceder un rey que ya no es español, sino de una familia francesa: la de los Borbones. Este cambio de dinastía traerá muchas novedades al Perú y aún a la historia de los viejos como vamos a ver más adelante. He aquí las novedades más importantes:

- Una nueva división administrativa territorial.
- Aumento de las invasiones desde el Brasil por parte de los llamados "carayoas" o "mamelucos".
- Expulsión de los jesuitas misioneros de Maynas.

- Desaparición definitiva de la Encomienda.
- El fenómeno de la Ilustración.
- La más importante: la guerra de emancipación y la formación de las nuevas naciones americanas.

Como fenómenos menores, pero precedentes de cosas que van a ocurrir después, tenemos el primer proyecto de colonización organizada y el intento de construcción de la primera carretera de penetración en la selva.

La nueva división territorial

Desde la primera entrada de Juan de Salinas hasta 1740-45, la zona de los viejos caía dentro de los que se llamaba Audiencia de Quito, perteneciente al Virreinato del Perú. En esos años últimamente citados, se suprimen las Audiencias y los territorios españoles se dividen en Intendencias. Al mismo tiempo, se crea un nuevo Virreinato: el de Santa Fe, en Bogotá, del que dependerá Quito, que deja de pertenecer al Virreinato del Perú. También el Yaguarzongo y la Gobernación de Maynas, que es hecha Intendencia, pasan el nuevo Virreinato. Aunque esta dependencia de lo que luego sería Colombia duró apenas medio siglo y fue anulado **antes de la emancipación** por la Real Cédula de 1802, la anterior pertenecía a Santa Fe, daría pretexto a los ecuatorianos para reclamar como suya la Intendencia de Maynas. La Real Cédula, fechada en Madrid el 15 de julio de 1802 la consiguió el propio intendente de Maynas. Francisco de Requena, después de un cuidadoso viaje de reconocimiento en el que comprobó la dificultad evidente de gobernar aquellas regiones desde la lejana Santa Fe de Bogotá. Y así pidió al Rey tornara su Intendencia a la jurisdicción de Lima, pues la decisión anterior fue "ni bien pensada ni eficaz para los fines que se propuso".

Las infiltraciones portuguesas en el Amazonas

También es importante para la historia de los límites geográficos del Perú el aumento de las correrías de los portugueses brasileiros que entran en tierras de Maynas para llevarse esclavos indios a sus "fazendas". Estas entradas de inaudita crueldad eran hechas por los llamados "bandeirantes" de Sao Paulo y Pará a quienes los indios llamaban "carajoas" por su continuo uso de esta interjección.

Los misioneros de Maynas avisaron muchas veces a las autoridades –y al mismo Rey de España– de estas tropelías para que impidieran estas correrías de las que los indios de Maynas eran víctimas inocentes. Pero los Borbones de España, amigos de los Reyes de Portugal, terminaron reconociendo los hechos consumados perdiendo, para el Perú, una frontera que se extendía más allá del río Putumayo, actual frontera peruana.

Expulsión de los jesuitas y desaparición de las misiones de Maynas

Acusados falsamente de conspirar contra el Rey de España, los misioneros de Maynas, en 1767, son expulsados de sus misiones así como lo fueron todos sus otros compañeros que trabajaban en las ciudades y misiones de América el Sur. Tratados como criminales, son llevados primero a cárceles españolas y luego a Italia, con prohibición de volver a pisar las tierras del dominio español. Les suceden en Maynas primero, "curitas" seculares, luego los misioneros franciscanos, que tampoco pueden sostenerse allí. Así, queda abandonado todo lo que después será el actual departamento de Loreto donde los españoles no habían establecido ninguna ciudad. Los nativos que habían estado reunidos en las llamadas reducciones se

dispersaron, volvieron a sus antiguas costumbres y quedaron sin organización ninguna.

Con la salida de los misioneros, quedó sin cumplimiento la prohibición que habían impuesto éstos para que ningún español entrara a establecerse en las tierras de los nativos. Posteriormente, al desaparecer con la Independencia las autoridades que de alguna manera los protegían (el cargo de Protector de los Indios) fueron fácil presa de los mestizos y criollos que allí entraron y que muy pronto comenzaron a cometer sinnumeros de abusos. Esos abusos, como veremos, llegaron a su apogeo en la época de la explotación del jebe.

La Ilustración

Es una moda ideológica que puede ser considerada como el fundamento del período propiamente moderno de la cultura y de la historia.

Esta moda o movimiento de nuevas ideas, tiene su origen en Francia de donde pasa a todos los países europeos y a la misma América. Se caracteriza por una fe ilimitada en los poderes de la razón humana y en un progreso indefinido de la humanidad, el espíritu de crítica de todo lo anteriormente existente y un gran entusiasmo por el estudio experimental de la ciencia.

Entre sus elementos más positivos está su nuevo concepto de la libertad de los pueblos y de los individuos y su rechazo de la ignorancia. Entre los negativos está su rechazo a la religión a la que se considera como un yugo y que evolucionaría hacia el materialismo total y el ateísmo práctico.

Para nuestra tierra, la Ilustración significó las ideas de libertad que se cristalizarían en el nacimiento de un Perú independiente y los estudios que comenzaron a hacerse de manera sistemática sobre la geografía de la zona y el conocimiento científico de su vida natural. Así, se puso de moda las exploraciones científicas para levantar mapas cada vez menos inexactos. Uno de estos viajeros merece especial mencion: Monsieur de La Condamine, quien fue el

jefe de la comisión científica que vino a medir, por primera vez, un arco del meridiano terrestre, de donde se sacó luego la medida del metro. Después de hacerlo, pasando por Jaén, se embarca en Sushunga, recorre el Marañón y, tras pasar Manseriche, recorre el Amazonas dejando un mapa en que aprovecha los datos que le ha dado uno de los misioneros de Maynas. Este científico francés fue quien primero dio a conocer en Europa el árbol del jebe. Todo esto ocurrió entre 1743 y 1744.

Entre los científicos que estudiaron la Amazonía y, especialmente, nuestra zona, tenemos que contar a los misioneros jesuitas de Maynas que no eran viajeros porque vivían siempre aquí, ayudando y evangelizando a los nativos. Entre sus trabajos, encontraban tiempo para la investigación científica y nos dejaron invaloradas informaciones sobre lenguas, antropología, geografía, plantas y animales y, sobre todo, muchos datos históricos sobre nuestros viejos. Citaremos entre ellos al P. Fritz quien dejó un precioso mapa (que todavía se conserva) de todo el Amazonas; el P. Figueroa es el primero que explora el Alto Cenepa y se embarca en el Marañón en Pomaranga (Paracasa). El P. Chantre y Herrera recogió todas las noticias que tenemos sobre las campañas del Kanús, etc.

Carretera de penetración y un curioso proyecto para colonizar

Del año 1777 es el primer proyecto conocido de abrir una vía de penetración a la selva. Iba a hacerse desde Quijos (hoy en Ecuador) y, o no se comenzó, o por lo menos no llegó a su destino, suponemos por las tremendas dificultades del trabajo.

El inventario de las cosas que se creían necesarias para construirla nos da buena idea de cómo había que trabajar en aquellos tiempos en que no habían tractores, volquetes ni dinamita. Merece la pena transcribirlo:

- 50 morenos (negros de Guayaquil) que resisten y rinden más que los nativos, según dicen.

- 400 jornaleros del país (nativos) para zocala.
- Una forja de herrero y dos oficiales canteros para trabajar la piedra.
- Barreneros
- Un funcionario Interventor de Hacienda para pagos y cuentas.
- Un capataz para llevar la lista de los trabajadores.
- Guardaparque (Guardián de las herramientas).
- Un capellán con su dotación de ornamentos.
- Un cirujano
- Un ingeniero
- Guardias y soldados con su equipo y armamento (llaves de cuero, tapones, zapatillas, capotes, canutos de hojalata para los cartuchos de fusil.
- 100 hachas de derribar y 25 de labor (¿azuelas?)
- 150 machetes. 50 zapapicos, 50 azadones, 15 picos de cantería.
- 20 barretas de buen tamaño, 8 barrenos, 2 atacadores, 4 cucharas, 12 cuñas, 12 láminas de hoja para cuña, 6 mandarrias (machos de herrero).
- 60 cubos de madera embreada.
- Como carretillas para el acarreo de tierra y piedras, 200 cueros de ganado vacuno.
- 6 tiendas de campaña.
- 3 quintales de fierro y uno de pólvora; ésta contenida en cajones de madera con zunchos de cuero, forro interior de hule (jebe) y exterior de cuero curtido.

No podemos creer que llegaran muy lejos con este material.

De estos años es también un curioso proyecto, primer precedente de los muchos que habrían de venir después, de colonizar de manera organizada la selva. (17).

Como observadores de parte del Rey de España en la expedición de La Condamine (y al mismo tiempo como investigadores secretos de la situación política en América española) vinieron dos oficiales de marina, Jorge Juan y Antonio de Ulloa, que nos dejaron un interesante informe secreto que se publicó tiempo después.

Los marinos españoles proponían como medio de civilizar y cristianizar a los nativos de Maynas, y para frenar a los portugueses del Brasil que amenazaban las fronteras del Perú, la creación de "unas fronteras vivas". La colonización habría de hacerse reclutando a los vagos y maleantes que abundaban en Quito, malas mujeres y otros elementos de este tipo para establecerlos en la



Mapa de Pedro Maldonado 1750

frontera. Todo ello había de hacerse bajo la dirección de los jesuitas de Maynas "los únicos –dicen– que habían sido capaces de organizar la selva".

El gobierno de España, ya muy prevenido contra los jesuitas, no debió tomar nunca la sugerencia en consideración. Ni creemos que los jesuitas la hubieran aceptado de ninguna manera.

Cerraremos el capítulo con la lista de los mapas antiguos de nuestra zona que se han podido haber a las manos, todos menos uno procedentes de este siglo XVIII.

1549. Croquis de Diego Palomino que acompaña a su relación de la entrada el río Chuquimayo.
1707. Mapa del P. Samuel Fritz, magnífico en impresión e información.
1743. Carta del curso del Marañón o del gran río de las Amazonas por M. de La Condamine.
1750. Su autor es don Pedro Maldonado. Muy bueno, ubica a los "ahuarunas" (es la primera aparición de este nombre) en la orilla izquierda del Marañón y a los Tontones (también, como sabemos, aguarunas) en la margen derecha.
1769. P. Weigel.
1775. Cruz Cano. Referencia a informaciones de los jesuitas de Maynas sin especificar.
1776. Aprovecha y cita al P. Weigel.
1777. De este año es la referencia de un mapa solicitado por el obispo Martínez Compañón y enviado efectivamente a él por el Gobernador de Jaén, Miguel Peralta. En un mapa del mismo Martínez Compañón **publicado en el año anterior, 1776,** no aparecen referencias detalladas de nuestra zona, sólo la indicación general: "Montañas de Indios del Obispado de Trujillo".
1779. Mapa de don Francisco de Requena.
1789. Mapas P.P. Weigel y Juan Velasco, reconstruidos de memoria cuando aquellos padres estaban ya desterrados en Italia.

14. Los pueblos de los ***Apach*** *en la frontera de los viejos y la vieda en los "centros" al terminar el Siglo XVIII*

El cese de las expediciones al Santiago equivalía, para los españoles, al reconocimiento de una derrota total. A pesar de su inferioridad de medios, la voluntad de resistir hasta lo último había dado a los viejos la victoria final. Podían ya dedicarse a vivir tranquilos y a su manera.

Las consecuencias de aquel suceso llegaron mucho más lejos de lo que podía esperarse y se dejaron sentir a todo lo largo y ancho de la zona jíbara. Los puestos españoles que quedaban dentro de ella dejan de ser una amenaza para los viejos y la mayoría de ellos decayó irremediablemente.

La ciudad de Santiago, que se había trasladado a Boca Potcchi con el nombre de Naranjos, en 1743 está otra vez en la boca del Marañón, pues el interior no es seguro para los españoles. Es tan pobre que sus habitantes no pagan tributo porque no tienen con qué. La Condamine, que la visitó en ese tiempo, la califica de simple aldehuela con un Teniente Gobernador. Miguel Peralta que, como Gobernador de Jaén, la visita en 1767 nos cuenta que constaba solamente de siete barracas cubiertas de palmiche con paredes de caña. La iglesia es del mismo material. En su censo figuran 11 varo-

nes, 15 muchachos, 8 mujeres españolas y tres indios tributarios que ruegan a Peralta los lleve de nuevo a Sushunga pues quieren vivir con los nativos. "Tontones" que allí habitan y que son sus paisanos. El único recurso económico que tienen sus habitantes es la venta en Maynas de tutunas y pedernales que traen desde Jaén para encender fuego con el **assé** o eslabón. En vista de ello, Peralta ordena en realidad trasladar el pueblo al hacer enviar a Borja lo único de valor que queda en la iglesia: unas lámparas de plata, las campanas de bronce y unos pocos ornamentos. Para fin de siglo, ya no queda nadie en Santiago y las mismas cosas que se llevaron a Borja son de nuevo trasladadas a Barrranca, pues en 1792, no queda nadie tampoco en Borja.

La ciudad de Santa María de Nieva se había acabado mucho antes. Al final de las expediciones al Santiago ya ni se la nombra. Tampoco lo hace La Condamine. En 1720, se la había nombrado y, más bien, como un título honorífico para el Gobernador de Yaguarzongo, Pedro Castillo Rengifo. La última vez que volverá a aparecer será en 1772 como referencia para los nuevos límites de la Misión Alta.

Entretanto, en la frontera occidental, la situación de los establecimientos españoles es bastante parecida.

San Antonio del Embarcadero (Sushunga) cuenta en 1743 con varias familias de Tontones. En 1767 quedan 18 familias con 153 almas. Los viajeros que pasan por allí para embarcarse en 1769 no la nombran. Mucho más tarde, en 1890, se habla de Sushunga como un lugar recién descubierto.

Jaén de Bracamoros, la orgullosa capital de la Gobernación, va pronto a seguir la misma suerte. En 1651 tenía, además de la iglesia, un convento de la Merced, un hospital, varias capellanías y era cabeza de curato con varias "doctrinas" anexas. En 1743, La Condamine la califica de ""menos que ciudad".

En 1775, los mercedarios se retiran abandonando su convento. El hospital comienza a desmoronarse, los Gobernadores no quieren vivir allí y prefieren hacerlo en San Felipe y Tabaconas y ya casi no se escucha trabajar al molino de Santa Ana sobre la quebrada del Agua Turbia.

En 1767, el visitador enviado por el Obispo de Trujillo, Canónigo Mesones, había sugerido trasladar la cabeza de curato a Tomependa, la cercana población nativa, por tener ésta más habitantes. En el censo de 1783, se cuenta sólo 230 personas, en su mayoría nativos **wampukus.**

En 1799, todavía tiene su párroco –de quien nos ocuparemos enseguida con motivo de un suceso relacionado con los viejos– pero sus mismos habitantes están pensando seriamente en retirarse de allí a mejores tierras en otro sitio. Jaén ha dejado de ser el "centro de poder" que antes fuera.

Veremos ahora qué ha ocurrido con la población nativa que encontró Diego Palomino, en 1549.

Llanques y Copallines han desaparecido como etnias.

Los Chirinos, Pericos y Lomas se van extinguiendo lentamente. De los tres, el único que conservará su antiguo asentamiento por un poco de tiempo es Santiago de Lomas. Chirinos y Pericos han tenido que trasladarse al otro lado del Chinchipe. ¿Han sido los ataques de los viejos?

Antes, los Chirinos ocupaban el Alto Miraflores en un valle muy grande (Santa Agueda) con muchas casas grandes y mucha gente. Ahora, han sido reubicados y, a su petición, el Gobernador, General José de Lizarzaburu, les mide en 1738 nuevas tierras donde está ahora el pueblo de Chirinos. Lo mismo ha sucedido con los de Perico, de los que quedan sólo diez padres de familia a los que se han juntado tres "Jorocas" (aguarunas) (18) que, al parecer, se han peleado con sus paisanos y se han venido con ellos. Sabemos que de tiempo antes todos los jíbaros que se asomaban al Chinchipe, andaban inquietos y rebeldes contra sus encomenderos. ¿Fueron quizá las noticias que venían del Santiago? Se han conservado los nombres de varios de estos "rebeldes e insolentes", como les llaman los españoles, pues son buscados por la Santa Hermandad que era la policía rural de aquellos tiempos: Zupiay, Chuían, Yungual, Tanasanga, Kumpanam y Chuan a los que se ha unido un chirino de nombre Mogani. Esto ocurría en 1711.

A partir de esta última fecha, no se vuelve a oir hablar de Jorocas ni de Tontones al borde del Chinchipe. Sin duda se han retirado a sus centros dejando entre ellos y los **apach** una tierra de nadie, ellos quieren vivir libres y totalmente a su manera.

Mientras tanto, felices y sin enterarse siquiera de lo que pasa en la frontera de los **apach** (otro mundo lejano e incomprensible), los viejos de los "centros" siguen su vida como antes de que vinieran los enemigos: tejiendo sus **itipis,** haciendo sus rozos, inquietando a las mujeres de sus vecinos o los visitaban para tomar masato, castigando de vez en cuando a alguno acusado de brujo, mostrándose siempre, en sus guerras de aguarunas contra huambisas

que siguen siendo los **intashtin** , valientes y orgullosos como siempre.

Sin embargo, algo ha cambiado y por eso no faltan del todo los contactos –unas veces amistosos; otras, hostiles– con los españoles. Han conocido ya las herramientas de hierro y las codician para sus trabajos en la chacra y para sus lanzas en la guerra. Y por eso las buscan como intercambio o las roban. En las relaciones escritas de los **apach,** encontramos una serie de testimonios de estos contactos.

En 1772, el gobernador de Jaén baja por el Marañón y llega hasta el Santiago en persecución de unos "indios apóstatas" a los que no puede alcanzar. Así, nos cuenta lo sucedido en una carta del mismo Peralta al ilustrísimo Luna Victoria, Obispo de Trujillo, de fecha 28 de enero del año siguiente y escrita en Tabaconas. (19).

"No se hallaron, se habrán retirado más allá o los habrán consumido los jíbaros. Se dio con una casa grande de jíbaros que, no entendiendo a los intérpretes y lanzando flechas (¿el **wachi akantai?**), se huyeron al monte en número de siete que no pudieron competir con treinta soldados de mi compañía entre indios y blancos. Se cogieron cuatro mujeres con seis hijos que les sirvieron de embarazo para la fuga".

A las criaturas menores las entregó al P. Caligari, párroco de Borja, para que las bautizase. No nos dice qué hizo con las cuatro mujeres y una niña de diez años de edad. Tratándose de "indios rebeldes", suponemos que se las llevaría como prisioneras de guerra a Jaén. Pero sí sabemos que del Santiago se llevó otra cosa:

"De este viaje vine con unas calenturas; ya continuas, ya intermitentes; que a principio de noviembre se pusieron a morir y, por fin, han parado en cuartena que me tiene harto débil y sin poder trabajar más que a ratos por las mañanas".

El temible paludismo, endémico en el Santiago, se encargó de vengar justicieramente el abuso cometido con las infelices prisioneras.

De carácter totalmente distinto, y por eso lo fueron los resultados, fue la entrada del P. Camacho, de la Misión del Maynas, por los ríos Morona y Pastaza, en busca de jíbaros de los que quería hacerse amigo y, así poderles evangelizar. Sucedió esto muy poco antes del destierro de los misioneros. (20).

Entre este año 1767 y el siguiente, recorre el Morona, el Pastaza, el Huasaca y la región entre este último río y Mera, hoy en el Ecuador, Camacho vive sólo entre los jíbaros. Su trato familiar le permite conocer bien sus costumbres y su lengua. El participar en

pie de igualdad de su comida, casa y sujetarse como uno más a sus fatigas, sufrimientos y hambres hace que le admitan como un amigo. La fama de su desinterés y generosidad se propagó por todas partes y comenzaron a venir en su búsqueda convidándole a entrar en sus tierras y llevándole regalos. Entre éstos últimos estaban unas calaveras de los españoles envueltas en sus propias camisas ya medio deshechas. Y lo que es más, trayéndole a sus hijos para que los bautice.

Camacho bautizó 250 párvulos. Varios jíbaros se fueron a vivir a la reducción de Nuestra Señora de los Dolores de Muratos para aprovecharse –pensamos– de las herramientas de hierro que el buen Padre les llevaba.

Un **munta,** Matukasa, obsequió a Camacho una sotana de algodón tejida en el mismo telar con que hacía sus **itipis.** Tan buena fue que le duró a lo largo de los varios años de viaje y cautiverio que transcurrieron antes de llegar al destierro de Italia.

El P. Juan Velasco nos cuenta la reacción de los viejos cuando se enteraron de que al padre, el Rey de España le expulsaba de su tierra y se lo llevaba prisionero.

"Tuvieron en diversas reducciones de las que habitaban, varios proyectos: ya de retirarse abandonando dichas reducciones y prendiéndoles fuego como lo hicieron los Muratos y Jíbaros de la de Nuestra Señora de los Dolores; ya de hacer resistencia y no dejar jamás salir a los misioneros teniendo por asunto, sin dificultad, oponerse y aun destruir a los españoles que les quisieran obligar por la fuerza a lo contrario. Lo que hicieron nuestros viejos en Logroño, Sevilla del oro y Macas, eso mismo haremos con los que vengan a quitarnos a nuestros Padres. Y aún en una ocasión, mataron a varios españoles porque les dijeron que los Padres habían sido desterrados".

Pero la principal razón que impulsaba a los viejos a buscar una y otra vez el contacto con sus antiguos enemigos **Apach,** era el haber visto y aprendido de ellos cómo, con sus herramientas de acero más perfeccionadas, hacían tan fácilmente el duro trabajo que ellos habían de ejecutar con sus hachas de piedra y el fuego. Y tam-bién la posesión por aquéllos de las chaquiras de colores que sus **nuwas** no cesaban de solicitar.

La lista de los objetos que en Macas y Canelos se empleaban para "amansar" a los jíbaros en 1775, comprendía los siguientes artículos de todos los cuales se consignan los precios: machetes, barretas, hachas, cuchillos, tijeras, telas, cascabeles y chaquira verde

y azul para los collares; telas y cintas de colores vivos y trozos de acero para, con piedra de chispa, encender el fuego. Junto con esta lista se nos proporciona también la noticia de que en esos años, 1775, empleaban todavía los viejos colmillos de sajino para afilar las **tséntsak** de sus cerbatanas. Suponemos que también estos objetos, vía cambalache y contrabando, llegarían a los aguarunas del Nieva y del Marañón.

De una relación de Jaén de 1790, sacamos la noticia de varios grupos de aguarunas que se niegan a curiosear el pueblo de Puyaya y, de paso, se "prestan" algunas cosas: (21).

"Varias veces se han acercado a este anexo de Puyaya sin hacer más daño que robarse alguna herramienta de labranza".

En otra ocasión, un grupo más numeroso llegó a este mismo pueblo y, estando allí oyendo tocar las campanas, huyeron pensando que era otra cosa.

Más pormenorizada es la relación que escribe el P. Crespo y Cassaux al obispo de Trujillo, ya en los umbrales del siglo XIX.

"Hace más de cuatro meses, se dejó ver en Puyaya una tropa de cincuenta y tantas personas de todo sexo y edad, muy heridos algunos, que con sus señas y ademanes explicaban las hostilidades que habían padecido de otra nación también bárbara (otro grupo aguaruna), que por más numerosa y esforzada, triunfó de ésta".

Al jefe nos lo presenta Crespo y Cassaux como hombre de estatura prócer que, con su buena disposición de cuerpo, acompañaba un alma bien formada y generosa. Su mujer se llama Huasmi –tiene además otras tres, como buen **apatmankau**– y es una lástima que no consigna su nombre.

Al acercarse Crespo, el **munta** le abraza y le hace sentar con él. "Luego entabló una conversación larga que, por los viajes llenos de furor, suspiros que se la interrumpían (ma!) y que comprimía, conocí que estaba refiriendo la causa de su transmigración que es la de la derrota que dejo ya insinuada. También me señaló una altísima montaña que, desde el sitio en que estábamos, se alcanzaba a ver y que, seguramente era el sitio de su residencia antigua o el lugar de la catástrofe. Aunque más me inclino a lo último, porque hallándose junto a mi uno de los indios católicos (de Puyaya) me refirió que, viniendo él del puerto del Embarcadero (Sushunga) que está situado por donde el infiel señalaba, había encontrado una cantidad inmensa de huesos y de calaveras y de una india, que aún

se hallaba entera, y que le habían dado muerte hincándola por las partes pudendas un palo y clavándola fuertemente en la tierra por la otra punta".

Es lástima que no se conservara el nombre de este **munta** que posteriormente se quedó instalado en Tutumberos con su familia, sus perros y sus gallinas para vivir siempre allí. Debió ser el antecesor del grupo que, hasta nuestros días, ha venido viviendo en esos lugares.

15. *Nace una Nación*

Fermentación e inquietudes

Los finales del s. XVIII y los comienzos del s. XIX, con sus síntomas de profunda crisis, pasan desapercibidos a nuestros viejos "los Xibaros y Abaronas, como los llama el Intendente Requena". A los **apach** vencidos por ellos, todos los nativos les parecen exactamente iguales.

Y, sin embargo, es entre los **apach** donde comienzan ahora a gestarse sucesos que van a cambiar totalmente la historia del Perú, de América y de toda la etnia jíbara.

En la lejana España –**Nayantsa amáin**– reina como Apu un Rey Borbón de mandíbula floja y nariz prominente que se llama Carlos IV. Y que tiene un hijo, Fernando, de nariz todavía más larga y mandíbula más floja.

La gente, aquí como allá, viste casaquines, usa pelo artificial (pelucas), se emboza en capas, cubre su cabeza con tricornios y sombreros de ala muy ancha y se arma con espadines, pistoletes y escopetas de chispa. Gusta de sorber por la nariz polvo de tabaco (rapé) y, entre ellos, se ha puesto de moda tomar chocolate, que viene de la selva.

Utilizan poco el jabón y mucho los perfumes y jaboncillos. Su manera de hablar es afectada y a nosotros nos suena a mujeril: "Señor y amigo de los afectos de mi corazón..." Así comienza la carta de un **apach** que cuenta a su compadre los últimos chismes de Jaén. Pero bajo todas estas semajanzas trabajan profundas diferencias culturales y psicológicas que separan a los **apach** que vienen recién de España de los aquí nacidos: los criollos. Pero la razón más profunda de diferencias es que el que llega de nuevo ve sólo en el

Perú la tierra donde puede ejercer el poder y hacerse rico. Quizá para volverse enseguida a España. El criollo, en cambio, ama apasionadamente a su tierra y piensa que ha llegado el momento de asumir su propo destino y mando sin que vengan a imponérseleo desde fuera.

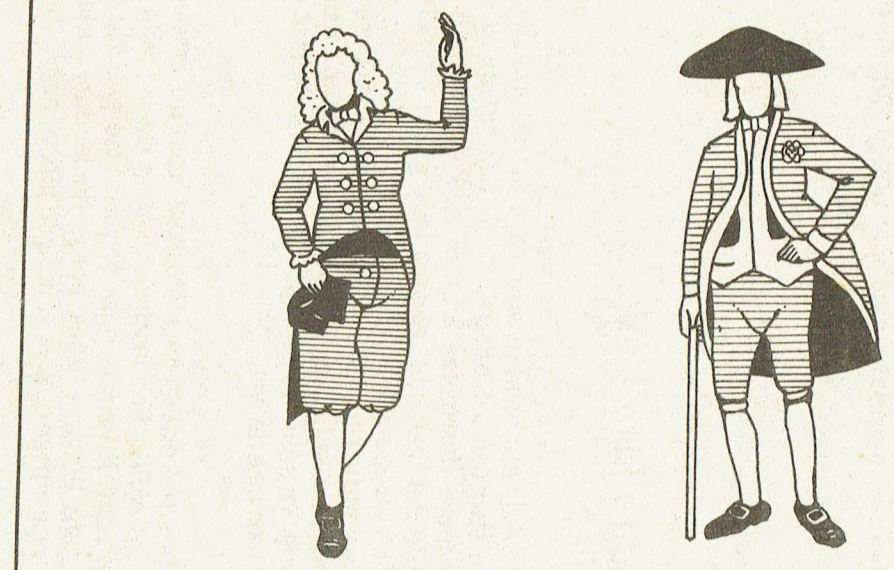
En Lima se publican periódicos por vez primera. Su formato y estilo recuerdan bastante los "Programas" de las fiestas provincianas y distritales, pero bajo su apariencia inofensiva y adulona: "El Excelentísimo Señor Virrey continúa gozando de perfecta salud para la más cumplida satisfacción de los votos del público", se comienza ya a adivinar la presencia de una formidable máquina de transformación social.

Las noticias que van llegando a España del Perú y del resto de los países que forman las "colonias americanas" son cada vez más inquietantes y confirman los augurios que, desde mediados del siglo XVIII, se venían recibiendo.

La aristocracia criolla de Lima conquetea con las conspiraciones, pero acá y allá comienzan en varias partes chispazos de verdadera rebeldía... Túpac Amaru. Los indios de la sierra siguen viviendo en su mayoría, su vida torva y silenciosa de oprimidos por todos.

En el mundo de la administración pública, zarandeada por la fuerte polarización nacionalista, la mayoría de los funcionarios procura aprovechar la ocasión para mejorar su situación personal. Sólo unos pocos idealistas hacen un último intento para poner un poco de ajuste en los negocios públicos. Entre estos, está el Intendente de Maynas, de quien ya hablamos, don Francisco de Requena. Había pasado diez años intentando gobernar las inmensas y desamparadas regiones de Maynas (los actuales Loreto, San Martín y Ucayali). Un pequeño adelanto en eficacia administrativa lo consigue con la vuelta de antiguos territorios a la jurisdicción del Perú, pero eso no basta. No se puede olvidar que toda la estructura de la organización colonial descansaba, en último término, en doctrinas y obispados a los que se superponían las jurisdicciones civiles: Intendencias y Partidos. En Maynas, nunca hubo obispado y su lugar lo ocupaban las misiones de los jesuitas, ahora destruidas por la expulsión de aquellos religiosos. Aunque se intentó substituirlas, primero con clérigos seculares literalmente "cazados a lazo", y luego con los franciscanos, el esfuerzo fracasó:

– ¡Padre, prepáreme canoa que yo me vuelvo a Quito! ¡Me muero aquí de melancolía quedando solo!



Trajes de la época de la Ilustración

Esta fue la reacción de uno de los párrocos seculares llegados a hacerse cargo de las reducciones. A sus sucesores franciscanos les hicieron la vida imposible el famoso Gobernador Calvo y el resto de las nuevas autoridades civiles y, por otra parte, la repentina y desmesurada ampliación de su frente apostólico que ya era excesivo con las inmensas extensiones del Ucayali.

Para llenar el vacío eclesiástico que se había producido, propuso Requena fundar un nuevo obispado: el de Maynas, con capital residencial en Moyobamba, que era el centro de poder español más cercano. Pero el proyecto, apenas iniciado, fracasó. Entonces, como ahora, la selva no interesaba más que por lo que se podía sacar de ella.

El traslado a Jaén Viejo (22)

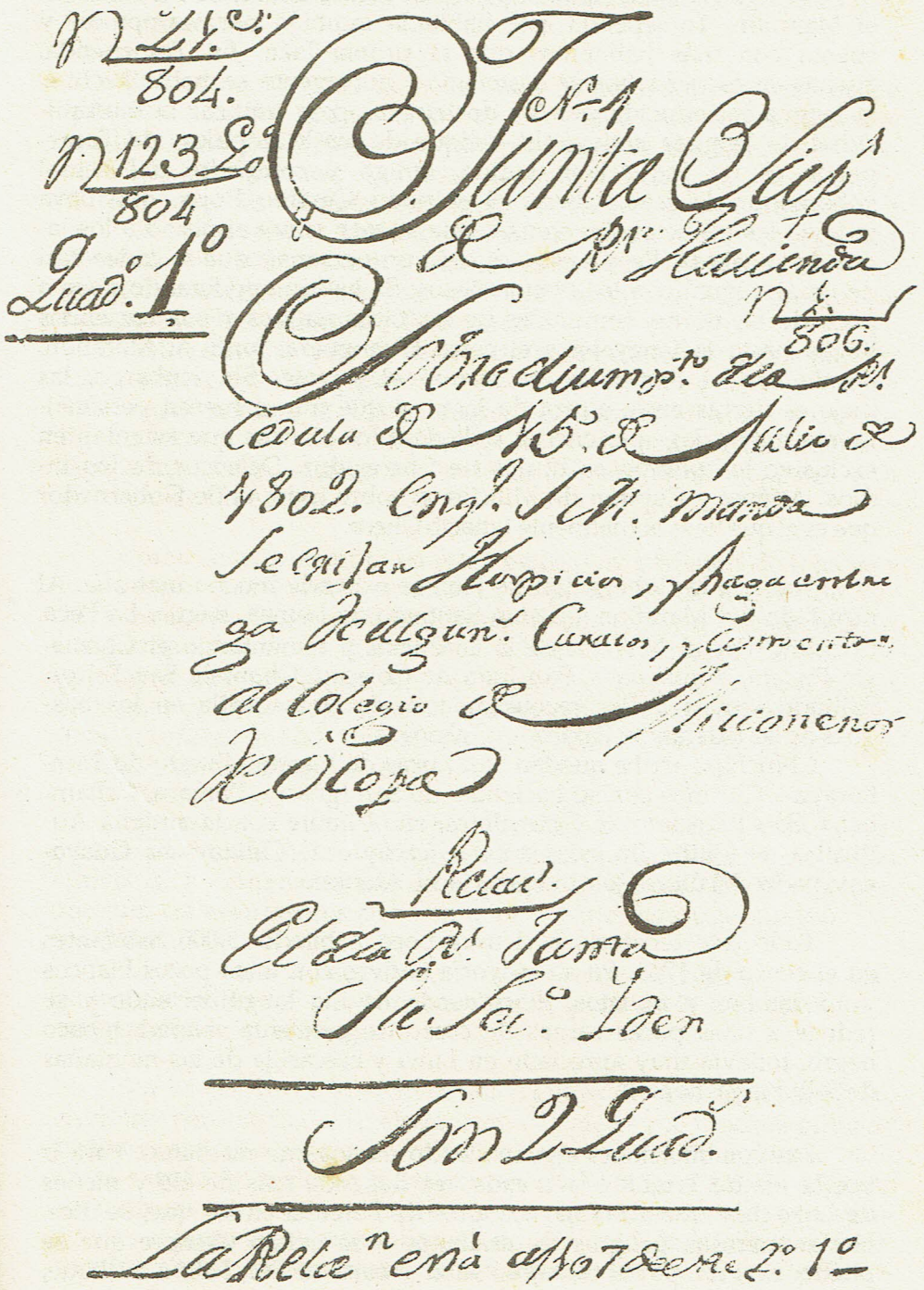
Otro suceso, importante aun para la historia de los viejos, por realizarse en su misma frontera, es el traslado de la antigua capital del Yaguarzongo desde las alturas que dominan hoy Santa Rosa hasta un valle del "caliente" al otro lado el río Chinchipe y más allá del pueblo de Tomependa.

Como se indicó antes la decadencia de Jaén se había convertido en algo irremediable. El pueblo "mediano" que encontró La Condamine es ya sólo un puñado de paredes de embarre y techumbres más de paja que de teja.

A trechos se conservan restos del antiguo empedrado de cuña que cubría las calles. Por las frías alturas de la "Silla de los Patagones" sólo quedan invernas para el pasto de ganado mular, exiguas chacras de pan llevar y unas pocas haciendas, cada vez más descuidadas donde aún se cultiva el famoso tabaco negro de Jaén.

Alrededor de la soñolienta capital existen varios anexos ocupados mayormente por indígenas, los Wámpukus. Son las doctrinas de Guayanda, Puyaya. Más adelante, casi sobre el Marañón, Pomará, la antigua Julluca y Tutumberos en frontera con los gentiles aguarunas.

Cédula Real (1802). Facsímil



Al otro lado del Chinchipe, en la sofocante desembocadura en el Marañón, Tomependa está habitada también por wámpukus y cuenta con más habitantes que la propia Jaén. En Tomependa, apenas se escucha hablar castellano. Unicamente se habla kechua, la lengua introducida por los doctrineros para unificar la multiplicidad de lenguas nativas. El cacique de los Wámpukus de Tomependa es un indio bien ladino, amigo y compadre del actual gobernador de Jaén, Checa, el shipudo Cesáreo Rojas, que lleva todavía las tradicionales trenzas que le caen sobre el pecho a los lados de la cabeza. Pese a esto, es todo un personaje que se codea casi de igual a igual con los blanquiñosos. Se ha ido apoderando poco a poco de las tierras comunales de los otros nativos y sus haciendas llegan hasta la Guayaba y el cerro Huanguera, junto al Marañón, donde con el tiempo se construirá el puente. Sin embargo, las mejores tierras en la altura de Jaén –y que nunca fueron personalmente trabajadas– pertenecen todavía a los blancos que ostentan en exclusiva los pomposos títulos de Corregidor, Defensor de los Indios, Alférez y Capitán de Milicias y, sobre todo, el de Gobernador que es el que lleva actualmente Ignacio Checa.

Todavía la Gobenación de Jaén se extiende mucho más allá. Al otro lado del Marañón, quedan Santiago de Lomas, Bagua, La Peca, Copallín. Por el N.W. hasta la cordillera y remontando el Chamaya: Pucará, Pomahuaca, San Juan de Colasay, Chontalí, San Felipe, Sallique –cuyos indios recolectan todavía la cascarilla en los bosques de las laderas del Páramo– y Tabaconas.

Chinchipe arriba quedan San Lucas de Pucará –Puerto de Tamborapa–, Chirinos con su hacienda de San Ignacio, Pomaca, Callambana, San Francisco de Gramalotes, en el límite con la antigua Audiencia de Quito. En estos años es cacique de Callambana Guayanay, padre del último jefe indígena local, Atanasio.

Todo este territorio está muy poco habitado: 5,000 habitantes en el censo de 1783. En su mayoría nativos con unos pocos blancos y 15 zambos y mulatos. El comercio ha ido languideciendo y se reduce a unas pocas cargas de cacao de excelente calidad, tabaco negro, todavía muy apreciado en Lima y cascarilla de las montañas de Sallique y Chontalí.

Las combinaciones siguen siendo menos que medianas. Para ir por la vía de Trujillo –Jaén cada vez depende más de allí y menos de Loja– hay que atravesar los altos de Porculla en los que, se dice, hay numerosos peligros de asaltanes y se evitan siempre que se puede. O si no, por el trabajoso subir y bajar de San Felipe, Sallique,

Sondorillo, Huancabamba, para salir a Canchaque y, por Sechura, llegar a la costa.

El camino de Loja, cada vez más abandonado, se hace desde Jaén "chimbando" (bandeando) el Chinchipe. Se camina después por el Pajonal de Tomependa, Shuape. Después, San Lucas de Pucará, Chiminí, Chirinos, Quiracas, Larapaca, Peringos, Namballe y Zumba ya en el Virreinato de Santa Fe. Esta es la ruta que recorre en 1830 el Coronel Althaus, alemán al servicio de los ejércitos libertadores. Es significativo que el barón Von Humboldt, para llegar a Tomependa y Jaén, no escoja el camino de Loja, sino el de Guayas por Huancabamba y Tabaconas.

Para remediar esta situación de aislamiento –y quizá por razones ecológicas de agotamiento de los suelos– el grupo criollo de Jaén, capitaneado por Checa, sugiere el plan de abandonar el antiguo asentamiento de la capital de la Gobernación y trasladarlo a tierras nuevas: la antigua hacienda de Amojú, en el "caliente" y al otro lado de Chinchipe.

Como sucede siempre en estos casos, hay variedad de intereses y opiniones. Los vecinos se dividen, la población de nativos de Puyaya no quiere ni siquiera oir hablar de ello. Los de Tomependa –a los que quieren llevar tras de Jaén, a Shuape– tampoco. Se escriben papeles y memoriales sin fin; los tinterillos, que ya los hay, hacen su agosto y, de pasada, pretenden desacreditar al adversario quitándole autoridad moral. En un "recurso" contra el traslado, los vecinos de Puyaya escriben en 1801:

"Amojú es el sitio más opuesto a la conservación de la humanidad. Hay en él fiebres malignas, la hidropesía es frecuente y casi universal y existen muchas otras plagas morbosas". Entre el cargamontón de argumentos por una y otra parte, hay uno que nos llama la atención:

"Si se perdiera esta ciudad –Jaén Viejo– se regarían por esta provincia las fieras y los indios jíbaros, pues es la que sostiene la retaguardia de los enemigos".

Sea la que fuere la validez del argumento –el Párroco de Jaén, decidido partidario del traslado, jamás lo alega y sí muchos otros de orden económico y de salubridad– su argumentación aquí nos indica el saludable temor que las lanzas de los viejos habían logrado infundir en sus enemigos **apach** pese a que en estos tiempos siempre se mantuvieron tranquilos al no ser atacados. Sólo posteriormente, con las provocaciones de los mismos **apach**, Puyaya y Tome-

penda, se convertirían, en lugar de Jaén, en el rompeolas contra los ataques jíbaros.

Los partidarios del traslado, políticamente más influyentes, utilizaron, como suele hacerse en estos casos, la táctica de los hechos consumados. El 1º de octubre de 1801, salió del antiguo Jaén la Patrona, la Virgen del Rosario. La licencia del Virrey para el traslado no llegará hasta cuatro años después: el 28 de julio de 1806.

Para el traslado de Tomependa a Shuape, Cesáreo Rojas, de acuerdo con Checa, procede "a la brava" cortando con su sable los horcones de la iglesia de Tomependa. Y, como en el nuevo asentamiento no había aún iglesia levantada, el párroco hubo de celebrar la fiesta patronal en una ramada o cobertizo provisional. Con este desacato a los sagrados cánones que mandaban celebrar la misa únicamente en la Iglesia, el párroco se atrajo las temibles iras del ilustrísimo Carrión y Marfil, el obispo de Trujillo. Acusado por sus adversarios políticos, Crespo y Cassaux, el Párroco tiene que acudir al obispado donde lo mantienen preso y privado aún de decir misa pese a sus lastimeras alegaciones de enfermedad.

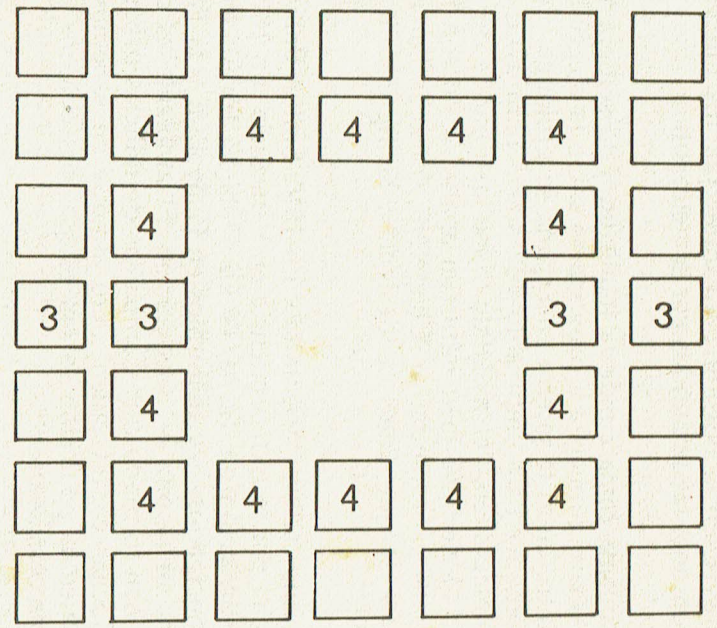
El traslado se consumó, aunque de manera incompleta. Se conserva el nuevo croquis de la ciudad de Jaén en el que aparecen numerosos espacios vacíos pues parte de los escasos vecinos se resisten todavía un tiempo a abandonar sus chacras. Poco después, Jaén Viejo quedaba totalmente abandonado y su solar se convirtió en el palmar bravío que allí hubo hasta los años sesenta de este siglo.

La declaración de la Independencia en Jaén

Mientras en Puyaya y Jaén Viejo, los Núñez, Ubillús, Espárragas, Bardales, que se habían negado a trasladarse siguen su vida tranquila de agricultores, a la nueva capital de la Gobernación trasladada a Amojú, comienzan a llegar noticias cada vez más excitantes.

CROQUIS DE LA NUEVA CIUDAD DE JAEN. 1810.

44 Casas
Manzanas de 75 varas
Baldíos 68 cuadras.



Que ofrece más terrenos virgenes todavía explotables. Junto a ella se reubicaria Tomependa.

En 1808, el pueblo de España se ha levantado en masa contra los ejércitos franceses que han ocupado el país cautivando al "Rey, nuestro Señor". En Bogotá, en Buenos Aires, en las Capitanías de Venezuela y Chile se han formado "Juntas de Defensa". Pero las mismas aprovechan la ocasión para mirar por los intereses de los propios americanos tan preteridos por la metrópoli.

En la misma Lima cunde la inquietud y la sombra vengadora de Tupac Amaru comienza a proyectarse sobre la alegre burocracia virreinal. Entre tanto la guerra en España se prolonga. En 1809 los obispos promueven un empréstito voluntario para ayudar a la lucha contra Napoleón, "el malvado corso usurpador de los reales derechos...". El clero de Jaén mira con apatía, si no con hostilidad, estos esfuerzos para ayudar al "Chapetón", como se llama ya irrespetuosamente al que antes se designaba siempre como "El Rey nuestro Señor".

Los ánimos se van calentando. En 1810, Simón Bolívar ha iniciado la lucha por la independencia en Venezuela. En 1811 ha estallado la insurrección en Tacna, en La Plata ha triunfado el movimiento emancipador, hay disturbios en Guayaquil y la Paz y en la misma Lima se respira la conspiración. El ambiente es de guerra. En Jaén se han formado dos Compañías de milicias urbanas, no se dice para luchar contra quien. Pero aunque no sabemos con qué efectivos, pues la población es tan escasa, sus cuadros de jefes y oficiales están completos.

En España, en la ciudad de Cádiz sitiada por los franceses, se han reunido en 1812 unas Cortes (por cierto presididas por un peruano) en las que, junto a la afirmación anti-francesa, resuenan clamores de libertad y de protesta contra el despotismo absolutista de la monarquía. En ellas también, tardíamente, se reconocen e intentan corregir los abusos cometidos en las colonias americanas.

En 1813 llega a Jaén la noticia de una nueva suscripción entre el clero. Pero el Perú no está ya para subscripciones españolistas. Mientras los obispos son fieles al Rey, el clero común en masa pertenece al partido criollo independentista. Están candentes las noticias de la insurrección y represión en Huánuco. Al año siguiente se levanta por la independencia el brigadier Pumacahua y la represión y ejecuciones subsiguientes no hacen sino atizar un fuego incontenible.

En 1816 Francia, vencida, ha firmado la paz con España. Fer-

nando VII, que ha estado prisionero en Francia, regresa de su cautiverio y el pueblo de Madrid, en su entrada solemne, desengancha los caballos de la carroza y se engancha él mismo. En Lima el partido realista se ha hecho fuerte y el horizonte aparece poco despejado para los conspiradores criollos. Pero en septiembre de 1820 llega como una bomba la noticia que a muchos parece increíble. ¡Un ejército libertador, al mando del General José de San Martín, acaba de desembarcar en Pisco! Y enseguida: ¡San Martín está en Ancón!

El 27 de diciembre, Lambayeque se levanta y proclama la independencia. Al año siguiente Trujillo, la capital de la Intendencia, aclama a Torre Tagle en favor de la libertad, quien enseguida envía emisarios a todas partes para circular la noticia y enviar instrucciones de levantamiento al interior: Cajamarca, Chachapoyas y Jaén. En esta última ciudad, en la plaza de Armas, Juan Ignacio Checa, el Gobernador, y el Párroco Francisco de Garay proclaman la independencia del histórico Yaguarzongo.

Por fin, tras unos meses de sobresalto e incertidumbre, llega a Jaén la gran noticia: el 28 de Julio de 1821, en la Plaza de Armas de Lima, el Generalísimo José de San Martín proclama la independencia definitiva del Perú.

En Chachapoyas, sin embargo, las cosas no han sido tan sencillas. En Moyobamba queda activo un foco realista bien armado. Tropas bajo el mando del Teniente Coronel Matos avanzan sobre Chachapoyas que, en abril, había proclamado la independencia. El 6 de junio las tropas criollas derrotan en Higos Urcos al jefe "godo". A las órdenes del coronel Juan Valdivieso, jefe de los vencedores, ha peleado Don Mariano Aguilar, al que encontraremos después en las expediciones al Marañón por tierras aguarunas, desde Chachapoyas. Una segunda batalla de Higos Urcos, el 6 de septiembre, afianza de manera definitiva la independencia de la zona.

En la relación del cabildo de Chachapoyas sobre los planes para combatir a los realistas, que se habían hecho fuertes en Maynas, encontramos la referencia a un destacamento de 75 hombres que "dieron vuelta por Jaén con destino a embarcarse en el Marañón a serrar (sic) los puntos de Yurimaguas y Balsapuerto para que no pudieran fugar a la montaña los rebeldes, pensamiento que se logró".(23).

Aunque Pizarro Rojas trata de inexistente esta comunicación

fluvial, dicha ruta existía efectivamente e Ignacio Checa tenía buenos motivos para conocerla. Nos parece posible, y aún probable, que el Marañón aguaruna, aunque en mínima parte, participara en esta fase de la lucha libertadora.

Sabemos también que 14 jíbaros, acompañando a 12 soldados independentistas del Ecuador, llegaron el 12 de marzo al pongo de Manseriche navegando por el río Santiago, acosando a un grupo de desertores realistas de dicho país. Fue el primer intento ecuatoriano de penetrar por tierras que no eran suyas. Las defendía para el Perú el principio del "uti possidetis" reconocido mutuamente por los generales libertadores.

(*) Por una errata advertida tardíamente, dos páginas han recibido una numeración especial.

16. La Administración Pública en la Nueva Nación

Reorganización

Desde el primer momento, aún antes de que quede plenamente consolidada la independencia con la capitulación de Rodil, en el timbre del antiguo papel sellado con la imagen borbónica, aparece orgullosamente impreso: "Primero de su voluntad". Los criollos de la emancipación se consagran con todo entusiasmo a la realización del nuevo "proyecto" nacional. Cuatro son los principales desafíos que tienen ante ellos:

- Crear un ejército fuerte.
- Establecer con firmeza las fronteras del nuevo Estado.
- Organizar una administración.
- Crear una economía que cubra los presupuestos nacionales.

La creación de un ejército, y de un ejército vencedor, se realiza inmediatamente, pero en él se ha sembrado los gérmenes de la politización en que los caudillos triunfadores tienden a asumir un papel preponderante en y ante el gobierno político. Militaristas y civilistas se disputarán el poder a través de largos años de la vida republicana.

En lo que se refiere a las fronteras, se acepta unánimemente entre los Libertadores el principio del "uti possidetis". Los límites de los Estados respectivos serán los de las grandes divisiones territoriales de la colonia. Bolívar, por su parte, soñó con establecer una "Gran Colombia" que englobara todos los países andinos, pero fraca-

só en su empeño. Quiso después separar Jaén y Maynas anexándolos a la Gran Colombia, como hizo con Guayaquil, pero desde el primer momento el Perú se resistió al proyecto.

La convocación de la primera Asamblea Nacional Constituyente obliga, por razones electorales, a establecer una nueva división territorial. Se adoptó pues el modelo francés con la consiguiente correspondencia:

- Las Intendencias se convierten en Departamentos;
- los Partidos, en Provincias;
- las Parroquias, en Distritos.

Como circunscripciones especiales, impuestas por situaciones de emergencia, se conservan las antiguas Capitanías y Comandancias Generales con los nombres de "Comandancias Generales" o "Gobierno Militar y Político". Así, la Comandancia de Cajamarca comprende, bajo Bolívar: Chachapoyas, Cajamarca, Chota y Moyobamba. Y se establece el Gobierno Militar y Político de Loreto que durará hasta 1862.

Por lo que compete a nuestra zona, las vicisitudes territoriales fueron las siguientes:

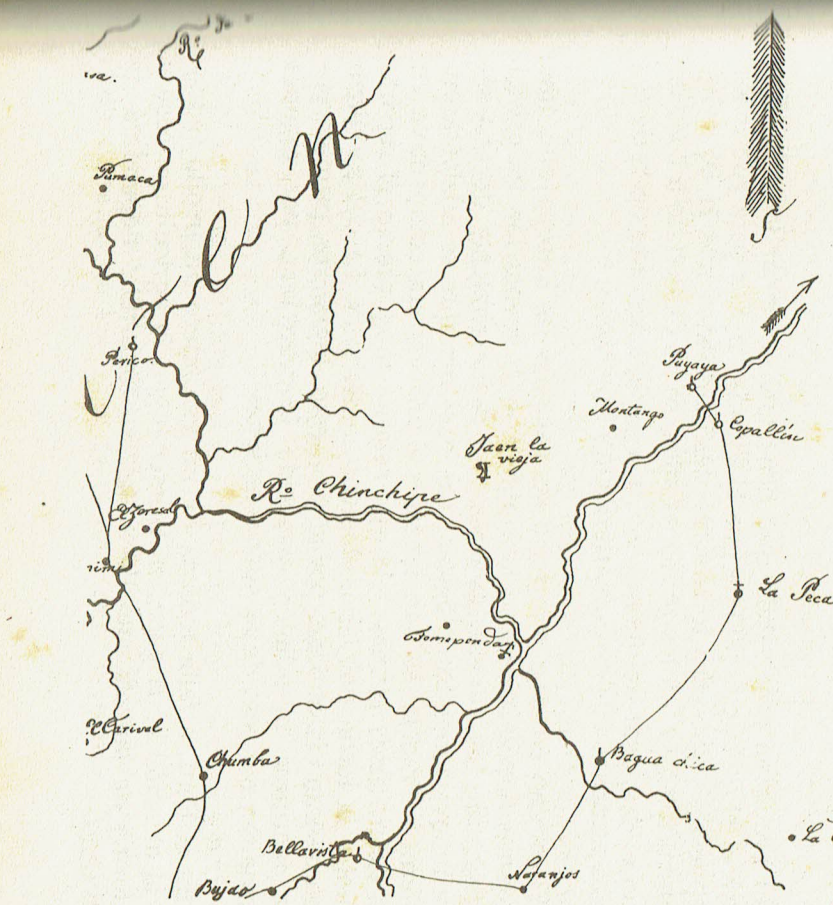
En 1828, el nuevo Departamento de La Libertad comprende Cajamarca, Chachapoyas, Maynas, Pataz y Jaén. Este último había jurado su independencia uniéndose, por libérrima voluntad de sus habitantes, a Trujillo. La zona del Santiago pertenece a Maynas. La Peca, Bagua y el resto de la zona selvática se anexan a Jaén como restos que eran del antiguo Yaguarzongo. Pero la verdad es que, en la práctica, no les prestaron ninguna atención.

En 1832 se crea el nuevo departamento de Amazonas, con Chachapoyas y Maynas. Allí están Bagua, La Peca, Bongará, Rodríguez de Mendoza y Moyobamba. En 1841, dentro del Departamento, Santiago y Nieva quedan separados de Maynas. Salaverry suprimirá el departamento de Amazonas en 1835, pero al año siguiente, se restaura otra vez y su capital se hace cabeza de Obispado.

En 1855, el Gobierno Político y Militar de Loreto comprende: Huallaga, Pastaza, Putumayo, Yapurá, Yavarí, Ucayali, Napo, Morona y Santiago. Y dos años después (1857), Moyobamba es su capital.

En 1861, se crea el Departamento de Loreto (Santiago pertenece a él) y desde 1864 comienza a existir Iquitos como apostadero de la Marina.

Balta, en 1870, crea dentro del Departamento de Amazonas, una nueva provincia, Bongará, "para facilitar la reducción a la vida



Montana

Croquis levantado por el Coronel de Ingenieros Clemente de Althaus
1830

Mapa del Coronel Althaus

civil de las tribus que habitan esos lugares". A ella pertenecen Bagua y La Peca.

De este tiempo, dos actuaciones administrativas de otro género pasan totalmente desapercibidas para los viejos: el censo de 1838 y, dos años después, el establecimiento por Gamarra de un primer plan de escuelas primarias para Jaén. En todo este tiempo, existe un vacío cartográfico absoluto para la región de los viejos. El mapa del Coronel Althaus –fruto de un recorrido militar al servicio de los ejércitos libertadores (1830)– se detiene en la antigua Puyaya y establece en la cordillera de Pacuyacu (límite actual del departamento de Cajamarca) una frontera de "Montañas poco conocidas".

La selva, espacio de colonizacion

El problema más agudo que tiene que enfrentar la joven República es el de la creación de una Hacienda Pública para cubrir los presupuestos nacionales totalmente desfinanciados tras la larga lucha emancipadora. En los primeros años, se ha defendido a base de marcan el despertar del interés por una explotación adecuada de los recursos patrios son los de Gamarra, Balta y Echenique.

El camino parecen mostrarlo las naciones de Europa que, tras las guerras napoleónicas, se han abierto a la revolución industrial aprovechando los nuevos inventos y el descubrimiento de una serie de innovaciones tecnológicas. Las naciones que se adelantaron, Inglaterra y Francia, se han lanzado a una carrera competitiva en busca de materias primas a la que seguirá muy pronto el reparto colonial y la lucha por las exclusivas comerciales. La del comercio latinoamericano la obtiene, por el momento, Inglaterra, primera potencia marítima mundial y conocida favorecedora, por razones comerciales y políticas, de las nuevas naciones.

En el Perú, a falta todavía de un verdadero desarrollo industrial, la atención se la gana, en primer lugar, la agricultura, base y plataforma de lanzamiento de aquél. Su desarrollo dependerá de tres factores:

– ampliación de las tierras productivas;
– mano de obra abundante;
– vías de comunicación para distribución y comercio.

Y para todo esto –como siempre en las ocasiones de crisis– los ojos de todos se vuelven a las inmensas y deshabitadas extensiones de la selva.

En 1832, la ley de Gamarra creando el departamento de Amazonas, proclama: (24)

"La erección de la misma tendrá gran influencia en los adelantos de la navegación, el comercio y la civilización de las tribus salvajes".

Al Presidente Echenique, le ha cabido la dudosa gloria de ser el primero en emplear, dentro del ámbito interior peruano, las palabras "colonia" y "colonizar" y eso pese al mal recuerdo que tales palabras podían tener para nosotros por su semejanza con las empleadas por los antiguos dominadores españoles: "Nuestras colonias ultramarinas". Pero Echenique se dejó seducir por el espejuelo de prosperidad que el reparto de Asia y África estaba trayendo a los países europeos.

"Las concesiones mayores de territorios para fundar colonias, pueblos y haciendas, se harán por el Gobierno mediante contrato con los empresarios en el que se fijarán las condiciones de esta colonización" (Ley del 15 de abril de 1853, Art. 12). Los objetivos últimos los señalará Balta con toda claridad (Ley del 20 de mayo de 1868).

"Considerando que por varios Congresos y Gobiernos de la República se han dado leyes y decretos con el objeto de poblar las desiertas comarcas del Amazonas que, por su situación, feracidad y ricos productos minerales y vegetales de todo género, están llamadas a realizar el engrandecimiento agrícola y comercial de la República, prodigando inapreciables elementos a todas las industrias...".

Se ha preferido considerar aparte el caso del Gran Mariscal Castilla, grande una vez más, por su visión del oriente peruano. No quiere considerarlo, de manera alguna, como "colonia" para extraer recursos en beneficio de la costa, residencia del "Gobierno" y de los "empresarios", sino como campo de trabajo, tarea común para todos, peruanos, extranjeros y, en primer lugar, para los nativos de aquellas tierras.

"Todos los indígenas pobladores son dueños en pleno y absoluto dominio de los lotes de terreno que cultivaren. Es extensiva

esta gracia a todos los ciudadanos del Perú que se dedicaren a poblar y cultivar.

La gracia concedida por el artículo anterior es extensiva a todos los extranjeros que ocuparen y trabajaren los terrenos de esos lugares, sea cualquiera la nación a que pertenezcan" (Colonización del Pozuzo. Ley del 24 de marzo de 1845).

Detrás de esta ley, aparece claramente la influencia del franciscano P. Manuel Plaza a quien Castilla verdaderamente estimó y favoreció.

Pero, desde el primer momento de la emancipación, la explotación de las tierras en forma intensiva y la colonización de nuevas áreas ponen sobre la mesa el viejo problema de la mano de obra. Y los ojos de todos se vuelven, irremediablemente hacia el nativo habitante de aquellas extensiones.

17. La población nativa y la nueva República

En 1822, José de San Martín prohibe llamar "indios" a los nativos del Ande a cuyos componentes, de ahora en adelante, habrá que designarlos como "naturales". Tanto él como Bolívar prohiben la mita y el servicio personal y declara abolido el tributo colonial a los indios. Pero enseguida, el mismo Bolívar presionado por las circunstancias, vuelve a restaurar el tributo de tres y medio pesos por cabeza(*).

Poco a poco, aunque con altibajos, el servicio personal va cayendo en desuso aunque supervive con formas más "paternales" en las haciendas de la sierra. Por su parte, Mariano Ignacio Prado volverá a restaurar oficialmente el servicio personal (1866).

Hay que notar también que, a nivel de las grandes figuras de la emancipación, cuando se habla de indígenas, la referencia es exclusiva a los de la sierra. La población selvícola cae, explicablemente, fuera de los límites de su percepción y sensibilidad.

Por otra parte, en lo que respecta directamente a los dispositivos legales posteriores, suelen referirse a ellos con humanidad y respeto y se les tiene en cuenta en una serie de puntos. También –es natural en la idealista concepción de los padres de la patria– se ha

(*) En 1850, Castilla vuelve a prohibir el trabajo personal obligatorio y a suprimir el tributo de indios.

abolido toda legislación especial que a ellos se refiera. La primera, la institución colonial del "Defensor de los Indios", que suena a herejía contra la igualdad de todos contra la ley, pero lo mismo que sucedió con la parcelación de las haciendas de la sierra para darles acceso a la propiedad privada, dejó al nativo inerme contra los abusos que no tardaron en presentarse.

Es interesante ir citando las principales leyes y normas oficiales que inicialmente se refieren al buen trato de los indígenas, pero que, paulatinamente, van endureciéndose al ir apareciendo intereses más fuertes, hasta llegar a la negación pura y simple de cualquier derecho de los nativos a sus propias tierras. El criterio capitalista, con su rígida crudeza, se ha instalado definitivamente en el Perú.

1832. Gamarra. 21 de noviembre "La creación del Departamento de Amazonas influirá en la civilización de las tribus salvajes". Ordena consignar la cantidad de 2.000 pesos para la compra de herramientas que se entregarán a los indígenas que se vayan reduciendo.

1845. Castilla. 24 de marzo:"Proteger la civilización de los salvajes existentes en la montaña, trayéndolos al seno de la sociedad por medios suaves. Los indígenas pobladores son dueños con pleno y absoluto dominio de los lotes de terreno que cultivaron (al igual que los extranjeros que entran a poblar). Los de las reducciones no pagarán ningún tributo". En esta misma ley se cita al P. Plaza que tanto influyó en Castilla en favor de los nativos de Ucayali.

1847. Resolución Suprema del 15 de noviembre para Chanchamayo: "A los indios reducidos se les amparará en la posesión de lo que tengan".

1853. Alvarez Ortiz. Gobernador Político y Militar de Loreto. 6 de diciembre. "Las posesiones de los indígenas, ya sean en el campo, ya en las poblaciones que ellos han formado, no pueden ser arrebatadas por ninguna persona ni poder sin que ellos, espontánea y libremente, quieran venderla o cederla a otros".

1855. Echenique. 15 de abril: "Se procurará la reducción a la vida civilizada de las tribus salvajes del Perú por medios sociales". Y, al hablar de la organización de la fuerza policial en estas zonas, se dice: "Esta fuerza, por ningún motivo, será empleada en reducir ni utilizar a las tribus indígenas".

1865. Mariano Ignacio Prado. 9 de enero: "Que con el filantrópico objeto de atraer a los salvajes de las montañas a la vida

civilizada y estimularlos a que poblasen y cultivasen los territorios o misiones y reducciones", se renueva la ley citada más arriba, de mayo de 1865.

1870. Balta. 26 de diciembre: Creación de la provincia de Bongará "para facilitar la reducción a la vida civil de las tribus que habitan estos lugares..."

1896. Proyecto de Colonización para Chanchamayo. No se habla para nada de los nativos.

En toda la legislación sobre terrenos en la montaña de Loreto, tanto de Andrés Avelino Cáceres como de Nicolás de Piérola, los nativos y sus derechos no figuran para nada. Ha surgido el negocio del caucho y los nativos, como personas, se han evaporado ante los legisladores. En adelante, sólo los encontraremos por exclusión.

1898. Piérola. 21 de diciembre: "Las tierras de montaña que no hayan sido adquiridas conforme al Código Civil, son propiedades del Estado".

1909. Leguía: "Para los efectos de esta ley, se consideran Tierras de Montaña las que, estando situadas en las zonas fluviales de la República, constituyen la región de los bosques.

Las tierras de montaña que hasta la fecha no hayan sido legítimamente adquiridas conforme al Código Civil o con arreglo a las disposiciones de la Ley de 21 del diciembre de 1898, son propiedad del Estado y sólo podrán pasar al dominio de los particulares en conformidad con la presente Ley".

Esta es la famosa Ley 1220, que ha estado vigente hasta la primera ley de Reforma Agraria de Belaunde y que, de un plumazo, convirtió "oficialmente" a todos los nativos en "precarios" dentro de sus propias tierras.

En la "posición" oficial ante los nativos reflejada en la legislación, nos produce siempre un ligero shock la expresión "salvaje" repetida una y otra vez. ¡Peligroso estereotipo, imagen de una valoración mental y origen inconsciente de perjudiciales actitudes de suspicacia, desprecio y miedo agresivo!

En la nueva religión laica de la Civilización y el Progreso, "civilizar" se convertirá con frecuencia en la versión actualizada de aquel "convertir a nuestra Santa Religión" del coloniaje; fácil encubridor y disculpa de tantos abusos y ambiciones inconfesadas por parte de conquistadores y encomenderos.

La traducción en hechos a nivel de autoridades subalternas y más aún del simple colono o habitante ribereño, no se podía esperar.

"La tradición de maltratos a la raza indígena –nos dirá el historiador Basadre– se había desarrollado en la vida republicana en forma impune".

El 12 de setiembre de 1832, el subprefecto Rengifo de Moyobamba, proclama el siguiente Decreto reproducido por Larraburre en su Documentación del Departamento de Loreto:

"Artículo 17. Teniendo en consideración la inercia de los indios para el trabajo que, por este motivo, viven desnudos, entregados a ocio y a la más espantosa miseria de que proviene su ninguna civilización y su desdichada suerte, porque se alimentan de animales venenosos y de frutos montaraces y dañinos, los Gobernadores cuidarán de proveer cada cuatro meses de peones a esta ciudad, según costumbre, asignando a los sujetos que se lo pidieran el competente número de ellos en clase de expedicionarios; igualmente, los comerciantes, para la importación de sus expensas, cuidando sí, de que sean pagados honradamente según los aranceles de la Provincia".

La suerte de los nativos "mansos" de Maynas, nos la pinta magistralmente el Obispo de Chachapoyas, don Pedro Ruiz, en su exposición al Supremo Gobierno y a la Convención en Lima, 21 de setiembre de 1855:(25)

"... No tengo valor para referir la penosa existencia que desde entonces arrastraron los desvalidos indígenas de aquellas selvas seculares –cazados como fieras en las llamadas correrías para quitarles sus hijos– el dolor de las infelices viudas, hecho más cruel al verse despojadas de su más valiosa propiedad– sus tiernos hijos que eran obsequiados como animalitos de montaña... Cuando en el interior de Maynas dejen de ser codiciadas las cargas a hombros de indígenas alquilados como viles bestias; cuando esos infelices ya no trepen con la carga a cuestas los cerros a semejanza de monos haciéndose de bejucos y de atravesar los pantanos y cenegales con un sólo bastón, porque sólo así se pueden andar aquellos indefinibles caminillos; cuando herido vivamente nuestro amor propio nos avergoncemos de semejante indolencia que habría sacado los colores al rostro de los incas..."

De la lacra de este desprecio a los derechos humanos del indígena, no se libraban ni los mismos curitas doctrineros. En el archivo de la parroquia de Jaén, se conservan los papeles de la denuncia contra Juan de Garay, precisamente el Párroco que, junto a Checa, juró allí la independencia, porque había quebrado el brazo a una mujer y apaleado a un cholo a quien maltrata de obra y rompe la cabeza. De otro Párroco:

"A Manuel Tondo le dio cien azotes con su mano y después fue a celebrar el sacrificio de la Misa, con sus golpes y patadas. Al defendérselo (querer impedirlo) decía que a mí que se me hace, qué un indio no valía real y medio".

Del mismo P. Plaza en el Ucayali, nos cuenta Eizaguirre, que se imponía a las hordas salvajes que le rodeaban con una milicia que firmó con sus feligreses enseñándoles el manejo de las armas de fuego (26).

Era de prever, y enseguida vamos a verlo, que nuestros viejos no estuvieron conformes con esta nueva "civilización" que querían imponerles. Preferían seguir viviendo libres y seguir comiendo sus buenas perdices, paugiles y majaces, sajinos y huanganos acompañados de las pingües yucas, sachapapa y camotes de sus chacras... su verdadera comida bien distinta de los reptiles ponzoñosos y hierbas venenosas nombradas por el subprefecto Rengifo.

18. Los viejos toman la iniciativa

Asaltos a los pueblos de los **apach**

Es un hecho que, a partir de 1830, nuestros viejos dejan bruscamente de permanecer tranquilos en sus centros como había sucedido hasta aquel momento. Aguarunas y huambisas, a veces por separado, a veces aliados para un objetivo común, comienzan a atacar una y otra vez los poblados ribereños Marañón abajo penetrando cada vez más lejos en territorio que antes había sido sin disputa de los **apach**.

Las causas que explican esta agresividad son múltiples. Vimos anteriormente el documento del suprefecto Rengifo y los intentos de las autoridades locales de someter a los nativos al servicio personal. La desaparición del "Protector de indios", el debilitamiento de la fuerza motivadora de la iglesia, especialmente de los misioneros, deja mano libre a la población "civilizada" interesada en conseguir gratis su peonaje.

Por otra parte, la desorganización, inevitable consecuencia de la lucha emancipadora y de las guerras de caudillaje, distrae las fuerzas que en estos remotos parajes podrían oponerse eficazmente a los ataques de los nativos.

No conviene olvidar tampoco que estas luchas eran en realidad el resurgimiento de viejas contiendas tribales. Aquellos puestos Marañón abajo: Santa Teresa, Barranca, San Antonio... están poblados por Cocamas, Amasifués, Maynas, Chayawitas, muy recientes en su mestizaje con los "blancos". La imagen que nos presenta el Obispo Ruiz en una de sus cartas, de los atacados por los aguaru-

nas en Barranca se asemeja extrañamente al de una comunidad tribal. Estamos en 1855 y escribe así:

"No hemos encontrado en Borja, Santa Teresa, Barranca, Paquero, Limonyacu, La Barranca y San Antonio (población sin habitante alguno), sino sólo espesos bosques y la triste noticia de que esos pueblos fueron destruidos por los bárbaros. En San Antonio existen aún algunas casas ruinosas y en Santa Teresa y Barranca unos pocos individuos que, habiéndose armado con lanzas como los salvajes y usando aun la misma vestidura de éstos, tratan de establecerse en el paraje denominado Limón. Sin embargo de que éstos vieron que nuestras balsas nada traían del aparato de una flotilla salvaje, pues bajaban con el estandarte peruano y vestida toda nuestra gente incluso los aguarunas (que les acompañaban), dos valientes de aquellos infelices, vestidos a la usanza salvaje, vestidos de brillantes rejones, lanzaron el grito a distancia:

– Amico, amico ñuca al sunga! (Amigo, amigos soy de buen corazón).

Tratamos de inspirarles confianza y nos acercamos conservando ellos la lanza en sus manos".

Pondremos a continuación, transcrito de la "Colección de Documentos de la Provincia litoral de Loreto" de Larrabure, los causales y el relato de lo acontecido en el pueblo de Santa Teresa:

"El Gobernador en general de las Misiones, refiriéndose a la invasión y asesinatos hechos en Santa Teresa a muchos ciudadanos por los infieles huambisas, aguarunas y mulatos: en su comunicación del ocho del corriente (diciembre 1843) ha dado el parte siguiente: (27)

"Señor Coronel Sub-Prefecto: acompaño a Ud. el parte que me dio el juez de paz de Unaga con fecha 25 de noviembre próximo, sobre el desgraciado acontecimiento ocurrido el 31 de octubre último a naturales de Santiago por obra de los infieles huambisas. El parte es bien confuso, y según me han informado Don Felipe López y los curacas de Cahuapanas Ambrosio Amaingosa y Valentín Guñapi, este triste suceso ocurrió en la siguiente forma:

"El 31 de octubre último desembarcaron cincuenta y nueve infieles huambisas dirigidos por cinco curacas y se distribuyeron por las casas de sus amigos y compadres comiendo y bebiendo como habían hecho siempre; pero todos con sus rejones (**nanki**) de fierro bien afilado y brillante.

"Y en circunstancia del curaca Ambusha, infiel lenguaraz (que sabía la lengua castellana) estaba con sus compañeros, ya cerca de las once o doce, tomando aguardiente en la casa de su compadre Facundo Núñez y en pos de él sus bogas quedando cuidando su canoa sus cholitos, su hijo Buenaventura y su sobrino Eusebio.

"Llegado que fue a su compadre, le saludó muy alegre lo mismo que el cacique Ambusha. Entre conversaciones, le brindó Núñez una botella de aguardiente con la cual convidó al curaca infiel, a sus bogas y a los diez infieles que estaban en la casa. Llegó el curaca y dijo:

– 'Quiero sentarme al lado del Wiracocha, pero – le dijo a Don Benito– tú traerás algún mal. ¿Cierto es que vienes con soldados para matarnos?

A esta interrogación respondió Don Benito sin precaución e imprudentemente:

– Que traigo la peste para que tú y tu gente muera. Vienen soldados para amarrarte, amarrar a tu gente y llevarla presa a Chachapoyas.

– Puesto que yo y mi gente hemos de morir, muere tú primero y también los cristianos'".

Del asalto a Barranca (a él hace referencia también Up de Graff), se ha conservado la relación de un "ribereño" que bajando por el Marañón, tropezó con la flotilla cargada de guerreros aguarunas y huambisas que se dirigían allá.

El sujeto quiso aprovechar la media luz del amanecer para deslizarse sin ser visto y adelantarse a avisar; pero los asaltantes lo descubrieron y le dieron caza. Harta suerte tuvo en poder llegar a tierra e internarse en monte para salvar la vida. Cuando al fin pudo llegar a Barranca sólo encontró las ruinas humeantes y los cadáveres de las víctimas. Este mismo año, San Antonio, en la boca del Pastaza, corre idéntica suerte. Borja y Santiago, o lo que quedaba de ellos al comienzo de la Emancipación, ya habían sido eliminados como puestos "civilizados" desde 1830. Desde el Pongo hasta el Tigre, los jíbaros imponían su ley. No es extraño que la psicosis causada por el nombre jíbaro se extendiera por todo el Marañón. Otra relación tomada también de Larrabure está llena de detalles pintorescos y reveladores de las respectivas actitudes de jíbaros y civilizados.

La relación del Inspector de Barranca, José de la Cruz Vásquez Caicedo, en un "Parte" del 16 de agosto de 1849: los visitanes traían "ponchos de manta que llaman cushma, sin calzones, con plumajes, rosarios de cadena de pepita de monte que llaman ishpingo. Venían no como enemigos, sino para buscar hachas y otras herramientas". Se explica el recelo de los cristianos que no tenían otras armas que lanzas y rodelas y dos armas de fuego con pólvora y munición.

"Después que me hicieron muchas protestas de amistad, hacer relaciones conmigo y vivir en paz, se aficionaron a mis chaquetones, camisa, pantalón y sombrero y, como estaba indefenso y deseando amistarme, me vestí de otro ropaje y di el mío al Curaca.

Enseguida (sic) se aficionó a mi segunda muda y le di vistiéndome otro ropaje.

Los demás aguarunas se aficionaron de la muda del curaca del pueblo y seis más que estaban presentes (porque todos los vecinos del pueblo, hombres y mujeres, estaban llenos de miedo y esperando poder huirse) también tuvieron que ceder su camisa y otros trajes lo mismo que yo.

En la casa del Curaca –como antes puse al conocimiento de esa Sub-Prefectura remitiéndole un inventario por el conducto del Señor Gobernador– tenía depositados los bienes intestados del finado Don Bernabé Ariz. Vieron los cajones cerrados que contenían dichos bienes de hachas, sables (machetes) y rozones.

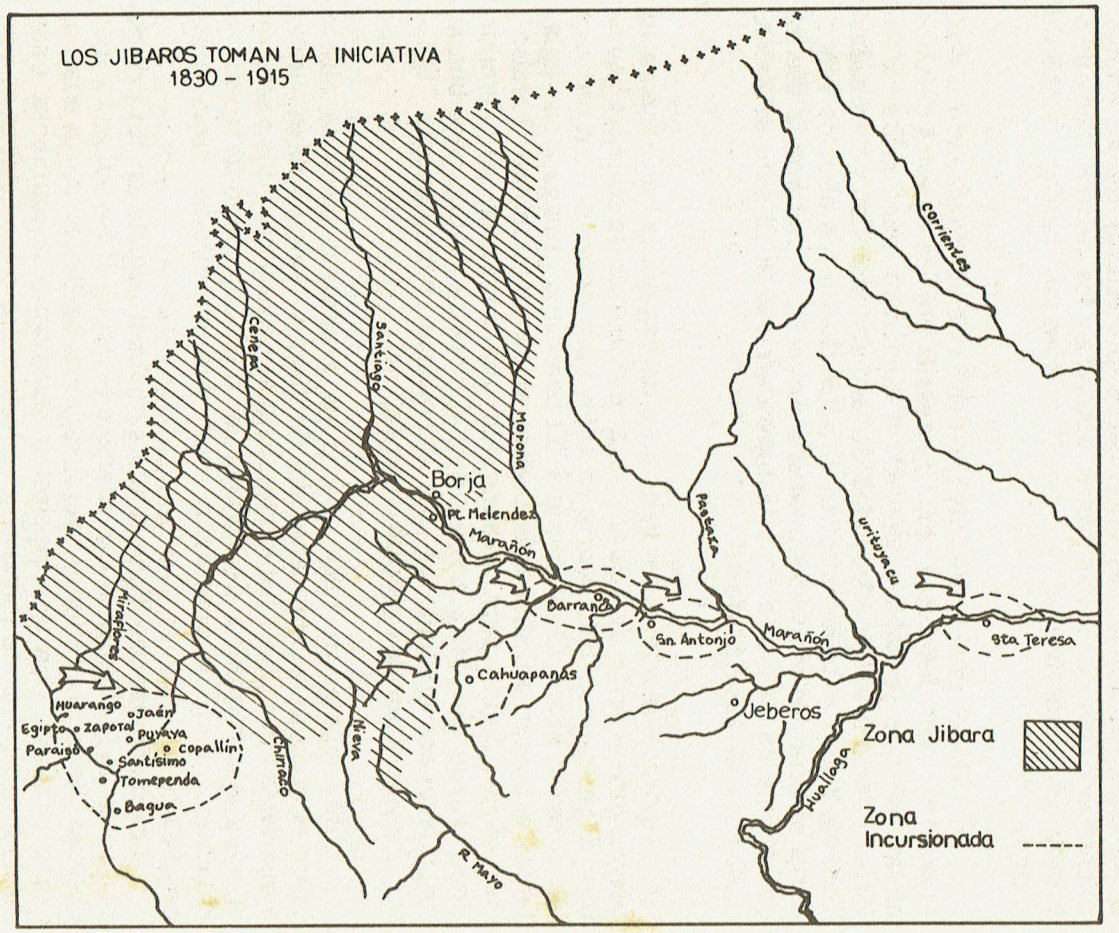
Muy curiosos nos instaron para que abriésemos, que querían verlos y a ver si había veneno (¿de cerbatana?)

Yo y el curaca, indefensos y desamparados por el pueblo, y temerosos de la desgracia acontecida en Santa Teresa, donde con el colorido de la amistad sacrificaron siete y tantos, abrimos las cajas y luego vieron las herramientas y se repartieron".

El **kakajam** de la partida no quiso mostrarse mezquino. Quiso pagarles las dos mudas completas, los vestidos de los otros y las cajas de hachas y machetes con "tres varas de manta (**itipi**) hecha por ellos, cinco sombreros y cinco canastas de copal. Dijeron que dentro de cinco meses subirían con tres canoas grandes para que fuéramos con ellos a perseguir a los de Yusumaru (Yusabarranca)."

Pensamos que los cristianos de Barranca no esperarían con demasiada impaciencia el regreso de estos aliados y negociantes.

Veamos ahora lo que ocurría en el extremo diametral del Marañón, en la dirección del Chinchipe.


LOS JIBAROS TOMAN LA INICIATIVA
1830 – 1915
corrientes
Cenepa
Santiago
Morona
Borja
Pt. Melendez
Marañón
Pastaza
Urituyacu
Barranca
Sn. Antonio
Marañón
Sta Teresa
Cahuapanas
Jeberos
Huallaga
Huarango
Egipto
Zapotal
Jaén
Puyaya
Copallín
Paraíso
Santísimo
Tomependa
Bagua
Chinchipe
Huancabamba
R. Mayo
Zona Jibara
Zona Incursionada

Como podía preverse, una vez trasladadas a su nueva sede, las autoridades de la antigua Gobernación de Jaén, ésta y su anexo de Puyaya comenzaron a estar en peligro. Inicialmente, en la euforia de la desaparición de las autoridades protectoras de los indios, intentarían, como en todas partes, abusar de los nativos. Pero muy pronto encontraron que, en esto, los tiempos habían cambiado completamente.

En 1830, el pueblo de Puyaya tiene que ser trasladado a otro lugar. Tres años después y como represalia por las muertes de unos aguarunas que se habían acercado a comerciar sus cosillas, tanto Puyaya como la antigua localidad de Jaén son atacadas y saqueadas. Todavía nuestros viejos enseñan el lugar donde sus abuelos vencedores afilaron los machetes producto del botín y pintaron la piedra con achote en memoria de la sangre derramada. El sitio se llama, hasta hoy día, "Las Afiladeras".

Atacados de nuevo, los habitantes de Puyaya se trasladan en su mayor parte a orilla del Chinchipe, a unas tierras de cofradía llamadas "El Santísimo". Esto ocurre en 1861. Poco después, se reproduce allí el asalto jíbaro. Otro ataque a "El Santísimo", obliga a sus habitantes a buscar un sitio más seguro al que denominan "Paraíso". Aún tienen ánimo para levantar allí una nueva Iglesia. Pero un nuevo asalto los obliga a subir más, Chinchipe arriba, para buscar un nuevo asentamiento al que denominan patéticamente "Egipto"... Hoy, es el pueblo conocido como Zapotal.

Ultimamente, en 1883, doscientos aguarunas caen de nuevo sobre el antiguo asentamiento del Santísimo, donde habían vuelto a instalarse unos pocos habitantes. Esto es demasiado y los restos de la antigua comunidad de Puyaya se trasladan definitivamente a Huarango donde ha perdurado –muy desnaturalizada– hasta nuestros días.

Los habitantes de Tomependa se habían negado en un principio, como ya lo dijimos, a trasladarse a Shuape. Al fin obligados por Cesáreo Rojas lo hicieron, pero todavía bastantes se quedaron. Como contaban con una población relativamente numerosa (más desde luego que la de Puyaya), y atrincherados como estaban al otro lado del Chinchipe, lograron resistir mejor las acometidas de los aguarunas. Y comprenden que la mejor defensa es la ofensiva.

En realidad, combaten con las mismas armas que los jíbaros. Apoyados en sus amigos de Copallín y Bagua, caen también por

sorpresa sobre las casas jíbaras diseminadas a lo largo de la primera parte del Marañón: Pomará, Tutumberos.

Guerra y paz se entremezclan, pero siempre puede esperarse una traición. En 1845, un grupo de aguarunas, a los que acompaña una mujer, suben a Copallín viejo (hoy,en las lomas de Aramango), a intercambiar copal, loros y changuinas por machetes y hachas. Los de Copallín los reciben como compadres; los convidan; les emborrachan con cañazo y los matan violando a la mujer.

La represalia es rápida y sangrienta. Los aguarunas caen por sorpresa sobre Copallín. Los supervivientes que logran escapar, encabezados por un tal Huatangari, van a fundar un nuevo pueblo en las alturas de La Peca; es el actual Copallín de Bagua. Sólo quedará en el antiguo asentamiento otro Huatangari, Bartolomé. Pero el poblado será totalmente abandonado y sólo quedarán las purmas y el platanal rodeado de bosque que encontrará la expedición exploratoria de que habla en sus memorias David Muñoz.

Ni siquiera Bagua Chica, el pueblo Viejo, el que estaba establecido sobre un filo a un kilómetro de la quebrada de La Peca, se libró de las lanzas de los viejos que la asaltaron dos veces. Para la defensa contra ellas, Don Pedro Ruiz Gallo hizo construir en 1862 una casa cuartel a manera de fuerte.

En los relatos de los aguarunas, se conserva la memoria de éxitos y fracasos en aquella guerra interminable de golpes de mano. Como lo sucedido al aguaruna que, sorprendido por los de Tomependa, tiene que arrojarse al Marañón y pasa el pongo de Rentema perseguido por los disparos hechos desde la orilla, sumergido y aprovechando para respirar desde el agua los copos de **sáu** (espuma que arrastra el río en su creciente). Y así buceando, logró escapar.

Otro recuerdo era el de los cautivos –con más frecuencia cautivas– muchachas jovencitas capturadas por los aguarunas como parte del botín.

La mamá de Dushikitt, mamá a su vez de Andoash Cumbia, había nacido en Tomependa y luego había sido la mujer de Tsuím. En uno de los ataques la había sorprendido cuando agarraba junto con su hermana naranjas en una huerta. La hermana se había escondido, pero para acompañar a la otra se entregó a sus captores.

Hecha la paz, en una de las treguas temporales con los de Tomependa, las mujeres tuvieron ocasión de regresar con los suyos, pero no quisieron:

"Aquí vivimos bien, comemos bien, tenemos marido que nos cuida, tenemos nuestros hijos..."

Una hermana murió. La otra fue muerta por los mismos aguarunas que estaban de guerra otra vez y sospecharon que ella se entendía con los **apach** para traicionarlos. El viejo Andoas, su nieto, se trataba como familia con Clorinda Cumbia visitándola de niño cuando ella vivía en Tomependa y luego, cuando se fue a vivir a Shuape (Bellavista).

Wertheman cuenta el caso de las dos mujeres que encontró en su expedición de 1870. "Con los aguarunas que habitaban Yusamaru (la actual Yusabarranca), vieron también dos mujeres que fueron antes civilizadas: una de Moyobamba y otra de Puyaya las que, habiendo sido cautivadas, no querían después volver con sus paisanos pues se encontraban felices con su nueva familia".

En 1960, estaba todavía viva Margarita, la anciana mamá de Ujukam, el **munta** de Aramango. Era hija de Evaristo Rojas de Bagua que fue tomada cautiva de muy pequeña y entregada a Suvinki y posteriormente a aquél. Allí vivió feliz y tranquila, bien cuidada por sus nietos aguarunas hasta que falleció. Por otra parte, la gente de edad de Bellavista Viejo, recordaba todavía en esos mismos años a los cautivos jíbaros de otro Rojas que los tenía trabajando como esclavos en sus chacras. Este mismo Rojas, exterminada casi su familia por sus rivales, los Montenegro, en tiempos de la Montonera, hubo de trasladarse a Bagua. Allí se hizo célebre por el bárbaro escarmiento que ejecutó, en plena plaza pública, sobre un comerciante que había intentado inquietar a su esposa. Lo colgó allí de sus genitales y luego lo mató a palos.

En realidad, estas peleas, más que una lucha entre culturas, eran guerras intertribales porque los **natos** de los pueblos civilizados eran los antiguos indígenas de las tribus del Chinchipe, Chamaya, Marañón: los Wámpukos de que nos hablan los viejos aguarunas y que ahora se apellidan Huatangaris, Espinosas, Chapias y Sarmientos. Este es quizás el momento de decir unas cuantas palabras sobre ellos.

Los Wámpukos

Así llamó nuestra gente a los descendientes de las parcialidades "yungas" –quizá emparentados o siervos de los **Iwa** estable-

cidos en los valles bajos y calurosos del Chamaya, Marañón y Chinchipe. Los españoles, como recordaremos, les llamaban Patagones o Patacones. Un aguaruna anciano los describía así:

"Los Wámpukos tenían cara redonda, pelo largo, talla pequeña. Se amarraban su pelo en dos trenzas a ambos lados de la cara. Utilizaban lanzas de chonta y **tantá** (escudo redondo) como nosotros. Se adornaban el cuello con bótongo y sus mujeres eran bien simpáticas. Grandes mitayeros adoraban de Arajuí". Así contaba el viejo Sunca de Tambillo.

Vivían con los cristianos en Huarango, Santa Rosa, La Peca, Sapotal, Jaén. No usaban **Piyú** (no se teñían los dientes de negro), no pelaban las cabezas. Buenos mitayeros, en la trocha dicen que ladraban. Tenían lengua propia. Decían: **amiru, sairú** y **sera** (casa)". Doroteo Roca, recogido de los viejos aguarunas.

Su lengua originaria, de las que nos dejó noticia Diego Palomino, fue muy pronto casi totalmente desplazada por la lengua general –el quechua. En 1756, Félix Chávez, cura de Tomependa, alega para pedir su traslado a otra parroquia, que "ni ellos me entienden ni yo a ellos por no saber la lengua general".

Los Wámpukos de Huarango conservaron hasta hace muy poco –creo que luego han vuelto a recuperarlo– su baile tradicional utilizando, a semejanza de los aguarunas, una especie de **mákich**, pero de otra semilla seca diferente.

El tipo racial wámpuko, muy diluido ya, pero que conservó por lo menos hasta 1960 algunos pocos representantes, se caracteriza por la carencia del pliegue (epikantus) propio de los aguarunas que da a sus ojos un aire achinado. Su nariz es, con frecuencia, desproporcionadamente larga. Sus nombres aguarunizados se conservan en algunos casos entre los aguarunas: Kumajá, Atuyap, etc.

Los últimos restos de los pueblos wámpukos se hallan ahora dispersos entre los integrantes de unas cuantas comunidades campesinas de Jaén y San Ignacio reconocidas como tales a causa de transferencia: Chirinos, El Higueron, Huarango, Zapotal, Perico, Bellavista Viejo, Santa Rosa...

Durante un tiempo, lucharon desesperadamente por conservar su identidad aferrados patéticamente a sus costumbres religiosas: fiestas, mayordomías, fiscales, sacristanes, procuradores, que conservaron celosamente entre ellos sin permitir la intromisión de personas extrañas. Luchando incluso contra el siempre respetado curita o padre misionero cuando éste, con la mejor buena volun-

tad, pero sin comprender lo hondo de su problema, intentaba cambiar algo pensando que con ello los ayudaba a progresar.

Su fusión superficial (traje, lengua, creencias) con el paisanaje mestizo circundante, enmascaraba su verdadera condición de indígenas que hubieran exigido una atención muy especializada y llena de delicadeza. Su fatalidad fue no ser ni civilizados ni indígenas. Aparecían sólo como una excrecencia molesta en una zona que se iba modernizando. Su carencia de oportunidades adaptadas especialmente a ellos los hacía fácil presa de la oleada inmigratoria procedente de Cajamarca, sierra de Piura y, sobre todo, de la costa, demasiado "sabidos" para una población que había vivido tradicionalmente aislada. Así, los alcanzó la llegada brusca de las carreteras de penetración, el aumento del comercio, la explotación intensiva de las muchas oportunidades que ofrecía una zona bastante rica.

Hoy día, perdidos dentro de una población advenediza, se ven excluidos de los puestos de decisión dentro de sus propias Comunidades por los mismos a quienes, incautamente, permitieron incorporarse a ellas y que no tienen el apego entrañable al terruño de los verdaderos **natos.** Para los foráneos, la tierra no es sino un elemento más en el juego del negocio.

Aunque la iglesia local los defendió siempre como a campesinos pobres y gente necesitada y oprimida, no acertó a comprender a tiempo la esencia de su verdadero problema: el cultural. ¡Se parecían superficialmente tanto a los otros campesinos!

Durante un tiempo, la fe y las costumbres religiosas que les dejaron los doctrineros resultó providencial para conservarlos unidos y permitirles resistir más tiempo. Pero al final no pudieron resistir. La avalancha que cayó sobre ellos durante la última parte de la década de los sesenta los barrió casi completamente.

Estas observaciones no están fuera de lugar en una historia de nuestros viejos nativos. Pero los viejos tuvieron mejor suerte. El destino de aquellos puede ser una advertencia que permita evitar situaciones semejantes en el porvenir.

19. Buscando caminos a través de la tierra aguaruna (28)

El problema de las comunicaciones

Desde el momento mismo en que el Perú toma firmemente en sus manos su propio destino como nación independiente, se le impone la necesidad de cuidar y ampliar las vías de comunicación que aseguren la unidad y seguridad interna y faciliten, al mismo tiempo, un equilibrado desarrollo económico.

La incomunicación había sido siempre el problema endémico de la selva y los departamentos y provincias aledañas. Pero para algunos de aquellos era una necesidad de supervivencia. Tal sucedía con Chachapoyas, siempre aislada en un áspero nudo montañoso.

Sus habitantes, pobres pero orgullosos y emprendedores, saben que su incomunicación con el resto de la República los condena, si no logran romperla, a limitarse a una economía de autoconsumo y a renunciar a ulterior progreso.

En 1836, Braulio Camporredondo, el verdadero fundador del departamento, comprende la necesidad de encontrar una vía que, partiendo de Chachapoyas, desemboque en el Marañón en algún punto más abajo del intransitable pongo de Manseriche. La expectativa del Perú comienza a fijarse en el Amazonas y, además, la comunicación fluvial parece la más fácil y económica posible. Muy poco después, se hablará de Loreto como provincia litoral y Melitón Carvajal va a formar literalmente el pongo de Manseriche con

una lancha de vapor. Pero la montaña chachapoyana queda lejos de los ríos navegables. Hay pues que encontrar una ruta terrestre que permita llegar a las aguas libres. Y esta posible ruta pasa a través de la tierra de nuestros viejos. De aquí la importancia de estos hechos para nuestra historia.

Resulta poco sorprendente el olvido casi completo de la antigua ruta española desde el embarcadero de Sushunga hasta el pongo de Manseriche. Pero tras el abandono de Jaén Viejo, la represalia de los viejos por los abusos a los que se los intentaba sujetar, convirtieron las tierras del Marañón en tierra enemiga y, en muy poco tiempo, en verdadera "tierra incógnita".

Se ha procurado reconstruir la secuencia de dichas expediciones utilizando las referencias de Raymondi, la documentación oficial de las expediciones del Obispo Ruiz y las memorias de viajes de David Muñoz.

Todavía hoy, que tenemos la áspera topografía de la zona dominada por la carretera de penetración y contamos con cartografía muy completa, no es fácil ir reconstruyendo estas rutas tal como las encontraron los exploradores de Chachapoyas que se internaban por ellas a ciegas luchando con la trocha y con el hambre y temiendo siempre un ataque de enemigos.

Los primeros intentos no pasaron de tanteos, pero establecen las opciones entre las que luego tendrán que escoger los expedicionarios.

1836. Primer proyecto de José Braulio Camporredondo, que no llega a concretarse.

1843. Expedición de Don Sebastián Fernández que no pasa de los preparativos.

1852. Expedición bajo el mando de Mariano Aguilar por Yambrasbamba, que resulta un fracaso.

La sociedad de los patriotas de Chachapoyas (29)

El 12 de diciembre, el Obispo Ruiz inicia y preside la constitución de la Sociedad de "Patriotas de Chachapoyas", reconocida ofi-

cialmente por Decreto Supremo del 27 de octubre de 1859 firmado por el Mariscal Castilla (27-X-59). Acto continuo y personalmente, el mismo Obispo da comienzo a la expedición cuya crónica nos ha conservado Raymondi.

Antes del propio reconocimiento, el 27 de mayo, sale la expedición camino de Yambrasbamba, a donde llegará en dos días. Van 16 expedicionarios bajo el mando del Obispo. Recogidos en Yambrasbamba, trocheros y guías parten siguiendo el curso del Alto Chiriaco y en un punto indeterminado, seguramente cerca de Canga, abandonan el curso del río y siguen dirección N.E. hasta llegar al que los aguarunas llaman Numpatkaim y ellos rebautizan con el nombre de río Cristalino. El río debe estar crecido pues les permite continuar el viaje en balsa aunque muy lentamente. Por fin, llegan al Nieva a la altura de la boca de Cachiaco.

El estado de los expedicionarios es lastimoso. La memoria de los viejos de Nieva ha reservado el nombre de "Obispo Tepemo" a una piedra en que, cuentan, el Obispo se tendió agotado. Las fatigas de la trocha y la falta de alimentos casi los acaba. Los mismos viejos contaban que lloraban de compasión.

La bondad y el sincero respeto y cariño de Monseñor Ruiz se gana a los aguarunas que le dan toda clase de ayuda. El mismo obispo bautiza a unas sesenta criaturas. Los nombres de sus padres quedan anotados y la lista que los contiene nos proporciona el primer censo conocido de dos enteras comunidades aguarunas en los que podemos reconocer –pese a los errores de transcripción– los nombres de muchos viejos de cabeceras del Nieva:

Utush	Uyungara	Santiago	Akachum
Mariano	Ukuncham	Kukam	Ayamto
Ambúsh	Atamain	Unkuch	Kuja
Tokup	Nantip	Nayap	Shimpu
Cuimián	Ankoash	Santa	Antich
Kuunt	Chuwintan	Tantá	Daichap
Wishum	Wiracocha	Antun	Sushuí

... y otros son repetidos o irreconocibles. Entre las mujeres, distinguimos a unas Mamáis y una Tsatsupín.

Continuando con la expedición, tras cuatro días de bajada por el Nieva, llegan al Marañón. El 13 de octubre están en la boca del Pongo de Manseriche y allí la expedición se divide. El Sr. Schiedl y dos estudiantes entusiastas (–¿seminaristas de Chachapoyas?–) con

un guía aguaruna se lanzan por agua en balsa a cruzar el pongo. Monseñor Ruiz y el resto de los expedicionarios, por tierra, coronan el abra de Campanquiz y en un lugar que debió ser Siramirisa se juntan las dos expediciones. De allí en cuatro días llegan al varadero de Jeberos desde donde emprenden el regreso a Chachapoyas por Moyobamba.

Al año siguiente (1860), el infatigable Obispo emprende una nueva expedición, pero enferma. Tiene que retirarse y fallece santamente el 29 de noviembre.

La actitud de Monseñor Ruiz hacia nuestros nativos queda retratada en la carta que escribe el Prefecto del Departamento el 13 de setiembre desde el Alto Nieva:

"Me es muy grato anunciar a U.S. que le dirijo esta comunicación la noche de este día en medio de los "salvajes" aguarunas que se hallan en torno de mi cama, conversando alegremente en su propio idioma y cantando al son de su dulce flauta, aunque mi corazón se halla cubierto de tristeza al contemplar la desnudez de ellos, la suma escasez de mis víveres para darles abundante comida y el frío que les afligirá el resto de la noche después que en el día hemos sufrido un fuerte y continuo aguacero al restituirme a este desierto por no ser gravoso a estos infelices cuya agricultura es mezquina, sin embargo de la fertilidad de los terrenos... Estos infelices me piden con insistencia herramientas de labranza, especialmente hachas y yo les ofrezco enviárselas tan pronto como me sea posible".

Sin embargo, no todos los miembros de la expedición eran tan altruistas como Monseñor. Don Julián Torres, Jefe de la Comisión Civil de la expedición, después de haber solicitado, como el Obispo, telas y herramientas de labranza para los aguarunas, deja caer al descuido esta significativa frase:

"La Sociedad de Patrones del Amazonas, muy convertida de la munificencia y filantropía de su Excelencia, no duda un instante que le acordará la protección y socorro que demandan aquellos desgraciados que muy luego proporcionarán brazos de que carecemos y que facilitarán la marcha del comercio y de la navegación que tanto necesitamos".

Este mismo año, 1859, el Sr. Baltazar Eguren vuelve a emprender el recorrido desde Yambrasbamba buscando mejor ruta. En la bajada del Nieva, entre grandes penalidades, vuelve a dividirse la expedición. Cuatro expedicionarios se dirigen al pongo por agua. El resto, con Eguren, se desvía, suben a los cerros y se extravían en la

bajada. Por un río –no se sabe dónde ni cuál–, naufragan. Un expedicionario se ahoga y Eguren, destrozado, tiene que permanecer un mes entre los aguarunas. Luego, todavía mal repuesto, emprende el regreso por la vía de Yambrasbamba a donde llega el 18 de mayo de 1861. La expedición ha durado trece meses.

La actitud de los aguarunas se endurece

En 1862, una nueva expedición se organiza en Chachapoyas. Ahora, se irá en busca de las cabeceras del Cahuapanas al mando del Sargento Mayor, el ilustre Pedro Ruiz Gallo. No pueden llegar al río Cahuapanas aunque creen haberlo divisado desde una loma y tienen que regresar. Les han faltado los víveres.

La expedición de 1870, tiene en realidad un doble objetivo. Una fracción al mando de Felipe Torres y, siguiendo las indicaciones de Eguren, buscará las cabezas de potro y Achiyacu. Otra, dirigida por el Ingeniero Wertheman, pretende bajar por el Utcumbamba y, vía Bagua, a través de los pongos, llegar a Manseriche. Wertheman, que viene de Moyobamba, es imperioso y trae una escolta armada. Se indispone con los aguarunas, los amarga. Luego, sufre una serie de frustraciones: le faltan los víveres; logra pasar Manseriche, pero la malquerencia del Prefecto de Iquitos, con el que se indispone también, hace que éste le mezquine los víveres... y se ve obligado a regresar por la ruta de Moyobamba. Mientras tanto, la otra expedición es atacada por los aguarunas y Torres con sus once compañeros mueren atravesados por las lanzas.

1882-1884. El camino del Marañón parece cerrado por los aguarunas y dos expediciones buscan las cabeceras del Cahuapanas, pero ambas, por falta de víveres, tienen que retroceder abiertas veinte leguas de trocha..

Tres años más tarde, el P. Visalot logra llegar al río Mayo. Lo desertan varios expedicionarios y, después de retroceder, los cinco que han quedado encuentran aguarunas amigos cuyo jefe, el Mun Antún les conduce hasta Cachuapanas.

En tanto en el Marañón, en venganza de excesos cometidos contra ellos por vecinos de Bagua Chica, asaltan por sorpresa al pueblo cobrando varias víctimas. Estamos en 1894.

El Prefecto Burga envía una flota de gendarmes en su persecución para castigarlos. Cuando llegan a Aramango (Copallín Viejo), les informan de un camino por tierra hasta Yusamaru en dos días. La muerte del jefe de la expedición y la falta de comida los hace retroceder sin encontrar a los asaltantes que se han hecho humo. Al año siguiente, se quiere comprobar la veracidad de los informes sobre la trocha al Marañón. Por fin, por Miraná y el Abra de Wawajín, llegan a la vista de Yusamaru, pero al encontrar huellas de enemigos se atemorizan y regresan a toda prisa. Este mismo año, Polis, el Comisario del Alto Marañón, ha llegado, surcando desde Iquitos, a Yusamaru. Estamos ya en la época del caucho y la última expedición, la de David Muñoz en 1898, más que caminos, busca terrenos de explotación del caucho. En ella suenan ya nombres que volveremos a encontrar cuando nos refiramos a la época del Shijing: Amadeo Burga, Izquierdo, Hurtado. Al primero lo encontramos instalado ya en Nazareth desde 1897.

Los resultados de las expediciones

En realidad, todas estas expediciones fueron de muy poco provecho para resolver el problema de la incomunicación de Chachapoyas. Sólo rescataron el recuerdo de las antiguas trochas empleadas en los siglos XVII y XVIII y las reabrieron a un uso muy precario. Pero fuera de esto, además de proporcionar a los chachapoyanos una ocasión de demostrar su indudable valor y constancia, a nosotros nos han permitido enterarnos de muchos detalles de la manera de vivir de los viejos. Las expediciones aseguraron a nuestros viejos, por un contacto más estrecho con los **apach**, a fuente estable de aprovisionamiento de las preciosas herramientas de hierro que facilitarían mucho el trabajo de las chacras. Asimismo, el abrir camino a la explotación del caucho, contribuyó a introducir el uso de las escopetas, desde ahora compañeras infaltables de los viejos y que trajeron consecuencias buenas y malas...

A través de todas estas expediciones, hemos podido también observar algo muy significativo. Los aguarunas, presentados siempre como "salvajes" agresivos, no atacaron nunca sin verse obligados a ello por previos malos tratos. Cuando los **apach** se presentaban de buenas, siempre encontraron en ellos cooperación y auxilio. Que lo digan los casos antitéticos del Obispo Ruiz y de Wertheman. Y esta constante se ha conservado siempre, hasta tiempos demasiado recientes.

La fotografía de una comunidad aguaruna a mediados del siglo XIX (30)

Ha llegado hasta nosotros una interesante relación, todavía inédita, de una de estas exploraciones desde Chachapoyas. Se trata de la copia de un documento cuyo original debe andar por el archivo episcopal de Chachapoyas, de donde se sacó la copia hace una veintena de años. El autor de la relación y, al mismo tiempo protagonista y jefe de la expedición, es un tal Señor Aguilera (¿Aguilar por error de copia o de letra?). Se halla sin fecha y no parece corresponder a ninguna de las expediciones conocidas hasta ahora.

En ella, Copallín Viejo aparece poblado (sabemos que Copallín fue abandonado por sus habitantes después del asalto de los aguarunas en 1845, aunque pudieron quedar algunos pocos vecinos). En ella, los precios de los artículos de primera necesidad aparecen expresados en pesos. Conocemos también que dicha moneda había sido ya sustituída por el Sol peruano, al menos desde 1859. Ello nos inclinaría a colocar su fecha con anterioridad a estos años 1845, 1859. La semejanza, explicable entre Aguilar y Aguilera parece orientarnos hacia Don Mariano Aguilar como autor de la misma. Una enigmática alusión "si algún día la Nación Peruana mejora de suerte, sería muy importante que la autoridad Suprema se dedique a proteger estos puntos" puede contribuir lo mismo a orientarnos que a desorientarnos.

El viaje, con todas las características de un reconocimiento militar, nos lleva por la ruta Copallín, Miraná, Yusamaru, hasta la "Cachuera" o el Pedregal, pasado ya el Pongo de Manseriche.

¿Por qué omite esta expedición David Muñoz que supone descubiertos estos lugares en fechas posteriores a la fecha indicada? No me atrevo, por ahora, a contestar estos interrogantes. Pero,por su interés extraordinario, reproduciré algunos de los párrafos referentes a los viejos:

"Y luego subiendo y bajando un cerro no elevado, de dieciseis cuadras, se toca el puerto desplayado que se nombra Yusamáu.

¡Qué vista tan hermosa presenta al caminante fatigado un llano que se explaya por todos costados cubierto de montañas lindas, llenas de aves de preciosos colores, terrenos de una masa honda virgen atravesada por un gigante río como es el Amazonas, que en este punto se explaya a más de cuatro cuadras. Sus orillas llenas de canoas con multitud de pobladores robustos de ambos sexos y las alturas que también presentan planos cubiertos de grandes y espaciosas habitaciones que, humeando por momentos en un conjunto, me hicieron reposar por algún rato lleno de gusto porque en verdad la naturaleza se esmeró en ese recinto después de tanta maleza.

Luego que toqué en la playa, traté de embarcarme por la quebrada mencionada pues se hallaba en creciente. Todos los que me acompañaban se resistieron a verificarlo con el temor de que habían de recibir algún daño de los infieles...

No dejó de causarme alguna sorpresa, ver a todos los hombres y muchachos con sus armas peculiares, inclusive algunas armas de fierro. Pero como estaba resuelto a que mis compañeros vengan y seguir adelante en mi expedición, comencé a llamar con señales a los más ancianos y, por felicidad, encontré entre ellos al curaca Ambushu, que entendía algunas palabras de nuestro idioma Inca, con cuyo hallazgo pude dar mis órdenes y ser obedecido con puntualidad.

En el momento, se alistaron dieciocho canoas que fueran porque había dejado que todos, sin duda, creyeron que no habrían de tener más noticias de mí pues cerca de veinte individuos habían regresado como derrotados dando noticias ciertas de que había sido muerto por los jíbaros, cuya nueva a los pocos días fue circulada en la capital del Departamento y como cierta, hizo mucha impresión".

"Los que habían quedado fueron más de sesenta, marcharon en las canoas mientras yo estaba desayunándome con diversas

clases de comida que me presentaron notándose que lo hacían llenos de gusto. Al mismo tiempo, hice alistar bastante yuca, plátanos y camote cocido para mi gente la que, a poco rato, llegó y, desembarcados, comenzaron a tomar el rancho mientras yo me vestía de ropa seca.

Luego, seguimos la marcha por la orilla izquierda aguas abajo. Y subiendo a un poyo por una sola entrada, se encontraron varias habitaciones grandes cubiertas de palma, con cerco de madera doble asegurado con mucho tino y seguridad, siendo la forma de ellas un círculo aplanado, su largo de un extremo a otro de cuarenta varas y de ancho, nueve; algunas hay mayores y otras menores (33.5 x 7.5).

Traté de asegurarme de los pormenores por mi intérprete y se me aseguró ser ésta la nación de Huagaruna y consta de veinte curacas cuyos nombres apunto. Cada curaca vive en una casa de las referidas con todos sus subordinados, los que tienen mujeres e hijos. Así es que en cada casa o cuartel hay por lo menos cuarenta almas, pues hay indicios que tienen tres o cuatro mujeres y algunos hijos y hay también indios que carecen de uno y de otro. De suerte que, a lo menos, consta dicha población de 800 almas.

Sus productos son yucas, plátanos, camotes, maní, cuyo cuidado después de sembrado por los hombres, se encomienda a las mujeres y éstas conducen a la casa lo producido para mantención, mientras que los hombres están ejercitados en la caza, ya con cerbatanas, ya con flechas y sus lanzas de chonta.

Para el efecto, hay muchas clases de cuadrúpedos y aves domesticadas, consistiendo éstas en gallinas criollas, paujiles, pavas, trompeteros, loros y, aquellos, en algunos cerdos y monos.

No ignoran el hilado, así es que se fabrican mezquinamente unas mantas angostas con las que se cubren algunos las partes pudendas y, los más, están en cueros con pinturas de pies a cabeza, adornos en las muñecas de las manos, tobillos y pie, y cuellos de lo que son dientes de mono y algunas pepitas de árboles. No olvidan adornar la cabeza con plumas de diversos colores y al extremo del pelo largo que usan, se amarran varios pajaritos disecados y entreverados con huesitos y conchitas".

20. *Los años fatídicos*

La bonanza de los tiempos el Mariscal Castilla estuvo apoyada sobre todo por la exportación de materias primas: guano y salitre que, en Europa, alcanzan muy buenos precios. Pero después de su muerte, la administración de la hacienda pública vuelve a ser desacertada.

En 1866, la guerra con España, aunque heroica y triunfante al consolidar definitivamente la independencia de Sudamérica, agrava aún más la crisis con sus inevitables gastos.

Los intentos de imitar el desarrollo industrial europeo, la construcción de ferrocarriles y el desacierto en las negociaciones del salitre (Contrato Dreyfus) junto con la bajada de los precios del guano, ponen al Perú al borde de la ruina. La esperanza queda en la explotación de los nitratos de la costa Pacífica. Pero entonces estalla la guerra con Chile.

A pesar de la victoria de Tarapacá y los heroismos de Grau y Bolognesi, el ejército chileno avanza en todas partes. En 1880, caen Tacna y Arica. En la misma campaña, se deja escuchar por primera vez un nombre que dejará gratas resonancias en toda la Amazonía: el del Coronel Don Pedro del Portillo, Prefecto de Loreto.

Pese a los heroismos de Chorrillos y Miraflores, los chilenos entran en Lima y comienzan a cometer en el país despojos sistemáticos.

En 1882, sólo un puñado de valientes del mando del Coronel Cáceres, mantienen en alto la bandera peruana en la sierra del centro con la campaña de la Breña. Finalmente, en 1883, se firma el Tratado de Paz de Ancón.

Durante la guerra con Chile, el 24 de abril de 1880, muere al estallarle accidentalmente una mina, un antiguo conocido nuestro Pedro Ruiz Gallo, el que demostró su temple en la expedición al río Mayo desde Chachapoyas a pesar de penalidades como la mordedura de una víbora, la caída de un palo que lo maltrata y el naufragio de una balsa que le hace perder parte considerable de su equipo.

Todos estos hechos no perturban en absoluto las vidas de nuestros viejos que ni siquiera se enteran de ellos. Pero sus consecuencias van a llegar muy pronto hasta aquí.

Terminada la guerra, la reconstrucción económica se ve perturbada, precisamente en el norte, por la rivalidad entre caceristas e iglesistas y las luchas de la "montonera" que ensangrienta los suelos de Jaén y Bagua. Es en este momento cuando aparece un factor de esperanza para la economía peruana: el alto precio del caucho o shiringa.

¿Jesuitas entre los aguarunas? (31)

A los años inmediatamente anteriores a estos sucesos se ha atribuido un suceso referente a nuestros viejos que quizá convenga aclarar o rectificar en este lugar.

En "Estudios sobre la evaluación del Proyecto de Colonización Alto Marañón", Lelis Rivera Chávez afirma lo siguiente:

"En el Perú, la entrada a los jíbaros la tienen los jesuitas que son expulsados por Pakakán (?). Posteriormente, hacia el año 1886, después de nuevos intentos misionales, los jesuitas fueron expulsados esta vez por los propios nativos, sublevación de la que los actuales aguarunas conservan un vivo recuerdo".

Ignoramos la fuente de que ha extraído Rivera Chávez esta noticia. Queremos suponer que la expulsión efectuada por el tal Pakakán pudiera referirse o al fracaso de las expediciones por el Santiago en el siglo XVII o a los proyectos de colonización de Carlos III de los que se habló anteriormente.

La supuesta rebelión de los aguarunas contra los padres no pudo darse sencillamente porque los jesuitas no pisaron el Perú

una vez expulsados por Carlos III hasta el 11 de setiembre de 1871. Se conserva el dato preciso en la prensa de Lima con la lista de pasajeros que llegan este día al Callao. Los jesuitas, por cierto, tuvieron escondido a Cáceres en su colegio para que no le aprehendiesen los chilenos, fueron expulsados de nuevo, no por indígenas sino, en 1886, por obra del Congreso de la República. Ni hemos podido hallar trazas del mencionado recuerdo en ninguno de los aguarunas actuales. Quizá se trate de una confusión con algo acaecido en el Ecuador.

En dicha nación, el Presidente García Moreno entrega a los jesuitas la misión de Canelos. El Concilio II de Quito pide se hagan cargo también del Napo y Macas Gualaquiza y Zamora donde sí había jíbaros. Aunque pocas noticias hemos encontrado en las fuentes domésticas de los jesuitas de un trato inmediato con ellos. Los comentarios que afloran son:

"No se puede trabajar con ellos porque están en guerra. Los jíbaros han amenazado a uno de los padres por traer la viruela..." En las Cartas Anuas (informes anuales de dicha misión), se hace referencia de una algarada en Sarayacu provocada por los políticos locales que instrumentalizaron a los jíbaros. Y de dicha misión era el P. Tovía, el que protestaba por los malos tratos a los nativos inflingidos por los caucheros de que trataremos posteriormente.

En esta zona meridional del Ecuador, encontramos un verdadero "carrusel" en que franciscanos, jesuitas, dominicos y salesianos toman y abandonan puestos hasta la instauración definitiva de las Prefecturas Apostólicas en aquel país. Pero nada de ello afectó a nuestros viejos. El nombre Pakakán no suena a aguaruna. Quizá se refiera a Kakaj o Kajakán, ser mítico que pudo adoptarse como nombre.

21. *Shijing*

El siglo del colonialismo

El interés científico y experimental de la Ilustración y sus "Academias Científicas" da origen a una serie de descubrimientos tecnológicos que encuentran su aplicación práctica en la primera mitad del siglo XIX. Estas aplicaciones van a transformar el panorama económico y social de Europa. Las máquinas desplazan totalmente a los talleres artesanales y al aumentar la rapidez y cantidad de la producción surgen las verdaderas fábricas y, con ellas, la necesidad insaciable de más y más materias primas. Con ello, se crea también la necesidad de ampliar los mercados. Se ha producido una revolución: la Revolución Industrial, que no tardará en acarrear incalculables consecuencias sociales e internacionales.

Las naciones que se han adelantado en la industrialización se lanzan inmediatamente a aumentar su espacio económico a costa de los países más atrasados tecnológicamente de Asia y Africa. Señalaremos unas cuentas fechas:

1840. "Guerra del Opio", concesiones extranjeras en China.
1848. Control británico de la India.
1853. El comodoro Perry "abre" a la fuerza los puertos del Japón al comercio europeo.
1858. Los franceses entran en Indochina.
1885. Hong Kong es incorporado a la colonia británica.
1885. En la Conferencia de Berlín, las naciones europeas comienzan el reparto de Africa.
1906. Conferencia de Algeciras que consuma dicho reparto.

Las dos Américas, del Norte y del Sur, con su población hegemónica "blanca" se consideran "países occidentales" y escapan al saqueo colonial practicado a nivel planetario. Pero pronto se incorporan a esa carrera de rapiña. América del Norte halla la manera de sumarse a la oleada colonizadora. Con su marcha hacia el Oeste –el legendario Far West– a costa de sus nativos "pieles rojas" y su anexión después de una guerra desigual de lo que serían los Estados de Utah, Nuevo México, ambas Californias, Arizona, Texas y Nevada, aumenta en un tercio su territorio a expensas del cincuenta por ciento del suelo mexicano emancipado de España.

En América del Sur, "la Triple Alianza" (1864) desmiembra prácticamente al Paraguay. Chile (1880) se apodera de las salitreras del Pacífico a costa del Perú y Bolivia. Pero todavía Sudamérica habrá de sufrir una colonización más insidiosa, pero no menos real: la de las zonas de influencia acotadas para el comercio de importación y exportación. Hasta la Primera Guerra Mundial, Inglaterra será el árbitro de todo el comercio latinoamericano.

El caucho o shijing (32)

Una materia prima industrial propia de los bosques tropicales húmedos de sudamérica va a alcanzar pronto una singular importancia, el caucho o jebe que crece espontáneamente en la cuenca del Amazonas.

Los antiguos misioneros de Maynas lo conocieron muy bien y otro, jesuita también como ellos, lo describió en su **Historia General y Natural de las Indias** (Fernández de Oviedo, 1536). La Condamine pudo conocerlo en el transcurso de su viaje cartográfico y exploratorio del Amazonas y llevó ejemplares a Francia en 1758. Por supuesto, los nativos lo conocían desde antiguo y hacían con él toscos irrigadores o "lavativas" y pelotas para jugar. Pero no se conocía la manera de utilizarlo de una manera racional y cómoda.

Un veterinario escocés, Goodyear, había estado experimentando años para vencer su estructura quebradiza y pegajosa. Un día, en 1839, trabajando en su laboratorio, dejó caer un trozo de caucho que

tenía olvidado en el borde de una alacena. Va a parar a un crisol que está derritiendo azufre. El olor que se desprende inmediatamente del crisol no es demasiado agradable, pero le hará decir años después: "me pareció estar aspirando el perfume de la gloria". Por una increíble casualidad, había hecho el descubrimiento de la vulcanización que hace al caucho moldeable y consistente sin perder sus propiedades de flexibilidad e impermeabilidad.

En 1845, el caucho empieza a emplearse para las llantas de unos curiosos vehículos que se están poniendo de moda en Europa: se llaman "velocípedos", biciclos con dos ruedas, una muy grande y otra atrás mucho más pequeña en los que se exhiben orgullosos jóvenes deportistas con grandes bigotes, chistera y levitas de largos faldones. Pero en 1876 estos biciclos se parecen mucho a nuestras actuales bicicletas y son medio de transporte cada vez más popular. Con esto comienza a aumentar la demanda.

Otro escocés, Mac Intosh, en 1888, tiene la idea de emplearlo para fabricar bolsas y abrigos impermeables que llevarán su nombre. Vestido con uno de ellos y con su gorra de visera a cuadros alcanzará la fama Sherlock Holmes, el protagonista de las novelas policíacas de Conan Doyle. A partir de 1770 en que Priestley lo patenta para fabricar borradores, el caucho se ha convertido ya en un artículo indispensable para muchísimas industrias.

En Inglaterra, en 1862, se han importado de la Amazonía 2,800 kg. de caucho. Para 1910, la demanda ha llegado a los 4'500,600 kg.

Los precios, cotizados siempre en oro y en moneda inglesa, fueron subiendo paralelamente a la demanda. En 1914, dos kilos de caucho virgen se pagaban en Iquitos a una libra esterlina, el equivalente a más de ocho gramos de oro. Este mismo caucho tratado por la industria en Inglaterra, se vendería después con la ganancia triplicada.

La obtención del caucho en la Amazonía

La obtención del caucho no es fácil. Los árboles de shiringa nunca crecen en manchales. Con frecuencia, un árbol de esta clase

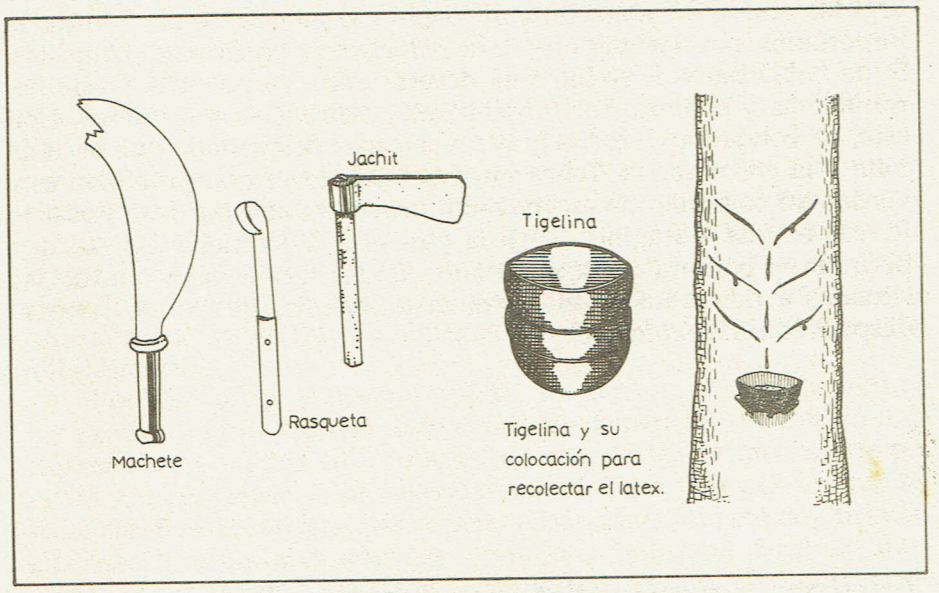
crece a distancias de 500 metros o más de su compañero más próximo. Para aprovechar el árbol y sangrarlo, había que abrir entre uno y otro estrechas trochas o estradas. Después, el shiringuero, con una pequeña hacha (jachit), posteriormente con la "rasqueta" iba haciendo incisiones paralelas a lo largo del tronco en forma de "V" por cuyos vértices escurría luego al látex que se depositaba después de varios días en un recipiente de barro, de hojalata (tigelinas) y, a veces, hasta de **tamsi** en forma de **shuku.** El caucho líquido así reunido se ahumaba y cuajaba formando grandes bolas demás de 25 kg. de peso. Todavía en las casas de algunos viejos, se encuentran el jachit, las rasquetas y las tigelinas, recuerdo de cuando trabajaban de esta manera. El producto se clasificaba en jebe fino y jebe débil y se vendía en bolas enteras o en restos y jirones llamados **sernambi** y que se pagaban a un precio inferior.

Uno de los subproductos de esta rudimentaria industria extractiva eran las bolsas y los ponchos enjebados impermeables. El jebe se fundía con azufre en un recipiente y el líquido resultante se extendía con brocha en varias capas sobre una bolsa de tocuyo o la tela del poncho. Luego, se dejaba secar. El olor durante toda la operación era nauseabundo, pero al acabar el secado se habían obtenido bolsas a resguardo de la lluvia y ponchos que podían durar hasta tres años antes de agrietarse y echarse a perder. Pero cubrían, al menos temporalmente, la necesidad de protegerse de la lluvia en los largos viajes en canoa o bajo las ramas goteantes de la trocha.

La recluta de los shiringueros o peones del trabajo del caucho se hacía mediante la habilitación. El "Patrón" o habilitador obtenía de algún banco –con un buen interés, por supuesto, para éste– los fondos necesarios para adquirir la ropa, fósforos, sal, mosquitero, provisiones de boca, escopetas, machetes, ollas, lamparines y las rasquetas y tigelinas, todo lo que necesitaba el peón o habilitado para sobrevivir en la selva recibido a modo de adelanto. Al regresar de la campaña anual, el habilitado saldaba con el producto obtenido durante ella su deuda con el habilitador. El resto quedaba para su propio beneficio, pero ya cuidaba bien el patrón, con el manejo de la cuenta, de que siempre quedara un resto sin pagar. Con ello, el shiringuero se veía obligado a volver a la selva en la próxima campaña enlazado en una cadena de esclavitud que no había modo de romper.

Para asegurar el pago de la deuda, el patrón tenía su equipo de capataces o matones que además vigilaban las estradas para que ningún otro cauchero pudiera trabajar en ellas. Con este motivo se

Explotación del caucho




Cargando bola de jebe


EL Castigo del Cepo

producían, como es natural, feroces disputas entre patrones dirimidas siempre por la razón de Winchester 44 que acababa de llegar al mercado.

Cuando había cerca grupos de nativos, los shiringueros los obligaban por el mismo sistema de "cuentas" o a la pura fuerza a rendir cuotas de producción más y más elevadas. Los encargados de urgirlas eran los capataces, con frecuencia negros de las Bermudas importados por los ingleses que cometieron crueldades inauditas. Si no había nativos, se les traía de otra parte con el señuelo de herramientas y abalorios o, simplemente, cazándolos a la fuerza. Con esto, se volvía a una esclavitud mucho más despiadada que la de la mita y la encomienda. Teóricamente, había leyes que prohibían este verdadero comercio de esclavos tan bien retratado por José Eustasio Rivera en "La Vorágine". Pero la ganancia del caucho era tal, que permitía la compra no sólo de autoridades locales sino aún de las situadas a más altos niveles. Ponen precedente de lo que ocurrirá después con el narcotráfico.

Iquitos, la capital del jebe peruano (33)

El jebe comienza a recolectarse en el Perú en 1862 y en 1870, Iquitos –en un principio sólo un modesto apostadero de la fuerza fluvial peruana–, se convierte en la flamante capital del nuevo departamento de Loreto.

Muy pronto, Iquitos suplanta a Moyobamba en el comercio del nuevo oro negro. De todas partes acuden a ella ingleses, judíos, españoles, portugueses, alemanes, turcos... Entre ellos, los hay banqueros, comerciantes, turistas, auténticos aventureros, mercenarios y gente de mal vivir. La ciudad intenta imitar a Manaus, la fabulosa capital del caucho brasileño. Junto a los palafitos del barrio de Belén (descendientes de los míseros tugurios refugio de los habilitados), se alzan todavía la casa Morey, la otra casa de hierro diseñada por Eiffel, el arquitecto de moda entonces en Europa, y edificios como el de la Beneficencia revestidos de cara y lujosa cerámica importada.

Iquitos tiene también una guarnición. Sus oficiales vestidos de gala con el casco colonial y el uniforme blanco que les regaló perso-

nalmente el Presidente Billinghrust, se pasean gallardos y elegantes por el nuevo malecón o desfilan en la retreta dominical a los sones de la banda de música de Regimiento de Infantería de Loreto.

Toda esta euforia y auge llegan en el momento oportuno para rehacer la hacienda pública deshecha por el desastre de los contratos de salitre y las ruinas dejadas por la ocupación chilena. La Aduana de Iquitos grava cada kilogramo de jebe exportado con cinco centavos de impuesto. Hoy nos puede parecer poco, entonces –cuando una hacienda de Jaén podía comprarse por 30 soles oro– la cantidad no era tan despreciable. Con ella, se contó para las planillas de la burocracia de la zona, la defensa de nuestras fronteras y la financiación de algunos planes de desarrollo del antiguo Maynas, que con frecuencia quedaron sólo en el papel. La Aduana de Iquitos, a juzgar por la documentación conservada en la Prefectura de dicha ciudad, funcionaba como una especie de Banco de la Nación que centralizaba los ingresos y egresos del aparato burocrático estatal allí existente.

Por otra parte, y como no podía ser menos, el caucho produjo un extraordinario repunte comercial que benefició sobre todo a la capital charapa, pues allí confluía de todas partes, la mercadería para las habilitaciones y los lujos derrochados sin tasa por los capitalistas dueños de las fortunas recién creadas. Los alimentos y bebidas alcanzan precios astronómicos pues la producción local es muy escasa y todo se importa de lejos sin mirar el costo. El problema de Iquitos fue siempre, como lo es ahora, satisfacer las necesidades de una población demasiado numerosa para la modestísima producción local.

En 1881, aparece Julio C. Arana en Yurimaguas. En 1883, un gringo de apellido alemán, Up de Graff, entra en el Perú desde el Ecuador buscando jebe. El nos dejó una interesante relacion de cómo reducían nuestros viejos las cabezas... y cuál era el nivel moral de los aventureros blancos que entraban a la búsqueda del caucho.

En julio de 1889, el mismo Arana funda la Peruvian Amazónica con capitales ingleses y nacionales. Arrienda al gobierno 113.000 km. cuadrados de gomales e implanta aquí el sistema de habilitaciones vigente ya en el Brasil y Colombia para mayor ganancia de los capitales que participan en el juego. En el fondo de la pirámide de lucro y opresión así levantada yacen los grupos nativos dueños legítimos por posesión inmemorial de estos bosques hasta ahora olvidados. Y, al revalorizarse por la presencia del caucho lo que constituyen las tierras más pobres y desamparadas del mundo, Ecuador y Colombia comienzan a inquietar nuestras fronteras.

Las distancias inhumanas y la consiguiente falta de comunicación con el resto del país y, sobre todo, con el gobierno central, dificultan sobre manera la acción de éste. También están en juego delicadas relaciones consulares, pues en Iquitos se han establecido representaciones de muchas nacionalidades cada una de las cuales se siente obligada a proteger a aquellos de sus súbditos que han venido a establecerse aquí... y que muchas veces son más dignos de extradición que de otra cosa... Hasta 1914 no se instalará aquí en Iquitos la telegrafía inalámbrica. Por esto, el cargo de Prefecto de Loreto es casi equivalente al de un virrey que tendrá que resolver por propia iniciativa muchos casos difíciles y urgentes.

Comisarios del río y Gendarmes

Afortunadamente para el Perú, pudo encontrarse en los primeros tiempos del caucho, al hombre que diera la talla para este delicado cargo, el Coronel Pedro del Portillo, que desempeñó la Prefectura de 1901 a 1904. El fue quien intentó organizar, en lo posible, aquel mundo en efervescencia. Y la medida en la que fracasó en su empeño no fue culpa suya, sino de los hombres de los que tenía que valerse y de la intriga política en Lima, corrompida por el fácil oro del caucho.

Fuera de Iquitos, donde existía una razonablemente bien montada organización burocrática, la acción del gobierno llega (?) a los rincones de la inmensa selva a través de dos instituciones: el Ejército Peruano, con sus guarniciones de frontera, y los Comisarios de río. Las otras autoridades, municipales, gobernadores y tenientes o no están implantadas o simplemente funcionan sólo para el provecho personal.

El Ejército Peruano estaba representado en Iquitos por el batallón de Infantería de Loreto que cubre, con compañías destacadas, los sectores militares de Yavarí, Napo, Pastaza, Morona y acaso Puerto Maldonado. Sólo a partir de 1914 comenzó, como dijimos, a funcionar entre ellas el teléfono inalámbrico. Antes se propuso alguna vez comunicar por el Ecuador. Los militares lo rechazan:

"Sólo se tendrían noticias (de disturbios) cuando todo estuviera terminado, como sucedió cuando los huambisas atacaron la guarnición del río Morona en febrero de 1913, de cuyo acontecimiento se tuvo noticia en Iquitos tres meses después".

La otra autoridad eran los Comisarios de Río. Ellos eran en realidad la única autoridad civil más o menos operativa. Nombrados directamente por los Prefectos, reunían –o se tomaban– todos los poderes: legislativo, ejecutivo y judicial. Su función real era asegurar la paz con los grupos nativos y castigarlos cuando se demandaba asegurando la "paz cauchera".

También debían estar al tanto de lo que sucedía en las fronteras. Como el cargo –al menos, inicialmente– era "ad honorem", es natural que se desquitaran ejerciendo actividades lucrativas que, naturalmente, consistían en el comercio del caucho. Entre los comisarios fluviales hubo de todo, bueno y malo, predominando lo último. El mismo Coronel Portillo, quien tuvo la iniciativa de su creación, hubo de conocer muy pronto lo rápido que degeneraron. He aquí un documento oficial bastante significativo: (34)

CIRCULAR Iquitos, julio 17-1902

Sr. Comisario de Río:

Tiene conocimiento este despacho por referencias particulares que algunos de los funcionarios que ejercen el cargo de Comisario de los ríos del Departamento, dando muestras de poca circunspección i comprometiendo el prestigio de su autoridad, se entregan a especulaciones comerciales i negocios de diversa índole, sosteniendo con los recursos que les proporciona el puesto que desempeñan un tráfico mercantil altamente dañoso a las delicadas funciones que están llamados a desempeñar.

El suscrito ve con profundo desagrado tal manera de proceder que, revelando cuando menos sensible olvido de los deberes que el cargo que invisten impone a quienes lo han aceptado para ejercerlo de conformidad con las miras de esta prefectura que se inspira, en todos sus actos por el cumplimiento de la Ley.

A fin de remediar las faltas que indico, caso de ser ellas ciertas, prevéngole una vez más, que los funcionarios políticos deben abstenerse de todo aquello que se aparte del exclusivo lleno (sic) de sus deberes oficiales cumpliendo estrictamente las instrucciones de esta Prefectura oportunamente comunicadas.

Quiere el infrascrito que los Comisarios inspiren la confianza necesaria y debida a los moradores de las zonas que les están encomendadas, alejando la posibilidad de sospechas deshonrosas del ánimo de los que deben ver en las autoridades la representación severa e imparcial de la justicia.

No dudo que los señores comisarios tomarán en seria consideración la presente circular i no pondrán a este Despacho en la necesidad dolorosa de dictar medias represoras contra aquellos que, olvidados de sus deberes, hacen conocer sus pocas aptitudes para el cargo que se les ha confiado.

Pedro Portillo

Inicialmente, era relativamente poco frecuente el nombramiento de un militar (r) para el cargo de Comisario, pero muy luego se prescindió de esto. Conocemos los siguientes Comisariatos en el Departamento de Loreto:

Alto Marañón
Pastaza
Napo
Puerto Maldonado

Hubo también un sub-comisariato para el río Yavarí en 1914. El Prefecto de Amazonas nombraba también sus Comisarios y este será el caso del Comisario Oscar del Valle del que nos ocuparemos con detalle después.

Para reforzar la autoridad de los Comisarios y, a las órdenes directas del mismo, estaba la fuerza de Gendarmes. De carácter policial, se hallaba organizada en Compañías de las que se desglosaban destacamentos más o menos numerosos. En 1913, según documentos de Iquitos, su equipo era el siguiente:

Quepí con trofeo metálico.
Polaca de dril, pantalón, corbatín negro.
Vendas en vez de polainas.
Botín de cuero amarillo.
Tahalí, funda de dril, espadín.
Fusil "Manlincher" con dotación de 105 cartuchos.

Este último armamento lo recibieron los gendarmes en herencia del Ejécito al recibir éeste su nuevo fusil "Mauser".

El 14 de setiembre de 1914, el presidente Benavides suprime la Gendarmería por Resolución Suprema. Pero dada la lejanía en que operaban algunos de sus destacamentos, la baja la iban recibiendo

sólo a medida que iban presentándose en las cabeceras de Compañía.

Los abusos contra la población nativa

Como se puede fácilmente adivinar, el problema de los abusos caucheros contra la población nativa trascendía las fronteras nacionales que los caucheros, en busca de su negocio, no respetaban de ninguna manera. Y las autoridades se dejaban corromper fácilmente.

Tenemos noticias de una Ley Peruana de 1915 en que se prohibe el traslado de grupos nativos fuera de sus respectivos territorios con el pretexto de la explotación del jebe.

Un tratante traer de tránsito por Iquitos nativos de varios grupos. Se hace la denuncia en la Prefectura y se ordena la devolución de los mismos a sus lugares de procedencia. El trámite recurre a una instancia más alta y el tinterillaje encuentra la feliz solución: la ley sólo obliga y protege a súbditos peruanos. Aquellos infelices son colombianos y ecuatorianos luego... son devueltos al tratante que puede pasar adelante con su negocio esclavista.

Otro cauchero pide licencia para pasar por la aduana de Iquitos un cañoncito francés de marina "para la caza de aves" (en el documento de la Prefectura de Iquitos se contiene la propaganda impresa con el grabado del cañón. Allí, no se habla para nada de la caza de aves). La solicitud pasa a los oficiales de artillería de la guarnición que dictaminan: "No procede por tratarse de un arma de guerra". De nuevo se recurre contra el dictamen y esta vez una autoridad -no sabemos cuál- autoriza el pase para que el patrón cauchero vaya a cazar aves con cañón en no sabemos qué tribu amazónica.

Por su parte, los famosos quinientos capataces negros de Barbados, de importación inglesa estaban lo suficientemente bien entrenados con el trato de los peones de las plantaciones cañeras antillanas como para ayudar a los patrones en su tarea de conseguir mano de obra expendible.

Es un hecho perfectamente conocido el del exterminio de enteros grupos nativos (por ejemplo, el de los Boras del Putumayo), el de las medidas coercitivas empleadas para aumentar la producción, como el asesinato de niños a vista de sus padres, el desprecio absoluto de la vida de los débiles y el uso discrecional de las infelices mujeres nativas... y aún de las de otros caucheros rivales y más débiles. Y ya embalados en este camino de violencia, no es de extrañar que la ola de esta pesadilla arrolladora alcance a los mismos peones y capataces civilizados. Una muestra recogida por el testimonio de descendientes directos de los protagonistas:

Un patrón envía a sus peones a recorrer las estradas de su shiringal. Sólo regresan cinco, falta uno.

– ¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde está el jebe de la otra estrada?

Esto sucede en el Ucayali en 1904. El patrón, empuñando su carabina, acompaña a los peones a buscar al extraviado. Y, efectivamente, después de mucho buscar, encuentran colgado de un árbol el cuerpo despellejado de su compañero. Los Cunivos –hartos de abusos– le han sorprendido con una trampa de caza y se han ensañado en su cadáver. La reacción del patrón es inmediata:

– Ustedes no le protegieron. ¡No quiero maricones entre mis hombres!

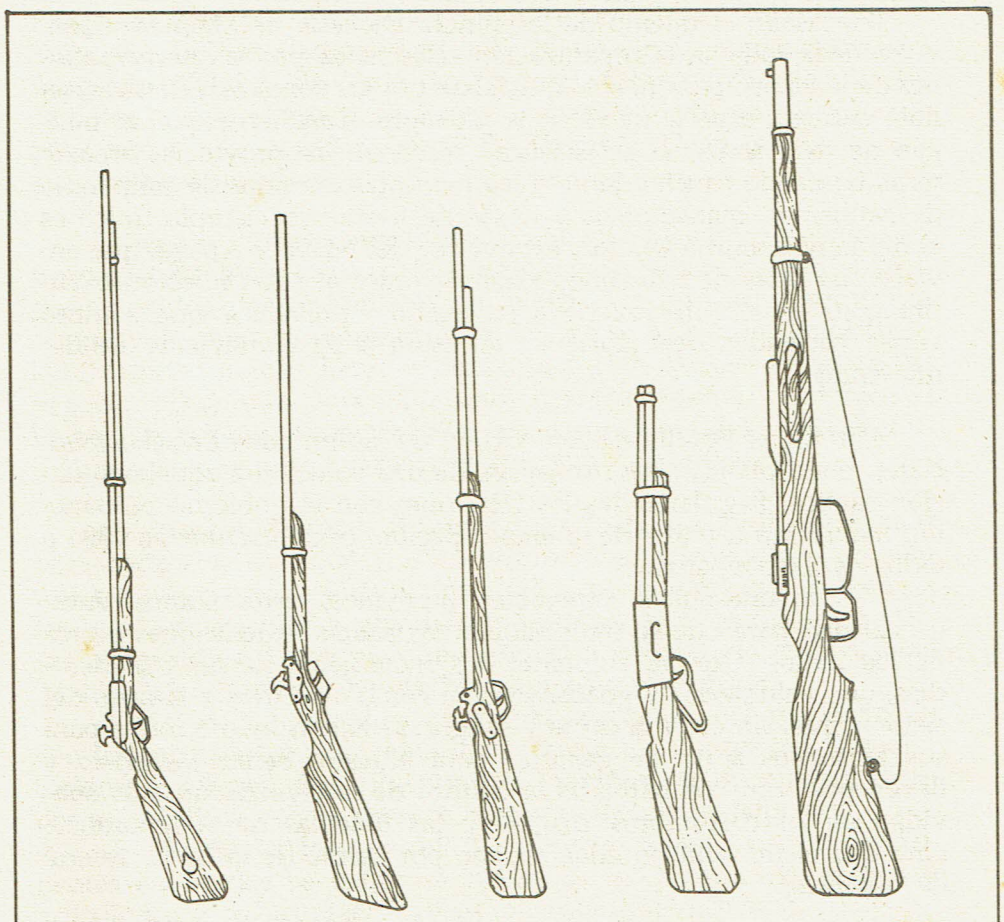
Y los cuatro supervivientes que habían escapado a los cunivos no pudieron hacerlo de las balas de la carabina del patrón. Y es que la "Vaca-marta" –la libra de oro peruana– era el objetivo que justificaba todo y el Winchester, el ejecutor inexorable de aquella ley.

Los capitalistas locales, superpuestos a los habilitadores de los caucheros, prevaliéndose de su potencia económica, tenían en sus casas cepos, látigos e instrumentos de tortura, como aquel Morey de Yurimaguas del que nos habla una denuncia hecha contra él en la Prefectura de Iquitos. Allí mismo se nos cuenta el martirio de la muchachita nativa a la que aquél intentaba casar a la fuerza.

Presencia de la Iglesia en la Amazonía del caucho

Cuando hablamos de Iglesia, hablamos naturalmente de la Iglesia Católica ya que, por entonces, la presencia de otras confesiones

Armas de fuego. El pago del caucho



Morín | Manchuncero | Serenseque | Winchester 44 | Manlincher 1890



La Libra de Oro Peruana 1898-1915
La Vaca-Marta de los Caucheros.



La Libra Esterlina de Oro, moneda corriente en la Amazonia en tiempo del caucho.

americanas apenas se comenzaba a sentir.

Fracasado el intento de la efímera Diócesis de Maynas y convulsionada todavía la organización eclesiástica por las perturbaciones de la emancipación, sólo quedaban por las zonas selváticas aquellos "curitas", especie de clérigos jiróvagos –caucheros que, al margen de toda jerarquía eclesiástica– recorrían las provincias amazónicas buscando caucho, junto a las modestas entradas de estipendio de bautismos, matrimonios y misas de fiesta. Un ejemplo típico es el del famoso curita Muñoz, explorador del Nieva y Apaga, que enviaba sus listas de bautismos y matrimonios al sub-Prefecto de Yurimaguas en vez de hacerlo a su legítimo prelado y que compró varias haciendas dejándolas en sucesión a su conviviente Daidemia Araujo.

Por fin, el Pontífice León XIII, el de las grandes Encíclicas Sociales, pudo plantear los comienzos de una solución a aquella situación caótica. Regularizadas las relaciones con el gobierno peruano, tan maltrechas a partir de la emancipación, pudo escribir en 1894 a todos los obispos peruanos:

"Os amonestamos venerables hermanos, estimulamos vuestra caridad para que se multipliquen las santas expediciones acerca de los indios. Que se aumenten los mensajeros de las misericordias, que voluntarios y gozosos vayan como operarios a la mies del señor y que, sin oir a la carne y sangre, se hagan todo a todos para sus hermanos a fin de ganarles para Nuestro Señor Jesucristo y lleven por entre los bárbaros la cultura de la civilización y la suavidad de las costumbres, disipando las tinieblas de la ignorancia para que al fin también ellos reciban por medio de la fe, la muerte de los santos".

A pesar del malestar que nos producen hoy expresiones como "bárbaros", "civilización", "suavidad de costumbres" (¡y estábamos en el tiempo de los caucheros!) que era lenguaje "estándar" de la época, nos parece percibir en las palabras del Pontífice de la Rerum Novarum una nota de sutil humor negro y de doliente ironía en aquella frase de "la muerte de los santos"... Era lo único que podía hacer la Iglesia en aquellas circunstancias.

Las autoridades civiles, lo vamos a ver pronto, tenían prácticamente aherrojada a la iglesia, la protección de los indios –que había ejercitado a todo lo largo de la historia– había llegado a ser con aquellos gobiernos una verdadera misión imposible.

El 3 de mayo de 1899, se funda la Prefectura Apostólica de San León de Amazonas con sede en Iquitos. Se extiende desde la

frontera del Ecuador hasta el Yavarí y desde el Putumayo hasta el Pongo de Rentema. Para esta inmensa extensión, el Prefecto Apostólico de Iquitos, Paulino Díaz, de la Provincia Agustiniana del Santísimo Nombre de Jesús de Filipinas, sólo cuenta con tres sacerdotes al que se unirá en Pebas el hermano Miguel de Villajolí, protomártir más tarde junto al P. Bernardo Calle, de la misión entre los aguarunas.

El nuevo Prefecto Apostólico tiene que luchar contra gobiernos anticlericales y hostiles, la malquerencia de los "curitas" jiróvagos apoyados por el Ministro de Justicia y Culto, la desesperada carencia de medios económicos y de movilidad y la despiadada inhumanidad de caucheros y capitalistas a los que sólo importa su negocio. ¿Qué eran para ellos unos curas y, además, extranjeros? Hubo excepciones. Tenemos la figura magnánime del Coronel Portillo, pero ante la magnitud del problema esto era insuficiente.

Lo primero que hizo el ministro de Justicia y Culto sin contar para nada con Roma ni con las autoridades eclesiásticas fue delimitar a su arbitrio la jurisdicción de los misioneros, favoreciendo a los "curitas" rebeldes y privando a aquellos de todo tipo de recursos, estipendios o limosnas que pudieran obtener de la población "civilizada". Su territorio habría de comprender solamente:

"Todo lo comprendido en ambas márgenes del río Marañón con todos sus afluentes... igualmente hasta los límites del Ecuador, Colombia y Brasil. Los afluentes del Marañón, en su margen derecha y aún toda la margen derecha, corresponden a Chachapoyas.

Que ambas márgenes del Marañón y demás en que residen gentes civilizadas se hallan excluidas de su jurisdicción y que la jurisdicción se reduce al terreno que éstos (los infieles) pisan".

Según el convenio de erección, la ayuda proporcionada por el Estado se reducía a un viático de 16 soles mensuales. El pasaje de los misioneros en las motonaves del Estado era gratuito, pero la ración diaria que habían de pagar en ellas era de 2 soles diarios. De las narraciones de mesones Muro y Brünning, se deduce cómo tenían que andar los misioneros mendigando su pasaje en las canoas de quienes las tenían. En alguna biografía de Mesones Muro, se nos presenta a Bernardo Calle –"el cura Calle", como despectivamente le llama Brünning en otro lugar– en mangas de camisa, acudiendo como un peón más a sacar la canoa de un atolladero.

En la frontera oriental, los misioneros se ven prácticamente excluidos del trabajo con los nativos por obra de los caucheros. Esta

situación de espectadores pasivos, literalmente anulados y basureados, se refleja claramente en el informe enviado por Monseñor Paulino Díaz al Ministro de Justicia, Washburn. La fecha es del 8 de setiembre de 1907, tres años después de la muerte de los dos primeros misioneros, muertos por los nativos:

"**Río Putumayo.** En este río no es posible establecer misión alguna debido al abuso de los caucheros para con los infieles a los que maltratan y asesinan por motivos frívolos, apoderándose de sus mujeres e hijos.

Creo de suma necesidad que el Supremo Gobierno dicte las órdenes más severas a fin de evitar que los caucheros practiquen correrías de la caza de infieles, tratando bien a los salvajes a fin de que estos vayan deponiendo su actitud hostil para con los blancos".

De hecho, muy poco tiempo después, los misioneros agustinos son sacados por el gobierno de esta parte de su Prefectura Apostólica para ser substituidos por Capuchinos ingleses, más afectos –se suponía– a los caucheros por pertenecer a la misma nación que los verdaderos dueños del caucho amazónico. Pero también los Capuchinos ingleses hubieron de abandonar enseguida la zona. Por influencia de la casa Arana y con el pretexto de evitar conflictos fronterizos, las guarniciones militares tanto peruanas como colombianas fueron evacuadas, dejando así el campo libre al negocio del caucho.

En realidad, el maltrato a los nativos era un problema transnacional. Por eso, no es extraño que los misioneros de Iquitos se vieran ayudados por sus hermanos los misioneros del Ecuador (35).

El P. Gaspar Tovía, de la misión jesuita del Napo en aquel país, pasó repetidamente la frontera para ayudar a los nativos ecuatorianos arrastrados al Perú. Así escribe al cónsul de aquella nación en Iquitos:

"He tenido ocasión de conocer las tropelías que se han cometido con estos infelices indios. Se les ha perseguido, se les ha asesinado sin más delito que vivir tranquilos en esta región que han poseído pacíficamente desde tiempos inmemoriales... Sus chacras han sido robadas, sus mujeres e hijas tomadas violentamente y conducidas para ser vendidas. Podía usted creer tal vez que semejantes actos han sido llevados a cabo por alguna raza de salvajes, desconocidos hasta ahora, que han invadido los bosques del oriente. Pero no es así. Estas hazañas han sido ejecutadas por gentes que se dicen peruanas. Y, lo que más admiro, por personas que se llaman

católicas y civilizadas, en nombre del comercio. Es indudable que los salvajes infieles maldecirán una y mil veces una religión y una civilización que, para implantarse en un país, van precedidos por una vanguardia de robo, saqueo, asesinato, incendio y de la esclavitud".

"En casa de Andrade, en Mazán, bauticé a no pocos infieles, la mayor parte eran ecuatorianos que habían sido cazados por los caucheros y llevados después a vender por 40 o más soles. El día 5 de enero de 1892, bauticé a una india de 30 años que había sido traída del Curaray y vendida por 40 soles. La infeliz había, sin duda, recibido muchos golpes y estaba completamente estropeada, tanto que a la mañana siguiente, murió".

En Wirima, el mismo misionero pudo sacar otros cuatro cautivos de manos de Abraham Pérez, natural de Moyobamba de quien el mismo P. Tovía escribe:

"...anda por el Napo y sus afluentes cometiendo toda clase de fechorías contando con la impunidad de que gozan todos los criminales: robaba, cautivaba, vendía. En fin, era el terror de los pobres indios".

En Puca-Barranca, pudo también librar a dos hijos y otra niña de una pobre madre cuyos otros hijos habían caído en manos de cierto portugués.

Por otra parte, se deduce de sus testimonios que en el Ecuador no andaban las cosas mucho mejor.

Los caucheros se apoderan de grado o por fuerza de los indígenas y los conducen para ser vendidos. Peón cauchero ha habido que ha pagado toda su deuda con niño cazados en la selva. Las escenas de violencia y crímenes consiguientes a esta infame piratería, son sólo comparables a las que tenían lugar en Africa con la trata de negros.

Los infelices indios son perseguidos, muertos unos, cautivos otros. Acabo de llegar de una expedición y he tenido ocasión de ver y bautizar a algunos de estos desgraciados esclavos debiendo contentarse únicamente, aunque sin fruto ninguno, con protestar contra la injusticia que se comete contra estos indígenas.

La situación de éstos es hoy en extremo desesperada pues cualquiera que sea su condición y, sean belicosos o pacíficos, siempre tienen que ser muertos o esclavos. Si son belicosos y tratan de defender su territorio contra los caucheros, son sacrificados sin piedad porque ¿qué resistencia pueden ofrecer con sus lanzas de chonta a los caucheros con sus Winchester?

Si son mansos y no oponen resistencia alguna, son cogidos y metidos en las canoas para ser vendidos. Con tan bárbaro procedimiento, es evidente que la raza indígena de nuestros bosques orientales está llamada a desaparecer en plazo muy corto como ha sucedido ya con las tribus de Cotos y Tamboriyacus, quedando estas comarcas desiertas. El Sr. Romagnoli, en compañía de sus peones, quemó once casas de záparos, mató a varios y cautivó a algunos.

Soy padre y Procurador nato de los infelices indígenas y ellos no tienen otro medio más que el P. Misionero para hacer llegar su voz a la representación nacional en demanda de auxilio".

Aunque sin favorecer para nada a los nativos, hubo también un elemento positivo en lo que nos dejó la época del caucho.

Al Coronel Portillo debemos la meritoria labor cartográfica recogida en el precioso **Atlas Geográfico de la Amazonía,** que condensa toda la información disponible en su tiempo sobre la misma. El río Cenepa aparece en él, bien marcado entre el Zamora y Santiago y dentro de la zona peruana. Sus detalles de ríos, trochas y toponimias nos permiten ahora localizar muchas de las vicisitudes de la época.

Otro fruto de la época del caucho fue la copiosa información recogida en las publicaciones de la "Junta de Vías Fluviales". Informes de Von Hassel, Mesones Muro, Brünning y las exploraciones de la vía Olmos y Marañón y del proyectado ferrocarril a Paita. Esta última no llegó a cuajar y la otra tardó muchos años en realizarse, pero allí quedó la información disponible para aprovecharla a su tiempo.

De esta época es también la primera legislación coordinada sobre "Tierras de Montaña": la ley del 21 de diciembre de 1898 y la famosa 1220 que, increíblemente, ha sido la que ha regido los destinos de las tierras selváticas hasta que la anuló la primera Reforma Agraria de Belaunde. La ley 1220, aunque con el imperdonable pecado jurídico de afirmar que todas las tierras de Montaña son propiedad del Estado, haciendo caso omiso de los derechos de posesión inmemorial, y aunque quedó sin cumplir en muchas de sus disposiciones más humanas, fue al menos un intento de poner orden en el caos. Y comenzó a manifestar un interés, siquiera fuera teórico, en desarrolar verdaderamente la selva y no dejarla únicamente como campo libre a depredadores humanos.

El final de la época del caucho

La muerte del caucho, como era de esperar, no la causaron las denuncias de la Iglesia, ni la vergüenza pública con la publicación del "Libro Azul" sobre el Putumayo de Roger Cassement, que sacó a relucir las historias escalofriantes de los famosos capataces empleados por la casa Arana para "controlar" a los pobres nativos que, en número de treinta mil, llegaron a trabajar para ella. Todo esto no fue suficiente para terminar el fabuloso negocio que enriqueció a unos pocos y no precisamente al Perú.

Roger Cassement murió en la horca, manchado su nombre por una acusación de incesto, pero en realidad por sus simpatías por una Irlanda libre.

Julio Arana muere en Lima pacíficamente. Al recibir tierra, sus restos fueron llevados en el féretro a hombros de personajes tan fuera de sospecha como Víctor Andrés Belaunde y Riva-Agüero. ¡Tanto poder tiene la propaganda interesada como para confundir los juicios históricos porque, además, en la vida humana, los elementos positivos y negativos se mezclan y entremezclan y resulta a veces imposible ponderar el valor de unos y otros: los abusos descomunales y a consecuencia de la afirmación de una frontera que era ya jurídicamente justa!

El fin del caucho fue digno de su vida. Lo acabaron una visión despiadadamente comercial, un tanto técnica-científica, pero sobre todo el soborno, el contrabando y el robo.

Burlando las leyes brasileñas y corrompiendo a los aduaneros del Perú, Henry Wikman sacó a escondidas 70.000 plantas de caucho amazónico. Llevadas primero a Inglaterra, a un jardín botánico para su aclimatación en Kent. Después, a la India, después a Java, Pennang y Malaya. De ellas, sobrevivieron las 2.700 plántulas que iban a arruinar el caucho amazónico. En 1905, llega a Europa el primer cargamento de jebe malayo. En 1915, se derrumban en Iquitos los precios del Jebe.

Henry Wikman, autor de la hazaña contrabandística, recibió en premio el título de Caballero del Imperio Británico. Manaus e Iquitos quedaron largo tiempo como ciudades muertas, vacío el esplendor de sus edificios y su comercio. Y cuentan todavía los supersticiosos loretanos que en las proximidades de la Chorrera

pueden escucharse por la noche los lamentos de los 40.000 witotos exterminados por los caucheros.

Aunque todos estos sucesos ocurrieron lejos de nuestro Marañón, su conocimiento podrá hacernos comprender muchos de los ocurridos en la zona nuestra y cómo nuestros viejos, con su visión y su espíritu indomable, pudieron librarse de una suerte parecida.

22. Los caucheros llegan al Marañón

Burga y Yajamanco

El último decenio del siglo XIX atrae a las antes solitarias y casi desconocidas playas del alto Marañón, un inusitado flujo de visitantes.

"Amadeo Burga, natural de Chachapoyas, explorador y conquistador de jíbaros de las montañas del noroeste del Marañón y propietario de la hacienda de Nazareth y de los puestos de la Merced, Perpetuo Socorro, Lourdes, Imacita y San Rafael, en cuanto haya lugar certifica... " (36)

Así se presentaba a sí mismo el primer cauchero que comenzó a trabajar en el alto Marañón y el que introdujo también, en los mapas de la zona, nombres no aguarunas que hoy perduran.

En 1894, el famoso Up de Graff se había adentrado por el Santiago y un poco por el Marañón buscando emociones y posibilidades de explotación de oro y jebe. En 1894, Ricardo Polís, que luego será Comisario del Rio Marañón (aguas del Pongo de Manseriche) ha llegado a Yusabarranca surcando desde Iquitos. Un tal ingeniero San Román toma muestras de oro en Patoachana hasta que el muestreo termina trágicamente al ahogarse él en el pongo en un viaje a Iquitos. En realidad, las últimas expediciones emprendidas desde Chachapoyas se han transformado de exploración vial en preparativos para la explotación del jebe. En ellas, suenan los nombres de Izquierdo, Hurtado, el curita Muñoz y el mismo Burga.

Encontramos a Burga instalado en Nazareth de manera estable a partir de 1897. Aguarunas como el viejo Ambúsh lo han recibido con una doble condición: "que no les traigan epidemias y que les proporcionen armas y pólvora para defenderse de los huambisas con quienes sueñan". Así nos dirá en una relación el cura Risco. Entre aguarunas y **apach**, la lengua franca para entenderse es el quechua, hablado por Burga y sus peones de Chachapoyas y por los balseros de Bellavista que, por estos años, bajan su ganado por el Marañón llevando ganado vacuno a Iquitos.

Burga controla celosamente sus puestos caucheros que se extienden hasta el Imaza. Más allá de Burga, en Numpatkaim, está instalado Miguel Hurtado. Artemio Izquierdo trabaja por la parte de Nieva. Otro personaje interesante cuyo nombre aparece también por Jaén es Antonio Marulanda, un aventurero colombiano que busca prosperar buscando minas de metales preciosos y construyendo caminos a contrata. Manuel Díaz está en Chipe; Valentín Arellano tiene su casa en la boca de Sinipa o Cenepa (el antiguo Paracasa) rebautizado ahora por los caucheros. Todos estos son los que trabajan sobre el campo. Pero más allá, en Jaén y Bellavista, como en Chachapoyas, viven los accionistas. Ejemplo: Germán Lizarzaburu y Adolfo Gandolfo, el propio Sub-Prefecto de Jaén. La explotación no se hace aquí con peonaje nativo como en el Putumayo. Burga ha traído sus peones propios y los aguarunas son sólo trocheros, mitayeros, guías y vigilantes porque Burga es muy celoso de su coto de explotación. Una interesante relación del curita Risco que se aventuró por estas partes, nos cuenta:

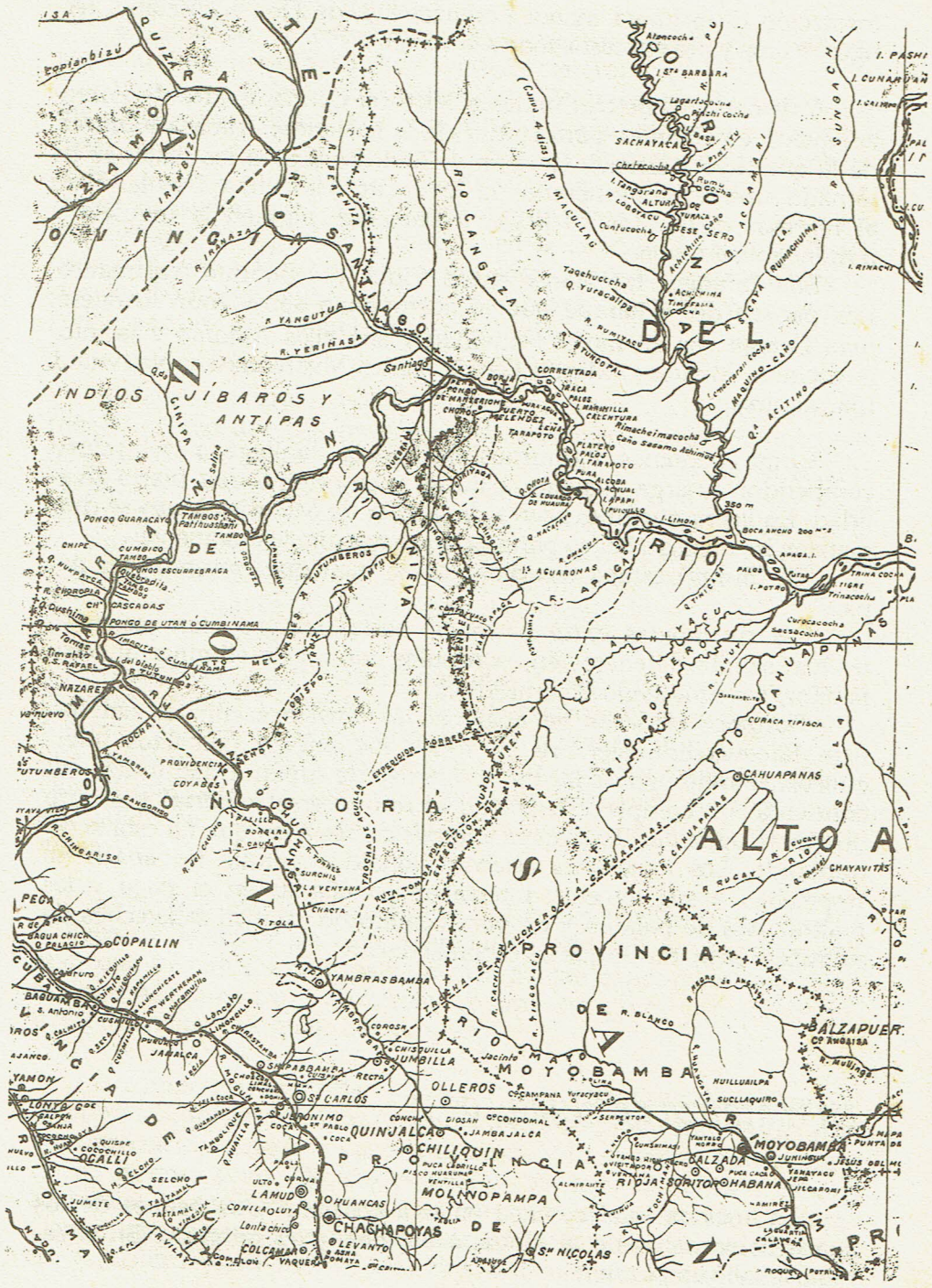
"Antes de nuestro desembarco oímos un tiro de carabina... y aparecen dos hombres armados en el puerto. Cuando llegó Amadeo Burga, nos dijo que si éramos exploradores, que siguieramos abajo del Marañón..."

Burga y sus peones eran grandes consumidores de cachaza o cañazo. En su antiguo puesto de Nazareth se podían ver, hasta hace poco, montones de vidrios rotos, restos de las garrafas o damajuanas que lo contuvieron. Burga fue quien introdujo el intercambio de bolas de jebe por alcohol de caña.

Poco tiempo después, le sale a Burga un competidor: Fabriciano Yajamanco. Es de Jaén, de la hacienda Charape en el río Tamborapa. La peonada del recién venido es inferior en calidad a la de Burga. Más que caucheros, son gente campesina de Charape. Con ellos, levanta una casa en Huambico y otra frente a la desembocadura del Cenepa. Para los sucesos que van a seguir tenemos una fuente de in-

Trochas de caucheros

Mapa tomado del Atlas del Coronel Pedro del Portillo, prefecto de Loreto



formación de primera mano: Lorenza, hija de Don Fabriciano, testigo, víctima y protagonista, todo a la vez (37).

Yajamanco tiene tres mujeres: Victoria Ocaña, madre de Lorenza, quedó en Charape para cuidar de la hacienda; Tomasa Ramírez, de la que tuvo a Ismael, Germán y Gerarda; y para los viajes se ha tomado una supernumeraria, la jovencita Marcelina Dávila. Pero al regresar de Iquitos, al llegar a Barranca, alguien la inquieta y terminó robándosela.

Son también familiares suyos Fidel y Honorato Yajamanco. Los peones de Charape que le acompañan son Zenón Travieso, Juan Orrego con su mujer Natividad y sus hijos Antonio y Jacinto, la cocinera Melitona, Martín García, Isidro Mijahuanca y Natividad Iparraguirre.

Como podemos figurarnos fácilmente, la llegada del nuevo competidor amarga bastante a Burga y se origina una fuerte rivalidad. En las narraciones acerca de la vida de Mesones Muro se dramatizan las mismas. Por su parte, Lorenza nos dirá textualmente:

"El (Burga) estaba envidioso de lo bien que trabajaba mi papá..."

Las rivalidades entre patronos, hasta tiempos bien recientes, no han sabido detenerse en escrúpulos con tal de eliminar al competidor, aun acudiendo al homicidio...

Tampoco tardaron en aparecer las tensiones con los nativos. Esto ha sucedido siempre en todos los nuevos contactos interétnicos, cuando una de las partes alardea de superioridad (quizá encubriendo un complejo de miedo al reconocerse minoría) y el otro no quiere aguantar desplantes e imposiciones a las que no está acostumbrado. Los aguarunas estaban ofendidos porque los **apach** no respetaban a sus mujeres, intentaban engañarlas en el pago y los maltrataban de palabra y de obra cuando no estaban satisfechos de su trabajo en las tareas que les encomendaban.

La matanza de Huabico

La anciana Intai contaba en una ocasión: "Dos peones de los **apach** habían enviado al monte a un viejo para mitayar. En el camino le salió un picaflor:

– Es malo, ¡hay que regresar!

Regresando, al entrar en la casa de los **apach**, ellos estaban jugando con la mujer del viejo. Al verle, le mataron".

Cosas como éstas, iban calentando los ánimos y la crisis no podía menos que estallar. Por otra parte, los aguarunas comenzaban a tener miedo, el miedo verdadero. No el que surge de peligros conocidos, pues éstos habían sabido siempre enfrentarlos, sino los males invisibles, las epidemias misteriosas que el **apach** trae siempre consigo. El Ingeniero Brünning, en la relación de su expedición acompañando a Mesones Muro, nos cuenta que, al llegar a Chipe todos los hombres habían acudido a la playa con sus lanzas porque corría la voz de que traían la gripe.

Además, los **muntas** estaban descontentos con la introducción del cañazo. ¿Hubo, además, otros motivos subterráneos que excitaron a la rebelión de los aguarunas? Diversas fuentes, entre ellas, el mismo Prefecto Apostólico de Iquitos, que vino a investigar la muerte de dos de sus misioneros, ecogen aunque con cautela, la hipótesis de que la matanza fue instigada ocultamente por caucheros rivales... Pero, como sucede con frecuencia, a los mismos instigadores, si es que los hubo, la crisis una vez estallada se les escapó de control.

"Recuerdo que fue en el mes de noviembre —nos dice en su relación Lorenza Yajamanco—. Don Fabriciano había bajado a Iquitos para vender su jebe y comprar su mercadería". Su hijita, a la que había traído desde Charape, había insistido en conocer aquella ciudad que para una niña de doce años, encerrada siempre en las soledades de Charape, se aparecía como un espejismo de maravillas.

El viaje había comenzado mal. Al pasar por Barranca, ocurrió el robo de la mujer de Don Fabriciano. Allí mismo unos "cristianos" que venían de Numpatkaim, les habían aconsejado que salieran por Moyobamba. Yajamanco, amargo sin duda, por su contratiempo conyugal, no quiso hacerles caso.

Surcando el Pongo de Huaracayo a la andadura de las canoas impulsadas por las rítmicas y lentas tanganas, los rumores de guerra parecen condensarse como una nube de tormenta. Van surcando en la gran canoa de Yajamanco, él, su hija, su sobrino Ismael, Melitona, la cocinera y Honorato, un pariente pobre de Charape. Como tanganeros, vienen impulsando la canoa Vicente Ramírez, un tal Isidro y un nativo, Daichap, a quien acompaña su esposa

Ukujminch. Esta, de poca más edad que la propia Lorenza, se hace enseguida muy amiga de ella. Una de estas amistades de adolescentes en las que se cambian confidencias, se cuentan cosas que hacen reír y se comparte todo. Esta amistad con Ukujminch —no lo sospecha todavía Lorenza— será el único apoyo con que podrá contar en las terribles horas y días que se avecinan.

Pasan por Huabico en donde Yajamanco no quiere detenerse. Sigue a Chipe. Al llegar a Numpatkaim donde piensan pasar la noche, se enteran de que los dueños de la casa, chachapoyanos de los de Burga, han huído al rumor de que se avecina una matanza. Varios aguarunas de allí mismo avisan a Yajamanco de que quieren matarlo. Don Fabriciano tampoco hace caso o parece no hacerlo para no alarmar a su hijita. Pero esta vez, los rumores del "chichame" no son una invención.

La muerte de Don Fabriciano

Gente del Marañón: Urakusa, Nazareth, Chipe, Wabik, Jankichak..., sentados en un gran círculo en el interior de una casa ovalada, están reunidos para discutir. Luego, salen al exterior. Allí, en dos largas filas paralelas, enfrentados unos con otros, se miran. Todos llevan sus coronas adornadas con plumas de Pínchui o los orgullosos **atsejút**, hechos con la piel del mono negro y de coto. Pintados cara y torso con la **sua** negro-azulada, empuñan escopetas o los temibles **sayo.**

Allí, están todos los del clan de Kuji, el viejo Suvikai, los Patuk y su gente, Chimpa, el joven y arrogante Shajup. Allí también varios han trabajado con Burga, entre ellos Ushpa, bautizado apenas hace cuatro años por el cura Risco. Aunque todos se conocen, Wansanchi, el **kakajam**, los va presentando uno a uno enumerando sus hazañas y las de sus familias. Después, avanzando y retrocediendo en dos líneas que parecen ondular, agitan las armas sobre los hombros y golpean el duro suelo con sus pies desnudos.

¡Fru, chai.. muchachos a pelear, salgamos al camino!

No sabemos dónde se realizó el **ipa amamu** ni quien lo convocó. Probablemente, Wansanchi. En la acción, quien se revelará más decidido sera Shajup.

Tres días después, en una operación perfectamente sincronizada, los aguarunas caen a la vez sobre todos los puestos caucheros. En Nazareth, arden las casas y los almacenes de Burga (éste se hallaba ausente, en Iquitos). Matan a su segundo y a varios peones. A otros los dejan escapar. Lo mismo sucede en Temashnum, Pati, Sácham-entsa. Una versión estilizada, y ligeramente desfigurada al estilo de las narraciones aguarunas, nos la contó un viejo Chiriaco:

"Los viejos del Chiriaco, al reunirse para trabajar, bebían masato. Cuentan que había un **apach** por nombre 'el Amarillo' que era muy platudo. El Amarillo les vendía cachaza en abundancia. Este Amarillo tenía la apariencia de un gringo y vivía con su gente en la desembocadura del Chiriaco (Nazareth).

En cierta ocasión, se regresó a Jaén con su gente para traer cañazo. Al hacerlo, dejó su casa desocupada.

Los viejos del Chiriaco que se habían reunido, andaban diciendo:

– Hay bastante cañazo, traigamos de eso y bebamos.

Yendo, apoderándose del cañazo, bebiendo mucho, voltearon la canoa en que regresaban. Sin llegar a la casa, murieron.

- ¿Quién es el que los ha traído para que nuestros muchachos, por querer tomar, estén muriendo?, decían los otros viejos.

El Amarillo, quedando en Jaén, envió por delante a su gente. Los viejos, como habían estado reunidos pensando mucho, estaban bien amargos con los **apach**. Y así, los **apach** al llegar vieron quemada la casa del Amarillo.

_ ¿Quién ha venido a ver la casa quemada del guacamayo?, ¿Quién ha venido a ver la casa quemada del guacamayo?, decían los viejos que estaban escondidos. Saliendo mataron a los **apach**.

Habiendo matado al platudo (sic), un **apach** les dijo:

- ¿Por qué mataron al Apo? Desde ahora, todo va a ser más caro si comienzan a matar a los que venden.

Decía un viejo:

– Por favor, no les maten, Si los **apach** se amargan, no nos volverán a dar carabinas.

– Está bien- dijeron. Perdonaron a los **apach** que quedaron vivos. Esto ocurrió así. Chávez volvió su tierra. Los que le salvaron fueron Taki, Akintui, Chimpa".

Pero volvamos a Yajamanco.

Los viajeros de Iquitos habían pasado todo un día descansando en Numpatkaim. Al amanecer del siguiente, tienen el desayuno preparado para, a continuación, reemprender la marcha. Envueltas en anchas hojas verdes de bijao, humean todavía la gallina y las yucas. Al terminar de alistar la carga, Yajamanco echa de menos la munición de su carabina.

– ¿Qué hicieron de mi munición?

Los peones aguarunas, con rostro impasible, van respondiendo:

– Yo no sé... yo no sé... yo no sé...

Fabriciano, impaciente, da orden de embarcar en la canoa. Escuchemos a Lorenza, su hijita:

"En la mañanita, como a las ocho, nos atacaron los aguarunas cuando íbamos a embarcar nuevamente. Entonces llegaron dos peones de Amadeo Burga. Venían armados. A uno de los peones le dijeron que estaban probando pólvora para matar pavas".

Lorenza estaba sentada esperando en una esquina de la casa. De repente, entran los aguarunas y arrojan una lanza contra Don Fabriciano que muere sin decir palabra. Quieren matar también a la jovencita , pero Ukujminch, la mujer de Daichap, se interpone y después la esconde en la quincha de una casa.

Mataron a los peones **apach,** hombres y mujeres que habían venido con la expedición. Sólo escapa la cocinera Melitona, que es entregada a un jíbaro viejo. También escapa Ismael, que estaba jugando en el río y se esconde al escuchar el tumulto. Pocos días después, moriría también Melitona. La mujer del jíbaro viejo llamada Sujuk, por celos, soborna a otros aguarunas para que la maten. Se la llevan con engaño a la orilla del río y allí la abalean.

"Este mismo día me llevaron a sus casas, enfrente de la casa de mi papá en Huabico.Antes habían matado a todos los que estaban allí".

En concreto, ¿por qué mataron a Yajamanco? Lorenza, sin dudar, carga la culpa a Burga: "Estaba envidioso por lo bien que trabajaba mi papá". Pero hubo, sin duda, causas más inmediatas.

"Mi papá también, en aquellos días, castigó a un jíbaro y lo tuvo amarrado un día sin pegarle porque le había robado en la chacra".

Sospecho que el amarrarle fue en el cepo según la costumbre de los hacendados. En la hacienda de Tamborapa, también lo había

hasta hace muy pocos años. Dicha hacienda perteneció también a Yajamanco. Un curioso testimonio de la nieta de quien compró esta hacienda a don Fabriciano, nos explicará muy bien lo que suponía el castigo del cepo.

"Dice mi abuelito que una vez un serrano había castigado malamente a su esposa escapándola de matar. Entonces las autoridades ordenaron que le cogieran para castigarle y, cuando le llevaban al cepo, les clamaba que no le hicieran nada porque era un dolor que le obligaba ha hacerse todo". Ciertamente el dolor y la humillación del cepo constituían, para cualquier viejo, motivo suficiente para vengarse matando al ofensor.

Lo que había sucedido antes, en la casa que Yajamanco tenía en Huabico a donde llevaron a Lorenza, lo conocemos por otro superviviente, el anciano Antonio Orrego que, al tiempo de la matanza, tenía unos seis años.

"Cuando en Huabico estaban comiendo los cristianos, entraron aguarunas y comenzaron a matar". Allí, murieron Juan Orrego y Natividad Peña, los padres de Antonio. A éste y a su hermano Jacinto les salvó Chujái. Mataron, entre otros, allí mismo, a un primo y dos hermanos de Lorenza y, por lo menos, a otros tres **apach**. A los niños pequeños los ahorcaron y arrojaron sus cadáveres al río.

En Huabico, cayeron también otras dos víctimas que merecen una mención especial. Gorreando movilidad, por no tenerla propia, habían arribado allá dos de los misioneros de la nueva Prefectura Apostólica de Iquitos. ¡Tan pobres eran! Estaban en una canoa junto al río comiendo el desabrido inguiri que les habían regalado. Los aguarunas, al tropezar con ellos, en el tumulto, no aciertan a distinguirles de los caucheros. Les atraviesan con las lanzas. Después, el **kakajam** Tsajup, para que no sufran, pues sus heridas no tienen remedio, los mata con su lanza y hace arrojar sus cuerpos al río.

"Estos Padres habían llegado recién", nos cuenta también Lorenza. "Habían ido a esperar a mi papá para embarcar con nosotros. Mi papá me iba a dejar en Pomará para que yo siguiera después el viaje a Charape".

Así, murieron gloriosamente como misioneros el P. Bernardo Calle y su fiel compañero el hermano Miguel Villajolí. Así, coronaron con su muerte tantos trabajos e incomprensiones no sólo por parte de los aguarunas, y los sufrimientos de las trochas y navegaciones del Marañón.

La tarde de este día de la matanza, mientras los cadáveres de los **apach** bajaban como bultos informes derivando sobre las aguas del Marañón enrojecidas por el crepúsculo, Lorenza y los hijos pequeños supervivientes de las víctimas todavía aturdidos por la repentina catástrofe. Al día siguiente, habrían de emprender sus triste caminar por las trochas que habrian de conducirlos a los "centros" a donde se retiraron enseguida sus captores.

23. *Intermedio*

En el Marañón

Tras la matanza, una cortina de silencio y miedo parece haber descendido sobre el Marañón. El P. Paulino Díaz, Prefecto Apostólico de Iquitos, recorre todo el río en 1904 buscando información de lo ocurrido a sus misioneros. No logra sino confirmar el hecho de su muerte, pues los aguarunas se han retirado todos a sus inaccesibles "centros". Sólo queda población cristiana en Pomará, Sushunga y Tutumberos, al abrigo de la protección que les proporcionaron los cercanos pueblos de los **apach**.

Shajup se ha remontado a Achuím llevándose consigo a Lorenza Yajamanco y los dos huérfanos Orrego: Jacinto y Antonio. Un año después, Shajup vuelve al Marañón para "arreglar" por la muerte de un cuñado suyo.

Entre dos aguarunas vencedores han comenzado a estallar disputas. Atuyap y Kunchikui defienden ahora a los **apach** derrotados —"ellos nos traían muchas cosas que ahora necesitamos". Es el señuelo de machetes, telas, hachas y sobre todo las escopetas, pólvora y munición tan necesarias para la caza y para la guerra entre clanes y contra los huambisas. Aunque no se ha logrado establecer fechas exactas, parece que es en este momento en que hay que colocar un recrudecimiento de las luchas internas; quizá entre ellas la memorable batalla de "Uiga amunigmau" que la toponimia local y la tradición ubican frente y un poco más abajo de Urakusa.

Por lo pronto, los que imponen la ley en el Marañón son los viejos. Allá en el Santiago, los huambisas organizan la expedición

que en 1907 atacará Borja. En la parte superior del Marañón, Samarén es una nueva estrella militar que va aumentando su prestigio.

Para 1910, la tenue lista de puestos caucheros a lo largo del Marañón parece que se va consolidando nuevamente. Poco antes (1906) encontramos documentos que nos confirman la existencia de la Compañía Gomera del Alto Marañón, cuyo propietario es Izquierdo. Su representante en Ambuja es un antiguo conocido de Nazareth, Dapiri, al que los viejos del Nieva han entregado a Suanía como mujer. Se ha reanudado el comercio del caucho. Ahora la extracción corre a cargo de los mismos aguarunas que cambian las "bolas" por las codiciadas armas y herramientas.

En la frontera con los **apach**, los habitantes de Santa Rosa y Puyaya, que han vuelto a repoblarse, limpian y mantienen el camino a Tutumberos por tierra. Las balsas de ganado siguen bajando desde Bellavista a Iquitos. En Sushunga, encontramos establecido a José López casado con Jacinta Lara cuya cocinera es Dorotea Vilchez. Se nombra también a un Narsés y a otro Vilchez de Jaén, sin duda de más categoría que la cocinera.

Las vicisitudes de Lorenza Yajamanco nos las cuenta ella misma. Primero, la llevan a esconder a las cabeceras de una quebrada (¿Kusú?). Despúes, a Achuím. Shajup la ha tomado como mujer: "Me hizo remedio para que le quisiera" (**mushpa**). De miedo a que me mataran, le acepté. Tuve de él un hijo al que puse por nombre Nugkuag. A mí me llamaban Mamáis —recuerda con senil coquetería a sus ochenta años— que quiere decir "mujer bonita". También me llamaban Sanchik, esto es "cristiana" y le quisieron poner por nombre Chaima, que es el de una planta muy hermosa. Shajup me hizo cortarme el pelo como las aguarunas, me hizo vestir **tarache** y me adornó de chaquiras".

"En este tiempo, me olvidé de los meses y los años y no sabía en qué fecha vivía. Ya no me acordaba de hablar castellano. Tenía que acompañar al jíbaro a todas partes. El aguaruna no bota a sus mujeres cuando toma otra. A cada mujer le hacer su chacra, pero, ella debe sembrarla todo. Todos los días, cada mujer debe hacer una sícula (¿**buits**?) de masato. Mi hijo creo que vive todavía. Me han contado que se bautizó en Bellavista y que le pusieron por nombre Aníbal Vilches. Así pasé todo el tiempo alrededor de diez años. Shajup volvió al Marañón con motivo de la muerte de un cuñado suyo. Don José López y Doña Jacinta Lara, que vivían más arriba, al enterarse de que yo estaba por allí, fueron a conocerme y antes de que llegaran me escondieron diciendo que venían a matarme. Yo

me fui llorando de pena en compañía de mi hijito que también iba llorando.

Una jíbara llamada Chigkamá me contó que don Pedro López había venido para llevarme calladito y sacarme de la jibaría. Mandó una comisión de cinco jíbaros con un curaca a quienes pagó para hablar conmigo y me dijeron que había dado una carabina para sacarme a mí".

Cuando José López vino a establecerse cerca, en Sushunga, alguien le habló de Lorenza; unos negaban, otros afirmaban. Comenzó a hacer investigaciones y entonces le escribió una carta que no llegó a recibir. Otro tanto le ocurría a Lorenza. Algunas mujeres le hablaban de la presencia de la otra banda de cristianos y otras lo negaban. Pero hubo una muchachita muy buena que la quería mucho que se llamaba Chigkamái. Esta le decía siempre la verdad, pero con condición de que no la acusara.

La otra mujer del jíbaro, conociendo los deseos de Lorenza de marcharse, instaba para que la matasen de una vez para que no denunciase a los matadores de su padre. Varias veces la castigaron con rigor. En cierta ocasión, ella escribió a José López sobre un pedazo de hoja de plátano con un palito y achote: "Quiero salir, me van a matar" y su nombre. Remitió el mensaje con un aguaruna que conocía a don José, entonces, quiso conocerla y pasaba a la banda con este fin, pero el jíbaro estaba sobre aviso y la escondía muy lejos. Entonces ella dejaba escrito su nombre en la puerta de la casa que era una tabla para que Don José se diera cuenta de que la tenía allí, pero le borraban las señales que ella escribía.

Don José decidió sacarla a como dé lugar. Tenía el gran recurso de Samarén porque había tomado a una hermana de él por mujer. Shajup y su mujer escondieron rápidamente a la muchacha que se iba llorando.

Samarén dijo que habían llegado a casa de don José unos "gringos" (sic) hermanos de la cristiana para que se la entregase,n que estaban armados de carabinas y pistolas. Presionado por las amenazas, Shajup entregó a la mujer, pero no a Anibal Vilches, su hijito. El indio la fue siguiendo llorando hasta medio camino.

Llegaron a casa de Don José en una noche de luna. El curaca disparó un tiro, que esta era la señal convenida y bajaron todos los de la casa a esperarla. Don José la tuvo seis meses acompañándole. "Al principio, no me conocía porque iba vestida de Jíbara con Chaquiras y me había olvidado el castellano. Me mandó ir a dormir aquella noche en la casa de una viuda hermana del cacique Sama-

rén, que fue el que me trajo. Al día siguiente, me miraba el pelo, los pies, la cabeza y me hizo muchas preguntas. Yo pude darme a entender un poco en castellano. Me preguntó si yo había sido la que había enviado un papelito de plátano seco donde había escrito mi nombre y que se lo había enviado por un jíbaro que estaba muy amargo porque le habían robado a su mujer. Este papelito se lo habían enviado unos días antes. Don José sacó una tirita de papel y me hizo le escribiera nuevamente el nombre y así lo hice. Así, se persuadió de que yo era cristiana. La mujer tuvo miedo de que les mataran los jíbaros y le apuró a salir a Bagua Chica. En este tiempo llegó una partida con Victoria del Valle porque habían matado al Comisario. En abril de 1913, llegamos a Bagua bordeando los pongos varias veces".

En este tiempo, han ido desfilando por la casa de Pizarro, en Lima, toda una serie de Presidentes:

Candamo (1903-1904); Pardo (1904-1908); Leguía (1908-1912); Billinghurst (1912-1914); Benavides (1915); Pardo (1915-1919). El crónico problema de la escasez de ingresos sigue agobiando a la hacienda pública todavía harto maltratada por la catástrofe del salitre, el colapso de la guerra del 80, las ruinas causadas por la ocupación chilena y el desgobierno interno. Es entonces, precisamente, cuando el caucho, con su alta cotización internacional, ayuda a encontrar soluciones. En 1912, una libra de caucho virgen se paga a cinco chelines en buen oro victoriano. El 5% de este precio es para las arcas públicas. Ante este interés, pueden olvidarse muchas cosas...

En el archivo de la Prefectura de Iquitos, se encuentran multitud de documentos que nos permiten hacer revivir la bullente dinámica de la capital "charapa" con sus componentes buenos, malos y regulares.

Se hacen proyectos de colonización para el alto Napo donde se quieren instalar 40 mil habitantes. ¡Cuántas veces se repite el espejismo de estas colonizaciones amazónicas! En ella no se admitirá sino un número muy reducido de extranjeros y esto con tal de que no sean ecuatorianos, colombianos chinos ni turcos (¿1911?).Todo quedó en el papel.

En 1911-12, un español –José Barcia– presenta otro proyecto de colonia para Puerto Meléndez que se estudia, pero del que no se vuelve a oir hablar. Todos son proyectos, pero muy pocas realidades. De la introducción intentada poco antes en Iquitos de caballos, mulos, carneros y cabras no han quedado ni rastros.

El ejército, cumpliendo con sus reglamentos, actúa ordinariamente con seriedad, pero como veremos enseguida, no faltan excepciones. Los oficiales de las guarniciones de frontera denuncian los abusos de los Comisarios de río y, en algún caso se anulan sus nombramientos gracias a su intervención:

"Guarnición del Pastaza, 7 de marzo de 1913. A este puesto concurren muchos salvajes teniendo escopetas y la mitad de ellos, carabinas, lo cual constituye un peligro. El Comisario vive con ellos en explotación del jebe".

En otra ocasión, vemos la negativa a suministrar un arma de reglamento que ha solicitado un comisario para su defensa personal:

"Las armas del Ejército Peruano no son para eso...". Se le entregan en cambio dos carabinas Winchester 44 (números 662 y 716) que se habían requisado a un ecuatoriano. Esto fue en Pantoja, 28 de octubre de 1914.

Bien pudo pasarse sin esta entrega el Señor Comisario. Las armas de fuego corren como agua entre los nativos a pesar de que se intenta ajercer algún control. Las carabinas están teóricamente prohibidas para ellos. Lo que circula en cantidad son las escopetas de avancarga "comerciales" de las que nos habla Up de Graff, que reventaban a los cuarenta disparos. Hay otras de mejor calidad que son las que estaban todavía en uso hasta los años 60 en que fueron substituidas, poco a poco, por las escopetas americanas tipo "Stevens".

Un suceso ocurrido por estos años merece la pena de que nos ocupemos de él. No ocurrió en nuestra zona, pero parte de sus protagonistas fueron los huambisas del Kanús, parientes de los del Morona y que están en continua comunicación con ellos a través de los pasos de la cordillera de Canpanquíz.

La matanza del Morona (38)

Cuentan todavía los viejos que los soldados molestaban mucho a las mujeres haciéndoles violencia. Como las quejas al jefe responsable resultaban inútiles, los viejos les prepararon una emboscada.

En pleno día, los soldados de la guarnición del Morona ven bajar por el río varias canoas con mujeres nativas. Como en el mito del veneno de Itinkia, aquellas dalilas selváticas bajan bien pintadas de achote, ceñidas con sus collares y con sus trajes de fiesta.

Los soldados, que están en ese momento almorzando, acuden a la playa en tropel. Pero cuando están distraidos, rota la disciplina de la vigilancia, aparecen surgiendo por detrás del **náin** vecino una multitud de huambisas pintados de negro y armados con escopetas y lanzas.

Siguen la matanza y el saqueo y luego arden en pompa todas las instalaciones militares convertidas en poco tiempo en un montón de tizónes humeantes.

De manera menos colorista que en el relato del viejo que lo contó, el hecho quedó confirmado por un boletín de Quito publicado en Iquitos por la prensa local.

"Quito. Marzo 5. Transcríbole copia del acta sentada por el Comisario de Sangay acerca de los sucesos ocurridos en el Morona.

En Macas, cabecera del Cantón Sangay, 23 de febrero de 1913. Ante mí, el comisario accidental y el infrascrito ad hoc por falta del principal, presentáronse los jíbaros Maschanda, Asmuash y Casena (sic) de la tribu Yunkipa, mayores de edad a quienes, por ignorar el idioma castellano, se les proveyó de intérpretes a los señores Pedro Carvajal y Juan Velín, que conocen el idioma quechua que aquellos hablan, quienes juramentados en forma legal ofrecieron desempeñar fielmente el cargo. Declararon dichos jíbaros Maschanda, Asmuash y Casena según sus creencias y por medio de intérpretes:

Primero: Que el día de ayer llegó al caserío de los declarantes al jíbaro Ambama que hacía tiempo vivía en el Mangosisa, trayendo pólvora y lienzos, la noticia de que hace cosa de quince días los jíbaros Tiquiruna, Casenda, Tucupi y los subalternos de éstos, tomaron por asalto el campamento ocupado por los peruanos en el río Morona, de cuyo asalto perecieron los Capitanes José Moisés, Antonio, dos mujeres y muchísimos soldados que allí existían.

Segundo: Que la pólvora y lienzos que traía Ambama pertenecían a los almacenes de los peruanos.

Tercero: Que el jefe peruano llamado G. Jorge y muchos soldados salvaron la vida fugando en canoas e internándose en las montañas.

Cuarto: Que el asalto se verificó en día claro en momentos en que la tropa almorzaba.

Quinto: Que la única razón para efectuar el asalto ha sido porque Tiquiruma y demás asaltantes no podían soportar por más tiempo ver a sus esposas e hijas en poder de los peruanos quienes, por medio de la fuerza, se ocupaban en robarlas para servirse de ellas.

Sexto: Que los asaltantes rescataron a sus esposas e hijas y que les tomaron además dos cañones (?) y gran cantidad de armamento y munición.

Séptimo: Los declarantes vienen a poner estos hechos en conocimiento de los Macabeos (los habitantes de Macas) quienes solicitan ayuda pues temen Tiquiruma y sus compañeros ser asaltados ahora por la tribu de Yuquipas, antiguos enemigos al servicio de los peruanos y desean que les auxilie en el gran peligro que corren".

La declaración ecuatoriana, parcializada como es, queda confirmada por la Orden General de la Región Iquitos, 7 de marzo de 1913, publicada en la misma fuente periodística iqueteña.

"El Coronel Comandante General tiene el sentimiento de participar a los oficiales y tropa de la región que se ha comprobado por partes oficiales el asalto efectuado por los salvajes huambisas a la Guarnición del Morona. Este alevoso crimen ha conmovido hondamente el sentimiento de compañerismo de los jefes, oficiales y tropas de la 5ta. Región y del Ejército al comprobarse el asesinato del Capitán Manuel Bezada, Teniente Moisés Yáñez y trece individuos de la tropa los que no esperaban en el momento del asalto tener tan triste fin.

Doloroso es el fallecimiento de estos servidores de la Nación, pero más doloroso es aún que no hayan desaparecido en defensa de nuestra frontera y cumplimiento fiel y severo de la consigna que las llevó a tales regiones, sino por un incalificable descuido de los oficiales de la guarnición".

En otro despacho de Lima: "Se aplaude la rapidez con que la Prefectura de Loreto ha procedido a tomar las medidas de represión necesarias".

Además de esta represión, cuyos detalles no conocemos dada la natural reserva que sobre estos asuntos guardan las autoridades militares, las cosas no podían quedar así. Aparte de que era necesario mantener el orden y el principio de autoridad "civilizado", el caucho de estas zonas fronterizas era un recurso demasiado precioso. Había que proceder a nombrar más autoridades de río. Así se llegó, como veremos, a la creación de Comisario para nuestra zona del Marañón.

Sobre la mentada represión quiza pueda arrojar alguna luz una nota del investigador finlandés Raphael Karsten, publicada en "Hunters of Western Amazon". Traducimos del inglés:

"En 1928, poco antes de llegar al Ecuador por última vez había habido un nuevo encuentro entre huambisas y peruanos durante el cual un gran número de los indios había sido muerto. Me dijeron que en el alto Morona solamente unas pocas familias huambisas quedaban ahora; éstos habían sido anteriormente una de las tribus jíbaras más numerosas". (Helsingfors, 1935, p 14).

24. *La saga del Comisario*

Oscar del Valle

La figura del Comisario Oscar del Valle ha pasado ya a la leyenda de los viejos y ha quedado además como referencia cronológica para multitud de sucesos menudos:

– Esto sucedió antes (o después) de la muerte del Comisario...

Se explicó más arriba quiénes eran los Comisarios de Río. El nuestro debió nacer en Lima, donde su apellido es relativamente abundante y aún alguno de ellos con el Cognomen de Oscar. Pero, hasta donde se ha podido alcanzar, ninguno de ellos ha tenido que ver con nuestro protagonista.

Sabemos, por una partida de bautismo, que en 1914 tiene un hijo de la aguaruna Sishing y que, en 1913, a uno de sus gendarmes le nace también un hijito, lo que nos proporciona un punto de partida para ubicarlo.

Con influencias que entonces, como ahora, eran necesarias y que no debieron faltarle, consigue su nombramiento y se presenta en el Marañón para aprovecharse del mismo repunte económico que hizo prosperar tanto a Iquitos. Con el Precedente del levantamiento de los aguarunas en 1903, Oscar se rodea a su venida de un destacamento de gendarmes de la comandancia de Iquitos y recluta además por su cuenta un grupo de mercenarios entre la escasa población "cristiana" que hay en la zona; hombres atrevidos y aventureros listos siempre con el "Manlincher" reglamentario o con el famoso Winchester 44, ley suprema de la selva en los tiempos del jebe.

Conocemos los nombres de bastantes de estos auxiliares: Roca, el jefe de los gendarmes; Abel Ríos; Sanabria; Atanasio, que tiene fama de brujo y se vale de ella para amenazar a los aguarunas; Hilario Roca, acompañado de su mujer chachapoyana y sus hijos pequeños Juan y Julia (Doroteo, el menor, parece haber nacido aquí). Entre los mercenarios están Raimundo, encargado de centralizar la recolección del jebe en el río Cenepa; Eracuyo (Gregorio), encargado del de Domingusa; Pancho: Javier; el jovencito Antonio Orrego, superviviente de la matanza de 1903, y un zambón canceño bien derecho, de ojos vigilantes e inteligentes que ha desaparecido de una hacienda de Zaña con una escopeta y doscientos soles y ha emergido aquí, decidido a labrarse un porvenir. Se llama Simón Cossio y será, de hecho, su lugarteniente.

El Comisario tiene casa en Tamashnum, Pujupat (Domingusa), donde vive su mujer aguaruna, Kuit, en la misma quebrada donde existe un trapiche para obtener el cañazo indispensable a todo buen cauchero y la maestranza para componer herramientas y reformar cartuchos. Esta factoría corre a cargo de Erecuyo, hombre alegre y servicial que se hace enseguida de muchos amigos entre los aguarunas. Pero su casa principal está en Nieva.

Está situada un poco más abajito de la confluencia del Nieva en el Marañón, sobre la margen derecha, y en una lomita que domina la pequeña quebrada llamada todavía Comisario-Entsa. Su material de construcción era la pona. Tenía su cocina y almacén para guardar las bolas de jebe y las mercaderías para el trueque con los aguarunas: machetes, **nampají** o rozón, hachas y, sobre todo, las cajas con las codiciadas escopetas Davolín, Manchuncero. Serenseque, Morín y los correspondientes frascos de pólvora y munición. En los altos, junto a la poco usada balanza para pesar las bolas de jebe, junto a tigelinas y rasquetas, el arca con los paquetes de fulminante, chaquira, cuchillos, tijeras y mercadería menuda de más precio. Y en su dormitorio, protegido por doble emponado, además del arsenal personal del Comisario, la "burra" o caja de caudales de hierro donde guarda las libras esterlinas victorianas de oro, producto de sus ventas de jebe en Iquitos.

Como queda insinuado, Oscar tiene una mujer aguaruna entregada por el famoso curaca Samarén. Con ello, se ha asegurado el apoyo en el mundo nativo y contra él. Sishing, entregada cuando tenía ya 25 años, da al Comisario dos hijos, Victoria del Valle y un pequeño Oscar que debió morir muy pronto. Victoria aún vivía en 1975 con un campesino de Jaén, y Sishing sobrevivió aún más lar-

gamente al Comisario (1981), como viuda de Simón Cossio que la recibió al morir aquél.

Oscar tiene prestigio entre los suyos, además de su título de autoridad, se le reconoce por su valentía, decisión, pulso firme y ojo certero.

El Comisario pasa casi todo el tiempo recorriendo sus puestos de recolección de jebe o ejecutando castigos despiadados sobre los siempre levantadizos viejos. Por su orden, Cossio se encarga de escarmentar a los de Cenepa (muere Ikam y queda herido Mantu) acusados de haber hecho desaparecer a Atanasio cuando éste bajaba en una balsa por el Marañón.

Una vez al año viaja a Iquitos para vender su producto y renovar la mercadería para sus trueques. En estos viajes, reprende con violencia y maltrata de obra a muchachos cuando no bogan o tanganean al ritmo deseado por su impaciencia. El viejo Antonio Ríos contaba cómo a él mismo, a pesar de ser "civilizado", le llegaban las expresivas muestras de su desagrado en forma de bofetadas y aun culatazos. Además, aunque con cautela por conocer de sobra los riesgos a los que se exponía, el Comisario era muy mujeriego e inquietaba, no sólo a las mujeres de los viejos, sino a las de sus auxiliares civilizados. Aunque, sin él saberlo, ellos le pagaban con la misma moneda.

Es necesario apuntar también que Oscar tiene un competidor en la zona. Desde antiguo trabaja en ella Juan Artemio Izquierdo, dueño de la concesión en el río Nieva. El representante de Izquierdo –un tal Lapiri– tiene su puesto en Ambuja. Así que, como suele suceder entre patronos, las tensiones eran inevitables.

Todos estos rasgos, recogidos de testigos vivientes, nos permiten reconstruir la imagen del cauchero de fuerte constitución física, ambicioso, sin escrúpulos y sumamente vital, tan común en la Amazonía y en los tiempos del caucho. Pero las condiciones de impunidad del Marañón no eran las del Putumayo, ni los aguarunas eran los witotos. Por eso, acabó sucediendo lo que tenía que suceder.

Hasta ahora no se ha podido averiguar con certeza la fecha exacta en que sucedió su muerte. Debió ser entre 1914 y 1917. Un indicio que quizá nos permita precisar un poco más, pudiera ser la referencia encontrada en el archivo de la Prefectura de Iquitos de un envío de soldados al Pongo de Manseriche a solicitud del Comisario del Alto Marañón que quiere pasarlo. Esto sucede en 1914 y, al año siguiente, encontramos que se ha intentado establecer una guarnición en Puerto Meléndez, pero que la tropa no ha podido ins-

talarse allí "por haber aquéllos (los salvajes) quemado todas las casas", Esto último sucedió el 25 de enero de 1915.

Sobre la causa de la muerte del Comisario han podido recogerse, entre los aguarunas, dos versiones:

Según unos, Lapiri, el agente de Izquierdo en Ambuja, le debía plata al Comisario y éste se la reclamó con violencia alegando que tenía que viajar a Iquitos y que no podía esperar.

Otra, que parece más verosímil, está relacionada con un asunto de mujeres. Uno de los gendarmes ha abusado a la fuerza de la mujer de un aguaruna. Este, no atreviéndose a una venganza descubierta, hace poner veneno en la yuca que le sirven al gendarme. El procedimiento es conocido y de empleo no inusitado. De momento, todos los **apach** piensan que la muerte del gendarme se ha debido a causa natural. Pero, como termina sucediendo siempre, entre la euforia del masateo a alguien se le suelta la lengua y el rumor se esparce por todas partes rápidamente.

Sangre en Gamitán Entsa

Al enterarse de la muerte del gendarme, Oscar, por tratarse de uno de sus hombres decide encargarse personalmente de la investigación. Mientras llega, para ganar tiempo, encarga a Lapiri que, como Teniente Gobernador, haga las averiguaciones preliminares.

Cuentan que Lapiri estaba amargo con Oscar pues sospechaba que éste había querido inquietar a Suanía, su mujer. Además, está la cuestión de la deuda.

– ¡Maten al Comisario, yo les defenderé!– dijo a los aguarunas de Nieva que eran sus muchachos. Así dicen que dijo.

Según contaba Chunkete, los **Munta** se pasaron la voz y se reunieron calladamente en Alto Tuntungos. Allí estaban también los del Alto Cenepa que ven la ocasión de cobrarse de la matanza hecha allí por orden del Comisario. He aquí los nombres de algunos: Akachum, Shuwi, Ujujut, Tokup, Shunta, Wishum, Sukut, Vikayo, Viktu, Kakajá, Nayash, Kuunt, Mayak, Mariaku...

Después de tomar mucho **nátem** y de quedar de acuerdo, hacen avisar al Comisario que unos viejos estaban trayéndole muchas bolas de jebe... Cuando recibe el aviso el Comisario, ya están surcando con sus gendarmes el Nieva.

Los conjurados habían preparado la emboscada en Gamitán Entsa, en una gran casa sobre el plano frente a la boca de la quebrada. Simulan que están trabajando en hacer canoas. Oscar, a quien ha sorprendido la lluvia, desembarca y sube hasta la casa para guarecerse del aguacero. El hijo de uno de los protagonistas nos describirá la escena tal como la contaba su papá:

Oscar había traído consigo a varios de sus gendarmes, pero éstos habían quedado afuera en la canoa. Entra solo. Encuentra la casa llena de viejos, todos con sus lanzas y escopetas bromeando con ellas. Oscar adivina la tensión y, por primera vez tiene miedo. Pero no quiere ser el primero en provocar la ruptura.

– ¿Tendrán huevos para preparar?

– ¡Linda carabina; déjame probarla!– Akachu le responde oblicuamente esquivando la pregunta.

Oscar, naturalmente, no quiere desprenderse de su arma. Los **Munta** tienen también miedo del temible Winchester y de la conocida fuerza hercúlea y destreza del Comisario. Se ofrecen a prepararle la comida para él y su gente y uno de ellos le ofrece para fumar una "guaña", uno de esos largos cilindros de hoja de tabaco negro que en la zona saben preparar tan bien.

El Comisario, para picar el tabaco y liarse un cigarrillo, en un momento de fatal descuido, saca su cuchillo y apoya un momento en la pona su carabina a fin de poder utilizar ambas manos. Como un rayo, uno de los viejos le atraviesa de lado a lado con la punta de su terrible **saiyo.** Es Akachum, quien inmediatamente se apodera de la carabina sin dejar con la otra mano de sujetar el cabo de la lanza. Oscar se resiste y, con su vitalidad increíble hace girar a Akachum que no lo suelta. Al fin, otro le dispara en la cabeza con su escopeta de avancarga y Oscar queda muerto.

Los gendarmes han escuchado el tiro desde la canoa sin saber qué ha pasado. Vacilan y, en ese momento, se les echan encima los aguarunas que estaban en la casa. Roca, el lugarteniente, intenta empuñar la carabina y resistir, pero lo ganan y cae muerto al río, derribado por una lanza que le arrojan desde lejos. Los otros supervivientes intentan escapar por el monte, pero los cazan uno a uno.

Regresan. Todos están silenciosos un momento, como asustados por lo que han hecho.

Pasan la noche bebiendo masato y, al amanecer del día siguiente, la partida de guerra baja velozmente en sus canoas por el río Nieva. Antes, para no comprometerse, han arrojado los "Manlicher" de los gendarmes a una de sus pozas. Matan al paso a un **Apach** y asaltan el almacén y la casa del Comisario. Mueren allí cinco mujeres. Jacinto Jara ha corrido a avisarles, pero no llegó a tiempo. Avisa a Abel Ríos y éste logra llegar a Domingusa y avisar a Sishing, la mujer del Comisario, de que éste ha muerto y que los enemigos vienen hacia aquí.

Los vencedores saquean el almacén y se emborrachan con el cañazo que allí se guarda en las grandes damajuanas de vidrio verde. Han prendido fuego a la casas y allí arden, junto con ellas, los cadáveres de las mujeres. Antes, habían intentado abrir la caja de caudales.

– ¡Abran con sus hachas la burra y tráiganme el oro que hay dentro!– dicen que les había dicho Lapiri.

Sobre este episodio corren dos versiones; unos dicen que allí encontraron las libras esterlinas, las perforaron y ensartaron haciendo con ellas collares y, después de bailar con ellas, las arrojaron al Marañón. Otros afirman que encontraron sólo papeles y una única moneda...

La borrachera debió ser descomunal. Cuando al día siguiente quieren pasar a Domingusa para saquear los otros almacenes, una de las canoas vuelca con toda su carga de armas y botín. La expedición llega a Kuit, saquea e incendia el almacén. De propósito dejan escapar a Jacinto Jara y Erecuyo, pero matan a Kañap que está con con ellos. Tsajum, hija de Pitu, huye con los dos **apach** a Iquitos. Yaún, su hermano, después de tomar mucho **maikoa**, la localiza y reconoce, haciéndola regresar. Sishing ha podido huir a nado con su hijita Victoria y está escondida en una de las islas, un poco más abajito, en el Marañón. Al saber de la noticia, el chichame corre veloz. Samarén, su pariente, envía en su busca una partida de hombres armados que la rescata y la trae junto con su hija a Pomará. Luego se la entregará a Simón Cossio.

El botín del saqueo fue muy copioso. Años después, Puanch tenía él solo, conseguido del almacén del Comisario, dos carabinas

Winchester, una pistola, un fusil y dos escopetas; sus dos hermanos, sendas carabinas. Cirilio Vásquez, el Teniente Gobernador, "requisó" años después la carabina de Shakim; Amasifué, la de Tokup, etc... Por los finales de los cincuenta, aunque ya su munición había desaparecido totalmente del mercado, pude ver todavía, bien aceitada y escondida, una de estas carabinas "de chapa dorada" en la casa de un aguaruna amigo.

Después del golpe de mano de los viejos, se retiraron a sus centros a celebrar su triunfo. Tokup, después de la matanza, se fue a vivir a Ambuja. Cuando años después vinieron los misioneros, el viejo no quería saber nada de ellos.

– Vienen a castigar a los aguarunas– decía.

Doroteo, Juan y Julia Roca, hijos del jefe de los gendarmes, fueron salvados por Pakish, la mamá del que mató al Comisario. Vishum tomó después como mujer a Julia. Ella y su marido murieron aplastados por un árbol, que cae impensadamente cuando lo estaban cortando: el **emessak** del Comisario había cobrado su primera venganza.

Dado lo excitados que estaban los aguarunas después de la matanza, la posición de Lapiri en la zona era muy delicada. Alejo, su cuñado, y Suanía, su mujer, lo defendieron en el primer momento, después lo hicieron salir calladito por Bagua. Antes, Lapiri arrojó a una poza del río Nieva todas las armas de su almacén para que no se apoderaran de ellas los aguarunas. Pujupat (el del Nieva), padre de Pepe, Taijín, Katán y Akintui, también intercedió por él.

Otra versión de la muerte del Comisario que tiene sabor de la pura prosa aguaruna, es la que nos ha conservado el viejo Ráquita del Cachiaco:

"Antes, aquí no había **apach**, Al comienzo, el primero que vino tenía el nombre de Comisario; era muy rico el Comisario. También estaban Chauca y Jaime, pero a los de estos nombres no los conocí. Cuando llegaron los **apach.** estaban diciendo a los viejos:

– Ahora trabajen una canoa; les pagaremos.

Así les encargaban y, trayendo muchas cosas se las cambiaban por la canoa. De nuevo el Comisario que iba a Iquitos encargó a uno de sus peones:

– Tú quédate aquí para que dirijas a los que trabajan en la canoa.- Dejándole encargado, se fue.

Mientras andaba así el muchacho, los viejos andaban bebiendo masato. Entonces el viejo Mashimkit les estaba diciendo:

– Yo, compañeros, voy a preparar masato; cuando lo tenga regresaré– decía.

Cuando iba a hacerlo, encontró el peón que estaba viniendo bien borracho. Estando así, el viejo Mashimkit le dijo:

– Amigo, entra.- Así le dijo saludándolo.

– ¡Carajo! – Respondió. Empuñando la carabina, quería matarlo. Acercándose, le agarró la carabina. Forcejearon un rato queriendo el otro matarle.

– Este me va matar, pensaba Mashimkit. Jalando la carabina se lo impidió, y cuentan que lo mató el muchacho con su misma carabina. Dejándole allí muerto, entró donde los otros viejos estaban bebiendo. Decía:

– ¡Maté al peón de los **apach**!- decían los viejos – ¿qué haremos? y conversando mucho, cuentan que estaban a la espera.

El Comisario estaba viniendo trayendo muchas cosas en su canoa. Cuando llegaba el Comisario preguntó:

– ¿Hicieron la canoa?

– Yo quemé la canoa– respondió un viejo. Y el otro:

– Yo estoy sentado en la canoa.

– ¡Chi! - respondió, y preguntando: ¿Está bien mi peón?

– ¡Chi...! - le dijeron. Entró donde estaban bebiendo masato.

– Kumpa, vamos a tomar masato.

Mientras estaba bebiendo el viejo, Ujujut mató al Comisario y también mataron a los otros **apach**: Chauca, Caballero, Jaime. Al quererle matar cuentan que uno de los **apach** escapó.

Se agarraron todo lo que tenía y así, golpeando con un hacha la caja para guardar la plata– como un cilindro muy grande que estaba bien lleno, perforando por uno de los lados, agarraron lo que había adentro.

Cuentan que el nombre de esta plata era "sol"; era como parecido al oro (sic). Arrojaron la plata en una poza de la quebrada del Comisario. La quebrada desemboca en el Marañón, y por esto le pusieron este nombre. Como no (quisieron) agarrarse esta plata la botaron al Marañón".

Quedaría por decir algo de la suerte posterior de los que intervinieron en estos sucesos.

Varios de los **munta** que estuvieron en la muerte del Comisario murieron a manos de Samarén y su gente, a quien de Iquitos habían ordenado castigar a los culpables. Enseguida hablaremos de esto. Como ya dijimos, Ujujut, el que mató a Roca, quería matar también a sus hijos, pero su mamá los escondió. A Julio lo mató

después el mismo Ujujut. Doroteo, el más pequeño, se salvó. Debía tener unos tres años y fue recogido por Cossio después que lo escondieron en Japaime.

Lapiri, terminada su aventura selvática, después de una fuga azarosa, consiguió llegar a Chachapoyas con su mujer aguaruna. Lapiri llegó primero que ella. Como era regular, celebró allí su liberación con una colosal borrachera. Terminada la fiesta, se encerró en su cuarto con llave para dormir. Cuando llegó Suanía, dormido profundamente, no la oía llamar para que abriera, y así tuvo esperando a la buena Suanía hasta que le pasó la borrachera.

La musa aguaruna de los masateos que se complace en este tipo de anécdotas intrascendentes nos ha conservado la canción de Suanía echando en cara a su marido Lapiri aquel plantón imperdonable.

Lapiri, Lapiri, Lapiriná...
Llaviá, llaviá ukui -ukuiniattiá
Wisha wi wisa wi wañatiá
Iwanchi wai aniawakí aniawakí...
Lapiri, Lapiri
Saca, saca la llave
Para que yo entre...
¿Acaso vas a portarte como demonio?

La represalia

En el Marañón, en el poco tiempo transcurrido desde que comenzó el siglo, la ley del **Nanki** se había impuesto a la ley del Winchester 44 que traían los civilizados. Aquello era intolerable. En Lima, seguían sonando voces iracundas. "Mientras los aguarunas sigan haciendo lo que quieren, no hay que hablar de aprovechar aquellas ricas tierras, las mejores de las cuales ellos tienen ocupadas". Nadie se preguntaba si aquellos nativos eran peruanos o no, ni si aquellas tierras eran suyas o de los capitales que hacían sus negocios en Londres, en Iquitos o en Lima.

La necesidad de imponer el principio de autoridad y los intereses del poderoso grupo cauchero impresionaron por fin al Comandante Militar de Iquitos. Emplear para aquella operación de policía los efectivos de la fuerza militar allí acantonada no parecía, ni posible, ni aconsejable. Quedaba muy lejos de las bases de operación y, entre los enredados vericuetos de la selva aguaruna, los soldados hubieran llevado fácilmente la peor parte si trataban de buscar a los culpables en sus propias guaridas. Así, la política del "divide y vencerás" pareció la mejor en aquellas circunstancias. Las eternas rivalidades jíbaras entre clanes lo facilitaban.

El curaca Samarén fue encargado oficialmente de castigar a los que habían matado al Comisario. El estaba emparentado con Sishing, la mujer de Oscar. El cebo sería el más codiciado para un aguaruna: se le facilitaron dos fusiles de guerra y dos carabinas. Esto pareció suficiente para equilibrar las armas de que se habían apoderado los rebeldes en el almacén de Nieva. Del resto se encargaría la reconocida capacidad militar del ya famoso curaca.

A su envío el Comandante Militar de Iquitos añadió la advertencia de que los fusiles serían devueltos al terminar la operación; en cuanto a las carabinas, que no eran propiedad del Ejército Peruano, podría quedarse con ellas si con los fusiles entregaba un par de cabezas reducidas...

Con su clarividencia habitual, Samarén comprendía muy bien en favor de quién, a la larga, quedaría el equilibrio de las fuerzas en el Marañón. Los **apach** eran un elemento que habría que tener muy en cuenta en lo sucesivo y se decidió a aliarse con ellos. O mejor, aprovechamos para aumentar su prestigio y arreglar definitivamente sus cuentas con los grupos rivales. No era sólo cuestión de poder. Era –cosa muy aguaruna– cuestión de amor propio. Malas lenguas cuentan que sus enemigos lo habían llamado **manchi kujap** (muslos de langosta) y prometió vengarse de quienes le habían colocado el burlesco apodo.

Al recibir el encargo del Comandante de Iquitos, Samarén hizo varias expediciones punitivas penetrando audazmente en la zona del Alto Nieva; Ipakún, Ambuja, Gamitensa... Aunque mató a varios de los culpables de la muerte del Comisario, nunca quiso reducir sus cabezas pues eran, al fin y al cabo, aguarunas de su propia gente. Pero esta moderación cambió totalmente con la campaña en Kaya contra los del Chiriaco.

La gente del río Chiriaco –Muchinguis es su nombre aguaruna tradicional– eran como los de Achuím y cabeceras del Cenepa, gen-

tes también de la Mujaya, montañesas atrevidos y peleadores. En parte, eran descendientes del famoso Ambush a quien tanto Aguilera como Risco habían encontrado en Nazareth. Estaban bien adiestrados. Por sus luchas contra los wámpukos de Tomependa, los Chayawuitas y, cómo no, contra los huambisas del Santiago. Deudas de sangre y acusaciones de brujería los enfrentaban inevitablemente con los nuevos **pinchui** y **shiwa** que, aliados con los de la parte alta del Marañón, empujaban desde el Cenepa encabezados por Samarén. Parientes, además, de los del Nieva, algunos habían tomado parte en lo del Comisario y resentían amargamente la recién adquirida preeminencia del **manchi kujap**. Si este era **waimaku** y **Kakajam**, también ellos tenían sus propios campeones: Mariaku, Sanchún, etc.

Entre tanto, había sucedido que Chu, hermano de Samarén, había cautivado en una de sus correrías bélicas a una linda muchachita de Chiriaco llamada Mama.

Petsaíd, hijo de Chu, se enamoró perdidamente de la cautiva y quiso hacer lo que se hace ordinariamente en estos casos. Se entendió con los del Chiriaco a través de intermediarios y la familia de Mama se mostró conforme. Arreglarían, dijeron, si Petsaíd entregaba a cambio una escopeta y un buen perro cazador.

Chu, desoyendo los consejos de Samarén que recelaba siempre, viajó al Chiriaco en su canoa acompañado de Sákach y, naturalmente, del enamorado Petsaíd.

Llegaron a una playita un poco más abajo de Numpatkaim, en Tsawantús. Allí, les aguardaba un grupo de los del Chiriaco con Awananch. Fingiendo amistad, éstos les invitaron a comer. Cuando lo estaban haciendo, comenzaron a disparar. Chu cayó muerto inmediatamente. Sákach, el que había venido de popero, al querer subir a la canoa, fue muerto también de un disparo. Petsaíd se lanzó al río y buceando aguas abajo logró escurrirse a pesar de los disparos que le hacían desde la orilla. Al fin, pudo salir bastante más abajo, herido dos veces.

El perro le había seguido también a nado y Petsaíd tuvo que ahorcarle con sus propias manos para que no lo denunciase con sus ladridos.

Al escuchar estas noticias de labios de su sobrino herido, Samarén, lleno de cólera, organizó enseguida una expedición de venganza. Los enemigos se habían escondido en la parte de más arriba

del Chiriaco en la verdadera fortaleza natural del desfiladero de Kaya.

El río Chiriaco es allí muy torrentoso y sus paredes cortadas a pico y las fuertes chiflonadas no permiten el acceso directo en canoa. La única entrada es por tierra.

Desembarcando por la derecha, antes de que el río Chiriaco se transforme en una chiflonada ininterrumpida, se sube, agarrándose a los manojos de hierbas y matas de **chinchak,** a lo largo de una quebradita que se descuelga por unos citanes o piedras pulimentadas.

Cuando se ha llegado a la punta del cerro, se baja otra vez al río por una piedra cortada a pico en la que tiene colocada una escalera hecha con bejuco. Abajo, otra vez junto al río que se amansa de nuevo, hay un **kunchín** de aguas sulfídricas y una pequeña porción de plano que da lugar a las casas y unas pocas chacras.

Con su partida de guerra, Samarén marchó a Kaya. Llevaba unos treinta hombres en unas seis o siete canoas. Pero los enemigos habían borrado la trocha de acceso a la escalera y no pudieron encontrarla. Los de Kaya la habían enmascarado hábilmente plantando en ella **jini,** una mata muy vivaz que resiste largo tiempo aunque se hayan secado sus raíces. Y Samarén tiene que retirarse fracasada la sorpresa.

Dejando pasar un tiempo para que se deje de hablar de la cosa, Samarén quiere volver a Kaya. Uno de sus hombres, resbalando en la subida, se agarra para no caer en una de las matas y éstas ceden mostrando que no tienen raíces. ¡Allí está la trocha! Sanchún, uno de los hombres de Samarén (no hay que confundirlo con el del mismo nombre del bando del Chiriaco), va delante reconociendo el camino. Al llegar al arranque de la escalera, descubren que, confiándose, los de abajo no se han preocupado de tenerla vigilada. Los del Chiriaco estaban haciendo fiesta y bebiendo masato. Otros no habían regresado del monte a donde habían ido en busca de más **kuntin.** Hasta arriba llegaban las voces agudas de los cantos de las mujeres y el monótono golpear de un tambor.

Era ya prima noche y los hombres van bajando calladamente por la escalera. Samarén deja un pequeño grupo guardando su pie y, con los demás, dispone la emboscada alrededor de la casa. Allí aguardan hasta un poco antes de que comience a amanecer escuchando los gritos y contemplando la luz rojiza de las antorchas de copal que escapan a través de las rendijas del emponado.

Ya iba a comenzar a empalidecer el cielo. Las ponas que trancan una de las puertas de la casa son apartadas y una silueta de mujer se encuadra sobre la luz que brilla en el interior de la casa. El masato tiene siempre efectos muy diuréticos.

Simón Cossio, que va con la expedición, es quien hace el primer disparo derribando muerta a la mujer y, al sonar la detonación, todos se lanzan corriendo contra la casa. Salen los de dentro a averiguar qué pasa y hay un brevísimo choque. Allí murió el jefe de los del Chiriaco con la cabeza destrozada por un tiro a quemarropa del Winchester de Tets. También cae Tsapik, la mujer de Awananch que, como hombre, era también **Waimak** y alentaba a los hombres en la pelea como un **kakajam.** Son varios los que mueren allí mismo bajo las lanzas implacables. Entre ellos está Taijín al que su enamorada llorará porque ha muerto apenas adolescente.

Entre los que caen prisioneros está Nunkáim, la mujer de Sanchún a la que apenas puede retener contra el suelo. Se niega a revelar dónde están los demás e insulta de cobardes a los vencedores. Pujupat, que tiene fama de despiadado, mata a sangre fría a aquella hembra bravía que no quiere separarse del cadáver de su esposo. Y allí, finalmente, cautivaron a la niña Mamaik. La entregarían, cuando creció, a Yankua, hijo de Chu y moriría muy anciana y todavía bellísima...

Los supervivientes intentaron escapar poniéndose a salvo subiendo la escalera. Pero allí tropezaron con el destacamento que había dejado Samarén y que les aguardaba. Hieren a varios, pero otros, desviándose, logran escapar entre ellos Awananch, herido en una pierna. También lo hacen, dispersándose en varias direcciones, Datsa, Taki, Tsamán, Tsamajén, Tsjémpo y Anem, que eran los que habían ido al monte y no estaban en la casa.

Debió seguirse la cruel secuencia del descabezamiento de las víctimas para preparar luego la **tsantsa.** Después del incendio de las casas tras el saqueo, el cadáver de Sanchún quedó insepulto junto al río. A la mañana siguiente, cuando fueron a reconocer, no encontraron el cadáver; desde donde había quedado hasta el río se veía un rastro grande como el que queda cuando arrastran una canoa... Algunos dicen que Sanchún, como era **Waimaku,** se había transformado en **Panki.** No pudieron humillarlo ni conservar su cabeza para reducirla pues la bala de la carabina se la destrozó.

El **Ujajmamu,** la fiesta de la **tsantsa,** la celebró Samarén en Uht bailando con las cabezas de Taijin y las dos mujeres: Tsapik y Nunkaim. Estas dos últimas las envió con los fusiles a Iquitos, a cambio de las carabinas como estaba convenido con el Comandante. Una

de esas carabinas sirvió a Pijushkum, el hijo de Samarén para pagar el **juak** (fuerza mágica del **Iwishin**) que le entregó el viejo de Tutungos que le inició.

Pujupat, el que mató a Nunkaim, celebró también su fiesta y su **Pamuk** fue Apike, de los Autukes de Tutungos. Pujupat fue después muerto a su vez por la lanza de Vikayo del Chiriaco.

Samarén siguió dando batallas y ganándolas. Ya viejo, lo conoció el pastor Winnans. Murió en Pomará y fue enterrado al pie del gran "árbol del Pan" que él mismo había plantado a la orilla del Marañón.

25. Los Estados Unidos de Norteamérica sustituyen a Inglaterra como potencia mundial (39)

Los sucesos ocurridos con motivo de la explotación del caucho nos han dejado ver cómo las naciones extranjeras de poderío mundial han comenzado a influir sobre la suerte –la historia– de las poblaciones nativas. Esta influencia extranjera en los años siguientes va a ir dejándose sentir cada vez más, incluso en nuestra propia zona. Es pues necesario recordar una serie de acontecimientos ocurridos fuera de nuestro suelo, pero que acabaron teniendo una fuerte repercusión sobre lo ocurrido con nuestros viejos.

A partir de la independencia del Perú y hasta el final de la época del caucho, Inglaterra es la potencia por excelencia en América Latina. Ella controla el comercio exterior y monopoliza las comunicaciones con el exterior. Los cónsules ingleses, respaldados por la llamada "política de cañoneras", significan una verdadera autoridad que interfiere con frecuencia aún en los menudos incidentes de la política interna. Pero muy pronto les va a surgir un competidor.

América Latina, como zona de influencia, era un viejo sueño de los vecinos del norte. En 1823, el Presidente Monroe enunciaba claramente la doctrina que lleva su nombre: "América para los Americanos". Como deducción lógica de la misma, comienzan por bloquearse los intentos de intervención que las potencias europeas intentan realizar en las naciones americanas del sur. Se sigue la expansión territorial a costa de las zonas circundantes. EE.UU.

adquiere por compra Alaska y Luisiana. Se compra también Florida después de invadirla militarmente. Después de una guerra desigual con México, se anexa a la Unión el estado de Texas. Con el Tratado de Guadalupe Hidalgo (1848), EE.UU. se incorpora casi el 50% del territorio mexicano emancipado de España hacía apenas medio siglo.

1855, 1857, 1858 y 1860, se señalan por intervenciones de los "marines" norteamericanos en Centroamérica. En la guerra de la independencia cubana contra España, EE.UU. intervino directamente tras una masiva campaña periodística de las "cadenas" Hearst y Pulitzer. Derrotada la escuadra española, Cuba se declara independiente, pero cae irremediablemente bajo la esfera de absorción económica de EE.UU. (antes habían propuesto comprársela a España). Lo mismo ocurrirá en Puerto Rico, que terminará convirtiéndose en un inquieto "Estado asociado". Entre tanto, la "marcha hacia el lejano oeste" despoja violentamente a los "pieles rojas" de sus tradicionales territorios de caza y, tras una guerra de exterminio, concentra en las llamadas "reservas" a los supervivientes de la misma.

Los americanos substituyen a la Compañía de Lesseps, francesa, en la construcción del Canal de Panamá. La compañía Lesseps, que antes había abierto el Canal de Suez, fue derrotada ahora en su lucha contra el zancudo del paludismo. Panamá era parte del territorio colombiano, pero un movimiento separatista crea la República independiente de Panamá (1903), reconocida inmediatamente por EE.UU. con quien firma enseguida un tratado cediéndoles por cien años la zona del canal.

En 1910, se funda la Unión Panamericana.

En los años entre 1914 y 1917, mientras ocurre la muerte del Comisario y las campañas de Samarén en Kaya, las naciones de Europa se están aniquilando mutuamente en la lucha de trincheras de la Primera Guerra Mundial. El 6 de abril de 1917, EE.UU. entra definitivamente en la guerra de parte de las potencias aliadas (Francia e Inglaterra) y el cuerpo expedicionario americano de un millón de hombres al mando del general Pershing, decide el triunfo de aquéllos. El precio ha sido la concesión de "manos libres" en América Latina. Como ha podido escribir un autor norteamericano hablando del cuerpo expedicionario: "Nunca hubo una inversión económica más afortunada".

Los efectos de estos sucesos ocurridos bien lejos del Perú y de la selva, bien pronto llegarán a ella.

Entre 1901 y 1906, se suscitó el interés americano por el desarrollo del caucho en el Perú. ¿Quisieron hacer aquí una nueva

Liberia? Pero pronto desistieron y dirigieron su atención al petróleo.

En 1920, el presidente Augusto B. Leguía abre el mercado del Perú a los capitales americanos. Comienzan las prospecciones petroliferas en la selva. Cuando es necesario, se compran los derechos a las compañías inglesas (Talara, 1924). Desde 1915 ya había concesiones petrolíferas en Chikais: son 240 has. "La región donde se encuentran estos yacimientos de petróleo está poblada por indios aguarunas y nantipas en estado salvaje. Entran fácilmente en relación con los civilizados".

Enseguida, comienzan las exploraciones de las compañías americanas. En 1924, el geólogo Singewald estudia las estructuras del pongo de Manseriche y nos deja una preciosa descripción del mismo. En 1929, se descubren los yacimientos de "Ganso Azul" y los geólogos de las compañías Mobil Oil, Standard Oil, Richmond... recorren toda la selva peruana hasta sus zonas más inexploradas. Este mismo año, el General Pershing, embajador norteamericano en Lima, media y negocia la devolución de Tacna al Perú a cambio de concesiones petrolíferas. Pero Arica queda definitivamente para Chile.

Otra forma de penetración en el Perú es la ideológica. La Banca Rotschild favorece abiertamente con su financiación la penetración de los evangélicos en el Perú, a través de sus pastores norteamericanos. Este tipo de penetración se intensificará después de la Segunda Guerra Mundial apoyada en la "política del buen vecino" y en el famoso "punto cuarto".

26. Las Misiones: católicos y evangélicos

La Misión Agustiniana

En un capítulo anterior (Shijing), se habló de los comienzos de las nuevas misiones católicas después de la Emancipación. Posteriormente, en el capítulo referente al levantamiento aguaruna contra los caucheros de Nazareth y Huabico, de la muerte de los dos primeros misioneros agustinos, el P. Bernardo Calle y el H. Miguel de Villajolí. Completaremos ahora lo que allí se dijo con unos datos concretos referentes a nuestra zona.

Creada la Prefectura, el 27 de octubre de 1898, y asignada su enorme extensión de 335.481 km. cuadrados a los misioneros españoles agustinos, lo primero que hace el P. Paulino Díaz, primer Prefecto, es hacer un recorrido, estudiar la situación y planear el trabajo. ¡Todos los misioneros de que disponía para atender desde el Putumayo a Jaén eran cuatro sacerdotes, contando con él mismo y dos hermanos de obediencia!

El rsultado de su estudio es el siguiente:

"Respecto a la población blanca y mestiza –escribe– es rarísimo el que sabe el Símbolo. Esto explica el que casi haya desaparecido de esta región la práctica religiosa y el culto católico, reduciéndose todo ello a alguna práctica exterior que más puede apellidarse superstición que religión". Estos eran aquí, los caucheros y colonos a los que nuestros viejos llamaban "cristianos"...

"La causa primordial –sigue explicando el Prefecto Apostólico– es la escasez de clero, la dificultad de comunicación, la dispersión suma de la población y también la conducta del clero, explicada en parte por la mezquina dotación del mismo: 25 soles mensuales". Los remedios serían:

"Buenas autoridades, aumento del número de sacerdotes, mayor número de doctrinas. Para los sacerdotes: más dotación, remoción de los indignos, facilidades para su trabajo, obligarles a que asistan a su doctrina".

Respecto a los aguarunas:

"Desde mi llegada a la misión, comprendí la necesidad urgente de establecer una misión en el alto Marañón para la conversión de los numerosos salvajes aguarunas, nantipas, muratos, etc. que vagan por aquellos extensos territorios en ambas márgenes del río Marañón y de sus caudalosos afluentes. Contener sus correrías que han llevado a la devastación más absoluta de aquella rica comarca en otro tiempo tan floreciente y hoy, completamente desierta. Pero no me fue posible realizar el ardiente deseo hasta el mes de noviembre de 1901, al tiempo que se fundaba la colonia de Puerto Meléndez a la entrada del Pongo de Manseriche, en la misma margen del Marañón, de donde arranca el camino que ha de unir la cuenca hidrográfica del Amazonas con la costa del Pacífico a través de los Andes.

Así establecí en el mismo sitio la Misión de San Antonio, compuesta por ahora de un religioso sacerdote y de un hermano lego.

A pesar de inmensas dificultades, se ha conseguido levantar la modesta capilla con sus ornamentos y utensilios necesarios y una casita para alojamiento de los misioneros".

Respecto a los aguarunas, he aquí lo que dice:

"Es necesario someterles al trabajo, instrucción y buen empleo con chacras y trochas y que sea el terreno propiedad exclusiva de los indios". Por esta última frase podemos perdonar al buen P. Paulino las expresiones anteriores que no hacen sino reflejar la idea común que se tenía en aquellos tiempos de los nativos y de "riquísimas tierras".

Para todos estos planes y la ingente labor que le esperaba, sólo tenía el P. Paulino sus cinco misioneros, sus dos hermanos y su dotación mensual, que generosamente le daba el gobierno, con sus 16 soles mensuales: menos de lo que daba al clero secular al que admás se le posibilitaba conseguir estipendios de los feligreses cris-

tianos. Afortunadamente, algunos bienhechores como el Coronel Portillo y la "Unión Católica de Señoras" que presidía doña Jesús Iturbide de Piérola, algún cauchero y –como veremos– hasta los mismos "viejos" le ayudaron a sobrevivir y trabajar en aquellos difíciles y primeros momentos.

De la zona aguaruna hubo de encargarse el P. Bernardo Calle que, efectivamente, en 1902 se junta a Mesones Muro que está en Nazareth "gorreando" movilidad. Allí, lo encontramos en el paso de los Pongos como nos lo describe Mejía Baca en su biografía del explorador de Ferreñafe: "Enrique Brünning y Fray Bernardo Calle, como simples peones en mangas de camisa se prepararon para la maniobra de jalar la canoa".

En 1903 (julio, agosto y etiembre) recorre Pastaza y Morona visitando a los huambisas y achuares "que no tienen la mala costumbre como los aguarunas que quieren que todo se les dé de **"guanga manda"** (¿querrá decir **"wainca"**?). Lo que padeció en estos viajes, sin comida, sin saber apenas cuatro o cinco palabras en la lengua nativa, sólo lo sabe Dios. Y El se lo premió bien concediéndole el premio más deseable para un misionero: el poder morir en la brecha.

El 19 de octubre llega a Wabik, donde está el cauchero Fabriciano Yajamanco y levanta en el mismo sitio una modesta capilla bajo la advocación del Dulcísimo Nombre de Jesús, como un homenaje a su provincia religiosa agustiniana. Para ello, recibe toda clase de auxilios de Yajamanco y los infieles de las inmediaciones.

El 25 del mismo mes de octubre es la bendición de la capilla. Regresa de nuevo a Puerto Meléndez mientras Yajamanco va a Iquitos. A finales de noviembre, surca de nuevo adelantándose a Yajamanco que todavía no llega. Allí, en Wambico, espera para aprovechar la movilidad posible y subir hasta Pomará. Y en Wabik les sorprende a él y a Villajolí el levantamiento aguaruna y con él, la muerte.

La pérdida de los dos misioneros es irreparable para la Prefectura Apostólica. En el año siguiente, 1904, Fray Paulino Díaz remonta el Marañón para confirmar los rumores de la muerte de sus misioneros. Pero los nativos se han retirado a sus "centros" y es imposible establecer contacto con ellos.

En este mismo año, en reunión del Prefecto Apostólico y los prelados de Chachapoyas y Trujillo, en presencia del señor Delegado Apostólico se acuerda, mientras no se determine otra cosa,

que la zona aguaruna aguas arriba del Pongo de Manseriche, dependerá del obispado de Chachapoyas.

Pero como el Prelado de esta última diócesis tampoco tiene gente para atenderla, todavía en 1915 Monseñor Sotero Redondo, Sené Fraile y Lucas Espinosa, recorren el río para atender a los "civilizados". Lo mismo hacen en 1917 y 1920. Este es el final de la actividad de los PP. Agustinos aquí. En 1922 se dividirá el Vicariato de Iquitos y se encargarán de este territorio, siquiera de manera precaria, los PP. Pasionistas de la nueva Prefectura Apostólica de Yurimaguas.

La Misión Pasionista

En los comienzos de los años veinte, era ya más que evidente que si se intentaba hacer alguna labor eficaz en el aspecto religioso en la selva, no eran de ninguna manera suficientes los esfuerzos de los PP. Agustinos de Iquitos. Sobre la desmesurada extensión de su territorio, sus escasos efectivos quedaban cada vez más absorbidos por la propia capital, Iquitos, que iba creciendo más y más como centro urbano. Y así, la atención a la población nativa iba quedando cada vez más postergada.

En 1921, se publicaba en Roma la Bula de erección canónica de una nueva Prefectura Apostólica que había de responsabilizarse de la atención religiosa de la parte occidental del antiguo Vicariato de San León de Amazonas. Según el régimen concordatorio vigente en aquel momento, la creación se hacía simultáneamente por la Santa Sede y por el Gobierno Peruano. La Bula de creación decía así:

"Deseando subvenir en forma más eficiente a las tribus indígenas de las dilatadas zonas del Alto Amazonas que en su misérrima condición suspiran por los beneficios de la fe y la civilización, hemos acordado erigir una Prefectura Apostólica enviando allí nuevos operarios... Desmembramos por nuestra autoridad Apostólica y en virtud de las presentes letras, la antigua Prefectura de San León de Amazonas y sustraemos a ella las regiones compren-

didas en el Marañón o Alto Amazonas con sus afluentes y subafluentes, dentro de los límites de la República Peruana limitados por los ríos Nucuray y Aucutiyo. Con los territorios así separados formamos e instituimos la nueva Prefectura Apostólica que se llamará San Gabriel del Marañón". El nuevo territorio eclesiástico se encomendaba a la Congregación Pasionista que había de encargarse de aportar personal y medios de trabajo".

Por su parte, la Resolución Suprema "secular" se expresaba así:

"Considerando que las Prefecturas Apostólicas creadas por las Resoluciones Supremas del 27 de octubre de 1898 no han sido suficientes para llevar a cabo la evangelización y civilización de las tribus salvajes que habitan en el territorio del oriente; que debido a la extensión de dichos territorios todavía no ha podido llegar a muchos lugares la acción redentora de los Padres Misioneros... modifícanse los límites de la Prefectura Apostólica de San León de Amazonas que comprenderá toda la región actual con excepción de la Prefectura del Marañón".

Como se ve, no desaparece todavía la ambigüedad de los límites que se remiten a algo todavía provisional y no claro. El "mientras no conste otra cosa" acordado en la reunión de Lima de 1904 prosigue en vigencia. Sin embargo, como sucedió con la misión de los PP. Agustino, el celo apostólico de los pasionistas no puede permanecer indiferente a la situación de la población situada al otro lado del Manseriche a la que la diócesis de Chachapoyas no tiene medios de atender. Como veremos, los misioneros de la nueva Prefectura Apostólica seguirán incursionando en la zona del Nieva y Santiago con la aprobación gustosa del obispo de aquella diócesis.

En lo que respecta a los territorios situados al E. del Pongo de Manseriche los encargados del trabajo apostólico enviaban regularmente sus informes tanto al Ministro de Justicia y Culto cuando al Prefecto de Loreto. Misioneros como el P. Benedicto Lekue, el H. Uranga y otros se agotaban literalmente recorriendo las lentas y complicadas vueltas y estirones de los afluentes de la orilla izquierda del Marañón haciendo todo el bien que podían.

Del trabajo aguas arriba del Manseriche, atendidas por pura caridad cristiana pues ninguna obligación jurídica les forzaba a ello, tenemos los siguientes datos:

1929. Los PP. Abundio Vilariño y Martín Corear penetran en Nieva con entusiastas y ambiciosas expectativas. Pero la muerte de

Vitap, hermano del famoso Puanch y la consiguiente represalia por parte de éste, tiene a todo el río en efervescencia y los Padres -aunque bien acogidos- no pueden hacer sino regresarse.

En 1930, Monseñor Atanasio Jáuregui penetra en el Santiago.

1933. El P. Marcos Salazar emprende una nueva tentativa por el Nieva.

1935. Penetración indecisa –por ignorar si aquel territorio les corresponde– a cargo de Cayetano Ardanza y Abundio Vilariño.

1938. Expedición del P. Lekue y H. Uranga...

En los libros parroquiales conservados en San Lorenzo, queda el resto de los bautizos, mayormente de párvulos, realizados en estas expediciones.

Hasta las cabeceras del Cahuapanas llegaban los esfuerzos de los PP. Pasionistas. Gracias a sus relaciones, nos ha llegado la noticia de una matanza en Chayawitas ejecutada por los viejos del Alto Nieva en 1934.

Era evidente que, con sus bases de partida tan alejadas, sin tiempo ni posibilidad de aprender la lengua, a pesar de estas expediciones emprendidas tesoneramente cada dos o tres años, nada consistente se podía conseguir. Por eso, el primer Sínodo Vicarial del Vicariato de San Gabriel (9 de diciembre de 1946) reclama unánimemente la apertura de un catecumenado en Borja. El proyecto quedó en las actas pues dificultades muy reales y concretas lo hicieron imposible.

Como se verá después, al comenzar los conflictos con el Ecuador en 1938, la guarnición militar de Castro se traslada a Cahuide. El Ministro de Agricultura ofreció a Monseñor Jáuregui el puesto militar abandonado para establecer allí una granja con 30 cabezas de ganado vacuno que dieron comienzo a un proyecto de desarrollo local en el río Santiago. Monseñor Jáuregui envió a dos misioneros que vieron por fin la posibilidad de levantar allí un centro estable de irradiación. Pero como la región estaba despoblada y el Gobierno no cumplió sus promesas, el Vicario Apostólico retiró de allí su personal y lo transfirió a Borja. Posteriormente, al hacerse los misioneros jesuitas cargo del Santiago y no ofrecer Borja porvenir para la misión aguaruna, las pocas cabezas de ganado vacuno que se habían adquirido del ingeniero Juan Pardo Miguel fueron retiradas a San Lorenzo.

El 26 de noviembre de 1942, y para poder tratar de modo más estable en el Santiago, los PP. Pasionistas habían solicitado del Obispo de Chachapoyas, Octavio Ortiz de Arrieta, autorización formal y escrita para trabajar allí.

El 20 de noviembre de 1942, responde éste:

"En uso de nuestra jurisdicción ordinaria y no pudiendo atender al servicio espiritual del territorio comprendido en ambas márgenes del río Santiago, desde la frontera del Ecuador hasta su desembocadura, pertenecientes a este Obispado de Chachapoyas por falta de sacerdotes, encargamos ad tempus el cuidado de esta región al Ecmo. Mons. Atanasio Jáuregui..."

Con sus bases a enorme distancia de Yurimaguas, en una zona carente de comunicaciones, la escasez de personal misioneros y las exigencias crecientes de la cristiandades de la zona del Huallaga poco más podían hacer los pasionistas. De su obra, sólo quedó para sus abnegados veteranos el recuerdo de las fatigosas trochas –emprendidas como se hacía entonces con las largas y negras sotanas– la salud deshecha y la espina frustrante de una ilusión evangelizadora que las circunstancias les impidieron realizar.

Uno de los "convertidos" y bautizados por los pasionistas en el río Morona fue un shapra que habría de alcanzar fama internacional por la propaganda hecha en la televisión de EE.UU. por el Instituto Lingüístico de Verano. El nombre de Tariri ha quedado inmortalizado en efigie en un hotel de la lejana Pucallpa.

Los evangélicos llegan al Marañón

En mayo de 1932, Monseñor Atanasio Jáuregui recibía del Comandante Jesús Ugarte un cuestionario cuya pregunta número 5 decía textualmente:

"Informe si los misioneros a su cargo realizan, al igual que los pastores evangélicos, la propaganda de la fe cristiana llevándoles el alivio espiritual que tanto necesitan".

Prescindiendo del tono irrespetuoso con que se pide cuentas al Vicario Apostólico de un asunto tan fuera de su incumbencia como el del "alivio espiritual" de los nativos (ciertamente, no demasiado bien tratados por las autoridades civiles ni militares), la pregunta nos da la primera noticia oficial de una realidad nueva en el Perú tradicionalmente u oficialmente católico.

La explicación de este hecho y sus implicaciones nos llevan a la lejana Europa donde en 1918 terminaba la Primera Guerra Mundial. Para el triunfo final en ésta, había sido definitiva la intervención del Cuerpo Expedicionario norteamericano al mando del General Pershing. "Nunca hubo una inversión más afortunada", pudo notar un historiador de aquella nación.

La intervención de aquel millón de hombres que decidió la contienda en favor de los Aliados ya exhaustos valió a los EE.UU. manos libres en Sudamérica desplazando definitivamente a los capitales ingleses en el juego económico del sub-continente y convirtiéndole en "zona de influencia" indisputada.

Se había realizado un viejo sueño imperialista. El "América para los Americanos" del Presidente Monroe había madurado hasta convertirse en "América para los norteamericanos" de Mac Kinley. La apropiación pretendía abarcar, como instrumento para lo político y económico, otras áreas más ambiciosas.

Poco antes, el Presidente Leguía había dado entrada a los capitales norteamericanos de la Banca Morgan, las compañías petroleras y, como sobreprecio, a la oleada de propaganda protestante y proselitista procedente de un país religiosamente neutro, según su Constitución, pero cuyos grupos de poder económico y político estaban fuertemente marcados por una tendencia protestante y sectaria. A partir de ahora, toda campaña para subdividir confesionalmente a los ya tan divididos países del sur del continente contará con masiva financiación procedente del poderoso vecino del norte.

En 1918, ha llegado hasta la Yunga un pastor evangélico norteamericano, un tal Mac Henry (Bakerre para los aguarunas). El será quien presente a Winnans al famoso, aunque ya bastante anciano, Samarén; Winnans había sido consagrado oficialmente como misionero para el Marañón y traía consigo un grupo de familias también evangélicas de la costa que vienen a probar fortuna aquí y se instalan en tierras de la antigua comunidad wámpuka de Santa Rosa donde fundan otra comunidad propia: la Yunga.

Roger Winnans fue un hombre notable. Aprende pasablemente la lengua de los viejos y se interesa por sus costumbres. En 1947, publicará una cartilla para la enseñanza del castellano a los nativos ("El Lector Awajum"), un esbozo de gramática y un estudio sobre los aguarunas que publicará la Sociedad Geográfica de Lima. Los nativos lo quieren y en su escuelita estudiarán Kaikat, Dán-

duchu, Kuniachi y otros que serán luego los puntales de la obra proselitista del Instituto Lingüístico de Verano.

El apoyo del viejo Samarén le resulta invalorable y también le ayudan en su trabajo Rubio, Julián Lara y el maestro Toribio de Bagua, que alternarán sus trabajos proselitistas con el de "patrón" de los aguarunas aunque es de justicia consignar que dejaron fama de honradez y justicia en su trato con ellos. El mismo Winnans trabajará como agente de la Compañía Gomera del Marañón en el lapso del breve repunte del negocio del caucho durante la Segunda Guerra Mundial.

El pastor Roger dejó un nombre rodeado de prestigio en el Marañón. Con singular clarividencia, ideó un sistema de escuela que va trasladándose de un lugar a otro proporcionándole sucesivos puntos de apoyo: Pomará, Temashnum, Yamayakat, Urakusa, Kusú (?) y, en 1941, Alianza en la boca del Cenepa. Aunque no logró grandes éxitos en su lucha contra la bebida del masato, dejó un buen grupo de conversos y puso los fundamentos de la posterior penetración masiva del Instituto Lingüístico de Verano.

En 1930, Walsurth substituirá durante un año a Winnans. Cuando éste se retiró a finales de los años cuarenta, la Iglesia del Nazareno quedaba firmemente establecida en el Alto Marañón.

27. *Inquietud en la frontera Nor-Occidental*

Los intentos de infiltración ecuatoriana

Desde principios de siglo, venía intentándose por parte de los ecuatorianos la penetración de nuestra frontera norte.

En 1902, el Comisario del Alto Marañón, Polís, denuncia haberse producido una infiltración del vecino del norte en nuestra frontera.

En 1920, una irrupción huambisa sobre Borja es atribuida a maquinaciones del mismo país. Pero, en ese mismo año, los "se dice" se han convertido en hechos comprobados. Ecuador, que ha instalado una guarnición militar en Yaupi, penetra después audazmente en 1933 hasta el lugar llamado después "Dos de Mayo" en boca de Potochi. Ha querido aprovechar la ocasión del conflicto con Colombia, pero la reacción peruana no se hace esperar.

Los hermanos Caballero, colonos del río Santiago, avisan inmediatamente a las autoridades militares y, en julio de ese mismo año, un grupo de combate peruano rodea calladamente a los intrusos, cae sobre ellos con sorpresa y con firmeza y cortesía los devuelve intactos a su frontera. Inmediatamente se funda allí el puesto peruano de Cabo Reyes. El Perú ha decidido ocupar militarmente la zona. El 8 de julio se funda Pinglo en la boca de Santiago; Castro (octubre, 1937) y Cahuide (1938).

La inquietud se ha propagado al río Cenepa, donde se establece ese mismo año un puesto de capitanía en la boca del Comaina y Cenepa con el nombre de Chávez Valdivia, antiguo comisario del Pastaza y héroe de la guerra con Colombia. Y, a continuación, Silva Jiménez Banda en la misma frontera y Alianza en la confluencia Cenepa-Marañón. Jiménez Banda fue el oficial que, como buen jefe, muere ahogado para salvar a sus soldados que han entrado inadvertidamente en aguas innavegables.

Conflictos con los aguarunas y huambisa

Como se adivina fácilmente, la ubicación de guarniciones de soldados entre la población nativa tenía que acarrear a la larga conflictos con la misma.

En aquellos años anteriores a la campaña de Zarumilla, la vida en las guarniciones de frontera era muy dura; los abastecimientos, escasos; el alcohol, la única evasión y los soldados, hombres mal resignados a un celibato forzoso. Los oficiales no eran siempre capaces de imponer una disciplina estrictra. Se gozaba de la impunidad de la fuerza y de la lejanía de los escalones superiores del mando. Recordemos además, la frase del Teniente Coronel Zanabria en su libro "Luchas y Victorias por la Defensa de la Frontera" (41) "La división de la selva... considerada todavía hasta hace muy poco como la División de Castigo..."

Algún tiempo después, los propios soldados de Chávez Valdivia asesinarán junto al mástil de la bandera al Capitán Bayron a la mujer que le acompañaba haciendo correr la voz de que se había ahogado. Una indiscreción en borrachera los descubrió y hubo que esperar y simular un relevo para que los culpables fueran detenidos y enviados a juicio. Y si esto es lo que sucedía con los propios jefes, podemos imaginar la tentación que supondrían las mujeres de los nativos... todavía se recogen testimonios de mujeres, ahora ancianas, que tenían que huir apresuradamente al monte con sus criaturas tiernas para escapar de los soldados que las acosaban.

En Chávez Valdivia, un arrogante **Mun** se presenta tratando de hablar de igual a igual con el jefe militar:

– Tú soldado, yo soldado. ¡Ordena a tu gente que no se meta con nuestras mujeres!

Le hicieron sentar, le convidaron a comer, se emborrachó, lo mataron. Su hijo, escondido, vio lo sucedido y lo contó después.

También en Chávez hay un feo asunto en que interviene un tal cabo Zapatero y otro al que llaman "el Chino". Este viola repetidamente a mujeres aguarunas. El viejo Maitung lo mata y hace desaparecer su cuerpo en la cocha de los lagartos. El Teniente Laca, con ayuda de otros aguarunas enemigos de Maitung, consigue apresarlo. Lo llevan al puesto, lo maltratan a él y a su hijo. Otro de sus hijos logra hacerle llegar un pequeño cuchillo con el que logra desatarse, libera a su compañero y, en la noche, desaparecen. Maitung murió después en Aintam cuando la gripe. Todavía algún "licenciado" **apach** de los que se establecieron después en la zona recordaba el episodio. La presencia del Teniente Laca asigna a este episodio una fecha de finales de 1939.

El Mun Shariand

Sucesos parecidos a los de las guarniciones del Cenepa ocurrían también en el río Santiago.

Shariand vivía en Chinganaza cerca de Cabo Reyes. Sus padres fueron Pirucho y Nugkui. Las purmas que se conservan todavía cerca de Villa Gonzalo, nos revelan el auténtico **Mun**: trabajador, hábil en todas las actividades propias del padre de familia, afortunado mitayero. Viste y cuida bien a sus mujeres, se levanta antes del alba a hilar. Pero, sobre todo, es guerrero temerario, inteligente e invencible. Pelea contra el Samarén del Marañón, pero después arregla con él. Mata a Tukup y Unkum, quizá en Wega Amunigmu.

Vivía junto a Awananch y Pati y, así las cosas, las violaciones a las mujeres huambisas por parte de los soldados se repetían una y otra vez. Los **munta** se quejan al jefe militar que no les atiende. Entonces los viejos se toman la justicia por su mano.

Pero entonces no eran ya los tiempos de Besada en el Morona. Los soldados de la guarnición le tienden una emboscada con ayuda de otros huambisas, sus enemigos. Matan al hijo de Awananch y balean a éste. Herido, lo conducen a la guarnición del Teniente Pinglo.

Shariand, también herido, logra escapar, pero lo traiciona un peón nativo que trabaja con los Caballero, los colonos de la zona. Con pretexto de ir a comprarle gallinas, conduce a los soldados hasta el escondite de Shariand y éste, herido, no puede huir a tiempo. Lo encadenan y allí, en el suelo, obligan al traidor a patearlo aunque éste no quiere pues teme todavía a Shariand.

Conducidos a Pinglo, ambos heridos son obligados a cavar sus fosas y les fusilan haciéndoles mirar los fusiles. La narración hecha por uno de sus parientes es patética:

– ¡Mira!, le dicen. ¡Mira la boca de los fusiles que te van a matar!

¡Cómo iba a hacerlo el pobrecito! Miraba al suelo.

El pelotón de soldados hace fuego y así cae el último campeón de los huambisas del río Santiago.

Esta es la historia de la instalación de las guarniciones militares en la zona. Afortunadamente, eran otros tiempos. Pero se ha producido ya un hecho irrevocable; los viejos han perdido totalmente el control de "facto" de la zona que ahora ostentarán las guarniciones para mal y para bien, porque ahora acabarán las grandes expediciones guerreras entre ríos que diezmaban la población nativa. La reducción de cabezas y la fiesta de la **Tsantsa** no podrán celebrarse más. Y muy pronto, esos mismos soldados serán los que habrán de defenderles de otros soldados –esta vez, extranjeros– que vienen a despojar de sus tierras a los aguarunas y huambisas.

"Los peruanos han agredido las guarniciones orientales", dicen, tergiversando la verdad los partes de guerra ecuatorianos.

En Aguas Verdes, Perú contraataca y, por primera vez en América, emplea paracaidistas. En la guarnición de Castro, un intento de ataque es rechazado sin vacilar, después de la acción victoriosa de Zarumilla. Cesan las hostilidades el 31 de julio de 1941. Va a comenzar una nueva época de nuestra historia.

Los comienzos de la penetración criolla en nuestra selva

Aunque nuestra selva es peruana y peruanos nosotros los nativos (como peruanos son los criollos y mestizos de la costa), estos últimos no habían penetrado nunca en nuestra zona para vivir en ella.

Los caucheros venían más bien para llevarse nuestros productos y enriquecidos con ellos, volver a sus tierras. Pero ahora van a cambiar las cosas. A la llamada colonización extractiva va a seguir la colonización de asentamiento con la ocupación efectiva del territorio hasta ahora independiente de toda autoridad criolla. Sus pasos, en un principio, van a ser lentos.

Incidentalmente, se habló de Mesones Muro a propósito del P. Calle y de Burga y Yajamanco. Ante el proyecto de una vía de penetración hacia el oriente, cruzando la sierra de Huancabamba, el ilustre explorador de Ferreñafe propone una alternativa que juzga mucho más fácil. El paso de los Andes por su parte más baja (Porculla: 2,145 m. sobre el nivel del mar). Para demostrar la factibilidad del proyecto, él mismo se ofrece a recorrer esta ruta en un plazo fijo de tiempo. Mesones cumple su promesa a pesar de lo deficiente del apoyo recibido. Su intuición de momento quedó sólo como proyecto. Pero quedaron hechos sus estudios y los del ingeniero Brünning, su acompañante. Con este motivo, Brünning divulgó también algunas noticias sobre la población aguaruna, muy poco conocida en el resto del país.

Nuestra selva y sus pongos se van haciendo cada vez más, relativamente, accesibles. La recorren, como dijimos, los geólogos. Y también los primeros viajeros en busca de emociones y argumento para publicaciones más o menos sensacionalistas: Flornoy, Wabrin, etc.

Desgraciadamente, con este aflujo de personal extraño han entrado en forma cada vez más virulentas nuevas enfermedades. La gripe se conocía desde 1890, pero epidemias cada vez más crueles hacen víctimas entre los viejos que no están inmunizados contra gérmenes a los que los apach ya lo estaban y de los que eran portadores. En 1917, hay epidemias de cólera o fiebre amarilla; en

1940, viruela y gripe. Después vendrá el sarampión. Todas son enfermedades nuevas que los viejos no conocían y que, por lo tanto, los viejos atribuyen a veces a la brujería...

El año 1928, una catástrofe natural asoló las tierras del Cenepa y el Marañón así como las de las zonas circunvecinas: Jaén, Bellavista, Bagua. Un terremoto de inusitadas proporciones que agita la tierra durante varios días con sacudidas sucesivas e imprevisibles. Nunca olvidaron los viejos este **pegájau** que obscureció el sol durante el día con el polvo levantado, hizo desbordar las quebradas cambiando su curso, formó nuevos "pongos" y originó peligrosos embalses que luego se rompieron ocasionando oleadas devastadoras.

–"Teníamos que agarrarnos a los árboles para no caer"– cuentan todavía.

El antiguo conjuro del terremoto que parecía ya olvidado, vuelve a resucitar en boca de los viejos. Y cuentan que hombres, mujeres y niños, en casas separadas, bailaban desnudos, bailaban cantando un **anem** pidiendo misericordia:

Apawa, Apawa uwa, (bis)	Oh, Padre, Padre
jutíjusta tusamak,	¿Para esto nos has hecho?
aya najatuamume?	
Apawa, Apawa uwa (ter)	Oh, Padre, Padre
pegájatu, pegájatu (ter)	la tierra se sacude, se sacude
jauchá, jauchá	ay de mí, ay de mí
Apawa uwa	Oh, Padre, Padre
jutíjusta tusamek,	¿para esto nos has hecho?
Ame najatuamume	Oh, Padre, Padre
Apawa uwa	

Los aguarunas de Miraflores atribuyeron este sismo a Apajuí. Los shuaras del Ecuador asociaban el movimiento sísmico a Ijái. Y su **anem** y el rito de la danza eran semejantes.

Durante mucho tiempo, el gran terremoto del 28 fue la referencia cronológica más segura:

– ¡Esto sucedió después del terremoto!

Calmada la inquietud causada por la muerte del Comisario, en 1917, Gregorio (el Erecuyo de los viejos) regresa a Domingusa. En 1920, un español, un gallego llamado Graña, se instala en Nieva para la cría

de ganado. Uno de sus empleados es Nepthalí López, el padre de Teresa Kunanchi. También Graña dejó familia aguaruna, su hijo Alfonso, hijo de Makat. Graña murió en 1936, al pasar el pongo de Manseriche después de haber sido operado en Iquitos.

Va aumentando el número de colonos establecidos de manera permanente: Roldán Torres, los hermanos Caballero en el Santiago, Longinote, Alzubialdes, Angulo, Trigoso, Chanchari... También ha regresado Abel Ríos, el antiguo gendarme del Comisario. El será quien, en 1939, avisará a las autoridades militares de la presencia de ecuatorianos en Boca Potochi. En estos momentos del post-caucho, las oportunidades económicas son el oro, el barbasco (que alcanza buenos precios de 1935 a 1960 en que es desplazado por la rotenona sintética), la leche caspi, la balata y un exiguo comercio con los nativos. Tras esto, después de la guerra con el Ecuador, se estableció otro grupo, en su mayor parte "licenciados" que habían venido con ocasión de aquélla. Así comenzó la época de los "patrones".

28. Las guerras de los viejos

La memoria de todos los pueblos gusta conservar, junto a la sucesión de los hechos que marcaron las grandes líneas de su acontecer como naciones, esos otros hechos más menudos y concretos que nos hacen revivir la vida de sus héroes y el transcurrir de sus luchas.

Por nuestra parte, también los **aénts** aunque nuestra tierra es reducida y nuestros hombres, pocos, tenemos también nuestros héroes y la memoria de las guerras en que nuestros viejos demostraron su valor, su inteligencia y su capacidad de sacrificio para defender su familia, su quebrada, su etnia.

La memoria inmediata entre los nuestros, por carecer de escritura hasta hace poco, abarca solamente algunas generaciones. Por eso, los sucesos y personajes que aquí se consignan tienen su lugar en la historia entre 1840 y 1940.

Dedicamos estas páginas a la memoria de Yu, Ampúsh, Kuniash, Téts, Pati, Pujupat, Antúm, Urupitu, Vikayo, Petsaíd, Akuts, Kuúnt, Akachum, Sunta, Anem, Chumap, Tentéts, Awananch, Shariand, Tsuím, Shimpukát, Mariaku, Tásih, Mayap, Tokup, Unkum, Shajup, Mashingash, Patuk, Kuji, Benjamín, Chiwan... **Ashí Kakajam ainoush.**

De sus leales compañeras: Nunkaim, Tsapik, Takamanch, Intai, Untsumak, Waar, Suanía, Yanúa, Mamaik, Waniak, Yaún, Ipak... **Ashí nuwa ainoush.**

De los jóvenes caídos sobre sus lanzas en la flor de la edad a quienes sus madres lloraron porque habían muerto defendiéndolas...

Hoy, quedan otras armas y otras guerras diferentes, más silenciosas, más difíciles y más trascendentales. No se trata sólo de la

propia casa y la propia familia o de demostrar que sabemos salir al camino y –como hombres– pararnos en él con la lanza empuñada. Es ya toda la etnia amenazada de perder su propio ser o, como dicen los **apach**, su identidad, su **aentstia.**

Nuestros hombres ya no tienen que empuñar el agudo **sayo** Ahora se necesita otra forma de renunciar al egoismo, la inteligencia clara para ver qué es lo que conviene, no dejarse cegar por aparentes valores ni comprar por el halago ni ceder a la codicia de la plata fácil.

Ya no despertamos sobresaltados en medio de la noche por un enemigo que irrumpe en la casa dando gritos de guerra. Pero el enemigo siempre está presente. Por eso, necesitamos saber –como los viejos– renunciar a las rencillas internas uniéndonos en un proyecto común. Necesitamos el valor, el sentido de la propia dignidad, la paciencia en saber sufrir sin doblegarnos, el sacrificio para defender a los nuestros, y el trabajo que nos prepara para nuevas tareas y nuevos desafíos.

Necesitamos recordar a nuestros viejos. Por eso, mientras amanezcan las luces de un nuevo día y circule la **yukunta** de la primera ablución y los **uchis** escuchen los consejos de sus padres; mientras quede masato en la **buits**; mientras se cante un **anem** y un **anú yamá ya** provoque el ingenio para responder **jaaji jaajai** en los **nampuemo**, las historias de los **munta** seguirán contándose y los hijos las transmitirán a sus propios hijos.

*El **Mun** Samarén*

Samarén, hijo de Kúniash (las mujeres de éste se llamaban Magit y Tsatseme), había nacido en Achuím. Sus hermanos legítimos eran Chu, Davin, Unkuch y Yasmantu. Al principio, se llamaba Tupiká.

Como los viejos que antes de casarse peleaban mucho para mostrar su valía, se fue a vivir a Changos. Allí se robó a Inchit, mujer de Shuki, y con ella se fue a vivir al río Mayo. En este lugar, los aguarunas trabajaban con los **apach**, pero éstos habían matado a cuatro aguarunas. Al llegar allí, Samarén les aconsejó bien para que pudieran vengarse de los que los habían matado enterrando a los

paisanos en un pedregal para que no pudiesen encontrarles. Efectivamente, atrajeron a los **apach** a una emboscada y allí arreglaron. Samarén mató personalmente a uno de estos culpables. Después de esto, cambió su nombre de Tupiká por el de Samarén y se regresó de Achuím.

Desde el Numpatkain, iba a pelear al Kanúsh contra los huambisas. En una de estas expediciones, capturó a dos mujeres de la familia de Shariand. A una de éstas, Yampaniak, la tomó inmediatamente por esposa, a Waar –aún niña, la entregó a su hermano Chu para que la cuidara y, cuando era ya señorita, la tomó como **aneetái** (mujer preferida). Posteriormente, conversando bien con los de Shariand, hizo pacto con ellos y se ayudaban en las guerras.

Estos fueron los hijos de Samarén:

De Waar tuvo a Tigish (Teresa), Andrés, Moisés, Manuel, Kumapa, Antonio, Yamash y David. También Waar le dio dos mellizos que nacieron muertos. Como la madre estaba inconsolable y tenía mucha leche que la hacía sufrir, Samarén adoptó como hijo a Aníbal Vilches, que se había quedado sin su madre.

De Yanua de Shimutas, tuvo como hijos a Inohik, Chumpik y Dajum-Wakuik. De la mujer de Shuki no pudo tener hijo. La devolvió a su marido. Tampoco obtuvo descendencia de Pancha, de Pomará.

Samarén peleó mucho y castigó a todos sus enemigos. Ayudó a sus parientes de Santiago y, en estas expediciones lo acompañaron a veces sus hijos pequeños para aprender desde niños el arte de la guerra. Y así, en el río Santiago, pudieron presenciar éstos la fiesta de la **Tsantsa.**

Dotado de clara inteligencia, pudo comprender enseguida que se avecinaban nuevos tiempos. Por eso se alía con el comisario a quien entregó como esposa a su pariente Sishin. A él, le encargaron las autoridades de Loreto castigar la muerte de Oscar del Valle y aprovechó el armamento que le proporcionaron para ello (carabinas y fusiles) para arreglar, al mismo tiempo, sus cuentas personales. Y así, no sólo castigó a los matadores de aquél, sino que destruyó casi del todo a sus enemigos de Kaya y de Nieva.

Celebró, al menos dos veces, la fiesta de la **Tsantsa**: una vez en Uht y otra vez en Temashnum. Habitualmente, se negaba a reducir cabezas de aguarunas, pero lo hizo sin vacilar para vengar la muerte de su hermano Chu.

Su partida de guerra, la más poderosa del Marañón, contaba con campeones como Chu de Chapi, Akuts de Chinimp, Mantu de Nazareth, Pati de Tutumberos, Téts (que poseía carabina propia y tenía fama de cruel pues mataba a las mujeres) de Achu, Pujupat de Kanoikupiku, Sanchún de Shimutas, Urupistu de Nazareth (el que fue muerto por Vikayo), Chuintan de Temashnum, Piunchik de Kangás, Shunta –hermano de Téts, Wajuyat de Duship, Wajajai de Chapi, Wak de cabeceras de Yutupisa, Nayap (uno de los más valientes), en fin, Santiak, Suvinki y Cossio – el lugarteniente del comisario... Los "Patukas", que fueron a vivir a Hebrón, también le ayudaron hasta que, al pelearse con él, tuvieron que correrse a la parte baja del Marañón. En verdad, Samarén tenía madera de caudillo.

Sus hijos lo recuerdan alto y fuerte. Fue el prototipo del **mun**, trabajador incansable en hacer chacras para sus mujeres, tejedor mañanero para tener bien vestidas a sus mujeres y presto siempre para recibir hospitalariamente en su casa y para acompañar a sus amigos cuando éstos necesitaban su ayuda en alguna expedición de guerra. El introdujo nuevos métodos de preparar las chacras mediante una "roza" total.

Acostumbraba a sus hijos y les obligaba a cumplir fielmente las costumbres de los viejos. Todavía recuerdan aquéllos cómo les reprendía por no hacer como es debido la toma matutina del **waish.**

No era cruel. Winnans, su amigo, lo describe como el "indio más noble que he conocido".

Samarén murió en Pomará en la gran gripe del año 1917. Allí, le enterraron debajo del gran árbol del pan que él mismo sembró junto a su casa a orillas del Marañón.

Llegó a reunir más de cien **kakajam** aliados. Sus hijos le recuerdan tocado con un "chakó" adornado con una gran borla dorada que le colgaba al costado, tal cual se la regalaron los **apach** y que le gustaba lucir en sus años de ancianidad.

Tsuim, el Waimaku

Antiguamente, a pesar de estar cansados de pelear unos con otros, aguarunas y huambisas no se confiaban. Los del Cenepa veían relámpágos sobre los cerros del lado por donde sale el sol.



La ceremonia de la Tsantsa

Tomado de: Karsten, Raphael. The head hunters of Western Amazons. Helsinki, 1935.

– Va a haber guerra, decían.

Tomaban y tomaban **natem** para salir al camino. Unos aguarunas fueron a reconocer. El camino al Santiago era por cabeceras de Huampami a las cabeceras de Yutupis. Para comer en el camino, llevaban carne de chancho. Recogidos los huesos, envueltos y amarrados en unas hojas, los botaron a la quebrada para hacerlos desaparecer. En esto, los huambisas estaban viniendo. Sin saber dónde estaban las casas, se extraviaban en el camino. Uno de ellos, impensadamente enredó el cabo de su lanza en la envuelta de hojas. Las sacó.

– Por aquí vino gente–, decía. Reuniendo a los demás, llegaron a una casa. Allí vivía Kuja, que era cuñado de Taijín. Rodeada la casa al amanecer, atacaron. Gritaban. Mataron al yerno de Kuja. Terminándole, fueron a matar a los de otra casa. Fuera estaban dos hombres; uno recogía yusagiak para hacer un collar y el otro decía:

– Mi nieto está viniendo a visitarme.

Saliendo de donde estaban escondidos, los querían matar. El que estaba recogiendo el yusagiak, escapó corriendo.

– ¡Nos están matando!– gritaba.

Tocaban el **túntui,** tocaban el **kachu,** todas las casas se avisaban unas a otras, por todo el Cenepa avisaban.

Tsuim era familia de Kuja y vivía en Weó. Allí vivía. Había ido al monte queriendo buscar comida. Escuchaba la bulla:

–¡Tse tse!– decía. Regresó a la casa. De cólera rompía las ollas.

Kajikui era el **Kakajam** de los huambisas. Estaba en la casa de Kuja y allí tenía reunidos a las mujeres y niños de los aguarunas.

– Yo ya cumplí – decía Kajikui – Voy a morir, pero antes cocinaré para comer. En un gran **pinig (kakajam umutai)** tenía reunidos todos los huevos que había reunido en la casa. Los niños estaban hambreando. Uno de ellos decía:

– Papacito, tengo hambre, quiero comer.

Kajikui gritaba como rugiendo:

– ¡Lleven afuera a los niños para que no me amargue!

– Quiero comer– decía el niño.

Kajikui le mató. Vendo allí unos collares de **dushíp,** preguntaba:

– ¿De quién son?

Una mujer para engañarle:

– No hagas caso, son de un muchacho, no son de hombre, son de un muchacho que no vale...

Los aguarunas se estaban acercando, como **wakan**, no se los veía... Los huambisas conversaban entre sí hablando de sus enamoradas:

– Tu sobrina no me quiere. Si muero, ¡castígala!

Y el otro:

– Cuando vuelva con la cabeza de un enemigo, mi enamorada me estimará más. Tomaban **natem**. Tomaban ají. Iba a ir a la otra casa para recoger la cabeza que habían cortado.

En el camino, una piedra se aflojó cayendo y sonó al chocar con una raíz.

– ¡Suelta al perro!, decían a la vieja para que al ladrar descubriera si venía el dueño. La vieja no quería, pero tuvo que soltarle.

El perro corrió, salió al monte, pero no ladraba. Sin ladrar encontró al dueño. Con la cola, al moverla, hacía sonar el **tantá** o escudo.

– ¡Es verdad, están viniendo!– decían los huambisas. Amanecía.

Pelearon mucho con las lanzas. Chuintan, amigo de Tsuim, se quiso defender escondiéndose en el hueco de un palo. No le alcanzaban con la lanza, pero el tronco estaba podrido; le alcanzaron, le mataron. Chiwant mataba y mataba huambisas. Shimukat mató a Kajikui.

Los huambisas tenían el cuerpo pintado de negro; los aguarunas, de rojo con achote. Había muchos muertos. Los aguarunas, al terminar la pelea, quebraban las lanzas de los muertos en las raíces de un árbol Nankíp. Las lanzas huambisas formaban un montón, las de los aguarunas otro montón un poquito más pequeño. Los cuerpos de los enemigos se amontonaban; los de los aguarunas eran un montón un poquito más pequeño, como tres partes.

Al perseguir a los huambisas conversando unos con otros se decían:

– Aquí les dejaremos ir–. Al llegar a Chamikit-náin dejaron de perseguirlos.

– Ya no vamos a pelear más, no vamos a acabarnos, no vale pelear.

Regresaron. Ahora no podemos encontrar dónde estaba antes Chamikit-náin.

Después Shimpukat, el que mató a Kajikui, se enamoró de una mujer del Santiago. Quiso hacer la paz con la familia y se fue a pasear al Kanus. En la casa estaba Tsejem, el sobrino de Kajikui.

– ¿Quién mató a mi tío?– decía.

– Yo le maté.

– Este es el que mató a mi tío –se decía Tsejem– Tengo que matarle.

Volvió otra vez de visita Shimpukat. Su enamorada le decía:

Quieren matarte, pero yo te avisaré. Si te digo "vas a beber por última vez para despedirte", es que quieren matarte.

Conversando dentro de la casa, querían competir a ver quién era el más fuerte. Agarrando un **tantá,** se lanzaban el **wachi.** Así probaban. A Shimpukat no le alcanzaban porque tenía bien agarrado el escudo. El acertó a Tsejem, le acertó en el pie, le acertó en el cuello.

– ¡Tenemos que matarle! –decían. Decidieron matarle.

Al servirle el masato, al despedirle la mujer, le dijo:

– Bebe, ya no vas a tomar más.

Entendiendo, calladito escapó.

– ¿Quién le habrá avisado?– se preguntaban los huambisas.

El **Waimaku** de los del Cenepa era Tsuim. El viejo Shirik es hijo de Kinin, hijo de Daichap, el hijo de Tsuim.

Wega Amunikmu

Nota: Hay enfrente de Urakusa, a la derecha del Marañón, una peña que avanza verticalmente sobre el río. Entre sus grietas, crece abundante hierba de hojas muy largas, alargadas, que crecen en ramilletes de más de un metro de alto. El río se ensancha mucho ahí y en menguante deja en los bordes, por el lado de Urakusa, extensos cascajales. Ese lugar que toma el nombre de una pequeña quebrada, Yamakentsa, fue el escenario de una épica batalla entre aguarunas y huambisas que los descendientes de ambos grupos rivales llaman **wega amunimo,** el exterminio de los antepasados. Un viejo, cuyo nombre no puedo recordar ahora, me la contó así, pasando por aquel paraje, bajando en bote hacia Santa María de Nieva.

Antes, nuestros viejos peleaban mucho con los huambisas. Bajaban los aguarunas en balsas, subían los huambisas en canoas.

Chocaron en el cascajal que hay en el lado de Urakusa. No tenían escopetas. Peleaban con pura lanza y escudo.

Los huambisas se habían provisto de piedras y, arrojándolas, partían los escudos de los aguarunas que quedaban sin defensa y, al huir, los mataban. Murieron casi ciento.

Dos aguarunas estaban ya para escapar cruzando al otro lado del Marañón donde el río es hondo. Pero uno de ellos logró llegar a la piedra. Aunque querían hincarle las lanzas, agarrándose a las hierbas que allí colgaban, pudo trepar a la piedra y así escapó.

Los huambisas le lanzaban piedras para tirarle abajo, pero el aguaruna, botando desde arriba piedras grandes mató a varios huambisas que se ahogaron. Este aguaruna era familia de Sántiak. Era bisabuelo. También luchó allí el abuelo de César Hilario que era Wajajay. El **kakajam** era Nayap.

El otro bajaba arrastrado por el río. Para respirar se ponía en la cabeza los grandes copos de espuma (**sao**) que el río arrastraba. Pero descubriéndole, hiriéndole con la lanza en un lado de la cabeza, hiriéndole en el pecho, murió. Se hundió y la corriente lo arrastró al fondo. Allí la corriente le arrastraba.

Yendo así, en una poza le encontró el **Panki.** Lo cuidó. Con su lengua le iba sanando las heridas y salió otra vez vivo. Como había visto al **Panki,** era **waimaku,** y ya no le podían matar. Este **waimaku** era el viejo Ambush. Así acabaron los viejos. Quedó sólo pura viuda. El **kakajam** de los huambisas era Nayap.

Pasó el tiempo y ya no se hablaba de guerra. Los aguarunas quisieron recuperar (vengarse). Sus jefes eran Tokup, Unkum, Kunchikui y otros dos que no recuerdo. Se reunieron gentes del Nieva, del Marañón, de Chapi del Mayo. Bajaron, esta vez con canoas, por el gran río y comenzaron a surcar por el Kanus, que ahora llaman Santiago. Bien calladitos subieron por una quebrada grande. Los del Kanus preparaban su fiesta y, cuando llegaron a las casas, sólo habían tres mujeres. Los hombres habían ido al monte a traer **kuntin** (caza) y las mujeres estaban en la chacra trayendo yuca para hacer masato.

Ocuparon las casas como dueños. Comían y bebían todo el masato que tenían los huambisas preparado. Después estaban aguardando a que los hombres regresaran. Así hacían como fiesta con las cosas de los huambisas. Tocaban el tambor, el **pinquí**, bailaban con el **makich** (sonajas de semillas secas) para hacer creer que ya habían regresado hombres del monte.

Nayap, el jefe, como **wajio,** no había ido con los otros. Estaba en el **ayamtai** para ver más **Ajútap.**

Tuntui, el otro jefe huambisa, escuchó la bulla desde una casa alejada.

– ¿Han regresado ya para la fiesta?– decía. Se despidió de su mujer. Se pintó de achote, con su **tawasamba** (corona de fiesta de plumas multicolores), caminaba con la lanza bajo el brazo llevando su **makich** para bailar.

– ¿Quiénes son los que hacen fiesta?– les escuchaba hablar y no hablaban como huambisas. Se acercaba para ver.

Tres a un lado del camino, tres al otro, le estaban aguardando en emboscada. Pasó entre ellos. Al llegar a la casa se inclinaba para mirar bien y ver si iban pintados de **sua,** como enemigo. Lo mataron con las lanzas.

Nayap, en el **ayamtai,** se entera de que habían llegado enemigos.

– Nuwatá, dijo a su mujer– trae un **najistai** (cesta para recoger los desperdicios de la yuca). Lo traeré con las cabezas de los enemigos. Ya, lejos de la casa, dejó el **najistai,** lo había dicho para hacerse el valiente. Con él venían otros dos **kakajam** y un muchacho que estaba aprendiendo. Combatieron. Le cortaron la cabeza. Cortada, en el suelo, la cabeza se movía, saltando. ¡Tanto **Ajútap** tenía! Le acabaron destrozándole todo el cuerpo con sus miembros. Los viejos le sacaron el corazón para ver. Tenía su punta roja, bien dura como pico de páucar. La punta llena de líquido como **awajmau.** El podía matar sólo con palabras. Así peleaban antes los viejos.

Muepiu

(Narrador: Tsunca de Tambillo)

Vinieron los huambisas y mataban a los aguarunas. Acabaron a la gente de tres casas. Venían con perros para seguirlos. Se llevaron todito: mujeres, perros... todo se llevaron.

Un viejo que estaba en otra casa los sintió:

– Vinieron enemigos.

Reunidos, los aguarunas salieron al camino contra los huambisas. Un perro ladraba mucho. Los aguarunas les siguieron. Los corrieron como a sachavacas. De los enemigos, murieron como de cinco casas. Los huambisas heridos se quejaban:

– **¡Arú, arú!**

También los aguarunas se quejaban cuando les hería la lanza, pero decían:

– **¡Ayau, ayau!**

Peleaban de cerca, chocaban los escudos, pero los aguarunas, con el **wachi akentai** (propulsor) los herían con varas desde arriba. Sonaba como **waga** (perdíz). Los viejos peleaban con puyas de caña brava (**isana** con punta de chonta que silbaban como perdiz). Por eso les llamaban **waga.**

Los huambisas iban pintados de negro, los aguarunas no se pintaban. Heridos en el suelo parecían como piedras en el cascajal. Los huambisas no se quedaron. Al volverse, peleaban con otros:

– No queremos pelear más con los aguarunas.

De los aguarunas, el más valiente era Muepiu. Era bien pequeñito, pero muy fuerte. Como pequeño se metía por debajo del **tantá** (escudo de guerra) y así mataba a muchos. En aquel tiempo, los huambisas venían al Marañón y se llevaban muchas cabezas. Los aguarunas salían a buscarles y así peleaban y peleaban.

Sanchún, el que se transformó en Panki

Sanchún fue hijo de Tentets del Marañón. Se peleó después con su gente yendo a vivir a Chiriaco. Desde sus comienzos fue valiente. De cómo se enfrentó al principio con los de Chiriaco, a los que luego había de ayudar, tenemos la siguiente relación:

Así fue la guerra con Sanchún al principio. Los de Chiriaco vivían tranquilos. Con ellos estaba Kunamp, un viejo muy bajito que era **Iwishin** y que podía sanar toda enfermedad.

Un aguaruna de Cenepa, Watinki, vino a Cachiaco paseando. Escuchó a Kunamp cantando para curar. Por esto, al regresar, contó

que en Cachiaco había un brujo al que tenían que matar para poder vivir tranquilos. Los del Cenepa vinieron por el Nieva, entraron en Cachiaco y mataron a Kunamp. Llevaron su cabeza.

Entonces, los del Cachiaco se reunieron y bajaron por el Nieva y, subiendo por el Marañón, pasando al Cenepa surcaron hasta donde vivía Watinki. Al llegar a Canga, encontraron a Watinki pescando en la quebrada. Los compañeros le habían dejado atrás solo, huyendo de la lluvia. Le mataron. Regresaban en sus canoas por el Marañón. Tropezaron con los del Marañón. Estos les estrechaban. Kuunt, el jefe de los de Chiriaco, avisó a los del Marañón desde la banda, que no le molestasen.

– ¡Peleemos!– respondían.

– ¡No quiero pelear!– le iban siguiendo por la banda. Creyendo que ya se habían cansado de seguirles, al querer acampar, mientras recogían leña para hacer fuego, se acercaron otra vez.

Se separó de nuevo. Iba a hacer la comida. Los del Marañón se acercaban otra vez.

– ¡Dejen estar! – decía Kuunt. Se alejaban.

Al hacer Kuunt el **usuimamu** a los que habían matado a Watinki, repartiendo a sus compañeros el **tuinamamu** (yuca chapeada), el viejo se sentó. Al sentarse, se quemó con el fuego y el viejo se amargó.

Los otros venían. Decidió enfrentarlos. Uno a uno, con **Tantam,** peleaban. Se tiraban piedras para partirse los escudos. Una hora pelearon.

– ¡Matemos muchachos! – decía Kuunt. Alcanzaron con la lanza a Kawai. Al gritar este ¡**Ayau**!, los del Marañón se acobardaron y así vencieron los del Chiriaco. Entonces, los del Marañón se botaron al río para escapar; los del Chiriaco querían alcanzarles con sus canoas, Kuunt dijo a los que escapaban:

– ¡No tengo miedo!

Los del Marañón bajaban por el agua flotando como troncos de topa.

Al ver a un joven del Marañón que cruzaba, Kuunt no le quería matar.

Tres de los más jóvenes de Chiriaco sí querían matarle. Librándose de los tres, Sanchún se subió al cerro trepandose. Desde allí les gritó:

–¡**Sanchún aishumek, aishmank maáchumuesh, Yawá wainkó maáchumuesh!**

"A tu marido Sanchún, como es hombre, no le has podido matar. No han podido matar al que vio Tigre".

Les decía así despreciándoles como a mujeres llamándose su marido.

– **Yú, ayú; dekapsami.** (Está bien, peleemos)

Así, les dejó Sanchún. Mataron a la gente que iba con él.

Como entre la gente del Marañón, también los del Chiriaco tenían sus campeones: Kuunt, Akuts; Vicayo por otro nombre Unkuum; Anem, Papeg, Shuvi, Shunta, Awananch, Tuyas y sus hijos adolescentes; y sus respectivos **átukus**.

Las guerras de Tentets

Antes, Tentets, el **Mun** Tentets, era muy valiente. Había castigado a todos los que brujeaban. Entonces, quiso irse a vivir a las cabeceras del Cenepa:

– Ya no quiero ser **Bikut,** quiero vivir tranquilo.

Pasó tiempo y unos muchachos de los que estaban con él querían ir a dormir al **ayutai** junto a la tuna que había en la muja. Allí, cerquita, al otro lado, están las nacientes de la quebrada de Chikáis de cabeceras del Kanus.

Los huambisas, yendo a cazar, descubrieron la pisada de los muchachos. Decían:

– Son enemigos, hay camino de enemigos.

Avisaron. Los muchachos se habían regresado, pero los huambisas venían por detrás, hasta 200 gentes.

Llegaron a la primera casa. Allí vivía Pijushkum. Mataron a todos, cortaron las cabezas y quedaron allí comiendo la comida que había en la casa. Los supieron los de las otras casas (aguarunas). Fueron a buscar a Tentets que había estado de mitayo.

– ¡Bien, bien!– decía. Restregaba el piso con el pie, sacudía las manos. ¡Bien, bien!

Reunió a la gente. Tomaron **natem.** Durmieron. A la mañana preguntaba:

– Tú, ¿qué has soñado?

– Soñé que venían huanganos y no me dejaban.

– ¡Bien, bien!

Otro no tuvo visión. Los otros decían a Tentets:

– ¡No vayas a pelear!

– ¿Acaso soy mujer? Si los demás van, yo voy aunque tenga que morir.

Así, fueron a buscar al enemigo. Tentets aguardaba a los hombres que estaban todavía en la casa. Colocó a la gente en el monte como **washimamu** (trampa de pesca).

Peleaban, peleaban hasta donde aguardaba Tentets. Allí, se reunieron todos los huambisas. Por fin, peleando mucho, mataron a Tentets. Le cortaron su cabeza.

– ¡Este es el que no nos dejaba vivir tranquilos! ¡Ahora se podrá vivir bien!

Llevaron la cabeza a su **waisan.** Los ojos de Tentets no querían cerrarse. El **waisan** les respondió:

– Mal han hecho en matarle. Guarden allá la cabeza, no quiero pelarla. Viene del otro lado.Desde entonces, hubo paz.

Así contaba el viejo Raquita

Piton era familia de Pammau, el **wish** que vivía en Kaya a quien sobornaban para brujear.

La familia de Awananch, comenzó a morir de enfermedad, casi se acababan.

El papá de Awananch, murió.

– ¿Por qué se estarán muriendo los viejos?– decía Awananch.

Awananch reunió a su gente y salió a pelear. Awananch vivía en Kusuim; Piton en Shimpunts. Awananch comenzó la matanza.

Pammau, sin sospechar, vivía tranquilo. Dormía cubierto con una pieza de **kamúsh** como frazada. A media noche, Awananch y

Kañap entraron en la casa. Entrando, le hirieron en el pecho con la lanza, se levantó gritando, pero enseguida cayó muerto.

Awananch –dejando Kusuim– se fue a vivir a Cachiaco. La familia de Pammau reunió gente para matar, pero no pudieron alcanzarle porque los de Cachiaco controlaban el camino.

– Vamos a arreglar– dijeron. Que no haya problema, vuelve a tu tierra.

– De acuerdo– repuso. Regresó a Kusuim.

Entonces le decían:

– Si regresas, te van a matar.

– ¡No, mi cuñado ya arregló!

Awananch permaneció un mes en Kusuim. Avisa a los de Cachiaco que le vengan a visitar. Llegados, Awananch preparó masato y bebían mucho. Los de Cachiaco venían sin armas.

Había luna. A prima noche, cantaban las ranas. Después, se hizo silencio. Se escuchó el ruido de una piedra que caía. Decían a Raquita, entonces niño:

– No habrá problema, no son gente de Shimpunts.

Awananch:

– Ustedes son miedosos.

Raquita estaba inquieto, no podía dormir. Por fin, con la gente de Cachiaco, se fue a dormir a una chacra.

Amanecía con niebla, cantaba el Makantó. Querían volver. Se escuchaban disparos, gritaban a Awananch. Este salió para cruzar la quebrada todavía mareado del masato. Era gente del Marañón, familia de Pammau.

La gente de Raquita escuchaba, pero no tenían armas.

– Cantó el Makanta– decían– no le han matado.

Al ir a la quebrada, le encontraron muerto. Le dejaron clavado hasta el ombligo con una **wawasapa.** Juancito, hijo de Awananch, le sacó la lanza. Raquita, entonces muchacho, al volver, los vio.

La muerte de Tuyas

También, como el mío, el nombre de mi viejo era Tuyas. Mi mamá me cuenta que su propio papá era Chumap. Estando mi papá

con éste, habían matado a Chumap.

Mi papá había hecho **minga.** Estando la gente reunida, he aquí que pasaba la gente. Era al ponerse el sol y estaban cortando el barbasco para pescar lavando en la quebrada.

– Está pasando gente, decían.

– ¡Estos son los que mataron a mi papá! Estos habían matado al papá (suegro) de mi papá.

Cuando los otros iban a pasar adelante, avisando, reunida la gente, cuando ellos se preparaban para dormir en la trocha, corrieron con las lanzas para matarlos.

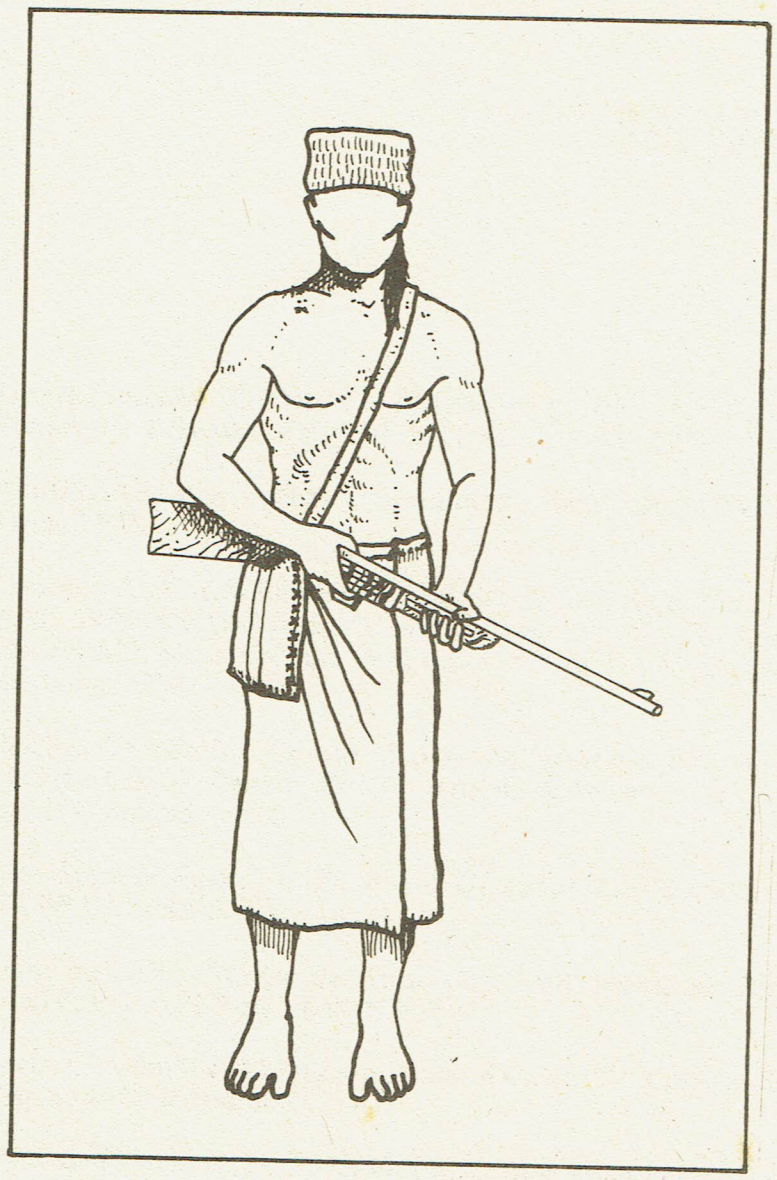
Al arrojarse las lanzas mutuamente, ambas, rotas, se hirieron el uno al otro.

Peleando, derribó a su enemigo herido, pero no acabó de matarle. Por fin, mi papá, alcanzó a derribarlo muerto. Allí le dejó, pero él estaba herido en el cuello. Resistió todavía. ¡Cuánto resistió! Dejado allí el enemigo, él corrió a la casa donde vivía un pariente.

– ¡Hermano, me muero!– diciendo esto, al quererse acostar, se desplomó hacia atrás muerto.

Así cuentan cómo mataron a mi padre.

Mi papá murió peleando a la salida de la quebrada de Tanhísamax. Desviéndose un poco de Tanhísnamak, un tanto apartado, allá en la loma que llaman de Tanhísnamak, allí enterraron a mi papá. Allí está enterrado en la lomita de Kuyumatak.



29. Notas

(1) Uriarte. Luis M. "Poblaciones Nativas en la Amazonía Peruana. **Amazonía Peruana**. Vol. I Nº 1. Lima, CAAAP, 1976.

(2) Kauffmann Doig. Federico. **Manual de Arqueología Peruana**. Lima, 1973.

(3) Chumap A., García Rendueles, Manuel. **Duik Muun**. Lima, CAAAP, 1979 Guallart, José M. "Mitos y Leyendas de los Aguarunas del Alto Marañón". En: Perú Indígena Vol. VII Nº 17 pgs. 59-98. Lima, 1958.

(4) Reichel Dolmatoff, Gerardo. "Notas ethnográficas sobre los Indios del Chocó" **Revista Colombiana de Antropología**. Vol. IV. pg. 152. Bogotá, 1960.

(5) "The Lord of Sipán." In: **National Geographic Magazine**. Vol. 174. Nº 4. Año 1988. Oct.

(6) Cieza de León. **Crónica del Perú.** Cap. LVII. Pontificia Universidad Católica del Perú. Lima, 1984.

(7) Bayle, Constantino. **El Dorado Fantasma.** Cap. IV. Consejo de la Hispanidad. Madrid. 1943.

(8) Lohman Villena, G. **El Corregidor de Indios en el Perú bajo los Austrias.** Cultura Hispánica. Madrid. 1957.

(9) Jiménez de la Espada, Marcos. **Relaciones Geográficas de Indias:** Expedición de Benavente. T.IV. app XXIX; Diego Palomino id XLCI. Juan de Salinas. T IV. Salinas tiene tres relaciones

diversas y es muy difícil, por no decir imposible, reconstruir su caminar...: Alderete J. **Relación de la Gobernación de Yaguarzongo y Pacamuros,** IV. pg. 34-35.

(10) Id.

(11) Freire Antonio. Escribano de la Real Audiencia. **"Informe"** 1591. Cita Martín Cuesta José: **Historia de Jaén de Bracamoros** T.III pg. 297. Lima 1984.

(12) Velasco, Juan. **Historia Antigua del Reyno de Quito y Crónica de la Compañía de Jesús en el mismo Reyno.** Raúl Reyes Reyes. Quito 1941.

(13) Jiménez de la Espada, Marcos. **Op. Cit.** T.III.Pg 2221-2233

(14) Chantre y Herrera, José. **Historia de las Misiones en el Marañón Español.** cap. LIV LVI. Resumido por Jouannen J. **Historia de la Compañía de Jesús** en el Reino de Quito. T.I. cp. XXIV; T.II. XVI. Quito 1941; Riva Herrera, M. de la. **Relación de los descubrimientos y Conquistas** Revista de Archivos y Bibliotecas Nacionales, IV. Pg. 35-161. Lima. 1900.

(15) Costales, Piedad y Alfredo. Documentación. Segunda Parte, pg. 46 y seq. En: **Mundo Shuar,** Sucúa Ecuador, 1977.

(16) Lucero, Juan. "Carta escrita al Señor Duque de la Palata Virrey de los Reynos del Perú." **Boletín de la Sociedad Geográfica Madrileña.** XXXIII. pg.22-44. Madrid, 1892.

(17) Ulloa, A. y Juan, Jorge. **Noticias Secretas de América** c.V. Ed. Mar Océano. Buenos Aires.

(18) Documentación adjunta a los **Títulos de la Comunidad de Perico. Jaén.** Notaría Antonio Panta. Jaén. Cajamarca.

(19) Peralta, Miguel. **Carta del Caballero Gobernador de Jaén al Ilustrísimo Señor Don Javier de Luna Victoria.** 1973. Archivo del Vicariato Apostólico de San Javier. Jaén. Legajo correspondiente al S.XVIII.

(20) Chantre y Herrera, José. **Op. Cit.** cp. VI. Libro V.

(21) **Títulos de la Comunidad de Perico ,** arriba citados.

(22) Archivo del Vicariato Apostólico de Jaén.

(23) Collantes, Gustavo. **Datos Históricos del Departamento de Amazonas.** pg. 45-46. Imprenta el Arte. Chiclayo, 1969.

(24) Milla de León Puppo, Jorge. **Legislación Peruana de Tierras de Montaña,** Ministerio de Agricultura. Lima, 1956.

(25) Ruiz, Pedro. Ilustrísimo Señor doctor Obispo de Chachapoyas. Exposición a la Convención Nacional y Supremo Gobierno. Lima, 1885. Cita Collantes. Op. Cit.

(26) Eizaguirre. **Historia de las Misiones Franciscanas y narración de los progresos de la geografía en el Oriente del Perú.** T.XI. pg.41.

(27) Vásquez Caicedo, José de la Cruz. Inspector de Barranca. **"Parte" del 16 de Agosto 1849.** En: Larraburre C. Op. Cit.

(28) Muñoz, David. Pbr. Memorias de Viajes. **Datos relativos a los salvajes de la región Oriental.** Universidad Mayor de San Marcos. Reproducción mimeografiada. Seminario de Historia Rural Andina. Lima, 1979.

(29) Ver G. Collantes; David Muñoz y Larraburre en Op. Cit.

(30) Crespo y Cassaux. "Carta al Ilustrísimo Señor José Carrión y Marfil, 1801". En: **Amazonía Peruana** Nº 15. CAAAP. Lima, pg. 129. 1988.

(31) Rivera Chaves, Lelis. **Estudio de Evaluación del Proyecto de Colonización del Alto Marañón.** Mimeografiado. Lima 197..

(32) San Román, Jesús. **Perfiles Históricos de la Amazonía.** CETA, 1975 Lima; Pennano, Guido. **Acumulación Originaria y Capitalismo Periférico.** Tesis de grado. Universidad del Pacífico. Lima, 1981. En la conocida novela de Vikki Baum **El Arbol que llora** se pueden encontrar una serie de datos históricos bastante exactos aunque en forma novelada.

(33) **Archivo de la Prefectura del Departamento de Loreto,** Iquitos. Riquísimo pero, a la fecha en que se consultó, no estaba aún ordenado y resulta imposible citar los legajos que se revisaron.

(34) Papeles gentilmente facilitados por el hijo del antiguo Comisario de Río Marañón Ricardo Polis Conroy. La documentación debe hallarse ahora o en poder del interesado o en el Archivo Histórico Militar al que iban a ser entregados.

(35) Jouannen, José. **Los Jesuitas y el Oriente Ecuatoriano.** Justicia y Paz, Guayaquil, 1977.

(36) Risco, Manuel D. Pbr. "Reseña Histórica de un viaje al interior del Marañón". En: **Amazonía Peruana** Nº 16, pgs. 145-163. CAAAP. Lima, 1988.

(37) Yajamanco, Lorenza. Relación de 1952, comunicada al autor por el P. José Martín Cuesta, quien la escuchó de labios de la misma.

(38) **EL HERALDO DE IQUITOS.** Número correspondiente al 20 de agosto de 1909.

(39) Carey, James. **Perú and The United States 1901-1906.** University of Notre Dame. 1964.

(40) **Anales de la Propagación de la Fe en el Oriente Peruano.** Lima, 1905; **Album Recordatorio de la Misión Agustiniana.** Lima, 1953; Seuch: **Los Pasionistas en el Oriente Peruano.** Lima, 1943. Para los Evangélicos: Winnans, Roger. **Un estudio sobre los Aguarunas.** Imprenta del Nazareno. Monsefú, 1946.

(41) Sanabria Zamudio, Romualdo. **Luchas y Victorias por la definición de una frontera.** Lima, 1969; Mercado Jarrín, Edgardo. **El Conflicto con el Ecuador.** Lima, 1981.

Para infinidad de noticias y detalles sobre el "mundillo" interno aguaruna y huambisa reconozco aquí mi deuda a incontables informantes nativos. Resultaría imposible enumerarlos a todos por sus nombres sin incurrir en imperdonables omisiones. A ellos, desde aquí, mi reconocimiento y mi gratitud por la paciencia, amistad y confianza con que me honraron.

CENDOC
Centro Amazónico de Antropología
y Aplicación Práctica

El presente volumen consta de un
tiraje de 1,000 ejemplares. Se terminó
de imprimir en abril de 1990 en los
talleres de **Graficos S.R. Ltda.**
Galicia 176, Santiago de Surco
Lima - Perú.

"CAAAP"
INVENTARIO 2006
N°